

Alison Oropeza

Recuérdame

Las historias de amor vienen en todos los tamaños, formas y colores.

Recuérdame.

©Alison Oropeza, 2015.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la distribución, comercialización, copia, edición e impresión de esta obra sin permiso de la autora.

Prólogo

*Francia,
1998.*

Todo comenzó a algunos kilómetros de la ciudad de Bordeaux.

Había un pequeño pueblo de bajos recursos ubicado a cincuenta kilómetros de Étang de Batourot. Las calles estaban adoquinadas, las pequeñas casas de aspecto viejo y rústico tenían la fachada pintada de color blanco, las puertas estaban talladas en madera y cada propiedad estaba bordeada con una cerca de madera. Existía también una plaza al centro del pueblo, en la cual había un mercado de aspecto rural del cual entraban y salían varias mujeres cargando sus compras en bolsas de papel y algunos cestos tejidos. A la derecha del mercado estaba construida una pequeña pero hermosa iglesia. Había un grupo de palomas sobre el campanario y algunas personas escuchaban desde fuera la celebración eucarística que se llevaba a cabo dentro. A la izquierda del mercado, estaba construida una pequeña escuela elemental, rodeada de algunos otros negocios concurridos. Por las calles paseaban animales de carga que tiraban de carretas de madera. En cada esquina había faroles y una que otra cabina telefónica.

Dos carreteras conducían a la ciudad, aunque rara vez eran utilizadas para autos que no fueran los camiones de carga que llegaban para abastecer a los negocios.

Existía también una pequeña comisaría y varios negocios familiares tales como una barbería, un bar, cantidad de fondas que ofrecían comida deliciosa y un recién construido consultorio médico. Estaba también la alcaldía, que era una casa enorme y elegante, adornada por un hermoso jardín.

Había una pequeña casa que estaba construida en las afueras del pueblo, a pocos metros de un pequeño arroyo. Era de un solo piso y la fachada estaba pintada de color celeste. La puerta estaba tallada en madera y tenía pocas pero grandes ventanas cubiertas por sendas cortinas de color blanco.

Aquella mañana, un elegante auto de color negro y con cristales polarizados llegó al pueblo, llamando la atención de los vecinos.

Estaban acostumbrados a ver los camiones y los autobuses, pero aquella era la primera vez que veían un automóvil de semejante porte.

El vehículo aparcó frente al recién construido consultorio médico, que estaba conectado a una pequeña farmacia.

Ahí esperaba un hombre moreno y regordete vestido con un traje de raya diplomática de color negro azabache. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y usaba demasiado fijador, tanto que su cabello estaba endurecido y reluciente.

Lo primero que llamaba la atención al verlo era su prominente nariz, ancha y con las fosas nasales tan grandes que recordaba a un cerdo.

El hombre se acercó resollando al vehículo cuando aparcó.

Del lado del conductor salió un muchacho moreno y lánguido que usaba gafas ahumadas, su cabello era tan largo que debía peinarlo con una coleta.

Vestía con un traje negro y usaba guantes blancos para cubrir sus manos.

El muchacho se acercó a la puerta trasera del vehículo y tomó la manija para abrirla, retrocedió para que el pasajero saliera y al encontrarse fuera aquella persona, el muchacho

repitió el acto con la puerta del lado contrario.

Del vehículo salieron tres personas.

El primero fue un hombre de ancho espaldar, bastante alto y un poco fornido. Su piel era blanca y su cabello era de color paja, casi rubio, lo llevaba peinado hacia atrás. Sus rasgos eran angulosos, sus diminutos ojos verdes se encontraban tras un par de gafas de montura dorada, sus labios eran quizá demasiado delgados y su barbilla era cuadrada. Llevaba puesto un traje de raya diplomática de color negro, lucía una camisa de color azul celeste pulcramente abotonada, adornada por una corbata de color vino. Usaba un par de mocasines negros, perfectamente lustrados. En la muñeca derecha llevaba un ostentoso reloj chapado en oro.

Su expresión era fría e indiferente.

La segunda persona era una hermosa mujer esbelta.

Su piel era ligeramente apiñonada, hacía juego con su larga melena lacia y castaña que caía como una cascada en su espalda, llegando casi hasta la altura de sus caderas. Tenía un pequeño y recto flequillo que cubría su frente, ocultando sus finas cejas. Tenía una nariz pequeña y respingada, ojos grandes y de un hermoso color gris. Usaba una ligera capa de maquillaje, remarcaba un poco sus ojos con el color cobre que había aplicado sobre sus párpados, tenía pestañas largas y hermosas.

Sus delgados labios iban pintados con un poco de color carmín.

Usaba un elegante y sencillo vestido de color café con un escote que dejaba al descubierto una parte de su pecho, de un tamaño considerable y con curvas perfectamente remarcadas.

El vestido era de tirantes y llegaba a un par de centímetros por debajo de las rodillas de la mujer, llevaba zapatos negros con alto tacón. En sus manos llevaba un par de pulseras de oro, con sus diez largos y delgados dedos sujetaba una cartera del mismo color que su atuendo. Sus uñas llevaban esmalte de color dorado. Con una mirada curiosa y traviesa examinaba su entorno, era un polo totalmente opuesto en comparación con el primer hombre.

Y el último era un chiquillo no mayor de diez años, delgado y de estatura promedio.

En su rostro infantil resaltaba una mirada muy cálida, con un brillo travieso e inocente que era casi idéntico al de la mujer castaña. Su piel era blanca, su cabello era corto y castaño, tan alborotado que parecía como si se hubiese despeinado luego de que alguien le aplicara una considerable cantidad de fijador en gel sobre su cabeza para controlar su rebelde melena. Sus ojos eran grandes, brillantes y de color aceituna, en sus mejillas esbozaba un ligero rubor, aquello le otorgaba un toque de ternura.

Vestía tan sólo con una camisa blanca de botones que le quedaba quizá demasiado suelta, un par de pantalones vaqueros de color negro y un par de zapatos deportivos *Nike* de color blanco, relucientes e impecables.

Tenía ambas manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

El hombre regordete tendió una mano hacia el hombre fornido, diciendo con una sonrisa:

—Bienvenido a *Le Village de Tulipes*. Usted debe ser el doctor...

—Montalbán —completó el hombre fornido estrechando la mano del hombre regordete—. François Gérard Montalbán —se presentó. Acto seguido, señaló a la mujer con un movimiento de la cabeza y dijo—: Ella es mi esposa, Marie Claire.

—Encantado de conocerla, madame Montalbán —dijo con tono servicial el hombre regordete estrechando la mano de la mujer—. Mi nombre es Pierre Gaudet, soy el alcalde del pueblo.

—El placer es mío, monsieur Gaudet —respondió Marie Claire con amabilidad.

—Y él es mi hijo, Jacques Zaccharie —continuó François señalando al pequeño.

El pequeño saludó con una sonrisa y Gaudet devolvió el gesto. Acto seguido, avanzó resollando hacia el frente para señalar con un ademán de la cabeza el consultorio médico, diciendo sin borrar su sonrisa:

— ¿Hermoso, no es así? Está listo para la inauguración de la próxima semana.

— ¿Está lista ya la vivienda que ocuparemos nosotros, monsieur Gaudet? —preguntó François.

—Ya está lista y en plenas condiciones para ser habitada —aseguró Gaudet servilmente—. Podrán mudarse esta misma semana.

—Es un pueblo muy pintoresco, monsieur Gaudet —concedió Marie Claire—. Aunque la idea de mudarnos aquí me inquieta un poco —confesó un poco apenada.

— ¿Puedo saber a qué se refiere con eso, madame? —dijo Gaudet aún con su tono servicial.

— ¿Hay escuelas en éste lugar, monsieur Gaudet? —Preguntó Marie Claire dirigiendo una mirada a los alrededores—. Comprenderá que nuestro hijo necesita continuar con sus estudios.

—Hay una escuela de buena calidad cerca de la iglesia —afirmó Gaudet—. Le aseguro que no tendrá que preocuparse por la educación de su retoño.

—Eso es discutible, monsieur Gaudet —habló François con frialdad—. ¿Va a llevarme a ver a ese paciente que es tan importante? —inquirió arqueando una ceja.

—Sí, doctor —respondió Gaudet—. Su nombre es Raoul Pourtoi, es un importante agricultor. Vive en las afueras del pueblo con su esposa Odile, y su hija Apoline —informó.

— ¿Cuál es su situación? —preguntó François.

—Un accidente, tiene una pierna rota —informó Gaudet—. Es un gran problema carecer de apoyo médico en el pueblo, especialmente para los Pourtoi.

— ¿Se puede saber la razón? —quiso saber Marie Claire.

—Los Pourtoi son, por mucho, la familia más pobre del pueblo —explicó Gaudet—. Raoul es un simple agricultor, sus ingresos son escasos ya que todos los productos son proporcionados por camiones que vienen de Bordeaux. Odile es un ama de casa que de vez en cuando viene a la plaza a vender artesanías que ella fabrica con sus propias manos, no gana mucho dinero. Y Apoline, bueno, es tan sólo una niña de diez años.

—Bien, quiero conocerlos —anunció François—. ¿Podría indicarme el camino, monsieur Gaudet?

—Será un placer —sonrió el aludido.

Volvieron a abordar el auto y se pusieron en marcha a la casa de la familia Pourtoi. Atravesaron un camino terroso que los condujo hacia la pequeña casa de fachada de color celeste cerca del arroyo.

Marie Claire la miró embelesada.

Una casa humilde pero acogedora, pensó.

Bajaron del vehículo y el conductor apagó el motor.

Marie Claire y Jacques se tomaron su tiempo para admirar su entorno e inhalar profundamente el aire fresco, la mujer dirigió una mirada al arroyo y esbozó una sonrisa.

Sin duda, *Le Village de Tulipes* era un lugar hermoso.

— ¿Te gusta el entorno? —preguntó su esposo rodeando la cintura de la mujer con un brazo.

—Es hermoso —concedió Marie Claire—. Esta familia, los Pourtoi, seguramente llevan una vida muy tranquila en este lugar.

Siguieron a Gaudet hasta la puerta de la casa.

El hombre llamó, golpeando la puerta con sus obesos nudillos. La respuesta fue inmediata pues una mujer abrió la puerta.

Era morena, de piel ligeramente apiñonada. Lucía una larga cabellera de color negro azabache, peinada en una ajustada coleta, sus hermosos ojos de color avellana quedaban ocultos tras un par de gafas de media luna. Llevaba puesto un vestido de color celeste y un delantal de impecable encaje blanco. Calzaba un par de zapatos de cuero, viejos y gastados. La mujer iba secando sus húmedas manos con una toalla pequeña de color rojo.

—Buenos días, madame Pourtoi —saludó Gaudet con una sonrisa.

—Buenos días, monsieur Gaudet —respondió ella hospitalariamente—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó amablemente.

—Permítame presentarle al doctor François Montalbán y a su esposa, madame Marie Claire —anunció señalando a los aludidos.

—Es un verdadero placer conocerlos —sonrió Odile al tiempo que estrechaban sus manos.

—Y éste es nuestro hijo, Jacques —anunció Marie Claire señalando al niño.

—Es encantador —concedió Odile.

Jacques le dedicó una sonrisa.

— ¿Dónde se encuentra su esposo, madame Pourtoi? —Preguntó François—. Me gustaría darle un chequeo médico —informó.

—Raoul está en nuestra habitación —respondió Odile y se movió para dejar pasar a los recién llegados a su vivienda—. Adelante, están en su casa.

— ¿Puedo esperar en el auto? —Preguntó Jacques dándole un tirón al vestido de su madre, ella lo reprimió con una severa mirada así que el chico añadió—: Papá tardará mucho, prefiero quedarme en el auto.

—Un poco de aire fresco no te vendría nada mal —respondió su padre con indiferencia—. ¿Por qué no vas a pasear por los alrededores? —le sugirió.

—Tan sólo no te alejes —secundó su madre.

—Quizá te encuentres con mi hija —intervino Odile—. Ha ido a jugar cerca del arroyo.

Jacques asintió con la cabeza, se despidió de los presentes con una sonrisa y se retiró.

El pequeño caminó a paso lento hacia el arroyo. El aire fresco era agradable, inhalaba profundamente hasta que sus fosas nasales no podían abrirse más y tampoco sus pulmones podían seguir expandiéndose. Miraba con ojos brillantes la cantidad de árboles que crecían al otro lado del arroyo. Había crecido en la ciudad, siempre rodeado de enormes edificios, así que ese ambiente tan rústico le resultaba fascinante. Se agachó para tomar un guijarro del suelo y lo guardó en su bolsillo para llevarlo como *unsouvenir*.

Al levantar la mirada, la vio.

Ahí, de rodillas junto al hilo de agua cristalina, se encontraba una niña pequeña.

En aquella posición era imposible describir su estatura, pero Jacques adivinó de inmediato que tenía su misma edad.

La piel de la niña era ligeramente apiñonada, su cabello era largo y lacio, de un brillante color negro azabache y que caía como una cascada por su espalda hasta llegar a su cintura, sobre su rostro caía un flequillo inclinado hacia la derecha. En su rostro infantil estaban esculpidos sus rasgos tan finos como los de una muñeca de porcelana. Sus ojos eran grandes, brillantes y de color marrón. Mordisqueaba una hoja arrancada de algún árbol con sus pequeños dientes astillados. Llevaba puesta una camiseta blanca de algodón, unos pantalones vaqueros de color azul marino y un par de zapatos deportivos de color gris.

La pequeña estaba intentando construir una montaña de guijarros.

Jacques sonrió y se acercó a ella, diciendo amigablemente:

— ¿Cómo te llamas?

Al escucharlo, la pequeña se sobresaltó y terminó por derribar su montaña de guijarros con un torpe movimiento de su mano derecha. Un intenso sonrojo apareció en sus mejillas. Jacques se arrodilló junto a ella y le ayudó a reconstruir la montaña.

—Lamento haberte asustado —se disculpó Jacques.

—No te disculpes —dijo la pequeña con timidez.

La montaña de guijarros se encontraba en pie nuevamente.

Jacques se levantó, sacudió la tierra de sus rodillas y le tendió una mano a la niña para que se levantara igualmente. Ella agradeció el gesto con una sonrisa y se puso de pie.

—Me llamo Jacques —dijo el pequeño con una sonrisa—. Jacques Zaccharie Montalbán.

¿Cuál es tu nombre?

—Apoline —dijo la pequeña con un hilo de voz—. Apoline Pourtoi.

—Es un placer conocerla, mademoiselle Pourtoi —dijo Jacques aún sonriendo y en un dulce arrebatado de galantería, tomó la mano de Apoline para besar sus nudillos.

Apoline se sonrojó.

—Tú debes ser la hija de madame Pourtoi —puntualizó Jacques, Apoline asintió con la cabeza—. Yo soy hijo del nuevo doctor del pueblo, François Montalbán. Nos mudaremos aquí esta semana.

— ¿Vienes de la ciudad? —preguntó Apoline ilusionada, hablando una voz más fuerte de lo que se proponía.

—Del centro de París —asintió Jacques.

— ¡Siempre he querido conocer París! —Exclamó Apoline—. Madame D'Compt, la bibliotecaria de la escuela, me ha mostrado fotografías preciosas de la *Tour Eiffel*. Siempre he querido verla de cerca.

—Desde nuestro departamento en París puede verse la *Tour Eiffel* tan cerca que puedes tocarla —alardeó Jacques.

—París debe ser un sitio precioso... —suspiró Apoline.

—Lo es —concedió Jacques y dio una mirada a su entorno para añadir—: Pero no se compara con este sitio. ¡Será como ir de vacaciones! —dijo sonriente.

— ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —Preguntó Apoline—. Porque vas a quedarte, ¿no es así?

—Monsieur Gaudet nos consiguió una vivienda, pero no estoy seguro del tiempo que nos quedaremos aquí —respondió Jacques con aire pensativo.

—Bueno... Si te quedas, podríamos ser amigos —ofreció Apoline con una sonrisa—. Puedo mostrarte el pueblo y tú podrías contarme más cosas de París.

—Eso suena divertido —concedió Jacques con una sonrisa.

En ese momento, escucharon una voz a sus espaldas.

— ¡Jacques, es hora de irnos! ¡Monsieur Gaudet nos llevará a nuestra residencia!

Era la voz de Marie Claire.

Jacques le sonrió a su madre y le dedicó una cálida mirada a Apoline.

—Disculpa, tengo que irme —dijo.

—Hablabamos en otro momento —respondió Apoline con una sonrisa.

Jacques devolvió el gesto. Nuevamente tomó la mano de Apoline y le dedicó un suave beso en los nudillos. Apoline se sonrojó y Jacques corrió junto a su madre.

Marie Claire, Jacques, François y Gaudet abordaron el automóvil y se alejaron a moderada velocidad, levantando una nube de polvo a sus espaldas.

Francia,
2008.

Me levanto cuando escucho a mi madre llamando desde el pasillo.

Golpea la puerta de mi habitación con los nudillos de una forma tan leve que no logro entender cómo es que me despierta. Sé que intenta no hacer ruido para no molestar a mi padre que duerme cómodamente en la habitación al otro lado del pasillo.

Aparto el cobertor de color lavanda y me tallo los ojos con los nudillos, luego estiro los brazos para desperezarme y miro la pantalla del enorme reloj digital de color azul celeste que descansa sobre mi mesa de noche. Son casi las ocho de la mañana y tengo que salir pitando de mi habitación para ducharme.

He terminado finalmente el bachillerato y ahora trabajo como estilista en el salón de belleza que abrió hace poco cerca de la iglesia. Vivo en un pueblo pequeño así que puedo ir caminando tranquilamente desde mi casa y llegar a mi trabajo en quince minutos. Mi novio, que vive en una casa lujosa al otro lado del pueblo, ha insistido en enseñarme a conducir para poder prestarme su automóvil y no tener que caminar sola durante las mañanas.

Me he negado rotundamente, aunque admito que me encantaría tener mi propio auto. Claro que eso es sólo un sueño, pues mi familia jamás podría costárselo.

En realidad, los pocos lujos que ahora poseo son obsequios de ese muchacho.

Todas las mujeres del pueblo me envidian por salir con *el millonario* hijo del médico del pueblo.

No las entiendo, ¿cómo pueden querer relacionarse con la familia del doctor Montalbán?

Ese sujeto es tan déspota, tan frívolo...

Pero su esposa, madame Marie Claire, es totalmente distinta.

Ella me agrada y yo también le agrado a ella, ha sido así desde que comencé a salir con su hijo cuando tenía trece años.

Nuevamente mi madre me está presionando para que me vaya al trabajo. Salgo de la ducha a toda velocidad y voy corriendo a mi habitación para vestirme pues llevo mi cuerpo desnudo envuelto en una toalla de color blanco. Tomo lo primero que mis manos tocan en el armario, una camiseta de color amarillo y pantalones vaqueros ceñidos de color azul.

Semejante combinación asquerosa he elegido.

Detesto el color Amarillo, pero ya no tengo tiempo para buscar otra prenda.

Me calzo los zapatos deportivos y le doy una rápida cepillada a mi cabello frente al espejo.

Arrugo la nariz cuando veo mi aspecto.

Piel apiñonada, pecas sobre las mejillas y la nariz, ojos marrones y lacio cabello negro.

¿Cómo es que mi novio se ha fijado en mí?

—Apoline, de prisa.

Sé que ya perdí mucho tiempo cuando mi madre deja de tocar la puerta y comienza a llamarme por mi nombre, así que voy corriendo a la cocina para servirme un vaso de jugo de naranja. Lo bebo tan velozmente que casi me ahogo, mi madre tiene que darme un par de palmadas en la espalda para que logre tragarlo. Le agradezco con una sonrisa y le doy un mordisco a un trozo de pan tostado antes de tomar mi bolso tejido de la mesa de la cocina y

salir corriendo. Ni siquiera me he despedido de mi madre pero sé que más tarde la veré vendiendo sus artesanías en la pequeña tienda que madame Marie Claire pagó para nosotros.

Esa mujer es tan amable, ¿cómo es que alguien puede desembolsar tanto dinero para ayudar a la familia más pobre del pueblo?

Detesto llamarnos así...

Pero es la verdad.

Mi padre solía ser agricultor pero ahora ya es muy viejo y no puede continuar con sus andanzas. Nuestra economía depende ahora de las artesanías que fabrica mi madre y de mi trabajo como estilista. Y, por supuesto, no seríamos nada sin el soporte económico de la familia Montalbán.

Todos en el pueblo no se cansan de decir a mis espaldas que sólo salgo con él por el dinero.

Ahora que lo pienso, también lo han dicho en mi cara.

Bueno, no es que me importe. La verdad es que, si ellos no estuvieran ayudándonos, yo habría encontrado cualquier forma de llevar el pan a casa cada día.

Detesto que mi madre trabaje, pero su espíritu es implacable.

Mientras pueda tener un ojo sobre ella, supongo que no hay problema si quiere atender la tienda de artesanías.

Diez minutos después de haber salido de casa finalmente llego al centro.

La iglesia se alza frente a mis ojos y sonrío al ver que todos los demás vecinos del pueblo ya comenzaron con sus actividades.

Todas las tiendas están abriendo ya, mi estómago ruge cuando percibo el aroma del pan recién horneado que vende monsieur Jules en su panadería. Lo saludo con una sonrisa y una sacudida de la mano, no puedo detenerme a comprar un poco de pan para desayunar pues he olvidado tomar la billetera antes de salir de mi habitación.

Cuando llego al salón de belleza ya está ahí madame Marie Claire preparando todos nuestros utensilios para empezar el día.

Lanzo mi bolso tejido sobre el escritorio de la recepción y busco en el perchero el mandil de color rojo que tiene con letras bordadas el nombre de mi amable y condescendiente jefa. Tomo una liga de hule de encima del escritorio y me recojo el cabello en una coleta, aún húmedo por la ducha de esta mañana.

—Se te ha hecho tarde nuevamente, Apoline —comenta madame Marie Claire esbozando una sonrisa.

Suelto una risa nerviosa antes de ofrecer mis disculpas, al igual que sucede cada mañana.

—Anoche me he quedado leyendo hasta altas horas de la madrugada —le digo mientras le ayudo a limpiar los espejos—. El libro se ha puesto de lo más interesante.

— ¿Qué libro podría ser? —me pregunta.

—*El fantasma de Canterville*—le respondo.

Ella asiente con la cabeza y comenzamos a comentar el libro.

A madame Marie Claire le encanta la lectura tanto como a mí. Mi novio me ha prestado centenares de libros de la colección de su madre.

¿He mencionado ya su nombre?

Mi novio es Jacques Montalbán.

Madame Marie Claire y él son muy parecidos en cuanto a la personalidad. Jacques es idéntico a su padre en cuanto al físico, y agradezco que ese sea el único parecido que comparten. Ni siquiera me agrada ir a la casa de los Montalbán cuando el padre de Jacques no está atendiendo su consultorio médico.

Ese sujeto no para de quejarse acerca del pueblo donde vivimos, *Le Village de Tulipes*.

En ocasiones he querido preguntarle qué hace en un pueblo como el nuestro si no le gusta nuestra forma de vida. Sé que él está acostumbrado a los lujos de la ciudad, pero *Le Village de*

Tulipes no es ningún pueblo fantasma ni mucho menos.

Al menos, a mí me fascina vivir aquí y con eso es más que suficiente.

Monsieur Montalbán, por si lo demás no fuera suficiente, está totalmente en contra de que Jacques y yo seamos pareja. Tampoco es que importe demasiado su opinión pues su hijo y yo hemos estado locamente enamorados desde que teníamos diez años. Y aunque él intenta hacerme ver como una aborigen, nunca lo ha conseguido.

Son las nueve en punto cuando vemos entrar a nuestros primeros clientes del día. Tengo que cortar el cabello de ambos mientras madame Marie Claire se encarga de las finanzas.

Nos va bastante bien en el negocio y la paga no es mala.

Incluso hay ocasiones en las que las mismas personas vienen diariamente con tal de pasar un rato conversando con nosotras.

Madame Marie Claire insiste en que el truco para tener un buen negocio, y convertirlo en algo muy lucrativo, es conseguir recrear el ambiente de un hogar para que los clientes vuelvan. Así que además de cortar el cabello también actuamos de consejeras, psicólogas, e incluso de niñeras y compañeras de juegos.

Mi momento favorito del día es cuando vienen las señoras mayores con sus nietos. Madame Marie Claire las atiende mientras yo juego con los niños, cosa que me fascina. Así ellos no se aburren y sus abuelas tienen la oportunidad de ponerse al tanto con los últimos cotilleos.

Detesto esa tertulia, pero amo a los niños.

Mi sueño es formar una familia y tener una casa pequeña como la que mis padres construyeron cuando yo nací, en las afueras de *Le Village de Tulipes*. Aunque el doctor Montalbán no se cansa de decirme que es poco probable que pueda procrear alguna vez. Su diagnóstico se basa en que *soy demasiado enfermiza*.

A decir verdad, creo que sólo dice esas tonterías para intentar alejar a Jacques de mí.

Como sea, me encanta trabajar en el salón de belleza.

Son las once en punto cuando finalmente llega la hora de almorzar.

Madame Marie Claire y yo nos turnamos cada día para salir a comprar el almuerzo. Hoy debo quedarme esperando para no descuidar el negocio.

Le Village de Tulipes es un pueblo muy seguro, pero nunca se sabe.

Enciendo el computador que tenemos en el escritorio de la recepción para entrar al menú de juegos, Jacques me enseñó algunas cosas sobre informática así que bien podría entrar a navegar en Internet, pero no hay nada como una buena partida de *Buscaminas*.

Levanto la mirada cuando escucho que suena la campanilla que tenemos colgada en la puerta del negocio, minimizo la ventana del juego y me levanto para recibir a un nuevo cliente, pero nuestra visita es nadie más y nadie menos que Jacques.

Me saluda con una sonrisa y se quita la cazadora negra para colgarla en el perchero. Me acerco a él y me rodea la cintura con sus brazos para luego plantarme un delicado beso en los labios. Me encanta esa carismática sonrisa suya. Acaricia mi mejilla con el dorso de su mano derecha y yo esbozo una sonrisilla estúpida.

Me pasa lo mismo siempre que lo veo, siempre que estoy en sus brazos.

Avanzamos hacia el interior del negocio, él no deja de abrazar mi cintura.

Por mí, podría hacerlo durante el día entero.

— ¿Dónde está mi madre? — me pregunta mientras busca a madame Marie Claire con la mirada.

— Ha ido a comprar el desayuno — le explico.

— ¿Fue a casa para buscar el caviar y el vino tinto? — bromea y veo su sonrisa carismática en el reflejo del espejo que tenemos enfrente.

Luego de tantas burlas crueles por parte de su padre, Jacques y yo hemos tomado su posición económica como un juego. Me fascina bromear acerca de la vida de *la gente rica*. No es

que los Montalbán sean parte de *laburguesía*, pero sí tienen más dinero que todos en el pueblo. Monsieur Montalbán es un reconocido doctor egresado de una de las mejores universidades de Francia, madame Marie Claire es dueña de una importante cadena de negocios. Jacques aún no tiene su propio negocio ni una carrera universitaria...

Si tengo que ser honesta, en realidad espero que no tenga que dejar *Le Village de Tulipes* para poder continuar con sus estudios. No hay universidades en el pueblo, así que todos quienes hemos concluido ya el bachillerato tenemos que buscar formas de estudiar en otros sitios del país o de trabajar en *Le Village de Tulipes*. Yo he optado por la segunda opción, no puedo alejarme de mis padres. Pero Jacques...

No, hoy no voy a deprimirme por esa posibilidad.

— ¿Caviar y vino tinto para el desayuno? —respondo intentando usar un acento diferente y más sofisticado—. Suena delicioso, espero que sea eso y no uno de esos asquerosos *platillos pueblerinos* que venden en la verbena.

Siempre me siento culpable cuando hablo así de mi pueblo. Estoy orgullosa de haber crecido en *Le Village de Tulipes* y al atreverme a decir esas cosas... Es casi como si los estuviera insultando.

Jacques suelta una carcajada antes de sujetarme la barbilla con un par de dedos y besarme nuevamente. Besa la punta de mi nariz y me mira a los ojos.

Me enloquecen sus ojos de color aceituna.

— ¿Tienes planes para hoy por la noche?

—Jugaré golf con tu madre —bromeo, él ríe.

Mi sonido favorito en el mundo.

—Vendré por ti esta noche —me dice y planta un beso sobre mi frente—. Te daré una sorpresa, un adelanto de tu regalo de cumpleaños.

— ¿Otro obsequio adelantado? —le pregunto—. ¿No ha sido suficiente el reproductor de música con sonido estéreo, el televisor para mi habitación y la joyería lujosa que parece que robaste de entre las pertenencias de tu madre?

Le arranco otra carcajada con esa pregunta.

Aquellos obsequios me los ha estado dando desde hace dos semanas, pero son *baratijas* en comparación con los años anteriores. Nunca olvidaré el día en que me llevó a Barcelona para celebrar mi décimo sexto cumpleaños, o cuando viajamos juntos a Italia y Londres por nuestro tercer aniversario. Siempre ha evitado llevarme a conocer el resto de Francia, pues sabe que el sueño de mi vida es conocer cada rincón de nuestro país.

Es cruel, pero sé que está guardando eso para un momento especial.

¿*Nuestra luna de miel*, quizá?

—Ya lo verás esta noche —me dice y me besa de nuevo—. Tengo que irme, no quiero que mi madre piense que soy un distractor para ti.

—Pero ya me distraes incluso cuando no te veo —le respondo y rodeo su cuello con mis brazos, es mucho más alto que yo así que debo pararme de puntillas—. Pienso en ti dieciséis horas diarias.

— ¿Y en quién piensas las ocho horas restantes? —me pregunta intentando parecer celoso, sé que está bromeando pues no ha parado de sonreír.

—En nadie —le respondo—. Te sueño durante esas ocho horas.

Y lo beso.

Amo a Jacques más que a nada en el mundo y soy la mujer más feliz de la tierra al saber que él también me ama.

Siempre he creído que fuimos hechos el uno para el otro.

A las seis de la tarde cerramos el negocio.

Madame Marie Claire me da la mitad de las propinas del día y yo meto todas las monedas en mi bolso tejido. Sé que tintinearé de regreso a casa, necesito hacerme de un monedero pequeño para guardar las propinas.

Necesito también dejar de olvidar la billetera en casa.

Jacques entra en el negocio cuando madame Marie Claire y yo estamos apagando las luces y dejando todo en su lugar. Me saluda con un beso en la mejilla, siempre se cohíbe cuando sus padres están presentes. No lo culpo, yo hago lo mismo cuando mi familia nos ve juntos. Cerramos las puertas del negocio con llave y subimos al auto de madame Marie Claire. Me encanta el interior del vehículo, huele al exquisito perfume que ella usa. Es mucho mejor que el auto de monsieur Montalbán que siempre apesta a tabaco. Ahora que lo pienso, ¿cómo es que un médico puede ser un fumador empedernido?

Madame Marie Claire conduce hasta la residencia de la familia Montalbán.

He estado en esta parte de *Le Village de Tulipes* un sinfín de veces.

Como he dicho ya, es un pueblo pequeño y todos los vecinos nos conocemos entre nosotros así como sabemos dónde vive cada quién.

Los Montalbán ocupan la mitad de la casa del alcalde Gaudet que es, por mucho, la más grande construcción del pueblo.

Podría pasar por una mansion, excepto por el aspecto rústico que posee en sus interiores y en la fachada. Me encantaría vivir en una casa así, aunque un poco más pequeña. Detesto los espacios grandes, pero esta casa es distinta.

Claro, digo eso sólo porque Jacques vive aquí.

El vehículo se detiene y madame Marie Claire baja del auto para que Jacques ocupe su lugar en el asiento del conductor, yo ocupo ahora el asiento del copiloto y me pongo el cinturón de seguridad mientras escucho las recomendaciones nocturnas que Jacques recibe.

—Llega temprano, a tu padre no le gustará saber que te llevas el auto por las noches —dice madame Marie Claire, Jacques asiente con la cabeza—. Ten cuidado y no te metas en problemas.

Jacques asiente con la cabeza, besa la mejilla de su madre y nos ponemos en marcha. Él pone una mano en mi rodilla y yo le dedico una sonrisa aunque no puede verla pues tiene la mirada fija en el camino.

No puedo quejarme, es un conductor bastante responsable.

— ¿A dónde vamos? —le pregunto.

Él mira su ostentoso reloj de muñeca antes de responder.

—A tu casa —dice—. Debes dormir o mañana se te volverá a hacer tarde.

¿Cómo es que él sabe todas esas cosas?

Claro, madame Marie Claire debió habérselo dicho.

Me hundo en mi asiento decepcionada de no haber señales de una velada romántica.

—Creí que me darías otro adelanto de mi obsequio de cumpleaños —me quejo y por un momento me imagino a mí misma como una niña pequeña y caprichosa.

Él suelta una carcajada contagiosa.

—Siempre supe que estabas conmigo por los regalos, pequeña oportunista —me dice y le da

un cariñoso apretón a mi rodilla.

— ¿Pensaste que salía contigo sólo por tu carisma o por tu atractivo?

Me fascina cuando jugamos así, aunque cuando los vecinos nos escuchan sólo distorsionan nuestras conversaciones para alimentar su estúpida tertulia.

—Eso duele, mademoiselle Pourtoi —me dice intentando parecer herido y ofendido pero no deja de reír.

Finalmente aparca su auto frente a mi pequeña casa.

No hemos hecho más de cinco minutos de camino, en momentos como este desearía que *Le Village de Tulipes* fuera un pueblo más grande.

Jacques apaga el motor y baja del auto para abrir mi puerta y ayudarme a apearme del vehículo. Me rodea la cintura con un brazo y me acompaña hasta la casa. Nos detenemos el pórtico y le pregunto antes de girar el pomo para entrar:

— ¿Quieres quedarte un rato?

Mira de nuevo su reloj antes de responder.

Me encanta ese gesto suyo, aunque parece más un tic nervioso. Su padre es tan estricto en cuanto a la hora de llegada de Jacques que siempre debemos estar al pendiente de cada movimiento de la manecilla del reloj.

Jacques suelta un bufido y puedo adivinar su respuesta.

—No puedo, ya debo volver —me responde de mala gana—. Mi padre dijo que en la cena de hoy tendríamos una charla importante. —Vuelve a bufar y ya sé lo que viene después—. Quiere que volvamos a hablar sobre la universidad.

Ese tema de nuevo...

Ya sé que monsieur Montalbán intentará convencerlo de mudarse a la ciudad para continuar con sus estudios, tal y como ha estado haciéndolo durante hace ya un tiempo.

No quiero imaginar a Jacques lejos de mí y para evitar deprimirme, le sonrío y asiento con la cabeza.

—Anda, vete ya —lo animo—. No queremos que te envíe a trabajar en la verbena.

Vuelve a soltar una carcajada, ¿alguna vez me cansaré de ese sonido?

—Te veré mañana, vendré por ti para que no vuelvas a llegar tarde —me dice y tira de mis mejillas hasta dejar una marca roja en mi piel.

—De acuerdo —le respondo cuando me suelta.

Me da un prolongado beso en los labios, de esos besos que te roban el aliento. Me fascina esa sensación, ese cosquilleo que me provoca en el estómago con cada uno de sus pequeños gestos. Nos separamos y nos miramos a los ojos durante un minuto entero.

Junto a él, incluso un segundo parece una eternidad.

—Te amo, Apoline —me susurra y me besa la frente.

—Yo te amo más, Jacques —le respondo y le robo un delicado beso en los labios.

Él se aleja para subir de nuevo a su vehículo y yo lo despido con una sacudida de la mano. Es ahora que me doy cuenta de que no me ha entregado ningún adelanto de mi regalo de cumpleaños. Me siento embaucada, debo admitir. Me quedo quieta en la entrada hasta que veo las luces de su auto desaparecer, tan sólo rogando a los cielos que no lo alejen de mi lado por culpa de la maldita universidad.

A la mañana siguiente despierto sin necesidad de que mi madre venga a avisarme que se me hace tarde. Estoy tan emocionada que no tengo problemas en ir a darme una ducha y volver a mi habitación para elegir las mejores ropas que poseo. No es difícil ya que madame Marie Claire me trae un par de blusas o algunos pares de jeans ajustados cada vez que va a sus viajes de negocios. Incluso mi madre cree que me ha adoptado como si fuera *suotra hija*.

Tomo del armario un veraniego vestido de color celeste que me llega hasta las rodillas y un par de zapatos de tacón bajo a juego. Me siento frente al espejo del tocador para cepillar mi cabello e intento peinarlo. A veces lo detesto, no logro aplacarlo así que lo cepillo y lo adorno con una diadema que hace juego con el vestido. Nunca me ha gustado usar maquillaje pero algo me dice que será un día especial así que me pongo un poco de brillo en los labios y algo de rímel en las pestañas. Tomo del joyero uno de los collares con pedrería que me ha obsequiado Jacques para adornar un poco el escote del vestido.

A decir verdad parece más que voy a cenar con los Montalbán.

¿Quién se vestiría así para ir a trabajar a un salón de belleza?

Tomo mi billetera y bajo a la cocina para guardarla en el bolso tejido y servirme un vaso de jugo de naranja.

Mi madre aún no se ha despertado y no la culpo, anoche mismo le dije que Jacques vendría para llevarme al trabajo y le pedí que no me despertara pues podía hacerlo yo sola. Para matar el tiempo mientras llega Jacques me pongo a preparar pan tostado, me encanta con un poco de mantequilla y azúcar. Nada como un bocadillo dulce para empezar el día.

Pero mientras estoy untando la mantequilla viene a mi mente el tema de los estudios universitarios de Jacques.

Sé que suena egoísta, pero no quiero que vaya a estudiar. Al menos, no si debo verlo partir a la ciudad. Nunca nos hemos separado desde que éramos unos niños, ¿por qué deberíamos hacerlo ahora? Me acerco al teléfono de la casa para llamar a la residencia Montalbán, pero me arrepiento cuando escucho el primer tono de espera. Nunca he llamado a Jacques pues vivimos en un pueblo pequeño y si quiero hablar con él, basta con visitarlo.

Pero la curiosidad me está matando.

Supongo que sólo me queda esperar a que venga por mí.

Espero...

Espero...

Miro el reloj que cuelga de la pared de la cocina.

Voy veinte minutos tarde y Jacques no da señales de vida.

¿Se habrá averiado el auto?

¿Se habrá quedado dormido?

No, monsieur Montalbán no permitiría semejantes acontecimientos que pudieran arruinar su impecable rutina.

Quizá le prohibió a Jacques venir a verme tan temprano.

Sí, eso debe ser.

Voy a toda prisa al baño para lavarme la cara y quitarme el estúpido maquillaje. Me deshago también del collar con pedrería. Quisiera ponerme una camiseta y unos pantalones en lugar del vestido veraniego pero ya no tengo más tiempo. Tomo el bolso tejido y salgo pitando de la casa.

Llegaré tarde de nuevo, ¿cómo es que madame Marie Claire no se busca una empleada más puntual?

Me detengo en seco cuando llego al salón de belleza y veo que aún sigue cerrado. No sólo eso, ni siquiera está cerca el auto de madame Marie Claire.

¿Acaso olvidó decirme que hoy no abriríamos?

Afortunadamente siempre llevo un duplicado del juego de llaves del negocio así que me encargo de abrirlo yo misma. Limpio los espejos y doy una barrida rápida al piso de azulejos blancos. Me pongo el mandil de color rojo y me recojo el cabello con una coleta. Una vez que todo está listo me siento frente al computador y me dedico a jugar una partida de *Buscamina* mientras espero a nuestros primeros clientes.

Pasan las horas y no hay noticias de madame Marie Claire.

Ya realicé tres cortes de cabello, pero no he logrado concentrarme del todo. Afortunadamente no he cortado las orejas de nadie.

¿Dónde está madame Marie Claire?

Les he preguntado a mis tres clientes y ninguno me ha dicho nada.

Quiero pensar que ella está enferma, en cama, y que Jacques me compensará por la noche o vendrá a verme pronto.

Desearía tener un teléfono celular para llamarlo, pero Jacques siempre se queja de que la cobertura en el pueblo es *una mierda*.

Así que tomo el teléfono del negocio y marco de nuevo el número de la residencia Montalbán, sólo para colgar el auricular al escuchar el primer tono de espera.

¿Qué está pasándome?

¿De dónde sale tanta inquietud?

Han dado ya las once y yo necesito ir por el desayuno. Así que coloco en la puerta un pequeño anuncio donde digo que volveré en quince minutos y cierro con llave. Con la billetera en la mano me dirijo a la verbena que, convenientemente, está situada frente al negocio. No sé qué quiero desayunar, así que me paseo por la verbena y saludo a los vecinos del pueblo. Puedo ver la tienda de artesanías que mi madre atiende cerca de la panadería, ella está desayunando un emparedado mientras espera a sus clientes. Finalmente me decido por un poco de fruta y agua natural. Cuando vuelvo al salón de belleza con mi desayuno me llevo una decepción enorme al ver que no hay ni rastro de madame Marie Claire o Jacques.

¿Qué demonios pasa con ese par?

Hoy debo cerrar el negocio yo sola.

Cuando despido a mi última clienta doy una rápida barrida al suelo y comienzo a guardar todo en su lugar. Esta vez dejo las propinas en su sitio. Mientras termino de limpiar recuerdo que Jacques aún no me ha dado ese adelanto de mi obsequio de cumpleaños y mi ánimo se levanta. Quizá su ausencia precede a una gran sorpresa, aunque tan sólo quiero verlo para ahuyentar este maldito mal presentimiento.

Finalmente apago las luces y cierro la puerta con llave.

Me dispongo a caminar para ir a casa pero me detengo cuando veo las luces del auto de madame Marie Claire. Sonrío, imaginando que ha venido para asegurarse de que todo salió bien en su ausencia.

El auto se detiene frente a mí y veo salir a Jacques.

Algo va mal.

Jacques tiene los ojos rojos e hinchados.

Ha llorado.

Pero, si Jacques nunca llora, ¿qué ha pasado?

¿Madame y monsieur Montalbán se encuentran bien?

Me quedo quieta mientras él viene hacia mí y me toma la mano para decirme con firmeza:

—Tenemos que hablar.

Mi corazón da un vuelco y un nudo se forma en mi garganta.

Esas tres palabras nunca anuncian nada bueno.

Jacques me pide que suba al auto y yo le obedezco sin rechistar. Él ocupa su asiento y pone en marcha el vehículo sin mediar palabra conmigo. Conduce demasiado rápido, tanto que pronto nos encontramos afuera de mi casa.

¿Estará enfadado conmigo?

Apaga el motor y se queda quieto sin soltar el volante, lo aferra con fuerza como si se le fuera la vida en ello. Intento decirle algo, cualquier cosa, pero mi voz parece haber desaparecido. Estoy segura de que algo terrible le ha pasado pero no puedo adivinar qué ha sido.

Intento no imaginar ningún tipo de tragedia pero sólo puedo pensar en que madame Marie Claire ha enfermado o algo peor.

— ¿Estás bien? — consigo decirle con un hilo de voz, él ni siquiera me mira.

Por todos los cielos, Jacques.

¡Háblame!

— ¿Tu madre está bien? — insisto y por un momento me siento culpable de que el bienestar de su padre no sea parte de mis inquietudes.

Lo veo reprimir un sollozo y una lágrima solitaria recorre su mejilla.

Me parte el corazón verlo así y no saber qué hacer para ayudarlo.

Parece pasar una eternidad hasta que él me responde.

— Lamento no haberte llevado hoy al trabajo — me dice, no quiere mirarme.

— No importa — le digo y sonrío para intentar animarlo—. ¿Está todo bien? — insisto.

Jacques tarda un minuto entero en responder.

— Mi padre quiere que vaya a hacer la prueba de ingreso para universidad — me dice intentando parecer indiferente pero sé que hay algo más de trasfondo.

— Entiendo... — le respondo y mi sonrisa se borra.

Un simple examen no debe ser tan grave.

Me siento egoísta al desear que Jacques no pase la prueba.

Lo veo tomar una bocanada de aire, aquí viene otra explicación.

— Al parecer logró conseguirme un lugar en la

[*Université Pierre et Marie Curie*](#)

. Debo presentar la prueba por mera formalidad, pero...

— ¿¡Irás a la universidad!?

Mi voz se escuchó aguda y más fuerte de lo que pretendía que fuera.

Jacques finalmente me mira y sé que se ha enfurecido. Ir a la universidad no es decisión de él, es cosa de su padre, y con mi comentario estoy culpando a Jacques.

El nudo en mi garganta crece, comenzaré a llorar si no hablo pronto con él.

— Lo lamento mucho, Jacques — le digo y trato de sonar totalmente sincera—. Me tomaste por sorpresa, no quise que lo que dije se escuchara mal.

Me mira y esboza esa sonrisa suya, me siento tan mal por ver aún sus ojos llorosos que le tomo la mano con fuerza.

Sé que ambos estamos pasándolo mal por esta noticia, pero también estoy segura de que encontraremos una solución.

Él le da un apretón a mi mano con fuerza.

—Mi padre quiere que me mude a París con él —continúa e intento parecer tranquila para que no se enfurezca o se sienta peor—. Al menos, será mientras termino la universidad.

—Pero tu padre es el médico del pueblo, no puede irse —le reclamo y esta vez no puedo evitar que se note mi enojo en contra de monsieur Montalbán.

—Otro médico vendrá a tomar su lugar —explica y eso me tranquiliza un poco—. Mi padre sólo busca una excusa para volver a la ciudad, sabes que nunca le ha gustado vivir aquí.

Vaya que lo sé.

Monsieur Montalbán nos considera *aborígenes*, salvajes, cree que somos personas ignorantes y analfabetas sólo por vivir en nuestro pueblo.

¿Cuál es su problema?

Pero hay algo que me inquieta más que ese hombre y debo decírselo a Jacques antes de que sea tarde.

Así que tomo un respiro y se lo digo:

— ¿Qué pasará con nosotros?

Me mira como si acabara de anunciar que tengo cáncer en fase terminal.

Se toma su tiempo para responderme, sé que está pensando cuando se pasa una mano por el cabello y suspira. Comienza a tamborilear el volante del auto con los dedos, cada segundo me parece una eternidad.

Creo saber lo que viene a continuación, me dirá que es mejor que lo nuestro no siga.

Hasta aquí llega nuestra relación.

Se me hace un nudo en la garganta y puedo sentir las lágrimas correr por mis mejillas cuando él pasa un brazo hacia el asiento trasero del auto y toma un pequeño paquete. Es un obsequio a juzgar por el brillante papel de colores que lo envuelve. Lo deja sobre mi regazo y desvía la mirada.

—Mi madre lo trajo para ti en su último viaje a la ciudad, pensaba dártelo anoche pero lo olvidé y creo que...

Se interrumpe al escuchar que rasgo el papel para descubrir un teléfono celular aún guardado en su caja. Me quedo sin habla cuando veo que él no quiere terminar conmigo. Dejo la caja sobre mi regazo sin atreverme a sacar el aparato. Miro a Jacques y veo que él está un poco más tranquilo.

—No puedo llevarte conmigo, aunque mataría por hacerlo —me dice, sigue sin mirarme y sé que romperá a llorar de vuelta si nuestras miradas se cruzan—. Con ese teléfono podré llamarte todo el tiempo.

Vuelvo a mirar el aparato y me niego a sacarlo aún de su empaque. De alguna forma siento que si comienzo a utilizarlo será como despedirme definitivamente de Jacques y no pretendo dejarlo ir.

No aún.

Jacques se inclina para acercarse a mí y me toma la barbilla con un par de dedos para obligarme a mirarlo. Puedo notar un destello de desesperación en sus ojos de color aceituna.

—Apoline, escúchame —me dice con firmeza—. Necesito saber que vamos a seguir juntos a pesar de que me vaya.

— ¿Cuándo te vas? —logro articular con voz tenue aunque no sé si quiero saber la respuesta.

—En una semana.

Mi mundo acaba de derrumbarse y se hizo pedazos.

Pedazos demasiado pequeños como para volver a juntarlos y reconstruir lo que se ha roto en mi interior.

Salgo corriendo del auto para rodearlo y sacar a Jacques de su asiento.

Él no opone ningún impedimento y en un minuto ya estamos envueltos en un fuerte abrazo, nos aferramos el uno al otro como si no quisiéramos dejarnos ir jamás. Jacques tiene mucha

fuerza en los brazos y siento sus manos recorrer mi espalda, está intentando consolarme pues yo ya estoy llorando desconsoladamente contra su pecho.

—No quiero dejarte ir... —sollozo—. ¡No quiero! ¡Quédate conmigo!

Jamás en mi vida creí que algún día le suplicaría a un hombre que no me abandonara, jamás creí que llegaría el día de separarnos. Nunca me enamoré de ningún otro hombre y el hecho de tener que despedirnos durante varios años sería desgarrador para mí.

Él también está deprimido con la noticia y me susurra al oído que todo saldrá bien, aunque yo no creo que sea así.

¿Qué pasará si en París ocurre algo y él jamás vuelve?

Yo nunca reuniría el dinero suficiente para mudarme con él y su padre no se lo permitiría.

¿Qué puedo hacer para salvar nuestra relación?

De repente se separa de mí y sujeta mi rostro con ambas manos.

Enjuga mis lágrimas con sus pulgares y me dice con firmeza:

—Te prometo que vendré por ti en cuanto termine mis estudios. Nos iremos lejos del pueblo, lejos de París, seremos sólo tú y yo. Lo único que te pido es que seas paciente y esperes mi regreso.

— ¿Vas a volver? —Le digo y la desesperación se refleja en mi voz sin lugar a dudas, él asiente con la cabeza—. ¿Qué pasará si en París conoces a...?

No puedo terminar la frase pues él me besa como nunca antes lo ha hecho. Mis labios se conectan a la perfección con los suyos pues hemos sido hechos el uno para el otro.

¿Cómo he podido pensar que él terminaría conmigo?

Lo amo demasiado y él me ama más que a nada en este mundo.

Lograremos superar este bache, estoy segura.

—Jamás podría conocer a otra mujer tan perfecta como tú, Apoline —me dice y me toma con fuerza de las manos—. Te amo, eres mi vida, pero necesito que me prometas que esperarás a que vuelva aquí para llevarte lejos.

Asiento con la cabeza y esbozo una triste sonrisa. No puedo dejar de llorar, él tampoco puede y no creo que podamos dejar de hacerlo por un largo rato. Él sonrío y me abraza de vuelta. Planta un beso sobre mi cabeza y permanecemos juntos durante lo que parece ser una eternidad.

Si sólo nos queda una semana para estar juntos, debo hacer que sea inolvidable.

No he dejado de llorar todas las noches desde que Jacques me dijo que debe irse del pueblo. Entré a casa luego de conversar con él al respecto y me dirigí a mi habitación para ahogar mis sollozos con mis almohadas. No le conté a mi madre lo sucedido pues sé que no lo habría entendido.

El rumor, sin embargo, se extendió rápidamente y todos los vecinos no tardaron en enterarse de que Jacques y su padre dejarían el pueblo. Inventaron también rumores al respecto en los que involucraban un embarazo, un aborto, un matrimonio arreglado, incluso hubo un par de ancianas que mencionaron algo acerca de la homosexualidad de alguno de nosotros.

No los entiendo, ¿es tan difícil para ellos simplemente contar las cosas tal y como pasaron?

Durante toda la semana, madame Marie Claire ha sido muy condescendiente conmigo. Por cinco días tengo permitido trabajar medio turno para pasar el resto del día con Jacques.

Ella también está destrozada por la partida de su hijo y me ha dicho en un par de ocasiones que le pedirá el divorcio a monsieur Montalbán, al parecer han tenido unos años difíciles tras su llegada al pueblo y madame Marie Claire considera que la abrupta decisión de llevarse a su único hijo de vuelta a París es el motivo que necesitaba para disolver su matrimonio.

Siento un poco de pena por ambos pero no puedo intervenir.

Lo único que me preocupa es pasar el mayor tiempo posible con Jacques.

Mi madre insiste en que debemos darle fin a nuestra relación para que la despedida no sea tan dolorosa y no ha parado de repetirme que Jacques no cumplirá su palabra de volver cuando termine sus estudios.

¿Qué sabe ella, si no lo conoce tanto como yo?

Jacques jamás me traicionaría de esa manera... ¿Cierto?

Como sea, hoy es un día muy ajetreado.

Nuestros vecinos, madame y monsieur Cacheux, celebran sus bodas de oro.

¡Cincuenta años de casados!

¡Es hermoso!

Para celebrarlo se ha organizado una gran fiesta en la plaza donde habitualmente se encuentra la verbena.

¡Todos estamos invitados!

Habrán música, baile, comida y todo tipo de diversiones para celebrar al matrimonio Cacheux. Jacques se ha ofrecido para ayudar con la decoración mientras madame Marie Claire y yo nos encargamos de peinar y maquillar a algunas de las invitadas.

Hoy cerraremos el negocio mucho antes para que madame Marie Claire pueda ir a arreglarse. Le he visto de gala muchas veces, desearía poder verme tan hermosa como ella algún día, quizá pueda ser así cuando tenga su edad. Madame Marie Claire no tiene una edad muy avanzada, está entrando ya en los cuarenta y se conserva bastante bien. Mi madre tiene la misma edad, quizá es un par de años mayor, pero se ve mucho más acabada que madame Marie Claire.

Me encuentro dando los últimos toques al maquillaje de una mujer anciana cuando veo a mi condescendiente jefa entrar al negocio con el almuerzo.

Huele delicioso, ha traído un poco de carne asada.

Despedimos a nuestras clientas y comemos juntas igual que siempre.

Quiero que ya llegue la hora de festejar a madame y monsieur Cacheux para pasar la noche entera con Jacques.

Detesto mirarme al espejo y que el reflejo no sea lo que yo esperaba cuando empecé con el peinado y el maquillaje.

¿Quién es esa mujer horrenda que me devuelve la mirada?

¿De dónde salió ese cabello horrendo y esos ojos tristes?

¿Por qué no puedo tener un mejor cuerpo?

Madame Marie Claire me ayudó a elegir un vestido. Es de color azul marino y me llega a unos centímetros por debajo de las rodillas, es liso y para nada ajustado, lo que me parece muy cómodo. Los tirantes son muy delgados y el escote es algo apretado para hacer relucir mi busto. Usaré también un par de zapatillas a juego y joyería que madame Marie Claire me prestó especialmente para esta noche. No he podido hacer mucho con mi cabello así que lo llevo suelto y adornado con una cinta del mismo color que el vestido. Uso muy poco maquillaje pues a Jacques le gusta verme al natural y, a decir verdad, también a mí me gusta verme así.

Son las ocho en punto cuando mis padres se van a la fiesta organizada por la verbena.

Yo espero a que llegue Jacques, sentada en el descansabrazos del sofá.

Reviso la manicura que madame Marie Claire me hizo hoy luego de la comida y me aseguro de que ningún cabello se haya salido de su sitio.

Desearía poder verme mejor, pero no hay mucho que pueda hacer. Sé que quedan pocos días para ver partir a Jacques y hoy pudo haber sido el mejor momento para verme inigualable...

Maldigo a la genética que no me hizo *hermosa*.

Quince minutos tarda en llegar Jacques y la emoción crece en mi interior cuando escucho el auto aparcarse fuera de mi casa. Verifico mi reflejo en el pequeño espejo que llevo en el bolsillo y salgo para encontrarlo.

Jamás se había visto tan apuesto.

Él está recargado en la portezuela del auto mientras se arregla el nudo de la corbata y verifica que sus zapatos estén bien lustrados. Lleva puesto un elegante traje de color negro, una camisa de lino blanca y su corbata es gris. Se ha dejado el cabello alborotado en lugar de peinarlo hacia atrás con fijador, igual que su padre insiste cada vez que deben vestirse de gala para algún compromiso. Me encanta la forma en la que su flequillo cae sobre su rostro y enmarca sus ojos aceitunados.

Me detengo en el pórtico cuando veo que no se ha dado cuenta de mi presencia, sé por su actitud que él también quiere verse increíble para mí. Me acerco a él soltando una risita divertida y él me mira como si lo hubiera atrapado haciendo algo indebido.

—Apoline... —me dice balbuceando y doy una vuelta para que pueda mirarme por todos los ángulos—. Te ves hermosa.

Me sonrojo, como cada vez que él me hace un cumplido, y termino de acortar la distancia entre nosotros para rodear su cuello con mis brazos y besar sus labios. El aroma de su colonia me cautiva. Él me abraza por la cintura y me devuelve el beso, sé que también le enloquece el aroma de mi perfume.

— ¿Te gusta? —me pregunta señalando su atuendo con la mirada.

—Me encanta —le digo y me encargo de terminar de arreglar el nudo de su corbata.

Nos besamos nuevamente y subimos al auto para ir a la verbena.

Tengo la esperanza de que sea la mejor noche de nuestras vidas.

La plaza de la verbena fue adornada con globos de color blanco y celeste. Hay guirnaldas colgadas en las fachadas de las tiendas, adornos de flores blancas en la entrada de la iglesia y las tiendas de la verbena desaparecieron momentáneamente para poder colocar las mesas para los invitados y un pequeño escenario de madera para que suban los músicos. En un extremo hay juegos infantiles para los niños pequeños, aunque hay adultos también divirtiéndose. La comida se encuentra en un *buffet*, idea de madame Marie Claire. Es una alargada mesa donde van los vecinos a servirse y luego llevan sus platos a sus mesas. La mejor parte es que la comida es gratis, sólo hay que pagar para usar los juegos.

La música viene por parte de algunos vecinos que han subido a tocar instrumentos tales como la guitarra al escenario. Recuerdo que un trío de chicas de las que peiné hoy en el negocio se quejaron de que los Montalbán pudieron haber contratado una banda famosa para que viniera a celebrar al matrimonio Cacheux, pero a mí me parece encantador que toda la celebración siga teniendo el estilo rústico que tanto nos caracteriza.

Jacques me lleva de la mano entre los vecinos para saludarlos a todos y nos dirigimos a la mesa de regalos para dejar nuestro obsequio.

Yo les obsequiaré un bolso tejido a mano para madame Cacheux y Jacques les dará un poco de dinero en efectivo para que puedan terminar de reunir los fondos que necesitan para abrir su propio negocio.

El matrimonio Cacheux ha soñado toda la vida con tener una tienda de mascotas, son grandes amantes de los animales y su idea me parece encantadora. Si logran cumplir su sueño estaré más que encantada de compaginar mi trabajo de estilista con el de cuidadora de animales.

Dejamos nuestro regalo envuelto en papel plateado con motivos de boda y seguimos recorriendo la plaza. Frente a la iglesia hay un fotógrafo contratado por madame Marie Claire que retrata por un módico precio a las parejas que posan entre los adornos florales. Jacques y yo hacemos la fila para que nos fotografíen y él deja a mi nombre nuestro pedido: dos fotografías de gran tamaño enmarcadas para colgar en la pared, dos fotografías de tamaño normal y dos más para llevar en la billetera. El pedido estará listo en tres días así que Jacques podrá llevarse la mitad de las fotografías a París.

Todas mis clientas del salón de belleza me han dicho que el vestido que uso es hermoso y que jamás me he visto mejor, me hacen apenarme tanto que tengo las mejillas coloradas. Jacques también ha recibido cumplidos por parte de las chicas más jóvenes del pueblo.

Me siento contenta cuando él me abraza con más fuerza cada vez que una de esas chicas intenta coquetear con él, me besa frente a ellas y les provoca un ataque de celos.

Él es mío y yo soy suya.

Al terminar de recorrer y saludar a los vecinos, nos dirigimos a los juegos de azar para ver a mi padre intentar ganar en el lanzamiento de dardos. Jacques lo convence de jugar una partida juntos y apuestan dinero. Mi novio le da una paliza a mi padre y el público estalla en risas.

Me encanta su sonrisa infantil, es la misma de un niño en Navidad.

¿Existe un hombre más perfecto que él?

Luego de jugar un rato nos dirigimos a una mesa libre. Los centros de mesa fueron fabricados por mi madre, son simplemente hermosos. Es una canasta llena de flores y con

letras cursivas están escritos los nombres del matrimonio Cacheux. Mi madre es tan talentosa que desearía que pudiésemos vender sus creaciones fuera del pueblo.

Veo al matrimonio Cacheux saludando a los invitados mientras Jacques va a buscar bebidas. Madame Cacheux lleva un vestido de color salmón y su esposo usa un traje de color gris. Me fascina ver a parejas tan enamoradas como ellos que han pasado casi toda su vida juntos...

Recuerdo entonces al matrimonio Montalbán y su inminente divorcio.

Cuando llegaron al pueblo me fascinaba verlos paseando por la verbena y besándose. Sé que su matrimonio está deteriorado y me parece triste. Quisiera hacer algo para ayudar a madame Marie Claire.

— ¡Apoline, querida! ¡Te ves encantadora!

Me levanto de mi asiento cuando madame Cacheux se acerca a saludarme. Le doy un abrazo y luego repito el gesto con su esposo. Les guardo mucho cariño, los conozco de toda la vida.

—Usted luce hermosa, madame Cacheux —le digo con una sonrisa.

—Me fascinan tus joyas, Apoline —me comenta monsieur Cacheux—. Te ves deslumbrante.

—Tenga cuidado, monsieur Cacheux —dice madame Marie Claire acercándose a nosotros—. Si mi hijo lo escucha creerá que quiere competir con él para conquistar a Apoline.

Monsieur Cacheux suelta una carcajada y continúa con su recorrido con su esposa mientras madame Marie Claire me envuelve en un fuerte abrazo.

Luce muy bien, como siempre, con ese vestido de color crema.

Veo a monsieur Montalbán conversando con algunos hombres y por alguna razón siento que acaba de discutir con su esposa. Es triste que festejemos el aniversario del matrimonio Cacheux cuando el matrimonio Montalbán está por disolverse.

Recibo más cumplidos por parte de madame Marie Claire y ella se sienta con nosotros en nuestra mesa. Jacques nos trae los platos con nuestra comida y nos divertimos como nunca. Mis padres se unieron también a nosotros y no dejamos de bromear y reír. Es como si a nadie le preocupara la partida de Jacques, como si nunca fuera a irse.

Jamás me he sentido tan contenta.

El baile es la mejor parte de la noche. Los músicos tocan una canción lenta luego de que el alcalde, monsieur Gaudet, anunciara que el matrimonio Cacheux bailará frente a nosotros por su aniversario. Ellos abren el baile y las demás parejas van uniéndose de a poco. Veo a mis padres avanzar tomados de las manos y unirse al matrimonio Cacheux, sonrío embelesada cuando los veo besarse mientras se contonean al ritmo de la música. El panadero invita a bailar a madame Marie Claire luego de que monsieur Montalbán se niega a acompañarla al centro de la pista.

Debo admitir que me siento un poco indignad. Ese podría ser el último baile que compartan, ¿por qué no hacerlo inolvidable?

Jacques se coloca frente a mí y me tiende una mano mientras se inclina un poco y pone la otra mano tras su espalda diciendo:

— ¿Me concede esta pieza, mademoiselle?

Asiento con la cabeza y lo acompaño al centro de la pista de baile. Él no deja de mirarme con esos ojos aceitunados mientras nos movemos al ritmo de la música. Las parejas se mueven alrededor de nosotros pero para mí es como si sólo existiéramos nosotros dos.

Es entonces cuando nuevamente recuerdo su inminente partida y el nudo vuelve a aparecer en mi garganta, tengo que recargar mi cabeza en su pecho para evitar que él vea mis ojos cubriéndose por una capa de lágrimas.

No quiero dejarlo partir, no quiero desprenderme de él.

Si hemos pasado juntos toda la vida, ¿por qué el destino es tan cruel para separarnos?

Sollozo en silencio sin darme cuenta y él detiene nuestro contoneo para tomar mi barbilla con sus dedos. Levanta mi rostro para que lo mire y puedo notar la preocupación en sus ojos.

Siento una cálida lágrima solitaria recorrer mi mejilla y mi barbilla comienza a temblar. No quiero llorar, no ahora. No mientras estamos festejando el aniversario del matrimonio Cacheux. Pero es tan difícil contenerme, es tan difícil aceptar que mi relación con Jacques está llegando a su fin. ¿A quién engaño creyendo que él volverá? Sé que en París conocerá a más mujeres citadinas más hermosas que yo, mujeres de buena posición económica a las que no tenga que sorprender con obsequios caros.

Y yo lo amo tanto...

—No quiero verte llorar —me dice en voz baja para que sea yo la única que lo escuche, tengo que tomar un respiro para evitar sollozar en voz alta—. Apoline, querida, escúchame —me dice y enjuga mis lágrimas con sus pulgares, yo soy incapaz de parar de sollozar—. No quiero verte triste, Apoline —insiste él casi en tono suplicante, me destroza el corazón ver que él se comporta de esa manera gracias a mi actitud—. Eres lo más importante para mí. Sólo quiero verte feliz y si no puedes sonreír siempre, entonces yo tampoco podré hacerlo.

Me toma las manos para besar mis nudillos, mis sollozos no paran y es ahora que me doy cuenta de lo grave de la situación. Nuestros besos están contados, nuestro tiempo para estar juntos se está acabando. ¿Qué pasará con todos los sueños que teníamos de formar una familia? No nos casaremos nunca, las personas que trabajan en la verbena jamás organizarán una fiesta para celebrar nuestro aniversario de bodas...

Incapaz de hablar, lo beso con pasión para transmitirle así todos mis temores. Él me abraza con fuerza mientras me devuelve el beso y siento que podría quedarme entre sus brazos el resto de mi vida, es el único sitio donde me siento segura, es el único sitio donde siento que no hay nada en el mundo que pueda hacerme daño.

Quisiera poder quedarme así para siempre.

No logré tranquilizarme así que Jacques nos disculpó con los invitados diciendo que estaba cansada y quería dormir. Madame Marie Claire incluso me puso una mano en la frente para verificar que no tenía fiebre, aparentemente palidecí tanto que me veía enferma. Mis padres se preocuparon tanto que tampoco pudieron seguir divirtiéndose y me siento culpable por haber arruinado la celebración del matrimonio Cacheux. Vamos en el auto y la fiesta queda atrás, de verdad espero que vuelvan a divertirse y no se preocupen por mí. Me enfada haberme deprimido tanto durante un momento tan divertido para ellos que mis lágrimas ahora son de furia.

Jacques toma un camino totalmente distinto.

Me lleva a la residencia Montalbán en lugar de ir a mi casa.

Él también se ve angustiado y sé que es por mi culpa.

¿Por qué fui tan estúpida como para tirarme a llorar en ese momento?

Mis dudas y mi inseguridad se esfuman y una voz interna me reclama a gritos que he pensado muy mal de Jacques.

Él sería incapaz de traicionarme, ¿cómo es que me atreví a creer que lo nuestro estaba acabando? Llevaremos nuestra relación a distancia, quizá podamos vernos en los veranos. Y tengo aún el teléfono celular que me obsequió, estaremos siempre en contacto.

Él me ayuda a apearme del auto y me cubre los hombros con su saco negro para conducirme al interior de la vivienda.

He estado muchas veces aquí.

El interior tiene un amueblado quizá demasiado moderno en comparación con el resto del pueblo, a monsieur Montalbán no le gusta el estilo rústico al que nosotros estamos acostumbrados. Jacques me conduce a su habitación y me deja sentada en la cama mientras se retira para buscarme un vaso con agua. La habitación de Jacques tampoco es desconocida para mí pues he pasado más tiempo aquí del que quisiera admitir. Es un sitio amplio y acogedor. La cama es de tamaño matrimonial cubierta con sábanas de color blanco y un cobertor azul marino. Hay un televisor, un computador, una consola de videojuegos y una estantería llena de libros. A Jacques le fascina la fotografía, ¿lo he mencionado ya? Hay toda una pared llena de imágenes nuestras en las que aparecemos besándonos, riendo, abrazándonos, haciendo cualquier cosa. Yo aparezco en la mayor parte de ellas y me alegra ser la única mujer, además de nuestras madres, que aparece en esa pared.

Es triste ver las cajas de la mudanza amontonadas en una esquina de la habitación. El armario está casi vacío a excepción de unas pocas mudas de ropa y eso me hace creer que el tiempo me está jugando una mala broma. Miro entonces las mesas de noche a cada lado de la cama. Hay más fotografías nuestras enmarcadas pero llama mi atención un sobre blanco con el nombre y el escudo de la universidad a la que él va a estudiar.

Intento no pensar en su partida y recupero el aliento para cuando él entra de nuevo en la habitación.

Trae en la mano un vaso de agua y me da también un pañuelo para secar mis lágrimas.

Me termino el agua de un trago y Jacques me envuelve en un abrazo mientras la tranquilidad regresa a mí poco a poco. Me da un beso en la cabeza y acaricia mi espalda hasta que puedo mirarlo de frente y dedicarle una sonrisa.

—No vuelvas a llorar por esto, Apoline —me dice y me acaricia la mejilla con el dorso de su mano—. Yo también estoy sufriendo por dejarte, pero no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Asiento lentamente, de repente he perdido toda la capacidad de hablar así que comienzo a jugarle nerviosamente con un mechón de mi cabello.

Hay tanto que quiero decirle, pero mi voz no quiere salir de mi garganta.

—Apoline... —insiste y me sostiene la barbilla con un par de dedos—. Si yo pudiera hacer algo para detener esto, sabes que no lo dudaría. No quiero dejarte aquí y no podré irme sabiendo que tú no estarás bien.

Nunca he sido tan débil, ¿qué me está pasando?

Debería poder decirle que no quiero dejarlo partir.

Oh, Jacques, si tan sólo pudieras escuchar todo lo que estoy pensando en este momento...

—No quiero despedirme de ti —consigo decir con voz quebradiza y puedo sentir que el llanto viene de nuevo en camino, él me mira angustiado y sé que tengo que seguir hablando para intentar desahogarme—. Yo creí que pasaríamos juntos toda la vida, que nos casaríamos y formaríamos una familia... Que... Tú y yo... —estoy balbuceando y él me abraza con fuerza incapaz de responderme—. Te amo, Jacques...

Nuevamente estoy llorando como una condenada.

Maldigo a monsieur Montalbán por atreverse a hacernos esto, por obligarnos a separarnos luego de estar juntos durante tanto tiempo.

Me siento perdida, como si supiera que Jacques se irá llevándose un enorme pedazo de mí.

—Yo también te amo, Apoline —me dice él, en este momento siento que podría perderme en esas simples palabras y me aferro a ellas como si estuviera en un precipicio y fuera eso lo único que me impide caer—. No quiero desprenderme de ti, ¿cómo quieres que te lo diga para que puedas entenderlo?

Me siento como una niña pequeña a la que sus padres están riñendo luego de una rabieta. No sé cómo decirle a Jacques todo lo que he pensado, no sé cómo explicarle cómo me siento, así que nuevamente lo beso.

Parece ser un idioma que sólo nosotros entendemos.

Si estamos muy felices, nos besamos.

Si estamos muy molestos, nos besamos.

Y ahora, que ambos estamos desesperados, tristes, angustiados...

Nos besamos.

Sentir sus labios rozando los míos me hace pensar que todas mis preocupaciones y mis dudas se alejan.

Estar con él es todo lo que necesito para ser feliz, ha pasado tanto tiempo desde que iniciamos nuestra relación que ambos nos sentimos perdidos al saber que no volveremos a vernos en mucho tiempo.

Sé que es una tontería, que cualquiera me diría que no necesito a Jacques para estar completa.

¿Qué puedo decir en mi defensa?

Lo amo, lo necesito.

Ni siquiera sé si mis pensamientos tienen sentido, nada lo tiene sabiendo que tampoco tendré a Jacques junto a mí.

De repente ya estamos recostados en su cama y seguimos besándonos.

Sea lo que sea lo que viene a continuación, tan sólo espero que sea lo necesario para seguir siendo la dueña del corazón de Jacques Montalbán incluso cuando él esté en París y yo me quede en mi amado *Le Village de Tulipes*.

Despierto cuando escucho voces en el pasillo.

Me cuesta un poco desperezarme y me alegro de no haber ingerido alcohol en la fiesta del matrimonio Cacheux, no creo haber soportado una resaca. Tardo unos segundos en darme cuenta de dónde me encuentro. Lo primero que percibo es que estoy desnuda y de que las suaves sábanas que me cubren no son las de mi cama. Jacques está durmiendo plácidamente junto a mí, me abraza con fuerza y puedo sentir su desnudez contra mis caderas. No me siento incómoda, pero preferiría que estuviera usando ropa interior, al menos. Sólo puedo mover la cabeza para mirar mi entorno sin despertarlo. En la mesa de noche que tengo más cerca veo el sobre blanco con el escudo de la universidad. También veo el envoltorio de un preservativo.

Sonrió descaradamente cuando recuerdo nuestra experiencia.

Jacques y yo compartimos algo maravilloso y, debo admitir, estupendamente placentero. Dolió un poco al principio, pero Jacques supo cómo ahuyentar el dolor y logramos pasar una noche mágica.

Vienen a mi cabeza todas esas imágenes, mi momento favorito fue cuando él suspiraba mi nombre y no paraba de gemir mientras me amaba como nunca. Ahora puedo decir que estoy más tranquila con la situación sabiendo que Jacques me ama y me desea.

Un momento...

¿Pero en qué estupideces estoy pensando?

¡Las voces que escuché hace un momento en el pasillo son de madame Marie Claire y su esposo!

¿Cómo voy a explicar que estoy desnuda y en la cama con su hijo?

Intento aguzar el oído para asegurarme de que el matrimonio Montalbán no pretende entrar a la habitación donde estamos nosotros. Lo que descubro no es para nada alentador, es en realidad la más violenta pelea matrimonial que he tenido la desgracia de escuchar.

— ¡Es increíble, François! —escucho decir a madame Marie Claire, está furiosa e indignada—. ¡No puedo creer que hicieras semejante escena frente a los Cacheux!

Me siento enfurecida.

No conforme con arruinar nuestro noviazgo, también ha ido a desbaratar la fiesta del matrimonio Cacheux. Quisiera poder pegar el oído a la puerta de la habitación pero el abrazo de Jacques me impide moverme.

— ¡Ese mocoso no puede ir obsequiando dinero como si creciera en los árboles, Marie Claire! —Escucho responder a monsieur Montalbán con violencia—. ¡Y tú no tenías por qué desembolsar un solo centavo a favor de esos ancianos! ¿Crees acaso que el dinero que gano es para ayudar a esos pueblerinos?

¿Cómo puede dormir Jacques?

Esos gritos ya debieron haberlo despertado.

¿Está acostumbrado ya a tantas discusiones?

— ¡No eres el único que aporta dinero, François! —Le responde madame Marie Claire, me agrada saber que se defiende de esa manera—. ¡Yo financiaré el negocio que quieren abrir los Cacheux, así te guste o no!

— ¡Cállate de una vez, mujer!

Y se escucha un golpe que me hiela la sangre.

Sé que monsieur Montalbán acaba de abofetear a su esposa pues ella ha chillado y la escuché caer al suelo. Ahora se levanta, escucho sus tacones golpeteando el suelo mientras intenta recuperar el equilibrio. Mi corazón late con tanta fuerza que debería ser suficiente para despertar al dormilón que sigue abrazándome.

— ¡Quiero el divorcio, François! — exclama madame Marie Claire y el júbilo estalla en mi interior.

No me alegro de que disuelvan su matrimonio, pero qué gusto me da saber que se ha atrevido a exigirlo luego de aquél golpe.

Monsieur Montalbán no responde.

Escucho un portazo y el auto vuelve a encenderse, sé que madame Marie Claire sigue en la vivienda pues sus tacones siguen escuchándose. Me relajó un poco y decido volver a dormir, con la esperanza de que al despertar me entere de que esa discusión no ha sido más que una pesadilla. Espero que cuando vuelva a abrir los ojos todo, la partida de Jacques y la pelea de sus padres, no sean más que una cruel jugarreta de mi mente.

El día finalmente llegó.

Monsieur Montalbán se quedó en su consultorio médico durante los últimos días de su estancia en el pueblo, madame Marie Claire tiene que usar un poco más de maquillaje en su rostro para ocultar el tremendo golpe que le propinó su marido. No olvido la forma en la que Jacques reaccionó cuando vio a su madre herida tras la discusión, creo que lo mejor para madame Marie Claire es que su esposo se vaya, aunque fuera la primera vez que la violentara de forma física.

Para despedir a Jacques y a monsieur Montalbán, se ha reunido todo el pueblo en la carretera donde ya espera el elegante auto negro con cristales polarizados que los llevará al aeropuerto más cercano, en Bordeaux.

Tienen a un chofer que bien podría pasar por ese abuelo que nos da dinero a espaldas de nuestros padres. Han cargado el equipaje en otros autos que ya partieron, monsieur Montalbán espera a su hijo dentro del auto mientras Jacques recibe abrazos por parte de todos los vecinos.

Madame Marie Claire llora aunque esboza una sonrisa con todo el aire maternal del mundo, ella sabe que la partida de su hijo significa grandes oportunidades para su futuro y lo acepta mucho mejor que yo. Mis padres también lo despiden de una forma muy emotiva, le dan fuertes abrazos y mi madre le besa las mejillas mientras le desea suerte. Juntas le hemos horneado galletas de chocolate para que pueda comer en el camino, Jacques me ha dado a probar la primera y tengo que decir que son deliciosas. Me destroza verlo partir pero, ¿qué caso tiene que intente expresarlo de alguna forma?

Estoy llorando ya, pero intento verme igual de contenta que madame Marie Claire.

¿Qué va a ser de mí cuando lo vea alejarse por la carretera?

Anoche me enseñó a utilizar el teléfono celular.

Me sentí ofendida, no soy una completa ignorante para la tecnología, pero aun así lo dejé explicarme todos los detalles. Me encanta ese aparato, podré contactar con Jacques siempre que quiera y además puedo pasar horas divirtiéndome con la galería de juegos. También me creó una cuenta de correo electrónico para poder escribirle, creo que estoy lista para contactarlo en cuanto sepa que ya está en París.

Jacques me ha prometido que el próximo verano iremos a Italia durante las vacaciones, me ilusiona mucho la idea de viajar y aún más saber que tenemos una fecha para nuestro próximo encuentro.

El chofer del auto toca tres veces la bocina con impaciencia y nosotros lo fulminamos con la mirada para exigirle cinco minutos más. Podría pasar la vida entera suplicando poder estar sólo cinco minutos más con Jacques.

—Quería darte esto antes de irme —me dice y lo veo sacar un pequeño obsequio de su bolsillo.

¿Cómo es que nunca me di cuenta de que llevaba ese pequeño paquete guardado ahí?

Me da el pequeño detalle que va envuelto con colorido papel de color púrpura. Saca de su otro bolsillo una hoja de papel enrollada y atada con una cinta roja, y me la entrega también. Yo sostengo el obsequio en mis manos y siento que el nudo en mi garganta crece.

—Lee la carta y luego abre ese obsequio —me dice esbozando una sonrisa.

Sé que para Jacques también es doloroso pero sabe guardar la compostura demasiado bien. Asiento y desenrollo la carta con manos temblorosas, mi madre sostiene el pequeño obsequio mientras madame Marie Claire me da una palmada en la espalda al escuchar mi sollozo.

La carta está escrita con la letra cursiva de Jacques.

Es decepcionante saber que sólo me ha escrito un puñado de líneas.

Uno de mis obsequios de despedida fue una carta de cinco largas hojas en las que tuve que comprimir mi letra para poder plasmar todo lo que sentía.

Aún así, debo leer lo que él me escribió.

Mi querida Apoline,

Sabes que tengo que partir y que me destroza tener que dejarte.

He pasado estos días intentando pensar en una forma de decirte todo lo que siento en estos momentos pero las palabras no quieren ayudarme a expresarlo. Sé que te hice sufrir mucho con esta noticia de la universidad y mi viaje a París, espero que hayas comprendido que el viaje ha sido organizado por mi padre y que yo en ningún momento pretendí alejarme de ti.

La promesa que te hice de volver a Le Village de Tulipes cuando termine mis estudios es algo que cumpliré aunque se me vaya la vida en ello. Me siento morir cada vez que te imagino lejos de mí, será imposible vivir cada día sin poder tenerte entre mis brazos.

Necesito escuchar tu voz, tu risa, sentir tus labios sobre los míos, ver ese brillo que aparece en tus ojos cada vez que me miras.

Me tienes enloquecido, no puedo pensar en otra cosa que no seas tú, querida mía. Quiero que sepas que voy a hacer cualquier cosa por nuestro amor, que voy a luchar hasta el cansancio contra las ideas de mi padre si eso me acerca un paso más a ti.

Tengo que decirte que te amo más que a mi vida y permitiría que me arrancaran el corazón si con eso puedo verte contenta, si con eso puedo hacerte feliz.

Eres mi novia, Apoline, eres mi mujer.

Ahora abre el obsequio, sé que te gustará esa sorpresa.

*Te amé, te amo y te amaré,
Jacques.*

Dios mío...

Las lágrimas siguen resbalando por mis mejillas y esbozo una sonrisa tonta cuando él me

mira tan ilusionado, como un niño que sostiene en sus manos un juguete nuevo. Tomo de nuevo el pequeño obsequio, madame Marie Claire me ha quitado la carta de las manos para evitar que se arrugue gracias a mis manos torpes y temblorosas. Retiro el envoltorio y me encuentro con una cajita aterciopelada de color negro que cabe perfectamente en la palma de mi mano. He visto esto en tantas películas y series televisivas, siento temblar mis rodillas cuando levanto la tapa y veo la sortija. Es delgada, de plata y adornada con lo que parecen ser diamantes. Llevo una mano a mi boca para ahogar un grito y todos los vecinos que presencian el momento sueltan un suspiro al unísono. Mi madre y madame Marie Claire lloran como si estuvieran en una boda, mi padre también está contento.

Y yo...

El júbilo que siento no puede describirse con palabras.

Cuando me doy cuenta, Jacques ya se encuentra de rodillas frente a mí.

Me ha quitado la sortija para sujetar mi mano derecha. Me besa los nudillos y me mira con tal pasión, con tanto amor, que mis rodillas tiemblan aún más.

—Esta es mi promesa, Apoline Pourtoi —me dice, las mariposas en mi estómago revolotean intensamente—. Quiero hacerte feliz a cada segundo por el resto de mi vida. Sé que hoy debo alejarme de ti. Pero aunque esté en París y tú te quedes aquí en el pueblo, quiero que sepas que te llevaré en mi corazón durante cada día hasta mi regreso. Voy a hacer todo por nuestro amor y por eso te pido que esperes a que vuelva para convertirte en mi mujer. ¿Estarías dispuesta a casarte conmigo?

No puedo creer que esté pasando esto.

Así me hubiera preguntado hace meses o dentro de unos años, mi respuesta no cambiaría.

Quisiera gritarlo a los cuatro vientos.

¡Sí, Jacques, sí quiero casarme contigo!

—Sí, claro que sí —le respondo y siento crecer mi sonrisa.

Él me desliza la sortija en el dedo anular y me besa los nudillos antes de levantarse y besar mis labios. Me abraza con fuerza y me siento como si fuera parte de él, como si él fuera parte de mí.

Los vecinos nos aplauden y silban, el chofer y monsieur Montalbán siguen presionándonos.

Quisiera que este momento durara para siempre.

Veo el auto alejarse por la carretera y la tristeza vuelve a apoderarse de mí. Madame Marie Claire sigue dándome palmaditas en la espalda para darme ánimos. No sé expresar con palabras la infinita angustia que me llena al ver a Jacques avanzando hacia adelante dentro de ese auto. Ha prometido llamarme cuando esté en el aeropuerto y desearía que los minutos pasaran más rápido.

Jacques va a iniciar una nueva vida llena de oportunidades y yo...

Yo e quedo aquí, en el pueblo, con la sola promesa de reunirnos algún día para decirle a un párroco que aceptamos pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Francia,
2013.

Despierto cuando escucho la alarma programada en mi teléfono celular.

Tengo que buscar a tientas el aparato para apagar la alarma e intentar dormir cinco minutos más. Abro un poco los ojos para mirar la hora en la pantalla, son las ocho en punto y tengo que apresurarme. Aparto las sábanas y maldigo haberme quedado dormida de nuevo, la alarma que escuché fue la tercera de emergencia.

Necesito un despertador más efectivo.

Me levanto de un salto y me dirijo al cuarto de baño para darme una rápida ducha.

Treinta minutos después estoy lista para salir.

Mis padres siguen dormidos así que les dejo una nota en la nevera antes de irme al trabajo. No tengo tiempo para desayunar, tendré que salir a comprar algo luego de abrir el negocio. Salgo de la casa y me monto en el auto blanco que madame Marie Claire me obsequió por mis veinte primaveras. Enciendo el motor y cinco minutos después estoy frente al negocio, agradezco a mi vehículo por ayudarme a llegar a tiempo cada vez que me quedo dormida.

Han pasado cinco años desde la partida de Jacques y el pueblo ha cambiado notablemente.

Se construyeron más casas y más negocios.

En lugar del pequeño consultorio médico ahora tenemos un hospital rural atendido por médicos que vienen de Bordeaux. Aunque aún se conserva el estilo rústico que caracterizaba a *Le Village de Tulipes*, nuestro pueblo comienza a convertirse en una ciudad en miniatura. Nos hacen falta quizá algunos centros comerciales, pero hemos crecido tanto que nos comenzamos a acercar mucho más a la ciudad.

El salón de belleza en el que trabajo también ha crecido, ahora tenemos dos plantas y damos muchos más servicios.

Madame Marie Claire y yo conseguimos sacar el negocio adelante tras su divorcio, aunque fue difícil al principio pues monsieur Montalbán la amenazó con quitarle todos sus bienes si lo abandonaba.

Tengo que admitir que madame Marie Claire es mi modelo a seguir.

Luego de pelear con monsieur Montalbán, logró quedarse con todo el dinero que ella había ganado con su arduo trabajo.

Tuvo que mantener su apellido de casada gracias a que todos sus negocios estaban a nombre de Marie Claire Montalbán y no quería hacer ningún tipo de trámite tedioso para cambiar su apellido.

Usó gran parte de su dinero para mejorar nuestro salón de belleza e incluso financió negocios que otros vecinos quisieron abrir, como la tienda de mascotas del matrimonio Cacheux que terminó siendo una pequeña clínica veterinaria. Mi madre logró vender sus artesanías en Bordeaux y diariamente le llegan pedidos que le ayudo a terminar cuando ella está exhausta.

La tienda de artesanías Pourtoi tiene una pequeña sucursal en el centro de Bordeaux y estamos pensando ampliar más nuestro negocio en otras partes de París, aunque eso signifique pensar en grande.

A mis recién cumplidos veinticinco años, soy la principal socia de madame Marie Claire y me encargo de las finanzas de nuestro negocio, de la clínica veterinaria y la tienda de artesanías. Madame Marie Claire me ha enseñado lo básico sobre administración de negocios pequeños y tengo la esperanza de poder mudarme a Bordeaux algún día para abrir mi propia tienda.

Unaboutique, eso me encantaría.

Trabajo sin descanso seis días a la semana.

Atiendo el salón de belleza y cada tanto voy a verificar que todo vaya como una seda en la clínica veterinaria que, convenientemente, se encuentra cruzando la verbená. Madame Marie Claire no se cansa de decirme lo orgullosa que está de mi buen trabajo en el salón de belleza y ha comentado que, cuando llegue el momento, seré yo quien tome el control de todos los negocios que ella tiene en todo París. No sé cómo es que voy a convertirme en una empresaria si ni siquiera estudié la universidad, pero estaré encantada de ayudarle en todo lo que necesite.

Después de todo, le debo mucho a madame Marie Claire.

¿Qué otra forma hay de pagarle todo lo que ha hecho por mí?

Estoy abriendo las puertas del negocio cuando veo llegar a nuestra nueva empleada, montada en su bicicleta.

Su nombre es Claudine Durant, llegó al pueblo hace dos meses y la suya es toda una historia.

Tiene dieciocho años y un embarazo de seis meses, sus padres la dejaron a su suerte tras enterarse de que estaba esperando un hijo.

Ella llegó un día a las puertas de nuestro negocio pidiendo que la dejáramos descansar dentro por un minuto. Madame Marie Claire la acogió en su residencia y se convirtió en otra hija adoptiva para ella. Siempre he creído que madame Marie Claire tiene un corazón de oro.

Claudine se volvió nuestra empleada y es quien nos ayuda con el negocio. Tiene un talento innato para ser estilista y creo que madame Marie Claire la contrató para que yo pudiera concentrarme en las finanzas.

Claudine es incorregible, le hemos insistido hasta el cansancio para que me deje pasar por ella todas las mañanas en el auto para traerla al negocio, pero ella insiste en usar su bicicleta. Afortunadamente en el hospital rural nos han dicho que su bebé está en perfectas condiciones. Quiero a Claudine como si fuera una hermana pequeña, aunque lleva poco tiempo en el pueblo.

De Jacques hace ya tiempo que no sé nada.

La última llamada, el último correo electrónico y el último mensaje de texto que recibí de él fueron hace cuatro años.

Increíble, ¿no es así?

Sigo perdidamente enamorada de él, a decir verdad.

He intentado llamarle, escribirle, pero parece no querer responderme.

Es como si me hubiera olvidado.

Tengo que recordarme a mí misma que está estudiando para ser alguien en la vida, no debe tardar mucho en terminar la carrera de medicina, ¿cierto?

Siento que las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos y tengo que respirar profundamente para tranquilizarme.

Aunque lo extraño muchísimo, no puedo permitir que su recuerdo empañe las responsabilidades que tengo ahora.

Acaricio la sortija de nuestro compromiso con mis dedos e intento sonreír.

Jacques volverá y nos casaremos.

Lo prometió y yo le creo.

Cada noche, desde su partida, he leído la carta que me escribió antes de pedirme matrimonio. Veo también la fotografía que nos tomaron aquella noche, en la fiesta de aniversario del matrimonio Cacheux, para sentir que él está conmigo.

Quiero creer que donde quiera que esté, Jacques sigue pensando en mí.

—De nuevo se ve melancólica, mademoiselle Apoline —me dice Claudine a modo de saludo—. ¿Qué le pasa?

No entiendo porqué Claudine se empeña en tratarme con tanto respeto aunque tengo que admitir que es agradable que me trate de usted, de la misma forma que yo trato a madame Marie Claire.

—No es nada —le digo con una sonrisa y termino de abrir las puertas del negocio para iniciar el trabajo de hoy.

No hay tiempo para la tristeza ni la nostalgia, tenemos un negocio que atender. Quizá si sigo trabajando tan arduamente pronto podré mudarme a París.

Y de nuevo, Jacques ha vuelto a mi mente.

El trabajo de Claudine consiste, más que nada, en ser la recepcionista de nuestro negocio. Ella insiste en querer ayudarnos con las tareas pesadas, como la limpieza y ordenar el negocio cuando recién abrimos cada mañana, mover las sillas e incluso descargar las cosas que nos traen desde Bordeaux para abastecernos de productos tales como acondicionadores, cosméticos o la pintura para teñir el cabello. En ocasiones, Claudine nos ayuda haciendo el inventario y con otras tareas más pequeñas e insignificantes. El día de hoy le he pedido que se encargue de ordenar las revistas que dejamos para que nuestras clientas se entretengan en algo mientras esperan su turno. Yo estoy sentada frente al computador jugando mi partida matutina de *Buscamina* mientras esperamos a madame Marie Claire o a nuestras primeras clientas del día.

El salón de belleza nunca pasa un día sin ofrecer sus servicios, es lo que más me encanta de trabajar aquí.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no volver a pensar de Jacques y deprimirme, siento un cosquilleo en el dedo donde siempre llevo puesta mi sortija de compromiso y el nudo vuelve a formarse en mi garganta. Siento las lágrimas brotar de mis ojos y Claudine se queda mirándome fijamente.

— ¿Está todo bien, mademoiselle Apoline? —me pregunta angustiada y se acerca a mí para colocar una mano en mi espalda y dedicarme una caricia como acto de consuelo.

Me enjugo las lágrimas y le dedico una amigable sonrisa, mi voz se escucha quebradiza cuando respondo intentando controlar el temblor de mi mandíbula.

—Todo está bien, Claudine —le digo.

Me toma de la mano y le da un apretón.

Le tengo mucho cariño a Claudine, sin duda alguna puedo considerarla mi mejor amiga. No es la primera vez que me deprime la evidente ausencia de Jacques, agradezco que Claudine esté siempre presente cuando estoy a punto de derrumbarme.

Vemos llegar a madame Marie Claire en este momento, ha traído ya el desayuno y nos saluda con cariñosos besos en las mejillas. Me dedica una cálida sonrisa y acaricia mis mejillas cuando se da cuenta de que he estado a punto de llorar, ella entiende a la perfección mi angustia.

— ¿Qué desayunaremos hoy? —pregunta Claudine inspeccionando las bolsas de plástico en las que madame Marie Claire ha traído la ensalada de frutas para hoy—. Muero de hambre.

Madame Marie Claire reparte el desayuno y nos sentamos en círculo alrededor del escritorio de la recepción del negocio. Estoy acostumbrada al cotilleo que se inicia cuando comemos juntas así que la noticia que nos da madame Marie Claire me toma por sorpresa.

—Apoline, necesitaré que Claudine y tú se encarguen del negocio por un par de semanas mientras yo voy a París a arreglar un par de asuntos.

Me atraganto con un trozo de manzana bañado en miel y Claudine tiene que darme una palmada en la espalda para recuperarme. Toso un par de veces hasta que consigo tragar el bocado y finalmente puedo mirar a madame Marie Claire con ojos llorosos.

Ella ríe y Claudine también rompe en una carcajada.

— ¿Tengo que encargarme del negocio yo sola? —le pregunto con voz aguda.

No sé si estoy lista para tomar el control del salón de belleza, es como si de repente madame

Marie Claire hubiera enloquecido y...

¿Ha dicho que irá a París?

—Tengo que ir a *un viaje de negocios* y estaré fuera del pueblo por un par de semanas —nos explica, Claudine está distraída jugueteando con un trozo de durazno.

No es la primera vez que se va.

Usualmente viaja a otros sitios de Francia para encargarse de sus cadenas de tiendas y regresa al cabo de un par de días. Casi siempre evita ese trajín y envía a su abogado a encargarse de esos asuntos, por eso me ha sorprendido que decida irse tanto tiempo.

—Todo será pan comido para ti —me consuela con un apretón de manos—. Sólo debes seguir con tus actuales obligaciones y encargarte de las entregas que vengan de Bordeaux. Y, claro, hacerte cargo de Claudine.

Recién ahora se me ha ocurrido una brillante idea, no sé porqué no pensé antes en eso. Madame Marie Claire irá a París, a la ciudad donde mi querido Jacques se encuentra estudiando la carrera de medicina. Aunque sé que madame Marie Claire irá sólo por negocios, estoy convencida de que buscará la forma de ver a su hijo luego de tantos años sin tenerlo cerca.

Tengo que buscar una forma de acompañarla.

— ¿Puedo ir con usted, madame Marie Claire?

Claudine me mira entonces como si no creyera lo que acabo de decir, madame Marie Claire también se ha quedado incrédula. Ni siquiera yo estoy convencida de lo que acabo de decir. Las tres nos sumimos en el silencio y sé que he cometido un gran error.

Si voy con madame Marie Claire a París, el negocio se quedaría a cargo de Claudine y no podemos permitir que una chica embarazada descargue los envíos de Bordeaux y haga las tareas pesadas, especialmente cuando no tiene una mínima idea sobre la administración de las finanzas del negocio.

Tendríamos que dejar cerrado el salón de belleza hasta nuestro regres, pero todas las vecinas del pueblo se han acostumbrado a venir al cotilleo diario mientras nosotras les hacemos la manicura.

Mi decisión nos afecta a todas.

— ¿Ir conmigo? —me pregunta madame Marie Claire—. Apoline, voy a hacer negocios —me recuerda—. Si fuera un viaje por placer te invitaría con gusto, pero...

Le explico lo que quiero hacer en París: encontrarme con su hijo.

Madame Marie Claire está consciente de que no he recibido noticias de mi novio en mucho tiempo, me entiende más de lo que mi propia madre podría hacerlo. Cuando termino de decirle cómo me siento y lo que quisiera lograr con ese viaje, se queda callada mientras considera la idea. Claudine me mira como si me estuviera reprendiendo por afectar el negocio con mi infantil súplica pero, ¿qué puedo hacer?

Necesito aprovechar esta oportunidad, necesito ver a Jacques al menos una vez.

Desde su partida no he dejado de pensar en él y es duro aceptar que está lejos de mí.

Ya que estamos comprometidos y todo el pueblo vio el momento en el que me pidió que me casara con él, ninguno de los chicos de *Le Village de Tulipesse* ha atrevido a intentar cortejarme. Los rechazaría si lo intentaran, pero no puedo evitar sentirme como una solterona ahora que al parecer nadie se fija en mí.

Amo a Jacques y quiero pasar el resto de mi vida con él, necesito verlo para saber al menos si aún seguimos siendo pareja o si nuestro compromiso sigue significando algo para él. Sé que no debería pensar mal, pero no puedo evitarlo.

¿Qué otra cosa puedo hacer si él parece haber desaparecido de la faz de la tierra?

—Te llevaré —me dice madame Marie Claire y me lleno de júbilo—. Pero antes, las tres tenemos que llegar a un acuerdo.

No puedo creer que haya sido tan fácil convencerla.

—Como te dije, voy a un viaje de negocios —continúa diciendo y comienza a jugar con el tenedor de plástico que tiene en la mano—. Me acompañarás a todas mis reuniones y te presentaré como mi asistente, aprenderás un poco más sobre administración de empresas y podrás hacer lo que quieras en tu tiempo libre, ¿de acuerdo? —Asiento vigorosamente con la cabeza aunque la idea no me agrada del todo—. En cuanto a Claudine... No podemos dejarla aquí, así que la llevaremos también con nosotras.

De repente Claudine y yo ya estamos chocando las palmas, emocionadas por viajar a París. Ha sido un tremendo golpe de suerte y me siento muy agradecida por poder hacer este viaje.

Es una oportunidad que no estoy dispuesta a desaprovechar.

Mis padres no tomaron bien la noticia. Cuando llegué a casa y les expliqué todos los detalles, se angustiaron y me preguntaron si no me gustaba ya vivir en el pueblo. Malinterpretaron por completo las intenciones de mi viaje y tuve que volver a repetir, palabra por palabra, cada aspecto de mi plan hasta que lograron entender mis intenciones.

Con todo, se negaron a dejarme ir a París.

Madame Marie Claire intercedió a mi favor y aseguró que cuidaría de mí durante las dos semanas que estaríamos fuera. Sólo logramos hacer que mis padres cedieran cuando mencionamos que yo iba a aprender más sobre la administración del negocio y eso me abriría las puertas a un futuro mejor. Accedieron a regañadientes y me permitieron hacer el viaje con la condición de que tenía que llamarlos diariamente para darles mi ubicación exacta. También tuve que prometer que no me separaría de madame Marie Claire bajo ningún motivo y que no saldría a explorar la ciudad por mi propia cuenta.

Me voy a dormir luego de terminar de empacar mis cosas.

Entre la ropa que llevaré he puesto la fotografía que Jacques y yo nos tomamos aquella noche cuando se celebró el aniversario del matrimonio Cacheux en la verbena, llevo también mi teléfono celular y la carta que Jacques me escribió cuando me propuso matrimonio. De tantas veces que la he leído, se ha arrugado y los bordes están rotos, las palabras siguen claras y legibles aunque ya se nota que fue escrita hace años.

Quisiera saber si, esté donde esté, Jacques está pensando en mí de la misma forma que yo pienso en él.

Las preguntas de rutina comienzan a atormentarme nuevamente y me roban el sueño.

¿Jacques aún me ama?

¿Aún me recuerda?

¿Está saliendo con alguien más?

Mi madre suele decirme que las malas noticias siempre corren rápido, es por eso que estoy convencida de que Jacques no está herido o que ha pasado una tragedia.

Mi corazón, sin embargo, no puede evitar angustiarse y me hace pensar que quizá, sólo quizá, no he sido para Jacques algo más que un enamoramiento de adolescentes.

Han pasado ya tres días desde que convencí a madame Marie Claire de llevarme con ella a París. La emoción no me dejó dormir, así que me levanto de un salto cuando escucho el despertador. Está amaneciendo y debo darme prisa pues esta tarde tenemos que estar en Bordeaux para abordar el avión que nos llevará a París. Iremos en un auto hasta la ciudad y antes de partir debemos acudir con un médico para darle un rápido chequeo al bebé de Claudine. Aún no estoy segura de qué hotel será donde nos hospedaremos, pero tengo la esperanza de que será un sitio maravilloso.

Busco las ropas más formales que pueda haber en mi armario, quiero dar una buena impresión cuando me vean llegar a Bordeaux con madame Marie Claire. Mi elección final es un sencillo vestido de color negro. El corte es recto y el redondo escote no exhibe mucho mi busto, en la cintura lleva una cinta de color rosa atada con un moño y no tiene mangas. El largo me llega hasta las rodillas y con un par de zapatos negros de tacón alto logro verme al menos presentable.

Mi cabello, como siempre, es un problema.

Detesto esa maraña de estropajo que tengo en la cabeza, por más que intento cepillarlo no puedo aplacarlo bien.

Tengo que rociarlo con agua y luego usar un poco de fijador para que la estática no lo levante.

Lo adorno con un broche del lado contrario al flequillo que cae sobre el lado izquierdo de mi cabeza y al mirarme en el espejo desearía poder hacer más por mi imagen. Me pongo un poco de maquillaje en los párpados y busco en mi joyero los accesorios necesarios para verme como una verdadera asistente, madame Marie Claire se decepcionaría si acaso llego a Bordeaux vistiendo con harapos. Una hora tardo en estar lista y mi imagen general no me agrada en absoluto. Mi madre me dijo hasta el cansancio que tendría que hacer un enorme esfuerzo para verme como una ciudadina cuando fuera a París o aquellas personas me comerían viva. Veo fijamente a la chica que me devuelve la mirada en el reflejo y me pregunto si realmente parezco unapueblerina.

Le Village de Tulipes no es un pueblo olvidado a mitad de la nada, no logro comprender el miedo que mi madre le tiene a quienes viven en la ciudad. No es la primera vez que salgo del pueblo así que otra cosa que me confunde es el evidente miedo que mis padres le tienen a París. Tengo que evitar pensar demasiado para concentrarme en lo que importa: Jacques.

¿Habrà cambiado mucho desde que se fue?

¿Se alegrará de verme?

La impaciencia por reencontrarnos me carcome viva y tengo que morderme el labio inferior para evitar reír como una colegiala, pronto siento temblar mis rodillas y el anillo de compromiso cosquillea en mi dedo.

¿Sería posible que Jacques acceda a desposarme estando ahí en París?

¿Me llevará a tours turísticos por toda la ciudad?

¿Me presentará a sus nuevos amigos médicos?

¿Seré la envidia de todas esas chicas que seguramente intentan coquetear con...?

De pronto me siento herida gracias a ese pensamiento y la imagen de Jacques siendo cortejado por otras chicas aparece en mi mente.

¿Sería posible que, al pasar tanto tiempo lejos de mí, Jacques accediera a salir con alguna de ellas?

¿Seguirá sintiendo lo mí lo que yo siento por él?

Me dejo caer en la orilla de la cama y comienzo a jugar nerviosamente con un mechón de mi cabello preguntándome si será correcto realizar el viaje.

Espero, en verdad espero, no estar cometiendo un garrafal error.

El auto en el que nos montamos es casi una limusina, es de color negro y los cristales son polarizados. Nuestro chofer es un hombre de unos cuarenta años, robusto y albino. Nos saluda a las tres con besos en los nudillos y nos deja la puerta del pasajero abierta mientras nosotras subimos. Me despido de mis padres con emotivos abrazos y tengo que asegurar por enésima ocasión que me mantendré en contacto con ellos. Mi madre me da un beso en la frente y me retira un par de mechones de cabello del rostro para ver bien mis ojos, suelta una lágrima solitaria y no puedo evitar sentirme avergonzada. Me voy por un par de semanas únicamente, ¿por qué tiene que actuar como si anunciara que me voy definitivamente de la casa? No hace falta pensarlo demasiado, sé que le preocupa lo que pueda encontrar en París.

A decir verdad, a mí también me angustia lo que pueda pasar.

Subo al auto junto con Claudine y madame Marie Claire, me despido sacudiendo los dedos por la ventanilla y el auto se pone en marcha. Veo cómo mis padres se hacen más pequeños conforme nos alejamos del pueblo y les envío besos al aire.

Los extrañaré bastante, pero espero disfrutar al máximo esta oportunidad.

Nos enfilamos por la carretera y me reclino en el cómodo asiento mientras madame Marie Claire acciona el aire acondicionado y saca un libro de su bolso para distraerse durante el viaje. Claudine está jugando con la cantidad de botones que accionan las luces y la barrera que separa nuestro lado del vehículo y el asiento del conductor. Nuestro equipaje va en el maletero del auto y me arrepiento de no haber elegido un bolso de mano para llevar algo con qué divertirme. Incluso mi teléfono celular va en el maletero así que no puedo disponer de mi amplia galería de juegos. Me quedo mirando por la ventanilla para mirar el paisaje. La ansiedad por ver a Jacques desaparece y me quedo profundamente dormida.

Claudine me da una sacudida por los hombros y me llama por mi nombre cuando finalmente llegamos a Bordeaux. Salgo de mi sopor para salir del auto y me doy cuenta de que aparcamos frente a un hospital. Salen por las puertas principales un par de enfermeras que empujan una silla de ruedas y nos saludan amigablemente.

—Bienvenida, madame Montalbán —escucho que dicen mientras intercambian besos en las mejillas con madame Marie Claire.

Le indican a Claudine que ocupe la silla de ruedas y nos adentramos en el edificio para seguir a las enfermeras hasta el área de maternidad.

El sitio no se parece en nada al hospital rural que se edificó en nuestro pueblo, los doctores y las enfermeras pasan velozmente frente a mí mientras espero a que madame Marie Claire y Claudine terminen con sus asuntos, veo a los estudiantes en prácticas y me pregunto si Jacques estará ya haciendo los mismos trabajos.

Un trío de practicantes se detienen frente a mí para discutir sobre un paciente que, según logro escuchar, será operado para extirpar un riñón. Sonrío al ver el nerviosismo con el que comentan las posibles complicaciones y me imagino a los tres siendo víctima de un ataque de pánico durante la operación. Una enfermera se acerca a mí para ofrecerme una taza de café alegando que va por parte de madame Marie Claire. Le agradezco con una sonrisa y acuno la taza entre mis manos mientras me pregunto cómo estará todo con Claudine. Tomo un sorbo de café y tomo una revista que una mujer anciana deja olvidada en el asiento del que acaba de

levantarse. Un poco de lectura no me vendría mal. Es una revista de medicina y me parece bastante acorde al sitio donde me encuentro. En el salón de belleza tenemos revistas de noticias amarillistas sobre las celebridades para apoyar a la tertulia que se inicia cuando llegan las clientas, me parece lo más lógico que haya revistas de medicina en un hospital. Me pregunto si a quienes esperan noticias de un familiar en graves condiciones les gustaría leer sobre avances médicos, creo que hace falta una lectura más alegre para esas pobres personas.

Tardo un poco en poner toda mi atención en la portada de la revista, el nombre me pasa por alto cuando veo la fotografía principal. Es un grupo de estudiantes de medicina que, según el titular, han otorgado una buena cantidad de dinero a cinco hospitales parisinos para apoyar a la construcción de áreas infantiles más grandes. Hay una sola chica en el grupo, es rubia y de ojos azules.

Y junto a ella, como si eclipsara a los otros cuatro chicos que los rodean, aparece Jacques.

El corazón me da un vuelco al verlo y sé que es una señal de que mi viaje tendrá sus frutos.

Busco la página donde hablan acerca de ellos y no tardo en encontrar una entrevista hecha a los líderes del proyecto: Etoile D'la Croix, que debe ser la chica rubia, y mi amado Jacques Montalbán.

Las páginas de la entrevista están dedicadas en su mayor parte a mostrar las mejores imágenes de una sesión fotográfica donde ambos, y el resto de sus compañeros, aparecen entregando los cheques a los directivos de cada hospital. Jacques se ve tremendamente apuesto con esa bata blanca, se ha dejado crecer un poco el cabello y lo lleva un poco despeinado. Busco ávidamente entre las preguntas intentando descubrir si alguna hace alusión a mí, pero la entrevista trata únicamente de la recaudación de fondos. Me desilusiona un poco, pero a la vez me alegro por él.

Veo volver a madame Marie Claire, Claudine sigue en la silla de ruedas y a juzgar por sus sonrisas, todo ha salido bien. Me levanto de un salto para mostrarle a madame Marie Claire la revista, me veo quizá demasiado desesperada y emocionada.

— ¡Mire, madame Marie Claire! —le digo—. ¡Es Jacques!

Ella mira la revista y la veo sonreír con un dejo de nostalgia, puedo ver el atisbo del orgullo en sus ojos cuando recorre el rostro de Jacques con un par de dedos.

Me dedica otra sonrisa del mismo tipo y sin decir una sola palabra puedo entender lo que ella quiere decirme: que Jacques es todo un hombre ahora.

El bebé de Claudine está en perfectas condiciones y estamos listas para continuar.

El aeropuerto de Bordeaux es nuestra siguiente parada.

Comimos pollo frito antes de dirigirnos al aeropuerto de Bordeaux.

Esperamos a que nos llamen para abordar el vuelo en la zona de espera, nuestro equipaje ya ha sido documentado y sólo nos queda esperar a que llegue la hora del abordaje. Claudine está dormitando en su asiento y madame Marie Claire continúa leyendo su libro. Viajaremos en primera clase y tengo que admitir que me decepcioné al saber que no usaríamos un jet privado, iremos en un vuelo comercial.

Necesito ver a Jacques lo más pronto posible, haber visto su fotografía en esa revista reavivó mi ilusión de encontrarlo nuevamente. Comienzo a maquinarme cientos de posibles escenarios para el momento en el que volvamos a vernos, me ilusiono al pensar en todos los besos y abrazos que compartiremos cuando estemos juntos.

Y nuevamente me pregunto si Jacques se alegrará de verme.

¿Esa chica de la portada de la revista estará relacionada de alguna forma con él?

Siento de nuevo ese cosquilleo en mi dedo anular y acaricio la sortija de compromiso con el dedo pulgar de la mano contraria para evitar pensar en el posible fin de nuestra relación. Deseo no haber hecho este viaje sólo para que lo nuestro termine. Siento brotar las lágrimas de mis

ojos y tengo que enjuagarlas intentando no llamar la atención de madame Marie Claire, no quiero preocuparla ni hacerle pensar que en realidad no estoy segura de querer visitar a su hijo. Estoy confundida y no sé qué pensar, tan sólo estoy convencida de que quiero volver a verlo.

Nos llaman para abordar el vuelo y tenemos que despertar a Claudine para ponernos en marcha. Ella ve mis ojos tristes y acaricia mi mejilla con una mano dedicándome una cálida sonrisa para demostrarme su apoyo. Claudine no tiene una mínima idea de cómo me siento en este momento pero le agradezco que intente ayudar a su manera.

Me siento agradecida de que Claudine venga con nosotras, sé que podré contar con sus amigables sonrisas en el remoto caso de que mi encuentro con Jacques no sea lo que espero.

Claudine y yo competimos para ocupar el asiento cerca de la ventanilla y fue ella la vencedora. Reímos sin control hasta que sentimos que el avión se levantaba en el aire y nos amontonamos ambas para ver a Bordeaux quedándose abajo. Me ha fascinado ver la ciudad haciéndose más pequeña conforme nosotros íbamos subiendo más y más, fue increíble hasta que la azafata tuvo que controlarnos para obligarnos a tomar nuestros asientos y mantenernos quietas. Eso nos arrancó otra carcajada, fue un vuelo totalmente divertido.

En estos momentos vamos bajando para aterrizar en París, la emoción me provoca mariposas en el estómago aunque podría ser solamente el vértigo. Madame Marie Claire ha pasado todo el viaje revisando un par de documentos que sacó de sus maletas antes de documentarlas, debe tratarse de los asuntos que atenderá en sus reuniones importantes. La curiosidad por saber de qué tratarán sus reuniones también me carcome viva pero prefiero no interrumpirla mientras está tan concentrada.

Aterrizamos y dan el aviso para que comencemos a descender del avión.

Claudine, que durmió gran parte del viaje, hizo la mitad del camino con los ojos entrecerrados.

Bajamos y hacemos el camino hasta el sitio donde van a devolvernos el equipaje. Me fijo entonces en un atractivo hombre que nos espera y vigila ya nuestras maletas.

Es alto, fornido, moreno y viste con un elegante traje de color negro.

Usa gafas oscuras y alcanzo a distinguir que tiene un manojito de llaves sujeto con la mano derecha.

Nos acercamos a ese sujeto y él saluda a madame Marie Claire con un beso en los nudillos. Dedicar el mismo saludo para Claudine y para mí, no puedo evitar sonrojarme cuando siento sus labios sobre mis nudillos.

Hace años que nadie me saluda de esa forma.

—Apoline, Claudine —nos dice madame Marie Claire—. Quiero presentarles a mi chofer, asistente, guardaespaldas y muy querido amigo: Antoine Colville —se gira para mirarlo y repite la presentación—: Antoine, ellas son Claudine Durant y Apoline Pourtoi.

—Es un placer conocerlas, mademoiselles —nos dice Antoine y no puedo evitar sonrojarme de nuevo—. Si necesitan cualquier cosa, no duden en pedirla. Estoy a su servicio.

El último hombre tan educado y caballeroso que conocí fue Jacques.

—El auto está esperando afuera, madame —dice Antoine a madame Marie Claire—. ¿Nos vamos?

—Sí, Antoine —responde madame Marie Claire—. Lleva nuestro equipaje y nosotras te seguiremos.

Antoine actúa eficientemente y no puedo evitar preguntarme por qué no lo conocí antes. Quiero suponer que madame Marie Claire no creyó necesario tener un guardaespaldas viviendo en un pueblo tan tranquilo como *Le Village de Tulipes*. No puedo evitar sentir ya un poco de cariño por Antoine, puedo adivinar que él quiere a madame Marie Claire del mismo modo que yo.

—Él sí que es un hombre apuesto —escucho a Claudine decirme al oído, no puedo evitar soltar una carcajada.

Salimos del aeropuerto y puedo ver el auto que nos espera aparcado en la acera. Está

amaneciendo y los rayos del sol emiten un cálido resplandor. El vehículo no es una limusina pero sigue siendo elegante. Quiero preguntarle a Antoine el tipo de auto que es pero prefiero guardar silencio para no verme tan ignorante como me siento en realidad. Antoine guarda nuestro equipaje en el maletero y luego nos abre la portezuela trasera del auto para subir. Las tres cabemos perfectamente en el asiento trasero y Antoine rodea el auto para abordar el asiento del conductor. Enciende el motor y nos mira por el espejo retrovisor.

— ¿A la Rue Bosquet, madame? —le pregunta a madame Marie Claire.

—Sí, Antoine —responde ella y el auto se pone en marcha.

La Rue de Bosquet, como me explicó madame Marie Claire tras ponernos en marcha, es la calle donde se ubica una de sus tiendas. Claudine y yo miramos por la ventanilla del auto mientras intentamos memorizar los nombres de todas las calles que vemos. París es un sitio hermoso y me siento muy contenta por estar recorriendo sus calles. Mi sueño de la infancia siempre fue visitar esta ciudad y ahora que me encuentro aquí finalmente siento que todo es posible, es como si aparecieran mil oportunidades ante mí y desearía poder ver a Jacques ahora mismo para dejarme embriagar por el júbilo. Cada edificio, cada persona, cada minúsculo detalle me parece fascinante. Quiero recorrer todas esas calles lo más pronto posible. Llegamos finalmente a *laboutique* Antoine apaga el motor para bajar del auto y abrir nuestra puerta.

Creo que podría acostumbrarme a eso.

Puedo ver trajes para hombre luciendo en los escaparates y me recuerdan a monsieur Montalbán...

Y a Jacques en la fiesta de aniversario del matrimonio Cacheux.

¿Qué pensaría Jacques si supiera que ambos estamos en París justo ahora?

¿Cómo se sentiría?

¿Qué está haciendo en este momento?

¿Estará pensando en mí?

Seguimos a madame Marie Claire al interior de *laboutique*, Antoine nos sigue como una sombra. Subimos una escalera hasta llegar a una pequeña oficina donde nos espera una mujer unos pocos años menor que yo. Es pelirroja, usa gafas y frenillos, mordisquea un bolígrafo mientras revisa un par de documentos.

—Bienvenida, madame Marie Claire —la saluda cuando nos ve llegar, intercambian besos en las mejillas y hace otro tanto con Antoine.

—Es un gusto verte de nuevo —responde madame Marie Claire con una cálida sonrisa y comienzan las presentaciones. Nos señala con una sacudida de la cabeza y dice—: Ellas son Claudine Durant y Apoline Pourtoi —señala a la chica y añade—: Chicas, ella es Pauline Leblanc. Es mi secretaria y asistente personal.

¿Cuántos asistentes serán en total?

Pauline nos saluda con besos en las mejillas y me alegro de que sea igual de educada y amigable que Antoine.

—La están esperando en su oficina, madame Marie Claire —informa Pauline eficientemente.

—Muy bien —responde madame Marie Claire—. Mientras me encargo de nuestra reunión, tú acompaña a mis dos amigas a casa y encárgate de que se instalen y se sientan cómodas.

—Sí, madame —responde Pauline.

Madame Marie Claire se despide de nosotras y entra en su oficina para desaparecer de nuestro campo de visión, dejándonos en compañía de Antoine y Pauline. Ella nos mira y comienza a hablar tan rápido que tardo en entender lo que intenta decirnos.

— ¿Quieren que les busque una taza de café o un poco de té helado antes de irnos? ¿Un poco de ensalada de frutas, avena, un emparedado o algo parecido?

Tengo tanta hambre que me comería un caballo pero prefiero negar con la cabeza para no

aprovecharme de la pobre chica. Claudine, en cambio, le responde con descaro.

—Se me antoja un poco de sopa de pollo —le dice esbozando una cínica sonrisa—. Y una limonada estaría bien.

Le doy un leve golpe con el codo para luego fulminarla con la mirada, ella me mira confundida y Pauline está intentando reprimir una carcajada.

—En ese caso, vámonos ya —nos dice—. La cocinera de madame Marie Claire le preparará el desayuno, mademoiselle Durant.

Echa a caminar para guiarnos hacia el auto, Antoine la sigue y nosotras cerramos la marcha. Me causa risa el descaro que tuvo Claudine para pedir su sopa de pollo, yo no me habría atrevido a decirle que de repente se me ha antojado un poco de carne asada. Mientras abordamos de nuevo el elegante auto que conduce Antoine me imagino el elegante lugar al que nos dirigimos. ¿Será una mansión con grandes puertas y un recibidor tan grande que bien podría guardar nuestra casa ahí dentro? ¿Habrá mucha servidumbre?

Me imagino a un par de sirvientas vestidas con pulcros uniformes que me recibirán en la puerta de entrada para decirme que me han preparado una hermosa habitación para mi sola.

Imagino también a un mayordomo y a chefs que nos prepararán un delicioso banquete con platillos exóticos, incluyendo la sopa de pollo para Claudine. Espero ver cómo la ciudad se queda atrás mientras nos adentramos en una propiedad privada rodeada de un gigantesco jardín pero no nos dirigimos a ningún sitio así.

No desaparece la ciudad, pero la enorme *Tour Eiffel* crece conforme nos acercamos a ella. Claudine y yo nos apiñamos junto a la ventanilla para lograr verla más de cerca, quiero comenzar ya a recorrer París para poder acercarme lo más posible a tan hermoso sitio.

Cuando me doy cuenta, el auto ya aparcó.

No hay ninguna mansión a la vista y estamos frente a lo que parece ser un complejo de apartamentos. Antoine nos abre la portezuela del auto para bajar y siento como si el júbilo fuera desapareciendo de a poco en mi interior.

—Esperaba una mansión —decimos Claudine y yo al mismo tiempo.

Es cierto.

¿Dónde están los mayordomos y los chefs que se enfilarán fuera de la mansión para darnos la bienvenida?

¿Dónde están los jardines y la piscina?

¿Dónde está todo lo que imaginé que habría?

¿Será que monsieur Montalbán se quedó con las casas gigantescas luego del divorcio?

—Sígueme —nos dice Pauline y entra al complejo de apartamentos a paso veloz.

Ya siento un poco de cariño hacia ella, espero que podamos seguir en contacto cuando tengamos que volver al pueblo. Entramos al edificio y me siento un poco aliviada cuando veo lo elegante que es todo por dentro.

Subimos en el ascensor acompañadas por Pauline y Antoine, quien va siempre a nuestras espaldas. Vamos sin escalas al último piso y las puertas del ascensor se abren cuando suena una campanilla. El pasillo por el que avanzamos tiene un alfombrado de color rojo con motivos dorados, las paredes son de color crema y está muy bien iluminado. Hay una sola puerta que es a donde nos dirigimos. Es doble, de caoba y tiene un par de ventanales ovalados de vidrio templado. Tiene ese aspecto elegante que esperaba aunque en una menor escala a lo que me imaginé cuando pensé en la mansión.

Pauline se detiene y llama a la puerta golpeando tres veces el cristal con sus nudillos, eso significa que hay alguien dentro. ¿Serán los mayordomos y los chefs? Aún me queda una mínima esperanza. Una mujer regordeta y de edad avanzada nos abre la puerta. Viste un pulcro traje de color blanco y recibe a Pauline con una sonrisa. Noto cierto parecido entre ambas, sobretodo en la forma de sus ojos y sus narices respingadas.

—Ella es mi madre, su nombre es Alberta Leblanc —nos explica Pauline y todo cobra sentido—. Ambas vivimos aquí aunque el apartamento le pertenece a madame Marie Claire, ocupamos el sitio mientras ella está fuera de la ciudad —mira a su madre y continúan las presentaciones—. *Maman*, ellas son Claudine Durant y Apoline Pourtois, vienen con madame Marie Claire.

Me siento contenta de que Pauline recuerde nuestros nombres, debe ser muy eficiente en su trabajo. Claudine se queja al no recibir su sopa de pollo en una bandeja de plata y tengo que volver a golpearla con el codo para hacerla callar. Alberta estrecha las manos con nosotras y nos invita a pasar al apartamento.

El interior me deja sin palabras.

La estancia del apartamento es tan grande que me recuerda a la plaza donde se ubica la verbena. Las paredes son de color blanco al igual que los azulejos del piso. Hay un par de sofás frente al televisor de plasma y un desayunador que conecta con la pequeña cocina. Hay también un par de puertas cerradas y un ventanal con acceso a la terraza. Una escalera de caracol conduce a un piso superior y desearía poder explorar el sitio por mi propia cuenta. El amueblado negro contrasta con el blanco de las paredes y logra un buen efecto.

Hubiera preferido una mansion, pero el apartamento no está nada mal.

—La habitación de visitas está arriba —nos dice Pauline—. El cuarto de baño y la sala de entretenimiento están también en la segunda planta. Mi madre y yo vivimos aquí abaj, estaremos todo el tiempo a su disposición.

—Creo que necesito un baño —comento en voz baja tras imaginar lo cómodo que debe ser darse una ducha en un baño elegante.

—Claro, mademoiselle, lo tendrá —me responde Pauline eficientemente.

Maldición.

No hablaba en serio con ese comentario.

—*Maman*, mademoiselle Durant quiere sopa de pollo y limonada —dice Pauline a Alberta—. Prepara también el baño para mademoiselle Pourtoi.

Alberta sube velozmente la escalera de caracol y veo a Pauline entrar a una de las habitaciones de la planta baja.

Quisiera comentar algo con Claudine pero ella se encuentra absorta mirando por el ventanal.

Sé que esperaba sirvientes y mayordomos pero mi intención no era aprovecharme de ellos.

Puedo preparar yo misma la sopa de pollo para Claudine y luego ducharme, ¿es necesario que Alberta Leblanc se esfuerce tanto por nosotras?

Antoine pasa detrás de mí con nuestro equipaje y me pregunto si debo ofrecerme a ayudarlo.

¿Para qué necesita madame Marie Claire tanta servidumbre si ni siquiera vive en París?

—Un obsequio de madame Marie Claire.

Me sobresalto al escuchar la voz de Pauline. Está de pie frente a mí y me ofrece una pequeña tarjeta de color blanco. La tomo con un par de dedos y veo que Claudine también acaba de recibirla. La tarjeta lleva un texto escrito con estilizada caligrafía de color negro. *Montalbán Entreprises* rezan aquellas palabras. Miro el reverso y me sorprendo al ver que es idéntica a una tarjeta de crédito.

—Madame Marie Claire es dueña de *Montalbán Entreprises* —nos explica Pauline—. Sus cadenas de negocios, *boutiques*, zapaterías y salones de belleza existen en toda Francia y algunas partes de España, Italia, Corea del Sur y Norteamérica.

Me quedo sin aliento.

¿Cómo es que no lo sabía?

—Muchos negocios de Francia, además, reciben su financiamiento por parte de *Montalbán Entreprises* —sigue diciendo Pauline—. Como retribución y agradecimiento, el consumo en esos establecimientos es gratis para madame Marie Claire y su círculo más allegado. Basta con presentar esa tarjeta en cualquier sitio que esté afiliado con nosotros.

¿Quién soy yo para tener semejante beneficio en mis manos?

Todo me parece una broma de mal gusto.

—Tengo que volver con madame Marie Claire —nos informa Pauline—. Si no necesitan otra cosa, me retiro.

Nos ofrece una leve inclinación de la cabeza y se va a paso decidido por la puerta de entrada. Me quedo plantada en mi sitio sin dejar de mirar la tarjeta de beneficios. Todo lo que puedo pensar es lo que Pauline acaba de decirnos sobre madame Marie Claire. Siempre supe que los Montalbán eran una familia importante y adinerada pero, ¿tanto como lo era madame Marie Claire? Me enfurece saber que su empresa lleva el apellido de su ex esposo.

—Sígame, mademoiselle Pourtoi —escucho decir a Alberta desde la escalera de caracol—. Su baño está listo.

Me despido de Claudine con una sonrisa y acompaño a Alberta hacia la segunda planta del apartamento. Las paredes y el piso son exactamente iguales a los del recibidor. Hay cuatro puertas cerradas en el nuevo pasillo y las paredes están decoradas con coloridos cuadros de arte abstracto enmarcados en hoja de oro. Le sonrío a Antoine cuando lo veo pasar a mi lado y baja la escalera a toda velocidad, debe ir directo a su auto para trasladar a Pauline.

Alberta abre una de las puertas y entramos juntas a una habitación tan grande como la que Jacques ocupaba en *Le Village de Tulipes*.

Es curioso, el apartamento parece más grande estando dentro.

Todo el amueblado tiene un aire colonial que me encanta, me recuerda a mi amado pueblo y la nostalgia me golpea con fuerza. Sobre la cama con dosel ya se encuentra dispuesta una muda de ropa y me sonrojo al ver que incluso me han seleccionado la ropa interior.

Espero que haya sido Alberta y no Antoine.

Alberta sigue andando y abre una segunda puerta dentro de la habitación para dejarme entrar al más grande cuarto de baño que he visto.

Los azulejos son de color salmón al igual que los gabinetes. Una puerta conduce a otra habitación y una tercera, a juzgar por su ubicación, conduce al pasillo. Veo la tina llena de agua caliente y mis artículos de higiene personal me esperan ya sobre un gabinete, así como una toalla de impecable color blanco.

—Mademoiselle Durant y usted usarán la habitación de huéspedes —me dice Alberta.

Detiene su explicación para mirarme alarmada.

— ¡Qué torpe soy! —Exclama dando una palmada—. ¡No le ofrecí nada de beber! ¿Quiere un poco de agua? ¿Le preparo un té o algo de licor? ¿Quiere una taza de café? ¿Y qué tal un bocadillo?

—Tranquila, Alberta —le digo reprimiendo una carcajada—. Estaré bien, ve a preparar la sopa de Claudine.

Alberta se retira, no sin antes dedicarme una inclinación de la cabeza, y me deja sola en la habitación. Cierro la puerta y la aseguro pues tengo la seguridad de que Alberta podría entrar sin llamar antes, bajo la excusa de traerme cualquier objeto innecesario.

Me pregunto si a madame Marie Claire le gusta vivir rodeada de tantas atenciones.

Puedo escuchar el sonido que hace Alberta en la cocina y me siento aliviada al saber que ha encontrado otra cosa en qué entretenerse. Avanzo hasta la tina llena de agua caliente y me desnudo para tomar un agradable baño con el que pueda descansar y olvidarme de todo por un rato.

Jamás había tomado un baño tan agradable pero creo que esa sensación se debe, más que nada, a que me maravilla el sitio donde vamos a quedarnos. El apartamento de madame Marie Claire podría tomarse como una mansión en miniatura, me pregunto si tuvo que conseguir los permisos de construcción para ampliar el segundo piso de su propiedad. Quiero inspeccionar cada habitación del apartamento para saber qué hay detrás de todas las puertas cerradas pero

no quiero entrometerme en la vida privada de madame Marie Claire. Me alegra que Alberta, Antoine o quien fuera el que dispusiera la muda de ropa sobre la cama eligiera lo más cómodo posible. Será mejor para mí salir a recorrer la ciudad usando jeans ajustados y no un vestido.

Cepillo mi cabello húmedo y lo dejo caer sobre mis hombros para esperar a que se seque por su cuenta y así pueda peinarlo con una coleta. Me doy un rápido vistazo en el espejo y me siento contenta con mi aspecto, me gusta más verme vestida de forma casual que intentando parecer formal. Escucho abajo las carcajadas que suelta Claudine mientras conversa con Alberta. Mi estómago reclama por la falta de alimento pero quiero desempacar antes de bajar a probar esa sopa de pollo, prefiero ser yo quien saque todas las cosas de mi maleta antes de que Alberta les ponga una mano encima y las coloque en sitios donde no pueda encontrarlas fácilmente.

Me alegra saber que mis pertenencias siguen intactas.

Guardo la ropa en el armario y dejo sobre la mesa de noche la fotografía donde aparecemos Jacques y yo. Tomo mi teléfono celular y busco en la agenda telefónica el número de Jacques.

¿Debería enviarle un mensaje diciéndole que estoy en París?

Hace ya bastante tiempo que no sé nada de él así que es probable que ni siquiera siga teniendo el mismo número telefónico. Con todo escribo el mensaje diciéndole dónde estoy y se lo envío con la esperanza de que se ilusione al recibir noticias de mí. Guardo mi teléfono en el bolsillo de mis pantalones y bajo a la primera planta del apartamento. Claudine está sentada en un banco del desayunador y bebe un vaso de limonada mientras Alberta se ocupa de cocinar. Al verme bajar por la escalera de caracol, Claudine se levanta de su asiento y corre para llevarme a rastras hasta el sitio donde antes estaba ella. Me obliga a sentarme y no puedo evitar soltar una carcajada.

— ¿Quiere un poco de limonada, mademoiselle Pourtoi? —me pregunta Alberta acercándose a mí con un vaso previamente preparado.

Asiento con la cabeza y le agradezco con una sonrisa. He decidido acostumbrarme a las atenciones de Alberta, intentaré sacarle provecho a cada segundo de mi estancia en París. Y lo primero que quiero hacer es salir a explorar. Sé que les prometí a mis padres que no saldría a ver la ciudad sin la compañía de madame Marie Claire pero estoy segura de que no les importará si salgo a caminar por los alrededores sólo por un momento.

—Saldré a dar un paseo —anuncio levantándome de mi asiento.

— ¿No quiere probar la sopa de pollo, mademoiselle Pourtoi? —me pregunta Alberta y tengo que responder antes de que suelte las múltiples opciones de desayunos que podría preparar.

—No tardaré, sólo quiero conocer los alrededores —le digo esbozando una sonrisa.

— ¿Quieres que vaya contigo? —me pregunta Claudine haciendo el ademán de levantarse.

—Estaré bien —les aseguro y me despido de ellas con una sacudida de la mano para atravesar la puerta principal.

Avanzo por el pasillo casi al trote para tomar el ascensor y bajar a la recepción del edificio. No me había fijado hasta ese entonces en el hombre que vigila la entrada, va vestido con un uniforme de color rojo y me recuerda al botones de un hotel. Me despide con una sonrisa y yo me enfilo por la calle. Mi plan es conocer los alrededores y luego buscar hasta el cansancio la universidad donde debe estar Jacques.

De repente estoy ya frente a la *Tour Eiffel*, es casi como si mis pies me hubieran conducido hasta aquí intencionalmente. Es una construcción gigantesca y me hace sentir demasiado insignificante estando cerca de ella. Tengo que hacer sombra con la palma de mi mano derecha para evitar que el sol me deslumbre cuando levanto la vista para ver la punta. Es como si de pronto hubiera alcanzado a cumplir el mayor objetivo de mi vida. Desde que tengo uso de la

razón he querido conocer la *Tour Eiffel* pero ahora que finalmente la tengo enfrente no siento ese júbilo que debería llenarme, esa sensación de haber triunfado, esa satisfacción que debería hacerme sentir contenta.

Recuerdo que Jacques me prometió en varias ocasiones que visitaríamos juntos la *Tour Eiffel* algún día. Estar aquí, sin él, me hace sentir más sola que nunca. Siento el nudo aparecer en mi garganta cuando lo imagino paseándose por aquí con cualquier otra chica.

Juntos.

Tomados de las manos.

Besándose.

Enjugo mis lágrimas con el dorso de la mano e intento esbozar una sonrisa. Sé que esos pensamientos van por parte de mi inseguridad y no debo hacer caso de sus calumnias.

Jacques me ama y me ha prometido que nos casaríamos cuando terminara sus estudios universitarios, tengo que confiar en él.

Se escucha el obturador de una cámara fotográfica detrás de mí y me giro velozmente para encontrarlo. Mi corazón da un vuelco y siento que estoy dentro de uno de mis sueños más locos, las mariposas comienzan a revolotear en mi estómago cuando lo veo sonreírme.

Es Jacques.

—Disculpa —me dice, su voz es más hermosa que cualquier coro angelical—. No pude evitar fotografiarte, te veías hermosa mirando la *Tour Eiffel* con ese aire tan melancólico.

Algo va mal.

¿Por qué no se ha lanzado a besarme?

¿Por qué no estoy entre sus brazos?

¿Por qué no me atrevo a acercarme a él?

Jacques baja la cámara digital que tiene en la mano y la guarda en el bolsillo de su cazadora color beige.

—No hay cuidado —le respondo con timidez y doy un par de pasos hacia él.

Desearía poder tropezar y que él me atrapara. Se siente tan frío nuestro vínculo, casi como si jamás hubiéramos sido pareja. ¿Es acaso por el largo tiempo que pasamos separados?

— ¿Te he visto antes? —me pregunta dando un paso hacia mí—. Tus ojos me parecen conocidos.

Me quedo sin habla al escuchar eso y siento un vacío en la boca del estómago.

¿Qué quiere decir con eso?

¿Está jugando conmigo?

De pronto he perdido el habla y no puedo responderle.

—Bueno, debió ser hace años —me dice con una sonrisa y se despide para alejarse.

Lo veo mientras me quedo inmóvil y el nudo en mi garganta crece hasta que estallo en un sollozo. Entonces lo veo reunirse con una chica rubia a la que sólo puedo ver de espaldas. La chica suelta una aguda risa y rodea el cuello de Jacques con sus brazos mientras se balancean y un grupo de muchachos hacen muecas de hastío. Mi corazón se parte en mil pedazos y me siento morir al darme cuenta de que he venido a París sólo para encontrarme con el peor escenario posible.

Jacques Montalbán se ha olvidado de mí.

Corrí sin parar hasta la Rue du Général Camou, sitio donde se encuentra el complejo de apartamentos. Ni siquiera me ha importado cruzar las calles sin mirar antes a ambos lados, en realidad me habría encantado que un auto me pasara por encima para acabar con mi sufrimiento. Siento que los mil trozos en los que mi corazón se ha partido se desmoronan en mi interior, me dejan vacía como si mi vida pronto hubiera dejado de significar algo. Entro al complejo de apartamentos tras ignorar el llamado del sujeto que vigila la entrada. Me ha visto llorar, sin duda, y me pide a gritos que me detenga para poder hablar.

¿Qué infiernos le importa a ese descarado lo que me ha pasado?

Presiono repetidas veces el botón para llamar al ascensor, mis manos tiemblan y veo caer mis lágrimas sobre la punta de mis zapatos deportivos. Siento un opresivo dolor en el pecho, me sería imposible describir con palabras lo que siento justo ahora. Enjugo mis lágrimas con el dorso de mi mano derecha y utilizo la izquierda para aporrear el ascensor.

¿Qué lo hace tardar tanto?

Las puertas se abren finalmente y escucho la campanilla que anuncia su llegada. Entro tambaleándome y vuelvo a poner el ascensor en marcha, todo mi cuerpo pareciera estar hecho de gelatina. Me dejo caer en el suelo tras percibir que comienza a subir y tengo que darle una patada al botón para detener la máquina.

Se escucha un rechinido y el ascensor se queda estático, el único sonido que acompaña mis sollozos es la música de ambiente que sale por las bocinas. Mi respiración se agitó tanto que me cuesta retener el aliento, siento que mi corazón retumba con violencia contra mi pecho.

¿Cómo es que sigue latiendo tras haberse quebrado en millones de trocitos?

El vacío en mi estómago se acrecienta y suelto un fuerte grito mientras aporreo las paredes del ascensor con los puños. Siento tanto dolor, tanto enfado, tanto odio, no me explico cómo fue que las cosas se torcieron de esta forma tan detestable. Me siento morir, no hay otra forma de explicarlo.

Mi furia se desvanece con cada golpe que le doy a la pared del ascensor.

Vuelvo a poner en marcha la máquina cuando logro calmarme un poco, me sorprende que siga funcionando luego de la pequeña abolladura que provoqué con mis golpes. Las puertas se abren cuando llego al último piso y siento un tremendo impulso de estrangular a quien tuviera la brillante idea de hacer sonar la campanilla. Salgo del ascensor con pasos más firmes y me enfilo hacia la puerta del apartamento. La golpeo con los nudillos un par de veces y Alberta la abre para dedicarme una sonrisa que se borra cuando ve mi aspecto.

Debo verme horrible.

— ¿Mademoiselle Pourtoi? —oigo llamar a Pauline.

Miro en su dirección y me percato de que tanto ella como madame Marie Claire han vuelto. Antoine se pone en pie de un salto y lo veo tronar sus nudillos como si estuviera a punto de golpear a alguien. Claudine se acerca a mí y busca mis manos para tomarlas pero me niego y salgo corriendo para subir la escalera de caracol.

Sólo quiero desaparecer.

Los escucho murmurar a mis espaldas pero ni siquiera me detengo para intentar averiguar si me insultan o me compadecen. Ninguno sube las escaleras para perseguirme y les agradezco que se queden quietos. Sé que me sentiré mil veces peor si vienen a abrazarme o a darme

consuelo. Entro en el dormitorio de visitas y cierro la puerta dando tal portazo que el cristal de la ventana tintinea. Me acerco lentamente a la cama y me lanzo sobre el colchón soltando un fuerte sollozo. Intento ocultar mi rostro tras una almohada y le agradezco por ahogar mis gritos. Me aferro con fuerza a las sábanas y pateo sin poder recuperar del todo la compostura. Es como si cada sollozo ayudara a escapar al dolor aunque la opresión en mi pecho no disminuye sin importar lo mucho que me esfuerzo por desahogarme.

Era Jacques, de eso estoy totalmente segura.

Era él, eran sus ojos, era su voz, eran sus labios, era su sonrisa.

Me tomó una fotografía como solía hacerlo siempre, sin duda lo hizo para burlarse.

¿No habría sido más fácil presentarme a su nueva conquista? Habría sido una puñalada menos dolorosa que verlo besuqueándose con ella. Me siento engañada, embaucada, desdeñada y herida. ¿Cómo es posible que el hombre que más feliz me hacía tenga que ser también el que más me hiera? Le entregué mi corazón y él lo ha partido en mil pedazos. Ni siquiera sabe quién soy, su nueva novia ha hecho bien su trabajo remplazándome.

¿Quién es ella?

¿Qué la hace más especial que yo?

Pensar en lo ocurrido me hace sentirme mucho peor, me torturo al imaginar los posibles escenarios en los que pudieron conocerse.

Sé que pensar en ese asunto no logrará hacerme sentir mejor pero no puedo evitarlo.

Desearía poder olvidar lo que he visto, desearía no haber llegado jamás a París.

Despierto cuando siento las suaves manos de madame Marie Claire sobre mi rostro. Me retira un par de mechones de cabello que cubren mis ojos y me da un delicado beso en la frente. Puedo sentir que mis ojos aún siguen rojos e hinchados tras haber estado llorando tanto tiempo, el nudo en mi garganta no ha desaparecido. No sé cuánto tiempo he dormido pero me ha servido para mitigar un poco mi dolor. Mi respiración es ahora tranquila y acompasada, los latidos de mi corazón han recuperado su velocidad normal y ya no lo siento retumbar contra mi pecho. Debajo de mi mejilla se siente la humedad del cobertor, mis lágrimas deben haber seguido escapando de mis ojos mientras dormía.

Levanto la mirada y veo a madame Marie Claire esbozando una maternal sonrisa. Sigue acariciando mi rostro y Claudine está junto a ella. Intento incorporarme y siento un punzante dolor en el lado izquierdo de mi cabeza. Me llevo un par de dedos para masajear la sien y madame Marie Claire aprovecha para rodear mis hombros con un brazo.

— ¿Cómo te sientes, Apoline? —me pregunta y detecto la preocupación en su voz.

Intento sonreír pero el punzante dolor me lo impide.

—Mi cabeza me está matando —le digo en voz baja.

Sé que quizá he exagerado un poco pero cualquier cosa podría matarme ahora. Ella dirige la mirada hacia la puerta de la habitación y exclama levantando un poco la voz:

— ¡Alberta, trae un analgésico para Apoline y un vaso de agua, por favor!

No ha gritado tan fuerte pero su voz retumba en mis oídos y me hace sentir aturdida, el dolor se acrecienta cuando cada una de sus palabras llega hasta mis tímpanos. Me abraza con más fuerza y veo a Claudine rodear la cama para colocarse al otro lado de la cama, me toma las manos y les da un fuerte apretón. Madame Marie Claire me hace colocar la cabeza sobre su hombro y me planta un delicado beso en el cabello. El cariño de ambas me hace querer llorar, me recuerda lo que he visto en la *Tour Eiffel*.

— ¿Qué hora es? —consigo preguntar, el nudo en mi garganta comienza a crecer y parece querer impedirme el habla.

—Son casi las once de la noche, querida —me responde madame Marie Claire—. Has dormido casi todo el día.

Alberta llega en ese momento, impidiéndome decir algo más. La anciana regordeta me entrega un vaso de agua y una pequeña píldora para luego alejarse un par de pasos.

Todos me miran como si estuviera convaleciente, como si estuviera muriendo.

Ojalá así fuera.

Me tomo el analgésico con un buen trago de agua y le agradezco a Alberta con una sonrisa, ella me devuelve el gesto y se retira.

Pauline está junto al marco de la puerta y veo que lleva su teléfono celular en la mano. Abre y cierra los labios como si quisiera decirnos algo pero no se decide por hacerlo.

Madame Marie Claire y Claudine hacen caso omiso a su presencia.

— ¿Qué te ha pasado, mi cielo? —me pregunta madame Marie Claire de repente y me siento acribillada por sus palabras.

¿Es necesario hablar de eso?

¿No puedo simplemente olvidarlo y esperar a que nuestro viaje termine?

Tomo un profundo respiro y percibo una lágrima recorrer mi mejilla cuando comienzo a relatar lo ocurrido.

—He visto a Jacques —le digo con voz quebradiza y comienzo a explicar todo lo que ocurrió.

Me sorprende no romper en llanto aunque los sollozos luchan por impedirme la capacidad de hablar. Claudine aprieta mis manos con más fuerza mientras yo sigo hablando, incluso Pauline parece estar compadeciéndose de mí. Recordar lo que he visto en *la Tour Eiffel*, relatarlo y sentir el cariño de madame Marie Claire me reconforta mucho más que llorar sola en la habitación. Quince minutos tardo en explicarle todo, Claudine me entrega un pañuelo para enjugar mis lágrimas y madame Marie Claire tarda unos minutos en responder a todo lo que le he dicho.

—Oh, mi cielo...

Pronuncia sus palabras y me abraza con más fuerza.

¿Es todo lo que pretende decirme?

—Supuse que algo tenía que ver con el hijo de madame Marie Claire —comenta Claudine, no hace falta decir que pretende hablar mal de él.

— ¿Usted lo sabía, madame Marie Claire?

La pregunta escapa de mis labios antes de considerarlo siquiera. No desconfío de madame Marie Claire, sé que ella jamás me habría traído a París de saber lo que me esperaba. No quiero pensar en que esa mujer es parte del engaño. Ella me abraza con más fuerza.

—No lo sabía, mi cielo —me responde—. Apoline, lo lamento mucho.

No sé cómo sentirme, no sé qué responder.

—Pauline —la escucho decir—. Consigue un vuelo de vuelta a Bordeaux.

—Sí, madame —responde ella con eficiencia.

¿Qué?

¡No!

No quiero volver al pueblo, aún no.

Tiene que haber una explicación a lo ocurrido y me niego a volver sin antes haberlo descubierto. Conozco a Jacques como a la palma de mi mano y sé que puedo indagar en la situación para descubrir lo que ha ocurrido. Es claro que Jacques no soportó estar lejos de mí y se consiguió a esa chica rubia. Pero yo estoy aquí, en París. Y si consigo hacer que Jacques me escuche, estoy dispuesta a mudarme aquí con tal de hacer que él vuelva a amarme. Acaricio la sortija de compromiso con las yemas de mis dedos, casi parece un tic nervioso. Sé que Jacques aún me ama, todo lo que debo hacer es ayudarlo a recordar.

— ¡No, Pauline! —exclamo y todas las miradas de ciernen sobre mí.

¿Qué estoy haciendo?

—Me quedará aquí —le digo a madame Marie Claire, casi parece una súplica.

Ella me sonrío con ese aire maternal y asiente con la cabeza.

Sé que no tengo que explicarle lo que estoy pensando para que lo entienda.

Me da un fuerte apretón con el brazo que me rodea y me siento protegida por un momento.

Sin embargo, Pauline recibe una llamada que nos sobresalta. Escucha con atención a su interlocutor y asiente tras un par de segundos.

—Hazlo pasar —dice y termina la llamada para llamar a madame Marie Claire diciendo—: Madame, monsieur Montalbán y su hijo están aquí.

Siento que mi mundo cae en pedazos.

¿Qué hacen ellos dos en el apartamento?

Madame Marie Claire sale junto con Pauline tras ordenarnos que no salgamos de la habitación. ¿Por qué no podemos salir? ¡Jacques está aquí y tengo que hablar con él! Intento seguirla pero Claudine me detiene y me sujeta por los brazos para evitarme el escape. Casi parece que intentan ocultarme algo.

—Deberíamos esperar aquí —me dice Claudine, puedo escuchar las voces en la planta baja—. Madame Marie Claire nos dirá después lo que ha...

La interrumpo cuando avanzo al pasillo fuera de la habitación y me pongo de rodillas cerca de la escalera de caracol para escuchar la conversación que se da abajo. Claudine me sigue, hacemos un gran esfuerzo para no asomar nuestras cabezas por la abertura que conduce al piso inferior.

—Me da mucho gusto verte, Jacques —dice madame Marie Claire y puedo imaginarla abrazando a su hijo.

—Te extraño, madre —dice él—. No sabía que estuvieras en París, ¿cuánto tiempo piensas quedarte?

—Jacques, ve al auto y espera ahí —dice la voz de monsieur Montalbán, no puedo evitar enfurecerme al escuchar cómo intenta alejar a madame Marie Claire de Jacques—. Tengo que hablar con tu madre.

—Me quedaré un par de semanas, Jacques —responde madame Marie Claire tras una breve pausa.

—En ese caso, vendré a verte mañana —le dice Jacques y pronto lo escucho atravesar la puerta de entrada.

Sé que Pauline, Alberta y quizá Antoine siguen abajo, por un momento me alegro de saber que madame Marie Claire no se quedará sola con monsieur Montalbán.

No he logrado olvidar aquél día, en el pueblo, cuando los escuché discutir y su pelea terminó en agresiones físicas.

— ¿Qué haces aquí? —escucho decir a madame Marie Claire, me siento aliviada al escuchar que la visita de ese hombre no estaba planeada.

Tengo que admitir que, por un minuto, esperaba escuchar que ambos hablaban sobre lo ocurrido en la *Tour Eiffely* que dirían cosas alusivas a que yo he descubierto el engaño de Jacques. Se hace el silencio por un momento, no me es difícil imaginar a Antoine preparándose para sacar a monsieur Montalbán del apartamento a rastras. Me imagino también a Alberta en un rincón, intentando mimetizarse con el color de las paredes. Pauline debe estar junto a madame Marie Claire, no estoy segura de cómo reaccionaría en un momento así.

—Jacques y yo cenamos juntos hoy —escucho decir a monsieur Montalbán, parece furioso—. Me ha mostrado las fotografías que tomó en una de las recaudaciones de fondos para los hospitales en los que trabaja y apareció eso entre las imágenes.

Se escucha que monsieur Montalbán le lanza un objeto pequeño a madame Marie Claire y alguien lo atrapa, me imagino que debió ser Pauline pues madame Marie Claire debe estar muy ocupada fulminando a su esposo con la mirada.

Hay un momento de silencio.

— ¿Quieres explicarme qué está haciendo ella en París?
Es entonces que me doy cuenta.
Todo ha sido un complot de monsieur Montalbán.

Silencio.

Ni siquiera consigo escuchar las respiraciones de las personas de abajo.

Puedo imaginar a madame Marie Claire mirando incrédula a monsieur Montalbán. Antoine debe estar ansioso por obligarlo a retirarse del apartamento. Pauline y su madre deben querer ocultarse.

— ¿Y bien? —Urge monsieur Montalbán—. ¿Vas a responderme?

Lo detesto.

—No tengo nada que decirte —responde madame Marie Claire con firmeza—. ¿Has venido a verme por una estúpida fotografía?

Me enorgullece saber que se enfrenta a ese hombre con valentía.

— ¿Tú la has traído? —inquire monsieur Montalbán.

No, he venido haciendo *autostop* desde Bordeaux.

¡Pues claro que me ha traído ella, grandísimo idiota!

Desearía poder salir de mi escondite y enfrentarme a él pero mis piernas no quieren colaborar.

— ¡Respóndeme! —Exige él tras recibir silencio absoluto—. ¿Tú has traído a esa *sucia pueblerina*?

Su insulto es como un fuerte puñetazo en la boca del estómago.

Quiero golpearlo.

—Su nombre es Apoline —me defiende madame Marie Claire y no puedo evitar sonreír cuando la escucho decir mi nombre.

—Me importa un miserable comino su nombre, quiero que se vaya.

¿Qué?

—Tu hijo, nuestro hijo —le aclara ella con severidad—, se comprometió con ella y tiene que cumplir su palabra.

— ¡Ningún hijo mío va a casarse con semejante *aborigen*!

No puedo evitar odiar a ese hombre.

— ¡Pues quieras o no, me encargaré de que Jacques cumpla su palabra!

Claudine me da una sacudida para hacerme volver a la habitación y yo me niego rotundamente.

—Te lo advierto, Claire —dice monsieur Montalbán con tono amenazador—. He pasado mucho tiempo intentando evitar que mi hijo arruine su vida. Si esa chiquilla intenta hacer algo, ella y tú lo pagarán caro.

No puedo evitar sentirme asustada.

¿Pretende lastimarnos a ambas si intentamos acercarnos a Jacques?

Escucho el portazo que da ese hombre al salir por la puerta principal y finalmente puedo levantarme. Bajo la escalera de caracol para reunirme con madame Marie Claire, Claudine me sigue como una sombra.

—Antoine, ve a la recepción del edificio y encárgate de que François no vuelva a poner un pie en la propiedad.

Madame Marie Claire pronuncia esas palabras con tal firmeza que me quedo quieta un instante para analizar la situación antes de convertirme en el blanco de su ira. Antoine asiente

con la cabeza y se retira del apartamento. Madame Marie Claire tiene aún la cámara digital en sus manos y revisa las fotografías velozmente hasta encontrar lo que busca. Le entrega el aparato a Pauline y le ordena:

—Investiga a esa chica, Pauline, quiero saber todo sobre ella.

Por un momento pareciera ser ella quien tiene el corazón roto. Sé que lo hace por mí y me siento muy agradecida. Pauline entra en una de las habitaciones de la primera planta y madame Marie Claire se deja caer en un sofá soltando un fuerte suspiro. Claudine y yo nos acercamos a ella para hacerle compañía, no puedo evitar sentirme aún abrumada por la visita de monsieur Montalbán. Quisiera saber lo que madame Marie Claire está pensando aunque, sea lo que sea, seguramente me ayudará a resolver esta situación. El dolor que antes me provocó saber que Jacques tiene una nueva novia parece haberse esfumado, ha sido remplazado por la esperanza. Sé que todo se resolverá pronto, sólo debo confiar en madame Marie Claire.

—Apoline —me dice madame Marie Claire de repente, no puedo evitar sobresaltarme al escucharla—. No sé lo que está planeando François, pero tú y yo tenemos que poner manos a la obra.

No la entiendo pero igual asiento vigorosamente.

—Conozco a mi hijo y él no puede haberte olvidado así como así —continúa—. Aquí hay gato encerrado y vamos a descubrir de qué se trata.

Puedo adivinar que madame Marie Claire sólo quiere sabotear a su ex esposo pero igual asiento nuevamente. Ella toma su teléfono y hace una llamada. Se hace el silencio entre nosotras, Alberta intenta mantenerse tan silenciosa como puede mientras lava la vajilla.

—Hola, mi cielo —dice madame Marie Claire al teléfono y hace una breve pausa—. Tu padre dejó aquí tu cámara digital y quiero devolvértela —hace otra pausa y quiero arrebatarse el teléfono para poder escuchar la voz de Jacques—. ¿Qué te parece si vienes al apartamento a desayunar mañana?

De repente estoy chocando las palmas con Claudine para celebrar que Jacques nos acompañará por un rato. Sé que no logra entender lo que ocurre pero me alegra poder compartir el júbilo con ella.

¿Es normal pasar tan rápido de la tristeza extrema al júbilo y el regocijo?

—Nos veremos mañana, hijo —dice madame Marie Claire—. Te amo.

Y llegan a mí los celos.

¿Porqué madame Marie Claire puede pronunciar esas dos palabras con tanta naturalidad?

Desearía poder hacer lo mismo.

Madame Marie Claire termina la llamada y se levanta para ir con Alberta.

Claudine y yo la seguimos con la mirada.

—Alberta, mañana vendrá mi hijo a desayunar con nosotras —le dice y Alberta se mantiene en silencio—. Quiero que prepares algo delicioso —Alberta asiente y vuelve a sus tareas, madame Marie Claire nos mira de vuelta y continúa—: Ustedes dos deben dormir, mañana les explicaré lo que haremos.

Nos dedica su sonrisa maternal y nos envía a la cama.

Tengo que irme a regañadientes pues quiero saber lo que ella planea, la veo entrar en la habitación donde Pauline sigue haciendo su trabajo y cierra la puerta tras de sí. Quisiera irme a la cama y despertar para enterarme de que todo ha sido un mal sueño, no logro comprender lo que sucederá luego de ver a Jacques, tampoco puedo predecir lo que quiere hacer madame Marie Claire.

Me siento terriblemente confundida, tal parece que no ha servido de nada venir a París.

Claudine y yo avanzamos hasta nuestro dormitorio.

Ella cierra la puerta antes de que Alberta venga a arrojarnos y me dedica una sonrisa traviesa. Intento devolverle el gesto pero el júbilo que sentía hace unos momentos se ha

desvanecido nuevamente. Creo que necesito tratar mis drásticos cambios de humor con un buen psicólogo.

Vuelvo a sentir el nudo en mi garganta cuando imagino a Jacques presentándose con esa chica rubia. Abrazándola por la cintura, mimándola, besándola...

—Tranquila —me dice Claudine cuando suelto un leve sollozo, se acerca a mí y me envuelve en un fuerte abrazo—. Sea lo que sea, madame Marie Claire lo resolverá y volverás a estar con tu novio.

La abrazo de vuelta deseando que tenga razón en sus palabras. No sé qué será de mí si no consigo hacer que Jacques me ame de vuelta. Si no vuelvo al pueblo anunciando que mi compromiso sigue en pie, seguramente me quedaré como una solterona el resto de mi vida mientras esa chica rubia lo tiene entre sus brazos.

Claudine y yo nos ponemos los pijamas y nos acurrucamos bajo las sábanas. La escucho decir sus oraciones y se hace un ovillo antes de caer en un sueño profundo. Me alegro de que todo el asunto de Jacques y su nueva novia no le quite el sueño a Claudine. Tengo que cerrar los ojos y obligarme a dormir antes de que mis pensamientos vuelvan a ponerse en mi contra y me hagan figurarme dolorosos escenarios. Mi subconsciente gana la batalla y vuelvo a pensar en esa chica rubia. ¿Qué haré si algún día llego a topármela de frente? ¿Me atrevería a reclamar a Jacques como de mi propiedad o simplemente pasaría de largo y la ignoraría?

De alguna forma tengo que conocerla para así saber qué la hace mejor que yo e intentar superarla.

Sólo puedo estar segura de una cosa: pase lo que pase, no importa cuánto tarde, Jacques volverá a ser mío.

Escucho a Claudine levantarse y me alegra saber que me quedé dormida en algún punto de la noche. Suelto la almohada que había estado abrazando y me tallo los ojos con los nudillos para desperezarme. La cama del dormitorio para invitados es tan cómoda que bien podría quedarme aquí el resto de mi vida. Claudine me golpea con una almohada y ambas soltamos una carcajada. Se siente como si no me hubiera reído en años.

— ¿Vas a quedarte ahí, dormilona? —me pregunta Claudine y me levanto para luego dejar caer mi cabeza sobre las almohadas nuevamente tras un par de segundos—. ¡Vamos, arriba!

Me ataca haciéndome cosquillas y ambas seguimos riendo sin parar.

Cuando me deja en paz la veo dirigirse al cuarto de baño y yo tengo la oportunidad de recuperar el aliento. Empezar el día con una carcajada me ha ayudado a desaparecer ese incipiente nudo en mi garganta. Bien dicen que la risa es el medicamento del alma.

Hoy veré a Jacques y no lo dejaré escapar hasta haber resuelto todas mis dudas. Lo haré recordarme, haré que revivan todas las experiencias que tuvimos en el pueblo. Me siento emocionada y quiero dar saltos por el apartamento entero.

Me levanto y busco en el armario una muda de ropa, las prendas más hermosas que he traído conmigo. La decepción cae sobre mí como un balde de agua fría cuando veo que los vestidos que empaqué me harán ver igual a Pauline. Me niego a verme como una secretaria así que decido usar un par de ceñidos pantalones vaqueros de color azul y una blusa de color púrpura con un pequeño escote redondo.

Te maldigo, guardarropa.

Claudine sale del cuarto de baño tras darse una rápida ducha y llega mi turno de acicalarme. Me aseguro de cerrar bien la puerta para evitar las intromisiones de Alberta y me desnudo para entrar en la ducha.

Limpia, vestida y peinada, bajo por la escalera de caracol intentando evitar que mi subconsciente me traicione y me haga llorar nuevamente. No quiero que Jacques entre por la puerta principal y me vea con los ojos rojos e hinchados. Acaricio la sortija de compromiso y

una sonrisa estúpida se dibuja en mi rostro, quiero verlo cuanto antes y lanzarme a sus brazos.

Quizá incluso me atreva a besarlo nuevamente.

Pauline aparece de repente y me toma del brazo para llevarme a un rincón de la estancia, no puedo evitar sentirme acorralada.

—Madame Marie Claire se ha ido y tengo instrucciones para usted, mademoiselle —me dice Pauline.

Ahora lo entiendo todo, madame Marie Claire quiere dejarme a solas con Jacques.

—Cuando aparezca el joven Montalbán, usted lo detendrá aquí tanto tiempo como le sea posible —me dice Pauline—. He dejado la cámara sobre el desayunador, debe entregársela y lograr que la invite a salir hoy mismo.

No puedo evitar emocionarme ante el plan de Pauline.

—Yo iré con mademoiselle Durant para continuar con la investigación de la chica con la que el joven Montalbán está saliendo —sigue diciendo—. Si necesita cualquier cosa, Antoine y mi madre estarán a su disposición.

Me causa gracia ver a Pauline hablar tanto sin dar un respiro.

Ella me conduce al desayunador y me hace sentarme ahí mientras convence a Claudine de irse a recorrer París en busca de la chica rubia.

Quisiera acompañarlas pero por nada del mundo dejaría ir la oportunidad de estar a solas con Jacques. Claro, eso es excluyendo a Alberta y Antoine.

Pauline y Claudine se despiden de mí con una sacudida de las manos y se retiran al mismo tiempo que Alberta recibe a nuestra esperada visita. Jacques aparece en el umbral de la puerta y saluda a Pauline con un beso en la mejilla. Intercambian palabras y yo siento que podría perderme al verlo sonreír de esa forma tan encantadora. Pauline se despide y Claudine me lanza un guiño antes de desaparecer.

Jacques entra entonces al apartamento y Alberta le quita su cazadora negra para dejarla en el perchero junto a la entrada. Nuestras miradas se cruzan y me siento derretir al hacer contacto visual con sus ojos color aceituna. Su sonrisa se vuelve más amplia cuando camina hacia mí y tengo la esperanza de que venga a besarme.

— ¡Eres tú! —me dice—. ¡La chica de ayer!

Y el júbilo da paso al dolor cuando Jacques vuelve a tratarme como si jamás me hubiera conocido.

—Creo que no nos hemos presentado como es debido —me dice avanzando hacia mí—. Soy Jacques, Jacques Montalbán.

Por supuesto que sé quién eres, ¿qué diablos te pasa?

—Apoline Pourtoi —le respondo y extendiendo mi mano derecha para estrecharla con él—. Encantada de conocerte.

No puedo describir la sorpresa que brilló fugazmente en sus ojos al escuchar mi nombre. Me toma la mano que he extendido y me besa los nudillos. Intercambiamos una sonrisa, no sé qué hacer para romper el hielo así que digo lo primero que se me ocurre.

— ¿Quieres sentarte?

Le señalo el sofá más grande y él avanza sin borrar esa sonrisa suya.

—No te había visto por aquí antes —me dice él mientras intenta acomodarse—. ¿Trabajas para mi madre?

Otro puñetazo directo a la boca del estómago.

¿En verdad no me recuerda?

—Soy su empleada en el salón de belleza que tenemos en *Le Village de Tulipes*, un pueblo cerca de...

—Bordeaux —dice y me mira extrañado—. ¿Vienes del pueblo?

¿Cómo es que recuerda el pueblo pero no a mí?

Asiento y llegan las bebidas por parte de Alberta.

Es limonada fría.

— ¿Cómo es que no te había visto antes? —Me pregunta tras darle un buen sorbo a su bebida—. Viví en el pueblo desde los diez años, tuve que mudarme aquí para estudiar la universidad —toma un respiro antes de continuar—. En realidad, no conservo muchos recuerdos de esa época.

¿Qué?

—Pero tú y yo nos conocemos desde los diez años —le digo con voz trémula e intento escudarme tras mi bebida.

— ¿De la escuela? —me pregunta.

¿Cómo puedo hacerle ver que soy la mujer a la que prometió desposar?

Desearía poder contar con el apoyo de madame Marie Claire, si ella estuviera aquí podría dedicarme una de sus sonrisas maternas para infundirme valor y darme ánimos. No es normal que alguien te olvide de la noche a la mañana, ¿qué fue lo que pasó aquí?

—Aún me parece que te he visto antes —me dice Jacques cuando no recibe respuesta a su última pregunta, lo miro y nuevamente me escudo con mi vaso de limonada—. ¿De dónde nos conocemos?

No sé si en realidad quiere una respuesta o se está burlando de mí.

De pronto estoy balbuceando intentando decirle quién soy yo pero algo me detiene. No logro entender nada, desearía poder estar en el pueblo y no aquí en París.

Jacques fija su mirada en mi sortija de compromiso y la sorpresa vuelve a brillar fugazmente en sus ojos.

Quisiera saber lo que está pensando.

—Está servido el desayuno —nos anuncia Alberta y ambos nos levantamos para dirigirnos al

desayunador.

¿Qué se supone que debo hacer con él?

¿Hacerlo recordarme?

Pero si él parece no saber absolutamente nada de mí, no es como si se hubiera enamorado de alguien más y me haya superado, en realidad es como si yo jamás hubiera existido.

¿Debería intentar acercarme a él de otra forma?

Llegamos al desayunador y tomamos asiento frente a los platos de *omelette* y las tazas de café negro recién preparado. Jacques estira un brazo para tomar una botella de salsa picante y rocía un par de gotas sobre la omelette para prepararla a su gusto. Sonríe con melancolía cuando lo veo buscar también la sal y la pimienta, siempre le gustó comer cosas bien condimentadas. Toma el tenedor y corta un pequeño trozo para comprobar que su desayuno sabe bien, esboza una sonrisa cuando la *omelette* toca la punta de su lengua y se encarga de endulzar su café.

—Háblame de ti —me dice tras probar un segundo bocado.

Yo estoy revolviendo la omelette de mi plato sin dirigirle la mirada.

No sé qué decirle, no puedo hacer nada si no entiendo lo que ocurre.

Quizá pueda hacerlo recordar si le hablo sobre mi familia.

—Crecí en el pueblo —le respondo intentando sonar amigable, el nudo en mi garganta regresa para impedirme el habla y tengo que tomar un sorbo de café para hacerlo desaparecer—. Mi padre era agricultor y mi madre fabrica artesanías.

Eso debe funcionar.

Jacques asiente lentamente como si intentara asimilarlo, ¿habrá servido de algo?

—Creo que recuerdo algo de eso —me dice—. Había una mujer que vendía artesanías en la plaza frente a la iglesia, ¿cierto?

¿Recuerda a mi madre pero no a mí?

Tiene que ser una broma.

—En la verbena —le digo—. Luego se abrió una tienda entre los negocios del centro del pueblo.

—Como te dije, no recuerdo mucho —me dice tras darle una sacudida a su cabeza como si intentara ahuyentar un torrente de pensamientos—. Sólo sé algunas cosas que me ha contado mi padre.

Eso lo explica todo, monsieur Montalbán ha manipulado a Jacques para que me olvide. Pero, ¿con qué finalidad? ¿Cuál podría ser su motivo?

— ¿Cómo te va a ti en la universidad? —le pregunto para cambiar el rumbo que está tomando nuestra conversación.

—Más que estudiar es ir a actos de beneficencia, cenas elegantes y eventos de caridad en los que conozco a eminencias de la medicina —me dice, suena más como una queja y lo escucho bufar—. Son ideas estúpidas de mi padre, él piensa que es mejor hacer amistades con médicos importantes que graduarme con honores.

Las *influencias* y esas otras cosas. Sé que dice la verdad pues conozco demasiado bien a monsieur Montalbán. Sin duda preferiría que Jacques se volviera famoso en eventos de caridad para evitar enviarlo a hacer sus prácticas en cualquier hospital.

—Tan sólo hoy tengo tres reuniones importantes y en tres días seré el anfitrión de un baile de caridad —sigue quejándose y yo no puedo evitar sonreír al escucharlo—. ¿Por qué me miras así? —Me pregunta intentando reprimir una sonrisa—. ¿Te parece gracioso?

Asiento y ambos estallamos en una sonora carcajada.

La situación me parece de lo más estúpida pero lo acepto con tal de estar junto a él.

Veo a Alberta esbozando una sonrisa y puedo adivinar que estoy haciendo lo que madame Marie Claire esperaba.

Ahora que he logrado captar la atención de Jacques recuerdo las órdenes que me dio Pauline antes de irse: debo entregarle su cámara y hacer que me invite a salir.

Una cita con Jacques Montalbán en París.

Mi sueño hecho realidad.

— ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad? —me pregunta.

—Dos semanas —le respondo.

Sé que si algo sale mal terminaré por volver al pueblo. Espero no tener que recurrir a eso. Nuevamente acaricio mi sortija de compromiso e intento huir de su mirada para evitar que se percate de cómo me pierdo en sus ojos aceitunados.

—Bueno, me encantaría invitarte a pasear algún día —me dice y tengo que controlarme para evitar estallar en regocijo—. ¿Me darías tu número telefónico? Te llamaré cuando tenga un momento libre y saldremos.

— ¿Es una cita? —le pregunto intentando parecer divertida y desinteresada.

Por favor, di que sí.

—Quizá —me responde él intentando sonar despreocupado y termina por volver a reír.

Intercambiamos nuestros números telefónicos, ahora veo que él jamás habría podido ver el mensaje de texto que le envié cuando llegué a París. El número que me ha dado es totalmente distinto al que ya había almacenado en mi agenda telefónica. Jacques no deja de mirar mi sortija de compromiso y yo quisiera poder ocultarla.

Retomo mi desayuno mientras él se toma su tiempo escribiendo un mensaje de texto. Pienso inmediatamente en la chica rubia y desearía poder apuñalarla con mi tenedor.

Guarda su teléfono en el bolsillo de sus pantalones y le da un sorbo a su taza de café.

— ¡Oh, mi cámara!

Lo veo tomar el aparato de encima del desayunador y lo enciende para revisar que todas sus fotografías sigan ahí. De repente sonrío de vuelta antes de apagar la cámara y guardarla igualmente en su bolsillo.

Quiero pensar que ha visto mi fotografía.

— ¿Se les ofrece algo más? —nos pregunta Alberta acercándose a nosotros.

—Me encantaría, pero ya debo irme —responde Jacques y lo veo devorar el resto de su omelette de una sentada.

¿Debes irte?

¿Tan pronto?

Alberta asiente y retira los platos sucios, Jacques se levanta y pasea por la estancia del apartamento mientras hace una llamada telefónica.

—Lamento no haberte llamado, le dije a mi madre que almorzaría con ella —dice a la bocina del teléfono.

¿Ni siquiera va a saludar a esa chica?

De pronto siento que mis esperanzas de recuperar a Jacques se reavivan.

Ha pasado sólo unos minutos conmigo y ni siquiera se molestó en saludarla.

Sin duda estoy haciendo las cosas bien.

Pero, ¿en qué diablos estoy pensando?

Ni siquiera sé con quién habla, podría ser cualquiera.

— ¿Qué? —Dice tras hacer una breve pausa—. ¿Qué te hace pensar que salí con alguien más? ¡Ya te lo dije, estaba con mi madre!

Sí, sin duda es la chica rubia.

— ¡Etoile, Etoile! —Dice él levantando un poco la voz, su frustración me parece cómica—. ¡Cálmate! Te veré en veinte minutos, ¿bien?

¿Etoile? El nombre me parece conocido aunque no puedo asociarlo con ningún rostro.

—Por supuesto que no quiero que vengas por mí —se queja Jacques—. Te veré en... —se

interrumpe y lo veo entornar los ojos, no puedo evitar reír y tengo que morderme la lengua para evitar emitir algún sonido—. Bien, bien. Te esperaré aquí... Sí, Etoile, te enviaré la dirección por mensaje... Nos vemos.

No puedo evitar sentirme agradecida de no escucharlo decirle a esa víbora que la ama. Él termina la llamada y escribe velozmente un mensaje de texto. Quisiera hacer algo para mantenerlo aquí, a mi lado. Lo veo guardar de vuelta el teléfono y me mira como si me suplicara una disculpa.

— ¿Tu novia? —le pregunto aunque no quiero saber la respuesta.

—Eso dice ella —responde él y volvemos a reír.

Jacques Montalbán sigue volviéndome loca.

—Tuve que decirle que estuve con mi madre o podría enloquecer —me dice y vuelve a sentarse en el sofá—. Sé que se enfurecerá si no ve a mi madre aquí cuando venga.

Bueno, podrías decirle que no estuviste con tu madre pero sí con tu prometida.

—Debe quererte demasiado —le comento haciendo un tremendo esfuerzo por no parecer celosa—. ¿Hace cuánto que salen juntos?

¿Quiero saberlo?

Jacques se mantiene en silencio por un momento como si considerara su respuesta, creo que he sido un poco indiscreta pero aún así quiero que me responda.

—Dos años —me responde tras contar con los dedos, no se ve muy feliz y puedo adivinar que está con esa chica por mera obligación—. Puedo presentarte con ella algún...

Se interrumpe cuando escuchamos la insistente bocina de un auto aparcado en la acera frente al edificio. Él avanza a la terraza y saluda a alguien con una sacudida de la mano.

Ella lo agobia, lo sé.

Jacques avanza hacia mí y lo veo bufar.

—Me encantaría hablar contigo más tiempo pero mi novia está afuera.

No habla de ella como si la amara más que a su vida, ¿qué está pasando con él?

¿Quién es ella?

—Te acompaño a la entrada —le ofrezco con una sonrisa.

Él accede sin pensarlo y me toma la mano para caminar juntos al ascensor. Voy sintiendo las mariposas revolotear en mi estómago mientras me conduce por el pasillo. Por un momento me imagino lo bello que sería que me acorralara en el ascensor para besarme antes de ir con la llamada Etoile para terminar con ella ahora que nos hemos encontrado nuevamente. Desgraciadamente, tal cosa no ocurre. Presiona un botón del ascensor y bajamos en silencio hasta la recepción del edificio.

¿Qué estás haciendo, Apoline?

¿Por qué te torturas a ti misma así?

Las puertas del ascensor se abren y caminamos hasta el exterior.

Me quedo sin habla cuando veo el auto convertible de color rojo aparcado frente al edificio. Es reluciente y perfectamente encerado, puedo percibir el aroma del cuero de los asientos combinado con perfume de mujer.

Demasiado perfume de mujer.

Y ahí está ella, la chica rubia.

Es casi de mi misma estatura.

Su piel es blanca como la nieve y sus perfectos bucles rubios adornan sus hombros, lleva un flequillo inclinado hacia el lado izquierdo de su rostro y va peinada con un adorno de plata que tiene la forma de una libélula. Tiene un pequeño lunar en el brazo derecho que intenta cubrir con un poco de maquillaje aunque no funciona muy bien, sus ojos son azules y su mirada es la más fría que he visto. Lleva maquillaje de un ligero color púrpura en los párpados que hace juego con su vestimenta. Usa una pequeña blusa con un escote de infarto y una minifalda de

holanes, sus zapatos son de tacones altos, usa joyería a juego y lleva puestos los auriculares en los oídos. Mi atención se centra en sus uñas largas y pintadas con esmalte rojo.

Podría vestirse con un poco más de clase.

Jacques se acerca a ella y le saca los auriculares para besarla en la mejilla. Es casi un gancho directo a mi corazón. Ella rodea su cuello con los brazos y besa a Jacques con esos labios pintados de color carmín.

¿Podrían asesinarme ya?

—Vaya... —dice mirándome de abajo hacia arriba, me está juzgando—. Qué bien se conserva tu madre —añade con tono hiriente.

—No soy su madre —le respondo con hostilidad.

Nunca, en toda mi vida, creí que sería capaz de hablar con tanto desdén.

Jacques nos mira alternativamente y parece que quiere correr a ocultarse antes de que nosotras intentemos sacarnos los ojos. De pronto desearía saber algo sobre defensa personal para darle un buen golpe a esa rubia presuntuosa.

— ¿Vas a presentarnos, querido? —le pregunta a Jacques sin quitarme la mirada de encima.

Él suelta otro bufido.

De no ser por estar frente a frente con mi rival, me parecería tierna la actitud de Jacques. La rubia presuntuosa sigue juzgándome y veo esbozar una sonrisa despectiva al comparar el tamaño de mi busto con el de ella.

¿No se da cuenta de lo ridícula que se ve al sentirse mejor que yo por tener tan obvios implantes en los senos?

—Apoline Pourtoi —dice Jacques señalándome, la mira y añade—: Etoile D'la Croix.

La chica que aparecía con Jacques en la revista.

Estrechamos nuestras manos mientras intento averiguar cómo es posible que semejante arpía haya sido partícipe de un evento de caridad.

Pareciera que llevamos siglos mirándonos aunque sólo han transcurrido unos minutos en realidad. Etoile no deja de mirar mis ceñidos pantalones y esboza discretas muecas de disgusto. La veo acomodar sus bucles rubios sobre su escote cuando se percata de que sus implantes son demasiado obvios.

Jacques nos mira alternativamente y se nota nervioso.

—Bueno, no sabía que tuvieras tan mal gusto —le espeta a Jacques indignada—. ¿De dónde sacaste a tu amiga? —Añade mirándolo con furia—. Apuesto a que jamás ha comprado ropa que no esté en rebaja.

Seguramente todas tus prendas fueron compradas en sitios que ofrecen remates y descuentos.

—Puedo escucharte —le reclamo ofendida y ella me fulmina con la mirada como si nadie nunca se atreviera a defenderse de sus comentarios hirientes.

—Es amiga de mi madre —le explica Jacques y le agradezco por intervenir antes de que me atreva a golpearla—. Viene del pueblo donde crecí.

Si Jacques le hubiera dicho que me escapé de prisión, seguramente Etoile no me habría dedicado esa mirada tan despectiva.

—Eso explica ese hedor —dice arrugando su respingada y operada nariz—. Tu amiga apesta a excremento de vaca.

Emite una risa aguda y cruel, me mira con suficiencia y la veo rodear el convertible para abordar el asiento del conductor.

Me siento herida y ofendida, es como si me cayera un balde de agua helada en la espalda. Miro suplicante a Jacques y él parece sentirse como yo.

¿Qué espera para defenderme de esa zorra?

—Sube al auto, Jacques —le ordena Etoile y hace sonar la bocina—. ¡Aléjate de ella antes de que comiences a apestar!

Él se enfurece y yo quiero golpearla. Me acerco al auto y Jacques me toma por los hombros para evitar que le dé una patada al capó.

Lo tengo frente a mí y sus ojos aceitunados me tranquilizan.

—Lo lamento —susurra y me besa la mejilla como despedida.

Se queda estático tras haber tocado mi piel con sus labios, la sorpresa vuelve a brillar fugazmente en sus ojos.

Su lenguaje corporal intenta enviarme una señal.

Me recuerda.

Sé que me recuerda.

Etoile vuelve a tocar la bocina y él la fulmina con la mirada.

¿No puede dejarnos solos por un momento?

¡Estábamos progresando!

Jacques avanza al convertible y aborda su asiento, Etoile pisa a fondo el acelerador y pronto se pierden de vista. Puedo imaginar a Etoile rociando a Jacques con ese apestoso perfume. Me pregunto a dónde han ido, ¿a uno de sus eventos de caridad? Puedo predecir que monsieur Montalbán nos hará una desagradable visita cuando se entere de nuestro pequeño encuentro.

Quiero abofetearlo por sus comentarios de ayer, a él y a Etoile.

Estaré más que encantada de sabotear a monsieur Montalbán, ahora tengo más ánimos de volver a enamorar a Jacques.

Esa zorra artificial no va a robarme a mi hombre.

Vuelvo sobre mis pasos para entrar de nuevo al complejo de apartamentos. Presiono el botón para poner en marcha el ascensor y miro mi sortija de compromiso mientras espero que se abran las puertas. La acaricio con mi dedo pulgar, suelto un suspiro y recuerdo los comentarios de esa rubia con implantes. Jamás me había enfrentado a semejante discriminación, me alegra que Jacques no se uniera a sus insultos.

Y entonces recuerdo su actitud durante la despedida.

Se ha quedado pasmado como si hubiera sentido algo tan grande que sería difícil asimilarlo rápidamente.

¿Qué pudo ser?

¿Sintió de golpe la química que existió entre nosotros?

Escucho la campanilla que anuncia la llegada del ascensor y las puertas se abren frente a mí. Entro a él y vuelvo a ponerlo en marcha. Me dejo caer en el suelo del ascensor mientras siento cómo voy subiendo. Sigo sintiéndome herida tras mi encuentro con Etoile y aún quisiera echarle las manos al cuello. ¿Quién demonios se cree esa zorra artificial para tratarme de esa forma? ¿Qué tiene de malo usar ropa como la mía? Seguramente lo que más le ha molestado de mi aspecto es mi piel morena, debe creerse mejor que todas las demás por ser rubia y haberse hecho tantas cirugías plásticas. Estoy casi totalmente segura de que su cabello es teñido. ¿Cada cuánto tendría que ir a una estética para retocarse las raíces del cabello? Y esa nariz respingada tampoco debe ser natural, seguramente se ha hecho tantas cirugías plásticas para quedar perfecta que ya no se parece en nada a lo que fue antes.

¿Es Etoile la misma chica que apareció en esa portada de la revista de medicina?

¿Cómo es posible que una persona tan frívola quiera hacer algo bueno por los hospitales?

¿Ella irá con Jacques a todos sus actos de beneficencia?

Me la imagino contoneándose entre las eminencias de la medicina, luciendo vestidos provocativos y bebiendo alcohol sin parar mientras intenta alardear sobre el dinero que ha heredado de sus padres. Quiero suponer que ella es hija de alguien con tanto dinero como monsieur Montalbán, quizá sus padres también son médicos y por eso intenta acercarse tanto a...

¡Claro!

¿Cómo no lo vi antes?

Monsieur Montalbán le ha dicho a madame Marie Claire que se ha esforzado mucho intentando mejorar la vida de Jacques. ¿Cómo es que no me di cuenta? ¡Es él quien ha emparejado a Jacques con Etoile!

Llego a mi destino y salgo del ascensor echando a correr velozmente por el pasillo, casi tropiezo en una ocasión. Llamo desesperadamente a la puerta principal y Alberta abre casi inmediatamente, ignoro olímpicamente su voz cuando me saluda y me ofrece una bebida. Avanzo hasta el dormitorio de Pauline con la esperanza de encontrar un computador para realizar una investigación. Tengo que averiguar cualquier cosa sobre Etoile.

El dormitorio de Pauline es grande.

Tiene dos camas matrimoniales, dos armarios, todo el amueblado está duplicado.

Me acerco al escritorio y enciendo el portátil de Pauline.

Por alguna razón sé que me meteré en problemas por haber entrado sin autorización a su dormitorio y usar sus cosas.

Entro a *Googley* tecleo el nombre de Etoile en el buscador.

Los resultados me dejan sin palabras.

Al parecer, Etoile es hija del director del *Instituto Gustave Roussy*, un sitio especializado en

oncología. Etoile ha participado en cantidad de eventos de caridad para ayudar a construir más salas de oncología infantil en otros hospitales de toda Francia. En las fotografías aparece ella vestida con su bata blanca de practicante de medicina o con vestidos elegantes, me sorprende que no vista de forma provocativa y en realidad no son tan obvios sus implantes cuando se ve tan profesional vestida como doctora. En una imagen aparece estrechando su mano con otros doctores de edad avanzada. Es casi como si estuviera viendo a una Etoile totalmente distinta a la que conocí hace un rato. Encuentro también fotografías de ella posando frente a una mansión gigantesca, tal y como me imaginaba el sitio donde debería vivir madame Marie Claire. La veo sentada junto a arbustos podados con forma de animales, tomando el sol frente a una gigantesca piscina. Todas esas imágenes pertenecen a una sesión fotográfica para la revista *Célébrité*.

Y entonces aparece.

Para la revista *People Story* hay otra sesión fotográfica que anuncia el probable compromiso de Jacques Montalbán y Etoile D'la Croix. Siento un vacío en el estómago cuando veo las imágenes y busco alguna noticia que corrobore que ellos están comprometidos.

O peor, casados.

Afortunadamente, esa sesión fotográfica ha salido a la luz pública hace dos días y no se ha anunciado ningún compromiso.

Aún así me siento morir.

Necesito enamorar a Jacques de vuelta antes de que se case con Etoile.

Me ha prometido desposarme, ¿cómo puede siquiera considerar la idea de casarse con otra mujer?

Cierro el buscador y apago el aparato mientras intento recuperar el aliento. Mi corazón vuelve a doler como si lo que quedara de él estuviera partiéndose en mil pedazos. No puedo seguir investigando a Etoile, no quiero enterarme de más cosas que me hieran y me hagan sentir miserable y traicionada.

Ojalá nunca hubiera venido a París.

Madame Marie Claire, Pauline y Claudine vuelven a casa tres horas después. No sé cómo he terminado dormida en la cama de Pauline y al incorporarme soy atacada por un fuerte mareo, mi cabeza duele como si hubiera recibido un fuerte golpe con un martillo. Escucho las voces en la estancia del apartamento y me levanto de la cama con piernas temblorosas.

Sin duda me he enfermado luego de ver las imágenes de Etoile.

Veo el reloj colgado en la pared del dormitorio. Son casi las cuatro de la tarde y mi estómago me reclama por algo de comida. No puedo recordar nada luego de haber apagado el portátil de Pauline, es casi como si mi cerebro se hubiera apagado.

Me miro al espejo y me quedo tranquila al ver que mis ojos no están rojos e hinchados.

No he llorado, todo está bien.

Salgo de la habitación y veo a madame Marie Claire sentada en un sofá.

Está ocupada revisando los documentos de sus reuniones de negocios y es ahora que recuerdo lo que se supone que he venido a hacer a París.

Debería estar ayudando a madame Marie Claire con sus negocios, pero en lugar de eso estoy tratando de recuperar a Jacques.

¿Podría ser más inmadura?

Me acerco a ella y Claudine me recibe dándome una palmada en la espalda. Veo que en la mesa de centro hay pizzas que aún están calientes y estiro una mano para tomar una rebanada antes de dejarme caer junto a Claudine. Pruebo un bocado y siento que jamás he comido nada tan delicioso. Alberta trae un plato para colocar la rebanada de pizza y un vaso de agua mineral. Le agradezco con una sonrisa y sigo comiendo. El dolor de cabeza ha desaparecido.

— ¿Le entregaste la cámara?

Miro a madame Marie Claire con un trozo de pizza a medio masticar en la boca. Tardo un poco en entender su pregunta y tengo que darle un trago al agua mineral para conseguir pasar el bocado y responder.

—Sí —le digo—. Me ha dado su número de teléfono y hemos estado conversando.

Pauline le pasa entonces otro montón de documentos para seguir con su trabajo. ¿Tan difícil es manejar una cadena de negocios como la de ella? Madame Marie Claire me mira por encima de sus gafas de media luna como si estuviera esperando que diga algo más.

¿Cómo lo sabe?

—Me presentó a su nueva novia —le digo con voz trémula.

Me escudo tras mi rebanada de pizza mientras madame Marie Claire sigue con sus documentos, Pauline le señala algo en la hoja que tiene en la mano y comienzan a hablar de finanzas.

Veo a Claudine jugando con el mando del televisor como si intentara mantenerse ajena a nuestra conversación.

Le doy otro pequeño mordisco a mi rebanada de pizza cuando nos sumimos de nuevo en el silencio.

Alberta trae una bandeja con tazas de café recién preparado.

¿En serio?

¿Café?

Ni siquiera he terminado de comer, ¿qué pasa con Alberta y su fijación con servirnos comida y bebidas a cada segundo?

Madame Marie Claire toma un sorbo de café antes de responder finalmente.

—Pauline la investigó —me dice sin quitar la vista de encima de sus documentos—. Esa chica, Etoile D'la Croix, es hija de un colega de François.

Lo sabía, monsieur Montalbán está detrás de todo.

—Ha sido muy irrespetuosa —me quejo y nuevamente me escudo tras la rebanada de pizza—. Hizo comentarios muy hirientes sobre mí.

—Me lo imagino —responde madame Marie Claire y busca a tientas un bolígrafo para hacer anotaciones en la parte superior de la hoja que tiene en la mano—. Apoline, necesito que consigas salir con mi hijo lo antes posible.

¿Por qué no puede hablar más claro?

—¿Sabe lo que está pasando con Jacques, madame Marie Claire? —le pregunto.

¿Quiero escucharlo?

—No lo sé —me responde y le da un trago a su taza de café—. No entiendo cómo es que Jacques no recuerda nada de ti pero si sales con él, eso cambiará.

No comprendo.

—Me ha pedido que salgamos algún día —le digo—. Ha dicho que me llamará.

Pauline y Claudine parecen ajenas a nuestra conversación.

Es ahora que reparo en la ausencia de Antoine.

¿Dónde se ha metido?

—Creo estar totalmente segura de que François pretende hacer que Jacques se case con esa chica, Etoile, para beneficiarse con el dinero de la familia D'la Croix —me dice madame Marie Claire.

¿Quiere que enamore a su hijo para sabotear a su esposo o para beneficiarme a mí?

—Voy a recuperar a Jacques —le respondo en voz baja, parece que lo he dicho para mí misma.

El tono de llamada de mi celular nos hace sobresaltar en ese momento.

Claudine baja el volumen del televisor mientras yo saco el aparato de mi bolsillo y pulso el

botón para contestar.

Jacques es quien llama.

—Hola, Jacques —saludo esbozando una sonrisa.

—Apoline, qué gusto —responde él—. Quería escuchar tu voz.

Son las palabras más hermosas que he escuchado desde mi llegada a París. Por un segundo pensé que sería Etoile quien llamara para hacerme salir de su camino, sin duda me tomará como una enemiga personal tras nuestro encuentro de ésta mañana.

Me siento como esas colegialas que salen en los programas de televisión.

— ¿Lo dices en serio? —le pregunto y de pronto estoy jugando con un mechón de mi cabello.

—Sí, pero no se lo digas a Etoile —comenta y escucho cómo intenta reprimir una carcajada.

Cuando me doy cuenta, madame Marie Claire me mira esbozando esa sonrisa maternal.

— ¿Dónde estás? —le pregunto, quiero que nuestra conversación dure el mayor tiempo posible.

—Espero a que Etoile salga de los vestidores —me explica, siento una punzada en mi corazón al escuchar ese nombre aunque me parece lindo que él decida llamarme mientras sale con ella—. Me pidió que la llevara de compras.

—Te matará si descubre que estás hablando conmigo —le comento con una risita, él suelta una carcajada.

Creo que ambos sabemos que Etoile sería capaz de eso y más.

—Lo sé, por eso quiero pedirte algo —me dice y siento mariposas en el estómago.

—Dime, haré lo que sea —le respondo.

Lo que sea, Jacques.

Cualquier cosa.

— ¿Conoces *La Tour d'Argent*? —me pregunta tras una pausa, puedo adivinar que ha visto o escuchado a Etoile.

—No —le respondo un poco apenada.

Es la primera vez que vengo a París, ¿cómo espera que conozca cada rincón de la ciudad?

—Es un restaurant, tiene una vista hermosa del Río Sena —me explica—. Se ha pospuesto una de mis reuniones de hoy y quería saber si te gustaría cenar conmigo.

Me siento morir de júbilo y regocijo.

Jacques me está invitando a una cita.

—Claro, me encantaría —le respondo emocionada—. ¿Sólo nosotros dos?

Planeo terminar la llamada si me dice que Etoile nos acompañará.

Él suelta una carcajada.

—Sólo nosotros dos —me confirma y no puedo evitar sentirme aliviada—. Hay tanto de lo que quisiera hablar contigo —me dice y entonces recuerdo la actitud que tuvo tras nuestra despedida de esta mañana—. No puedo hacerlo por teléfono, necesito verte.

—Yo también necesito verte —le digo con pena y él guarda silencio.

¡Qué estúpida soy!

¡No se supone que debo ser tan directa con él!

¿O sí?

—Te pasaré a recoger hoy a las seis —me dice tras una breve pausa—. Es un sitio elegante así que deberías vestirte para la ocasión.

Sé que lo dice por lo ocurrido antes con Etoile y yo asiento cuando entiendo sus intenciones. Jacques no quiere que más parisinos de sociedad se burlen de mí.

—De acuerdo —le digo—. Te veré en un rato.

—Lo espero con ansias.

Él termina la llamada y yo sostengo el teléfono contra mi pecho.

Pronto se resolverá todo, él va a recordarme y será durante la cena.
De eso estoy convencida.

Todo ocurrió muy rápido.

En un segundo me encontraba explicando todo a madame Marie Claire, y al siguiente ya estaba en el dormitorio acompañada de ella, Pauline y Claudine. Por un momento me he sentido como si estuviera rodeada de mis amigas del bachillerato y todas estuviéramos emocionadas por la cita más importante de mi vida. Recuerdo que jamás logré hacer amigas y olvido ese escenario. Pauline ha traído de su armario tres pares de vestidos que podría usar durante la cena, yo pretendía que madame Marie Claire me llevara de compras pero el tiempo no está de nuestra parte. Pauline dispuso los vestidos sobre la cama para que pudiera verlos bien y elegir los más lindos. Los detesto todos, son demasiado formales. Me hacen modelar dos pares y no dejan de hacer comentarios sobre la prenda o sobre mi cuerpo.

—Tiene unas piernas hermosas —ha dicho Pauline mientras yo modelaba un vestido de color salmón—. El problema es su busto, mademoiselle. El escote no le favorece.

—Creo que el corte te hace ver obesa —comentó Claudine cuando yo lucía el vestido de color azul marino.

—Dios mío, Apoline, parece que estás embarazada —se quejó madame Marie Claire con una risita mientras yo modelaba el vestido de color lila.

Tuve que verificar en el espejo que siguiera manteniendo mi figura esbelta.

Finalmente hemos decidido que usaré un vestido de color rosa. El largo llega a diez centímetros por debajo de mis rodillas, la tela es suelta y ondea cuando giro velozmente. No tiene tirantes así que cubriré mis hombros con una mascada o algo semejante. Por último, tiene un escote no muy pronunciado, madame Marie Claire dice que usando el sostén correcto lograré levantar mi busto lo suficiente para hacerlo resaltar.

¿Es necesario llamar la atención de Jacques de esa manera?

Me envían a tomar un baño y tardo diez minutos en salir de la ducha.

Me cubro el cuerpo desnudo con una suave bata de color blanco y espero a que mi cuerpo se ventile mientras Alberta está peinando mi cabello con bucles semejantes a los de Etoile tras haberlo secado. Pauline y madame Marie Claire discuten sobre si debo llevar zapatillas abiertas o cerradas, sobre el maquillaje y sobre el esmalte que van a usar para pintar mis uñas. Nunca he dejado que se me consienta tanto. Claudine se encarga de mi manicura, el esmalte será transparente y sólo le dará un poco de brillo a mis uñas. Alberta coloca muy cerca de mi oreja izquierda las tenazas para peinar mi cabello y me provoca una quemadura.

— ¡Mil perdones, mademoiselle! —exclama Alberta alterada.

—Descuida —le digo de mala gana y ella continúa con su trabajo.

Me pongo el vestido cuando mi cuerpo ya se ha ventilado y me embadurnado de crema humectante, madame Marie Claire tiene que hacer algunas correcciones con un estuche de costura. Pauline alisa un par de arrugas con sus dedos y me hace calzarme las zapatillas cerradas que hacen juego. Mis pasos repiquetean en el piso gracias a los altos tacones. Quiero mirarme en el espejo, pero Claudine y madame Marie Claire me hacen tomar la dirección contraria, me sientan de espaldas al tocador y me atacan cono brochas de maquillaje.

Por un momento me preocupa verme igual que Etoile.

Vaya tortura.

Estoy enteramente lista a sólo quince minutos antes de la hora acordada por Jacques. Finalmente puedo avanzar hasta el tocador y el resultado me deja impactada. Lo que más me gusta de mi aspecto es el peinado, me encantan los bucles que caen sobre mis hombros y el par de mechones que enmarcan mi rostro. Un flequillo cae sobre el lado izquierdo y el resto de mi cabello está recogido con un broche de color cobre. No puedo evitar girar para mirar cómo ondea el vestido. Me acerco para mirar el maquillaje sobre mis párpados y el lápiz labial de color rosa.

Por primera vez en la vida me siento hermosa.

— ¡Quedó hermosa! —exclama Claudine dando una palmada y yo le dedico una amigable sonrisa.

El último toque es ponerme un poco de perfume y cubrir mis hombros con la mascada que hace juego con el vestido. Madame Marie Claire trae entonces un joyero de su habitación y me muestra los accesorios que usaré. Se trata de un collar de perlas y pendientes a juego, también me ha colocado un par de brazaletes en las muñecas. Creo que es un poco exagerado hacerme vestir así.

—Estás lista, mi cielo —me dice madame Marie Claire y me dedica una suave caricia en la mejilla.

No puedo evitar sonrojarme.

Estoy recibiendo las últimas instrucciones por parte de madame Marie Claire cuando se escucha que alguien llama a la puerta principal.

Alberta sale cual bólido de la habitación y nosotras reímos a carcajadas.

Puede ser Jacques o puede ser Antoine, espero que sea la primera opción.

—No lo olvides, Apoline —me dice madame Marie Claire mientras acomoda los bucles sobre mis hombros—. Tienes que aprovechar cada oportunidad que tengas para acercarte a Jacques.

— ¿Cómo lograré hacerlo? —le pregunto con voz trémula.

Es probable que no sea ya el mismo hombre que yo conocí.

—Sé que podrás —es lo único que me responde y me besa la mejilla para bañarme de su amor maternal.

Alberta vuelve en ese momento y lo anuncia:

—Madame Marie Claire, el joven Jacques espera en la estancia.

He tenido que darme un rápido vistazo en el espejo para asegurarme de que ningún cabello se ha salido de su lugar. Pauline me ha facilitado un pequeño bolso con pedrería que hace juego con el vestido que llevo, lo reviso y veo ahí dentro un pequeño espejo de mano y mi teléfono celular. Madame Marie Claire me apresura con un movimiento de la mano y yo la acompaño para salir de la habitación.

—Suerte —me dice Claudine tras darme una palmada en la espalda.

Pauline, madame Marie Claire y yo bajamos la escalera de caracol.

Puedo escuchar las voces de la estancia, Jacques conversa con Alberta y detecto también la voz de Antoine.

¿Cómo hace ese hombre para ocultarse?

Madame Marie Claire va detrás de mí y coloca una mano en mi espalda para darme pequeños empujones cuando me detengo en seco. Siento las mariposas danzar en mi estómago cuando me alejo de la escalera y avanzo por la estancia.

Moriré de nervios, lo sé.

Jacques está sentado en el sofá con un vaso de agua fría en la mano. Va vestido con un elegante traje de color negro. Su ostentoso reloj va en su muñeca derecha, tal como lo recordaba. No se ha peinado con demasiado fijador como solía hacerlo su padre, me alegra que

no haya cambiado eso. Esboza su carismática sonrisa cuando Antoine le cuenta una anécdota divertida sobre Pauline.

— ¿De nuevo estás contando eso, Antoine? —reclama Pauline divertida y pasa por mi lado para acercarse al grupo.

—Hablando de la reina de Roma —comenta Antoine soltando una sonora carcajada.

Me parece fantástico que semejante hombre tan intimidante pueda comportarse de esa manera. Su risa me contagia y pronto también yo estoy riendo aunque no he entendido la gracia de lo que él contaba. El sonido que emito llama la atención de Jacques y me siento como en la mejor escena de un cuento de hadas. Madame Marie Claire se aleja de mí y Jacques se levanta de su asiento para avanzar hacia donde yo me encuentro. Me mira boquiabierto e intenta decirme algo entre balbuceos. Le dedico una sonrisa y me doy una vuelta para que pueda ver bien mi vestido. Tengo una sensación de *Deja Vú*. A juzgar por su expresión de sorpresa, él también lo ha sentido. Fue aquella noche en la que se celebró el aniversario del matrimonio Cacheux.

—Luces deslumbrante —logra decirme al fin y emite una risilla para añadir—: Pero, ¿no crees que has exagerado un poco?

— ¡Tonterías, hijo! —Exclama madame Marie Claire y se acerca a él para darle una palmada en la espalda—. Luce divina, será la más deslumbrante chica de la noche.

—Apuesto a que Etoile jamás se ha visto así, Jacques —le comento y se hace el silencio.

¡Estúpida!

Debí disfrazar el tono de evidente regocijo por verme mejor que ella.

Me siento morir cuando Jacques reprime una carcajada y tiene que voltearse para evitar que lo vea sonreír. Mis mejillas se ponen coloradas, detesto equivocarme así.

—Tienes razón —me dice intentando controlar su risa.

Gracias al cielo, no se ha enfurecido.

Termina de acortar la distancia entre nosotros y me saluda con un beso en los nudillos, la sorpresa vuelve a brillar en sus ojos y me mira fijamente intentando no fruncir el entrecejo. Algo está mal para él, hay algo que no encaja con lo que debería ser una simple invitación a cenar.

Recuérdame, Jacques, te lo suplico.

—Bueno, no los detenemos más —sonríe madame Marie Claire—. Deben tener mucho de qué hablar.

Jacques la mira con la misma expresión y termina por asentir.

—Prometo traer a mi Cenicienta antes de la media noche —le dice a su madre dedicándole un guiño.

Etoile va a matarme.

Madame Marie Claire lo despide con un beso en la mejilla y Antoine nos acompaña al ascensor.

Al salir al pasillo y estar lejos de las miradas de Alberta, Pauline y madame Marie Claire, Jacques me toma de la mano y entrelaza nuestros dedos.

Siento la electricidad entre ambos y le doy un apretón mientras lo veo por el rabillo del ojo, él tiene el entrecejo fruncido y se niega a mirarme.

Toma un respiro mientras avanzamos y de repente ocurre lo más bello.

Me ha devuelto el apretón.

Esbozo una sonrisa e intento mirarlo pero él parece no querer que fije mis ojos sobre los suyos. Antoine nos mira como si no diera crédito a lo que ve y creo saber la razón. Tanto él como yo sabemos perfectamente que estoy entrando en la boca del lobo.

¿En qué momento madame Marie Claire perdió la cordura?

¡Etoile y monsieur Montalbán van a matarme!

Lo más triste es que estoy dispuesta a sufrir las consecuencias con tal de pasar al menos una noche con Jacques.

Abordamos el ascensor y Antoine lo pone en marcha.

Bajar hasta el recibidor se convierte en una tortura silenciosa, temo que Jacques termine por arrepentirse de haberme invitado a salir. Lo veo sacar su teléfono celular de su bolsillo y esboza una mueca de disgusto cuando ve la pantalla. Escribe un mensaje y lo envía de vuelta tras entornar los ojos. ¿Tan desesperante es Etoile?

— ¿Qué pasa? —le pregunto con voz trémula y me maldigo por no sonar un poco más decidida y segura de mi misma.

—Etoile —me responde de mala gana tras guardar de nuevo el aparato—. Detesta que no la incluya en todo lo que hago.

Se niega a mirarme y yo me limito a asentir lentamente.

La campanilla suena y las puertas del ascensor se abren para darnos paso al recibidor, Antoine nos sigue como una sombra. Salimos del edificio y el hombre que vigila la entrada me dedica una sonrisa y una inclinación de la cabeza.

Me despido de él con una sacudida de la mano y por el rabillo del ojo distingo a Jacques esbozando una sonrisa.

—De haber sabido que ibas a coquetear con el vigilante, no te habría invitado a salir.

Esbozo una sonrisa y le respondo.

— ¿Es mi culpa acaso que él se vea más atractivo que tú?

Suelta una carcajada y me señala la limusina en la que viajaremos.

Me siento de vuelta a nuestra adolescencia cuando hacíamos bromas de esa índole.

El chofer de la limusina, un hombre de cabello canoso y vestido con un pulcro uniforme negro, nos abre la puerta y me saluda con una cálida sonrisa. Le devuelvo el gesto antes de abordar el vehículo y Jacques entra detrás de mí, el hombre de cabello canoso vuelve a su asiento y pone en marcha el vehículo. El complejo de apartamentos se queda atrás cuando nos enfilamos por la calle.

La noche de hoy tiene que ser memorable.

Jacques recibe una llamada y hace otra mueca de disgusto tras ver el número en la pantalla. Me hace una señal para que me mantenga callada y yo asiento mientras el pulsa la tecla para responder.

—Te he dicho que te llamaré cuando termine —dice enfurecido—. Necesito un poco de tiempo a solas, ¿no lo entiendes?

Sé que es Etoile cuando sus gritos logran escapar por la bocina del teléfono.

— ¡Lo único que entiendo es que ya no quieres saber nada de mí! —dice ella, tengo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no reír—. ¿Piensas que no me he enterado ya de que te estás viendo con esa sucia chica de pueblo?

¿De nuevo?

Quiero golpearla.

—Habla mañana —le responde de mala gana—. Y no vuelvas a llamarme.

Me lleno de regocijo pensando en la rabieta que haría Etoile si supiera que estoy junto a Jacques en la limusina. Él termina la llamada y guarda su teléfono para luego mirarme y decir:

—Lo lamento, no le agrada que la deje sola.

Le dedico una sonrisa, soy incapaz de hablar sin hacer notar lo mucho que me alegra saber que Etoile no está contenta.

—Tu vestido es lindo —me dice y desvía la mirada para evitar que note su sonrojo.

—Me lo ha prestado Pauline —le digo y desearía poder escudarme detrás de cualquier cosa para evitar que vea lo apenada que estoy.

— ¿No es tuyo? —me pregunta extrañado y me mira nuevamente.

¿No es obvio que jamás podría costearme semejante vestido? Me mantengo en silencio y él interpreta mi respuesta.

—Mañana te llevaré de compras, ¿qué dices?

Lo miro confundida y me niego rotundamente.

—Ni pensarlo, no puedo aprovecharme así de ti.

—Bueno, yo quiero hacerlo —me comenta despreocupado—. Así que mañana pasaré a recogerte y pasaremos el día entero *deboutiqueenboutique*.

Podría conseguir toda la ropa costosa que quisiera gracias a la tarjeta de beneficios que Pauline me facilitó, ¿es necesario permitir que Jacques ocupe su dinero en mí? Escucho las gotas de lluvia caer sobre el techo de la limusina. Así que será una velada a la luz de las velas mientras llueve en las calles de París.

Qué romántico.

La limusina se detiene cuando llegamos a la acera frente a *La Tour d'Argent*. El chofer detiene el auto para salir y abrirnos la portezuela. Veo que el hombre canoso lleva un paraguas de color negro y me tiende una mano para ayudarme a bajar. Me apeo del vehículo y él me resguarda de la lluvia con el paraguas, Jacques sale después de mí y me pasa una mano por la cintura para poder aprovechar bien el reducido espacio que tenemos para cubrirnos de la lluvia. Me quedo quieta y ahogo una exclamación de júbilo al sentir cómo sostiene mi cintura con firmeza. Él vuelve a hacer esa expresión de sorpresa y avanzamos juntos hacia el interior del restaurant.

Nuevamente intenta evitar mi mirada y lo veo hacerle un par de señas con las manos al chofer. Si no me equivoco, le está indicando que vaya a distraerse para esperar a que Jacques lo llame cuando hayamos terminado.

Las mariposas en mi estómago comienzan a danzar de una forma más frenética cuando Jacques y yo entramos al establecimiento.

Me deslumbra la iluminación de los interiores.

Pero lo que logra ese efecto de regocijo es sentir que Jacques no deja de sujetar mi cintura mientras avanzamos hacia la recepción.

Nos dirigimos hacia la recepción, Jacques deja el paraguas a cargo del hombre que vigila los abrigos de los comensales. Jamás he estado en un sitio tan hermoso.

—Bienvenidos —nos saluda el recepcionista, un hombre lánguido y moreno que luce un bien peinado bigote—. ¿Tienen reservación?

—Mesa para dos, a nombre de Jacques Montalbán —responde mi amado con gentileza.

Somos conducidos por un apuesto camarero pelirrojo a un ascensor, Jacques no deja de sujetar mi cintura y desearía que pudiera ser un poco más discreto. Está saliendo con otra chica, ¿no podría al menos fingir que sólo somos amigos?

Etoile me hará pagar caro por dejarlo sujetarme de esa manera.

Nuestra mesa se encuentra junto a la ventana de uno de los pisos superiores. Tendremos una maravillosa vista de la ciudad, me siento agradecida de poder escapar de esos ojos aceitunados si dirijo mi mirada hacia el Río Sena. Hay un par de velas sobre la mesa, una canasta con pan para picar antes de la cena y la vajilla dispuesta para ser utilizada.

El camarero pelirrojo mueve mi silla para que yo la ocupe y la empuja un poco para acercarme a la mesa.

Me maravillo ante la cantidad de cuchillos, cucharas y tenedores que tengo enfrente.

Jacques toma su asiento frente a mí y el camarero pelirrojo nos da el menú mientras saca una pequeña libreta para tomar nuestra orden.

— ¿Puedo recomendarles que prueben el filete de cordero en trufas verdes? —Nos dice el camarero—. ¿Y para beber, qué se les ofrece?

Intento comunicarme con Jacques mediante miradas para pedirle que ordene por mí. Quisiera probar todos y cada uno de los platillos que aparecen en la carta pero es él quien mejor conoce la comida de París. Él esboza una sonrisa y asiente como si me comprendiera.

—Para empezar queremos caviar imperial de Sologne —dice Jacques devolviéndole el menú, casi parece que conoce a la perfección todos los platillos que sirven aquí—. Será sólo un plato de caviar para ambos —aclara, el camarero pelirrojo escribe todo velozmente—. También quiero el pato Marco Polo a la pimienta verde y será el solomillo de ternera para la señorita, sin pimienta —le indica y se detiene por un momento.

También yo estoy sorprendida, ¿cómo es que recuerda que soy alérgica a la pimienta?

—Para beber traiga una botella de *Château Latour*, cosecha del 2009 —continúa intentando disipar el torrente de pensamientos que debe estar arremolinándose en su cabeza—. Y mientras esperamos, aceptaría que traiga un poco de queso para acompañar el vino.

—A la orden, monsieur —dice el camarero y se retira tras retirar los menús.

Lo vemos alejarse y Jacques toma un palillo de pan para darle un mordisco, intenta escapar de mi mirada nuevamente. Por suerte, él rompe el silencio intentando sonar despreocupado.

—No te gusta la pimienta, ¿cierto? —me dice—. Puedo pedirle al camarero que cambie nuestra orden si tú...

—Soy alérgica a la pimienta —le digo con una sonrisa.

Sé que él también lo sabe.

—Entonces está todo bien —responde él—. El vino que elegí también te gustará, tiene bayas negras y ciruelas.

Vuelve a guardar silencio, su voz se apagó hacia el final de la frase.

¿Debo decirlo?

La ciruela es mi fruta favorita.

— ¿Es buena la comida de éste sitio? —le pregunto con voz trémula.

Esboza una sonrisa y sé que me agradece que intente cambiar el tema de conversación.

—Me fascina comer aquí —me responde y lo veo tomar otro palillo de pan—. Si te gusta, podemos venir cuando tú quieras.

—Es un sitio hermoso —le digo y dirijo mi mirada hacia el enorme ventanal que tenemos cerca de nosotros.

Nuestra conversación se ve interrumpida cuando aparece nuestro *sommelier*. Trae la botella de vino y sirve un poco en la copa de cristal de Jacques para que él la pruebe. Le da un sorbo y le indica al *sommelier* que llene las copas de ambos. Cuando termina de servir nuestras bebidas, el *sommelier* deja la botella sobre la mesa y se retira tras dedicarnos una inclinación de la cabeza.

Tomo la copa para darle un sorbo al vino y me siento enloquecer con el aroma de la ciruela. Cuando lo pruebo descubro que es la bebida más deliciosa que jamás he probado.

Veo a Jacques separar los labios para decir algo más pero se interrumpe cuando el camarero pelirrojo vuelve con nosotros.

Empuja un carrito sobre el que transporta nuestros platos y se detiene junto a nuestra mesa para encender las velas que la adornan.

Acto seguido, toma las servilletas y las extiende sobre nuestras piernas.

Coloca al centro de la mesa una canasta llena con trozos de distintos tipos de queso. Trae consigo también el caviar y lo deja junto al queso antes de retirarse.

La planta en la que estamos comienza a llenarse de otros comensales.

Jacques toma una pequeña galleta cuadrada de entre los panes de la canasta, toma también una cucharilla y la usa para untar un poco de caviar encima de ella.

—Ven —me dice y hace una seña para que me acerque a él.

Lo obedezco y nos acercamos por encima de la mesa. Él me da la galleta con caviar en la boca, es tan pequeña que la devoro de un solo bocado. Jacques acaricia mi labio inferior con su dedo pulgar y no puedo evitar sonrojarme. Volvemos a nuestros asientos tras esa pequeña escena, tomo mi copa de vino para escudarme detrás de ella. Es como si recién nos conociéramos y fuera nuestra primera cita.

— ¿Y bien? —Me pregunta mientras prepara una segunda galleta—. ¿Te ha gustado?

Asiento lentamente y le doy un sorbo al vino de ciruela.

— ¿Sabes, Apoline? —sigue diciendo él tras comer la galleta que ha preparado, yo estiro la mano para tomar un poco más de caviar.

—Dime —le digo.

—Sigo pensando que te he visto antes —comenta despreocupado—. Cuando te tomé la fotografía, creí que te conocía de algún sitio.

Llegó la hora de la verdad.

—No esperaba encontrarte en el apartamento de mi madre —continúa—. Perdóname si soy demasiado directo, pero... —dice y me mira con esos ojos aceitunados—. No puedo dejar de pensar en ti.

Las mariposas en mi estómago dan saltos de alegría.

—Me parece demasiada coincidencia que tú seas también del pueblo —sigue diciendo Jacques, yo me escudo tras otra pequeña galleta—. Además, mi padre se ha puesto como loco cuando ha visto tu fotografía.

Pues claro que enloqueció, monsieur Montalbán jamás me ha querido como lo hace madame Marie Claire.

—Lamento haberte metido en problemas con tu padre —le digo apenada—. ¿Es por eso que

me has invitado a cenar?

—No —me responde y esboza esa sonrisa carismática suya—. Sólo quiero conocerte mejor —dice y devora una galleta con caviar para rematar su frase.

Siendo así, es hora de cambiar la estrategia. Tengo que lograr que Jacques se enamore de mí y, si no puedo decirle lo que ocurre de forma directa, intentaré de otra forma.

—Tampoco yo he podido dejar de pensar en ti —le digo sonrojada.

No podría ser más cierto, él es lo único en lo que he pensado durante cinco largos años.

Jacques le da un sorbo a su copa de vino y vemos llegar de nuevo al camarero empujando el carrito. Deja frente a nosotros los platillos fuertes que pidió Jacques y se retira tras dar una rápida sacudida a las migajas que dejaron las galletas. Veo esos ojos aceitunados brillar al tener su plato frente a él. Encaja el cuchillo en la carne del pato y corta un pequeño trozo, lo levanta y se detiene en seco. Lo miro confundida y él suelta un bufido.

—Quería darte a probar un poco —me dice y esboza una sonrisa—. Pero ya que eres alérgica, será todo para mí.

Devora el trozo de pato frente a mis ojos y no puedo evitar tomar un trozo de pan para lanzárselo.

Ambos soltamos una carcajada y le hincamos el diente a nuestros platillos.

El solomillo de ternera es lo más delicioso que he comido en años.

—¿Quieres más vino? —me pregunta y toma la botella para llenar de nuevo su copa.

—¿Vas a embriagarme? —le pregunto divertida.

—Bueno, esperaba llevarte a la cama esta noche —me dice con un guiño, vuelvo a reír y él hace un tremendo esfuerzo para no contagiarse de mi risa—. Pienso hacerlo de cualquier forma pero será más fácil si logro embriagarte.

—Si lo que querías era un poco de sexo sin compromisos, pudiste haberlo dicho antes de arreglarme así —le digo con descaro y señalo mi peinado con un dedo, él reprime una carcajada—. No querrás que tu novia se entere de que estás haciéndome propuestas indecorosas, ¿o sí?

—Bueno, que sea nuestro secreto —responde y vuelve a guiñar el ojo.

Sé que debería intentar enamorarlo pero, ¿cómo enamorar a alguien que te enamora y te impide pensar cuando te trata de esa forma?

Él rellena mi copa de vino y le doy un sorbo.

—Háblame de Etoile —le pido—. ¿Cómo la conociste?

Tengo que hacer todo lo posible para evitar que él sepa lo mucho que la detesto.

—Nuestros padres son viejos amigos —me explica mientras corta otro trozo de carne de pato—. Ambos han soñado desde antes de que nacióramos que nosotros fuéramos pareja y mi padre me obliga a salir con ella para hacerme de grandes oportunidades con las eminencias de la medicina.

Me siento contenta al saber que Jacques está siendo obligado a estar con esa zorra operada. Intento ocultar mi sonrisa dándole otro sorbo a mi bebida.

—¿Y tú? —Me pregunta—. ¿Tienes novio?

Sí.

Está sentado frente a mí.

—Es complicado —le respondo con voz trémula, me mira fijamente como si intentara decirme que entiende a lo que me refiero.

—Bueno, sea quien sea, debe ser un hombre afortunado —me dice y lo veo limpiar su boca con una esquina de la servilleta—. Me gustan tus ojos —dice de repente y agacha la mirada antes de continuar—. Toda tú eres hermosa, Apoline.

Me sonrojo intensamente y desearía poder jugar con mi cabello para calmar mis nervios. El camarero vuelve cuando ya hemos terminado los platillos fuertes y los retira. Jacques parece un

pozo sin fondo, ha comenzado a devorar el queso.

— ¿Les interesa algo de nuestra selección de postres? —nos pregunta el camarero y se prepara para escribir en su pequeña libreta.

Sonríe divertido cuando ve que Jacques y yo peleamos por un trozo de queso. Le doy un manotazo a Jacques para que lo suelte y me lo llevo a la boca esbozando una sonrisa triunfal, una mujer de la mesa de al lado me dedica una mirada desaprobatoria. Supongo que mis modales no son los mejores para estar en un sitio así.

—Traiga una rebanada de pastel de chocolate —pide Jacques y vuelvo a sorprenderme cuando escucho lo siguiente—: Triple chocolate con una cereza encima.

Dios mío, mi pastel favorito.

— ¿Una rebanada para cada uno, monsieur? —pregunta el camarero.

—No, la compartiremos —responde Jacques.

—A la orden, monsieur —dice el camarero y se retira nuevamente.

Veo a Jacques quedarse sorprendido de nuevo.

Me mira fijamente por un momento y esboza la sonrisa que me enloquece.

— ¿Qué? —Me pregunta al ver mi evidente confusión—. ¿Vas a decirme que no te gusta el chocolate?

De repente parece conocerme y al segundo siguiente es como si no supiera quién soy.

El camarero llega con la rebanada de pastel y Jacques mueve su silla para sentarse justo al lado mío. Toma una cuchara pequeña y la usa para darme a probar un trozo de pastel. Lo saboreo mientras miro sus ojos aceitunados.

Lo tengo tan cerca que quiero besarlo.

Ha sido una cena maravillosa.

Tras devorar la rebanada de pastel hemos bebido hasta la última gota de vino y hablamos sobre Jacques y su vida en París. Ha hecho todo lo posible para evitar decirme cualquier cosa sobre Etoile, puedo adivinar que ni siquiera le agrada hablar del tema. Finalmente hemos pedido la cuenta y salimos del establecimiento, él volvió a sujetarme por la cintura y no pude evitar recargar mi cabeza en su hombro mientras salimos del restaurant.

Mi mundo se cae en pedazos cuando aparece monsieur Montalbán y a su lado, mirándome con autentico odio, está Etoile.

—Mierda —suelta Jacques entre dientes pero se niega a soltar mi cintura.

Etoile camina hacia nosotros y me toma por los hombros para separarme de Jacques con violencia, su fuerza es tal que el broche de mi cabello sale volando y cae en un charco que ha dejado la lluvia de horas atrás.

Todo lo que veo es la maraña de mi cabello despeinado y de repente siento la mano de Etoile impactándose contra mi mejilla. Retrocedo tambaleándome y llevo una mano al golpe que me acaba de dar.

— ¡Etoile, detente! —reclama Jacques y se acerca a mí para verificar que todo está en orden, me toma por los hombros y se asegura de que el golpe no me haya dejado muy malherida.

—Todavía no he terminado —responde Etoile con voz estridente—. ¡Sube al auto si no quieres que le saque los ojos a esa prostituta apestosa!

—No tenías que golpearla —insiste Jacques y se coloca frente a mí como si intentara protegerme—. ¿Te has vuelto loca? ¿Y qué mierda haces aquí?

—Tuve que llamarle a tu chofer para que me dijera dónde demonios te habías metido, estúpido —dice ella, todos los parisinos pasan junto a nosotros y nos miran gracias al escándalo que provoca esa rubia operada—. ¿Cuándo pensabas decirme que te estabas viendo con ella?

—Déjala tranquila —insiste Jacques con firmeza—. No puedo creer que vinieras a espiarme, Etoile.

—Cállate, bastardo asqueroso —ordena ella—. Que te quede claro que si vas a salir con una mujer, será únicamente conmigo.

Incluso yo me siento herida por ese comentario.

—Sube al auto, Jacques —ordena monsieur Montalbán.

¿Qué?

¿No van a detener a Etoile?

—Tengo que llevar a Apoline con mi madre —responde Jacques con valentía.

No, Jacques, no te enfrentes a tu padre por mí.

—Sube al auto —repite monsieur Montalbán con más firmeza.

Jacques me mira y se despide de mí con un beso en la mejilla. Siento su mano sobre mi hombro y me susurra al oído:

—Enviaré un auto por ti, espera dentro del restaurant.

Se aleja y lo veo entrar al auto de cristales polarizados. Monsieur Montalbán lo sigue y Etoile se acerca a mí a paso decidido. Me mira con odio y me toma por los hombros para lanzarme al charco de lodo donde reposa mi broche para el cabello. Por último, me propina una patada con la punta de pie y sisea con voz amenazadora:

—Si vuelves a acercarte a Jacques, lo pagarás caro.

La veo subir al auto y el vehículo se marcha a toda velocidad.

Y yo me quedo aquí.

Empapada con agua sucia.

Temblando de frío.

Con la mejilla adolorida.

Y un nudo en la garganta.

Recupero el aliento tras el golpe que Etoile me asestó con la punta de su pie.

Se acerca a mí una mujer de edad avanzada y me toma por los hombros para ayudar a ponerme en pie.

Me tambaleo un poco, me cuesta lograr mantenerme erguida.

El acompañante de la mujer anciana, un chiquillo no mayor de doce años, recoge mi broche y el bolso con pedrería para entregármelos.

Los acepto con manos temblorosas y les agradezco con una sonrisa.

— ¿Se encuentra bien, mademoiselle?

Es el recepcionista del restaurant quien se acerca y le roba la palabra a la anciana. Me conducen al interior del establecimiento para resguardarme del frío e intentar tranquilizarme, no puedo evitar sentirme culpable por ensuciar el bello alfombrado del establecimiento con el agua sucia que escurre por mi cuerpo.

—En seguida le conseguiré toallas limpias —me dice el amable hombre—. Puede sentarse ahí.

Me señala un sofá de cuero negro y yo camino hasta ahí con pies temblorosos, la mujer anciana me sigue sujetando por los hombros para impedir que caiga al suelo.

Puedo sentir las lágrimas correr por mis mejillas, mi maquillaje debe haberse corrido y seguramente me veo horrible.

— ¿Quiere un tranquilizante, mademoiselle? —Me dice el recepcionista—. Puedo enviar a alguien a la farmacia más cercana para traerle lo que necesite.

—Estoy bien —respondo con voz trémula.

Jamás había dicho una mentira tan grande.

—Dígame a quién llamar para que vengan a recogerla, mademoiselle —insiste el hombre—. ¿Quiere que pida un taxi para usted?

—Puedo llevarla en mi auto —interviene la mujer—. Está aparcado a un par de calles, iré por él y la llevaré a casa.

—Llamaré a alguien —les digo y saco mi teléfono celular del bolso con pedrería.

Entro en la agenda telefónica y ahí aparecen registrados los números de Jacques, madame Marie Claire, Pauline, Antoine, el apartamento y el número de teléfono de mis padres.

Selecciono el número de Antoine y presiono la tecla para llamar.

Recibo respuesta tras el tercer tono.

— ¿Mademoiselle Pourtoi? —me dice Antoine con voz amortiguada, puedo adivinar que ha estado tomando una siesta.

—Antoine, ¿podrías venir a recogerme? —le suplico entre sollozos.

Sabía que rompería a llorar así en algún punto de la noche pero no esperaba que fuera ahí, sentada en el sofá de cuero y dando un espectáculo para toda la gente adinerada que frecuenta el restaurant.

— ¿Dónde está, mademoiselle? —me pregunta Antoine de la misma forma que lo haría un angustiado padre sobreprotector.

—En *La Tour d'Argent* —le explico.

—No tardaré, mademoiselle —me dice y termina la llamada.

Cuando bajo el teléfono me percató de que el recepcionista del restaurant me está

ofreciendo un vaso de agua y lo acepto tras agradecerle con una triste sonrisa. La anciana me consuela con leves palmadas en mi espalda. Doy un sorbo al agua y vuelvo a mirar el teléfono para buscar el número de Jacques. Es arriesgado llamarle así que me limito a escribirle un mensaje de texto.

HE LLAMADO A ANTOINE PARA QUE VENGA A RECOGERME.
NO TE MOLESTES EN ENVIAR A NADIE.

Me termino el agua de un trago e intento tranquilizarme.

Desearía poder derrumbarme aquí mismo pero no puedo hacer semejante cosa. Sé que éste asunto estará pronto en todas las revistas sensacionalistas de París: *Jacques Montalbán, el millonario y prometedor estudiante de medicina, fue atrapado por su novia en una cita romántica con una chica proveniente de un pueblo cercano a Bordeaux.*

Lo único que me preocupa en estos momentos es saber si Jacques no se ha metido en graves problemas con su padre por haberme invitado a salir. Puedo adivinar que Etoile lo ha abofeteado también y seguramente está intentando hacer que Jacques la compense con algún obsequio caro para perdonar la infidelidad y usará lo acontecido hoy para chantajearlo en cualquier momento.

Eso, sin mencionar lo que hará monsieur Montalbán con madame Marie Claire.

Dios, ¿en qué diablos me he metido?

Busco el espejo de mano en el interior de mi bolso con pedrería y lo sostengo frente a mí para mirar mi horrendo reflejo.

El maquillaje se ha corrido, mi peinado es un desastre y tengo la mejilla golpeada tan roja como un tomate. Las lágrimas no dejan de brotar de mis ojos.

Lo único que quiero es irme de éste sitio y volver al apartamento.

Antoine tarda media hora en llegar.

Lo veo pasar por la entrada del restaurant, intercambia un par de palabras con el recepcionista y finalmente se acerca a mí y me ayuda a levantarme. Suelto un sollozo y lo envuelvo en un fuerte abrazo. Despide un fuerte olor a colonia para después de afeitarse mezclado con caféina y tabaco. Él me devuelve el abrazo, sollozo contra su pecho y lo siento darme una palmada en la espalda.

—Quiero irme, Antoine —le suplico.

Él me conduce al exterior.

Me cubre los hombros y la espalda con su saco, la mascada que usaba ha quedado sucia y completamente empapada. Me permite abordar el asiento del copiloto, me abrocha el cinturón de seguridad y me da un pañuelo para secar mis lágrimas. Siento sus manos sobre mi cabello, intenta consolarme brindándome un poco de cariño.

Oh, Antoine, no sabes cuánto te lo agradezco.

Rodea velozmente el auto para ocupar el sitio del conductor y enciende el motor para enfilarnos por la calle. Vamos en silencio, el cual se rompe cuando suelto uno o dos sollozos ocasionales. El pañuelo de Antoine se ensucia con el maquillaje. Deseo volver cuanto antes al apartamento para darme una ducha e irme a la cama.

Antoine detiene el auto cuando la luz de un semáforo cambia a rojo y nos llama la atención la alerta de un nuevo mensaje de texto en mi teléfono.

Lo saco del bolso y veo que es de parte de Jacques.

LAMENTO MUCHO LO OCURRIDO.
LLÁMAME CUANDO ESTÉS CON MI MADRE.
AÚN QUIERO LLEVARTE DE COMPRAS MAÑANA.

¿CREES PODER PERDONARME?

Reprimo un sollozo y Antoine me mira por el rabillo del ojo.

— ¿Le ha hecho algo ese muchacho? —me pregunta Antoine.

—Etoile me abofeteó y me lanzó a un charco de agua sucia —le respondo con voz quebradiza, él sujeta el volante del auto con más fuerza cuando escucha mis palabras—. Me ha dado también un puntapié y se fue en un auto con Jacques y monsieur Montalbán.

Siento una punzada de dolor en mi estómago, en el sitio donde recibí el golpe. Me llevo una mano a ese lugar intentando ser discreta.

—Lamento que haya tenido que pasar por semejante atrocidad, mademoiselle —me dice Antoine y me dirige una rápida mirada de angustia—. ¿Se encuentra bien?

—Sólo necesito tomar una ducha, no creo que los golpes fueran muy...

—Me refiero a su corazón, mademoiselle —me interrumpe.

Sé a lo que se refiere.

—Duele —le respondo y otro par de lágrimas brota de mis ojos.

Hacemos el resto del viaje en silencio, no me creo capaz de decir nada más.

Antoine aparca el auto fuera del complejo de apartamentos.

Abre mi portezuela y me tiende una mano para ayudarme a apearme del vehículo. Piso la acera y aprovecho para quitarme las zapatillas sin importar que mis pies se ensucien más, Antoine me coloca las manos sobre los hombros y me conduce al interior del edificio.

— ¿Ha tenido una mala noche, mademoiselle?

Es el indiscreto vigilante quien pregunta.

—No tiene idea —le respondo con indiferencia.

Antoine pone en marcha el ascensor y rápidamente nos encontramos ya enfilándonos por el pasillo que conduce al apartamento de madame Marie Claire. Tengo que hacer un sobrehumano esfuerzo para evitar pensar en lo ocurrido, sé que si lo hago sólo lograré torturarme más.

Llamamos a la puerta y nos recibe madame Marie Claire, va vestida con una bata de seda de color crema.

Incluso para dormir se ve elegante y hermosa.

— ¡Apoline, cielo! —Exclama cuando me rodea con sus brazos—. ¡Mírate, mi niña! Debiste pasarlo terrible, ¿no es así?

Rompo en llanto cuando estoy entre sus brazos y soy incapaz de explicarle nada.

Es Antoine quien se encarga de contarle todo. No hace falta explicar lo horrorizada que se mostró madame Marie Claire al enterarse de la bofetada, del incidente del charco de agua sucia y de la patada que Etoile me propinó con sus costosos zapatos importados. Me acompaña al sofá y se sienta a mi lado sin dejar de acariciar mi cabeza para seguir consolándome.

—Alberta, prepara el baño para Apoline —ordena madame Marie Claire.

Alberta obedece y sube corriendo la escalera de caracol.

Pauline se acerca con una taza de chocolate caliente y me la entrega para darle un sorbo, quiero preguntar por Claudine pero sé que ella debe estar durmiendo ya. No quiero despertarla, no cuando me veo como un insecto aplastado. Tomo entonces mi teléfono del bolso y escribo un mensaje para Jacques.

YA ESTOY EN EL APARTAMENTO DE TU MADRE.

TEN UNA LINDA NOCHE.

Sé que me ha pedido que lo llame pero no puedo hacerlo, no a sabiendas de que podría

estar aún en un auto en compañía de Etoile y su padre. Me termino el chocolate caliente sin parar de sollozar, madame Marie Claire me consuela de la forma única que tienen las madres para actuar en circunstancias tan dolorosas. Acaricia mi cabeza y me asegura que todo estará bien. Alberta vuelve tras ausentarse un par de minutos para avisar que el baño está listo, quisiera que Antoine me llevara en sus brazos pues no me creo capaz de seguir caminando.

—Gracias por traerla, Antoine —escucho decir a madame Marie Claire, ella le da un fuerte abrazo como agradecimiento—. Puedes irte, yo me encargaré.

— ¿Ella estará bien, madame? —pregunta Antoine angustiado.

Sonríó un poco al escuchar aquello, al menos estando aquí me siento protegida.

—Estará bien —le asegura madame Marie Claire y lo acompaña a la puerta de entrada para retirarse.

Acto seguido, me toma de la mano y me guía hacia el piso superior para llevarme al cuarto de baño.

Pauline nos sigue y la veo usando también su pijama que consta de una camiseta de algodón de color blanco y pantalones cortos de licra de color negro.

—No hace falta que vengas, Pauline —dice madame Marie Claire—. Ve a dormir, yo me encargo.

Pauline accede y se retira a su dormitorio tras dedicarme una palmada en la espalda. Yo avanzo por la escalera de caracol acompañada por madame Marie Claire, me siento muy agradecida de estar en casa y saber que Etoile no está esperándome en la planta alta con un balde de estiércol listo para lanzarlo sobre mí.

Madame Marie Claire abre la puerta del dormitorio y veo a Claudine envuelta bajo las sábanas. Vamos sigilosamente para evitar despertarla aunque sería imposible, Claudine tiene el sueño muy pesado.

Entramos en el cuarto de baño y madame Marie Claire cierra la puerta detrás de nosotras. Me ayuda a desnudarme y yo no opongo resistencia, lo único que hago es cubrir mis senos con los brazos mientras ella me conduce a la tina llena de agua caliente.

Me siento y abrazo mis rodillas, madame Marie Claire toma un paño suave y lo usa para tallar mi cuerpo, para retirar todo rastro del agua sucia que ya comenzaba a secarse.

Siento cómo talla mi cabello y lo enjuaga dejando caer el agua tibia sobre mi cabeza.

De repente siento cómo resbalan las lágrimas por mis mejillas y el nudo vuelve a formarse en mi garganta.

No quiero llorar frente a madame Marie Claire pero no puedo evitarlo, tan sólo espero que el agua que ella deja caer sobre mi cabeza sirva para disimular mi llanto.

—Oh, cielo —me dice madame Marie Claire y levanta mi rostro para hacerme mirarla a los ojos—. No dejes que algo así te marque de por vida.

No pensaba pasar el resto de mi vida lamentándome por culpa de Etoile y el charco de agua sucia.

—Tu mejilla está muy roja —me dice sin atreverse a tocarla.

—Etoile tiene mucha fuerza —le digo esbozando una triste sonrisa.

Madame Marie Claire me devuelve el gesto y me planta un beso en la frente. Me convence de soltar mis rodillas para terminar de limpiar mi cuerpo con el paño y vemos cómo ha quedado mi estómago golpeado.

El sitio donde recibí la patada se ve demasiado rojo, sé que mañana se pondrá morado.

Finalmente me deja salir de la tina y me da una muda de ropa, un pijama similar al de Pauline.

Me visto y me indica que me siente en un pequeño taburete para que ella cepille mi cabello.

Siento el peine de cerdas suaves pasar sobre mi cabeza y esa sensación es de lo más relajante.

Madame Marie Claire parece querer evitar hablar del tema a toda costa y yo se lo agradezco con todo mi corazón, quiero simplemente olvidar lo ocurrido hoy.

Trenza mi cabello y me da un beso en la frente antes de enviarme a la cama.

—Ve a dormir —me dice—. Mañana hablaremos, ¿de acuerdo? —asiento e intento sonreírle—. ¿Estás bien, linda?

No, no lo estoy.

—Sólo necesito descansar —le respondo y me despido de ella para irme a dormir.

Madame Marie Claire se dirige a su habitación y yo avanzo hasta el dormitorio que comparto con Claudine. Veo que han traído mi teléfono celular y lo dejaron sobre mi almohada.

Lo acompaña una nota de Pauline.

Lamento que haya pasado una noche terrible, mademoiselle.

P.

Sonrí y guardo la nota antes de dirigirme al alfeizar de la ventana con mi teléfono en la mano.

Me siento junto al cristal y le dirijo una mirada al oscuro cielo nocturno.

Estoy mucho más tranquila luego de tomar ese baño. Tomo el teléfono y veo que tengo tres llamadas perdidas de Jacques.

Tomo un profundo respiro y, sin pensar en las consecuencias, pulso la tecla para llamar.

Espero dos tonos y recibo respuesta.

—¿Apoline? —Dice Jacques angustiado—. ¿Estás bien?

Me siento aliviada al saber que no es Etoile quien me habla al otro lado de la línea.

—Sí, Antoine me ha traído con tu madre —le explico.

¿Acaso no se lo había dicho ya en el mensaje de texto?

—De verdad lamento lo que te hizo Etoile —me dice Jacques y en realidad se escucha arrepentido—. Le pedí a mi padre que me dejara volver para ver cómo estabas, pero él...

—No tiene tanta fuerza —le digo intentando sonar divertida, el puntapié de mi estómago sigue punzando—. Mañana no habrá marcas.

Tendré que cubrir los golpes con maquillaje.

—Estaba muy preocupado por ti —insiste Jacques—. Lamento que la velada terminara de esa forma.

—Lo que tú lamentas es no haberme podido llevar a la cama —me quejo intentando sonar indignada.

Ambos soltamos una risa.

—Tarde o temprano serás mía —bromea él, yo no puedo dejar de reír y eso incrementa el dolor en mi estómago—. Será mejor para ti que no opongas resistencia.

—Me gustaría ver eso —le respondo y volvemos a reír juntos.

Tal parece que la noche aún puede salvarse.

—Aún quiero verte mañana —me dice y mi risa se silencia casi de golpe.

¿Está bromeando? ¿Quiere que Etoile me mate?

—No creo que sea una buena idea, Jacques —le digo con firmeza.

Necesito estar contigo pero no a costa de mi integridad emocional y física.

—Te lo ruego —me dice él y me es imposible negarme una segunda vez—. Quiero verte, quiero estar contigo y no puedo explicarte la razón.

—Me encantaría pero Etoile me matará —le respondo—. No puedo, Jacques.

—No voy a negociarlo —me dice él y escucho su sonrisa—. Pasaré a recogerte por la mañana, te enviaré un mensaje de texto cuando despierte para decirte la hora, ¿bien?

¿Cómo puedo negarme cuando está tan decidido a hacer las cosas?

Es el momento de actuar, también yo impondré algunas reglas.

—Iré con una condición —le digo, es como si me hubiera transformado en otra persona, una Apoline directa y segura de sí misma,

— ¿Cuál? —me pregunta divertido.

Tomo un profundo respiro y vuelvo a hablar sin pensarlo antes.

—Que estemos juntos siempre.

Se hace el silencio en la línea y mi subconsciente me hace ver lo estúpida que he sido.

¿En qué estaba pensando?

Seguramente Jacques me dirá ahora que no debo interferir en su relación con Etoile, que he sido una estúpida por pedirle semejante cosa y que debo alejarme de él. Volveré al pueblo, lo haré. No puedo quedarme aquí tras haberle dicho eso, bien podría decirle lo mucho que lo amo para terminar de avergonzarme.

—Así será.

¿Qué?

¿Accedió?

Las mariposas revolotean de nuevo en mi estómago y la sensación no es nada agradable considerando el golpe que aún tengo ahí. Esbozo una tonta sonrisa y siento que mis mejillas se ponen tan coloradas como un tomate.

O como la cereza que tenía el pastel que hemos compartido hoy.

— ¿Siempre juntos? —le pregunto con voz trémula.

Lo escucho sonreír y me responde. Sus palabras me devuelven toda la felicidad que Etoile me arrebató tras lanzarme al charco de agua sucia.

—Siempre juntos.

Los primeros rayos del sol se cuelan por la ventana y me obligan a abrir mis pesados párpados. Sigo en el alfeizar de la ventana, mi cuello y mi espalda duelen cuando intento levantarme. El punzante dolor en mi estómago es un persistente recordatorio de lo ocurrido anoche. Ni qué decir de mi adolorida mejilla. Me levanto y hago un par de estiramientos para desperezarme, mi teléfono cae al suelo y tengo que recogerlo tras realizar la última flexión. Entro al buzón de mensajes para verificar que Jacques haya enviado ya la hora en la que nos veremos para ir de compras.

Pero...

¿De dónde ha salido ésta conversación?

Hay casi cincuenta mensajes que estuvimos enviando Jacques y yo durante la noche, ¿cómo es que no puedo recordarlo?

Mi mente se ha hecho un desastre tras mi llegada a París.

Leo velozmente la conversación desde el inicio para tratar de entender un poco y me detengo cuando uno de los mensajes llama mi atención.

¿PUEDO PREGUNTARTE ALGO?

¿PORQUÉ ME HAS PEDIDO QUE TE PROMETA LO DE "JUNTOS SIEMPRE"?

Eso lo recuerdo perfectamente.

Mi respuesta es menos brillante de lo que fue mi petición cuando la hice.

ESO QUIERO, QUE ESTEMOS JUNTOS SIEMPRE.

ES SÓLO QUE...

ME CUESTA DEMASIADO EXPLICARTE.

Dios, Jacques terminará por alejarse de mí si sigo así.

Creerá que estoy obsesionada con acercarme a él.

O peor: Etoile será quien lo crea.

Encuentro entonces otro mensaje interesante, va de parte mía.

¿SALISTE CON OTRA CHICA ANTES DE CONOCER A ETOILE?

¿En qué momento creí que sería una buena idea?

Su respuesta me logra calmar un poco.

CREO QUE HABLAREMOS DE ESO EN NUESTRA PRÓXIMA CITA.

Adjunta un emoticón sonriente y me siento aliviada, no ha cancelado aún lo cual significa que no cree una completa lunática. ¿Cierto?

— ¿Qué haces ahí?

Es Claudine quien habla con esa voz adormilada.

Me doy cuenta de que me he sentado en el suelo alfombrado con las piernas cruzadas a

mitad de la habitación. Me reprimo mentalmente, tengo que intentar ponerle un orden a mis pensamientos o terminaré tirándome de un puente en un momento de distracción.

Un momento.

¿Desde cuándo Claudine comenzó a tutearme?

—Dios santo, ¿qué te hizo ese bastardo? —Dice enfurecida y se acerca velozmente para ver más de cerca mi mejilla golpeada—. Tremendo animal, se atrevió a golpearte el muy maldito.

Presiona el golpe con fuerza y yo suelto un grito agudo. Me aparto de ella con fiereza. Debe agradecer su condición de embarazada, bien pude darle un empujón para que se alejara de mí.

—Fue Etoile quien me golpeó —le respondo de mala gana—. Te habrías enterado de todo si anoche hubieras estado despierta.

De pronto parece que ambas hemos cambiado.

No somos empleadas del mismo salón de belleza, ahora somos más amigas que nunca.

— ¿Qué tal te fue anoche? —me pregunta Claudine.

¿Acaso no es obvio?

No quiero recordar a Etoile así que le doy mil vueltas al asunto antes de responder.

—Volveré a salir hoy con él.

— ¡Qué maravilla! —Exclama Claudine dando una palmada—. ¿A dónde te llevará?

—De compras —le respondo con una brillante sonrisa—. Espero poder obtener hoy alguna respuesta, él parece no saber que alguna vez fui parte de su vida.

—Cinco años es mucho tiempo —comenta ella despreocupadamente—. Quizá deberías considerar buscar otras opciones, Jacques parece muy feliz con esa rubia millonaria.

La miro con auténtico odio y ella cierra la boca casi de inmediato.

¿Cómo se atreve a insinuar semejante cosa?

Ella no ha visto la forma en la que Jacques trata a esa rubia operada, no sabe que Jacques ni siquiera le recuerda a cada segundo que la ama. No creo que él quiera juntar sus labios con los de ella cuando ni siquiera soporta que lo llame por teléfono.

¿Quién se cree Claudine para opinar sobre mi relación con Jacques?

—Sólo cállate —le digo enfurecida y salgo de la habitación avanzando a paso firme.

Puedo sentir cómo me mira mientras avanzo a la escalera de caracol.

Sus ojos tristes, sus labios levemente separados.

Sé que la he ofendido, que la he herido, pero no me arrepiento.

He hecho este estúpido viaje sólo para reunirme con Jacques y no voy a rendirme hasta lograr lo que me he propuesto. Jacques prometió que se casaría conmigo, sé que sigue amándome tanto como yo lo amo a él.

No permitiré que Etoile lo aleje de mí.

Bajo la escalera de caracol y veo a madame Marie Claire en el desayunoador. Va vestida con su traje de ejecutiva y le da sorbos a una taza de café mientras revisa un par de gráficas impresas en papel. Pauline, vestida y lista para el trabajo, está sentada a su lado y teclea velozmente en su portátil. Alberta está preparando el desayuno y Antoine lee el periódico.

Me acerco al grupo y tomo asiento junto a madame Marie Claire, puedo percibir el aroma de su perfume combinado con la cafeína.

—Buenos días —saludo intentando parecer contenta, el fantasma de mi pequeña discusión con Claudine se cierne sobre mis hombros como un pesado yunque de hierro.

Madame Marie Claire me mira y me dedica su sonrisa maternal, acaricia mi cabello con cariño y vuelve a lo suyo.

—Buen día, mademoiselle —me saludan Alberta, Antoine y Pauline.

— ¿Quiere que le sirva algo para comenzar su desayuno? —me pregunta Alberta con tono servicial—. ¿Un poco de avena o cereal?

—Sólo un poco de café, gracias —le respondo.

Tengo que evitar sonreír, mi mejilla aúlla de dolor cada vez que flexiono los músculos de mi cara.

Alberta coloca la taza de café frente a mí y se retira para continuar con sus tareas. Me estiro para alcanzar la azucarera mientras escucho a Claudine bajar por la escalera de caracol. Va a paso lento, madame Marie Claire baja sus documentos y gira sobre su asiento para encarar a Claudine.

—Buenos días —saluda mi querida y habladora amiga.

—A partir de hoy dormirás aquí abajo —es la respuesta que madame Marie Claire le da con severidad.

Claudine se detiene en seco y la mira confundida.

—Todos tus devaneos con la escalera terminarán perjudicando a tu bebé —continúa madame Marie Claire.

¿De dónde ha salido eso?

¿Qué ocurrió durante mi ausencia de anoche?

Claudine entorna los ojos y se dirige a su asiento para tomar el desayuno. Evita mirarme y a decir verdad, no quiero que lo haga.

Le doy un sorbo a mi taza de café cuando recibo un mensaje en mi teléfono. Es de Jacques.

BUENOS DÍAS, MADEMOISELLE.

ME DESPERTÉ HACE CINCO MINUTOS Y NO LLEGARÉ A UNA CITA IMPORTANTE PARA
DESAYUNAR.

TODO ES CULPA TUYA.

Incluye un emoticón de una cara sonriente, imito el gesto aunque mi mejilla se muestre inconforme. Escribo velozmente una respuesta para él.

ME ALEGRA ARRUIRAR TUS REUNIONES MATUTINAS.

Adjunto un emoticón sonriente y lo envío.

Casi parece que siguiéramos en el pueblo, así solían ser nuestros juegos.

¿Qué habrá pasado con esos viejos tiempos? ¿No volverán jamás?

Le doy un sorbo a mi café cuando llega su respuesta, madame Marie Claire intenta contener una sonrisa mientras sigue haciendo su trabajo.

¿NOS VEREMOS HOY?

Hoy, mañana, pasado mañana...

¡Cuando tú quieras!

Quiero responderle pero sé que necesito antes la autorización de madame Marie Claire. Tras lo ocurrido con Etoile estoy segura de que no querrá dejarme salir de nuevo con su hijo.

—Jacques quiere llevarme de compras hoy —le digo y mi voz se escucha un poco ronca.

Siempre me pasa eso cuando estoy nerviosa, espero que Etoile jamás me escuche así. Madame Marie Claire le da un prolongado trago a su bebida y yo me hundo en mi asiento, preparándome para recibir la negativa.

—Seguro se divertirán.

¿Es una broma?

Me atraganto con el café y Pauline se levanta de un salto para darme una palmada en la espalda. Tengo que toser para recuperarme y siento mis ojos lagrimear. Madame Marie Claire y

Claudine sueltan una sonora carcajada. ¿Es divertido ver cómo me ahogo? Las fulmino a ambas con la mirada y escribo una respuesta para Jacques.

MUERO POR VERTE, DIME A QUÉ HORA.

Etoile me matará.

— ¿A dónde irán? —me pregunta madame Marie Claire.

—Aún no lo sé —le respondo encogiéndome de hombros.

—Bueno, Antoine te acompañará —me dice ella, el tema no está sujeto a discusión.

Definitivamente quiero ir acompañada.

¿Cómo sería salir acompañada por un guardaespaldas?

No hay respuesta de Jacques así que escribo otro mensaje.

ANTOINE IRÁ CONMIGO.

Alberta nos sirve finalmente el desayuno: huevos revueltos con jamón de pavo. Antoine toma asiento para desayunar con nosotras, en los titulares del periódico que dejó sobre la mesa puedo ver una fotografía de Etoile.

No puede ser, ¡está por todos lados!

Desearía poder tomar un bolígrafo para rayar su rostro hasta dejarlo oculto debajo de una capa de tinta negra.

Me sobresalta la alerta de un nuevo mensaje, Jacques ha respondido.

TE INVITÉ A SALIR UNA VEZ Y YA ESTÁS ENGAÑÁNDOME CON EL CHOFER DE MI MADRE.
MUY MAL, MADEMOISELLE POURTOI, MUY MAL.

Incluye tres emoticones sonrientes. ¿Qué significa eso? ¿Somos pareja oficialmente? ¿Me he convertido en su amante?

Suena tentadora la idea de ser la razón que destruirá su relación con Etoile, pero... Yo soy la prometida de Jacques, no debería estar involucrada en un amorío como el que estamos iniciando. Es un amorío, ¿cierto? Tan bajo caí que ahora soy la hetaira de mi futuro esposo.

Me siento sucia.

—Se enfría tu desayuno —me dice madame Marie Claire.

Ya todos han terminado y yo sigo mirando el mensaje de Jacques en la pantalla del teléfono. Escribo mi respuesta y pulso la tecla para enviar.

¿ESO SIGNIFICA QUE SOMOS PAREJA?

¿Lo he dicho ya?

Etoile va a matarme.

Tuve que apartarme de mi teléfono para poder terminar mi desayuno.

Bebí también un vaso de jugo de arándano y Alberta me sirvió un par de duraznos en almíbar para rematar.

¿Cómo cabe tanta comida en una cocina tan pequeña?

Madame Marie Claire y Pauline se despidieron de mí para irse a sus reuniones con importantes ejecutivos. Me siento culpable, no he olvidado que yo debería acompañarlas para seguir aprendiendo sobre administración de empresas. Cuando termine con el asunto de Jacques, me encargaré también de las finanzas.

Claudine y Antoine encienden el televisor, están transmitiendo una teleserie americana que hace reír a Claudine. Antoine sonrío de vez en cuando, tiene una sonrisa encantadora.

Me limpio los labios con una servilleta y finalmente reviso mis mensajes. Sonrío de oreja a oreja cuando veo que Jacques envió cinco mensajes.

¿ME OBLIGARÁS A DECIRLO FORMALMENTE?

Suelto una risilla y abro el siguiente.

MADemoiselle, ¿ME ESTÁ IGNORANDO?
NO DEBERÍA IGNORAR A QUIEN LE INVITÓ A CENAR ANOCHE.

Jacques sigue siendo el mismo cretino bromista de antes, me alegra saber eso. El siguiente mensaje me arranca una sonora carcajada.

SIGA IGNORÁNDOME, MADemoiselle.
DE CUALQUIER FORMA, HOY SÍ TENDRÉMOS SEXO SIN COMPROMISOS.

Más emoticones de caras sonrientes.

Dios, espero que Etoile no se entere nunca de que Jacques me escribe semejantes cosas. Si aquél mensaje me hizo reír, el siguiente es mil veces mejor.

LO SABÍA, MI PROPUESTA SEXUAL TE DEJÓ SIN PALABRAS.

Alberta me mira como si acabara de anunciar que unas voces en mi cabeza me dijeron que incendiara el apartamento... ¿Qué?

Como sea, sólo queda un mensaje.

RESPONDE, NO ME HAGAS IR POR ETOILE.

Ha sido doloroso que se burle de lo ocurrido anoche, lo admito. ¿Era necesario que hiciera un chiste de lo que bien pudo ser la peor noche de mi vida? Bueno, he terminado ya mi desayuno así que pulso la tecla para llamarle, espero que no esté con Etoile justo ahora.

Espero tres tonos y él me responde.

—Sabía que iba a persuadirte con lo del sexo sin compromisos —me dice él a modo de saludo, yo suelto una risa y él se contagia.

Antoine y Claudine se giran para verme, tengo que subir a toda prisa la escalera de caracol para ocultarme de sus miradas. ¿Tan extraño es reír a carcajadas mientras hablas por teléfono?

—Las chicas tenemos que darnos a desear —le comento divertida mientras subo los peldaños.

¿Qué estupidez acabo de decir?

— ¿Sigues pensando en el sexo sin compromisos? —se burla él ahogando una carcajada.

¿En qué momento nuestra relación se convirtió en algo meramente sexual?

—Lamento no haberte contestado —le digo para cambiar de tema—. Tenía que terminar mi desayuno.

—Me imaginé que eso era —me responde.

— ¿Me llevarás de compras? —le pregunto y me dejo caer sobre la cama para jugar con un mechón de mi cabello.

— ¡Ahí está! ¡Lo sabía! —Exclama él con una carcajada—. ¡Eres una oportunista!

—Apuesto a que no gasto tanto dinero como Etoile —le comento despreocupada.

Se hace el silencio.

Mierda, soy estúpida.

¿Cuándo aprenderé a no hablar mal de ella?

Tengo que dejar de hacer ese tipo de comentarios cuando esté hablando con Jacques.

—Seguramente —me responde él despreocupado.

No está riendo.

—Pasaré a recogerte en una hora —continúa—. Vístete con algo lindo, ayer te veías hermosa.

¡Dile algo, Apoline!

¡Discúlpate!

Me sonrojo por su cumplido y me quedo sin habla.

— ¿Te dejé sin habla de nuevo? —se burla él.

—No deberías hacerle cumplidos a ninguna chica cuando tienes novia —le digo con voz trémula.

Lo odio por volverme loca.

—Bueno, eso puede arreglarse —me dice y puedo escuchar su carismática sonrisa—. Te veré en una hora.

—Te espero —le digo y termino la llamada.

Sujeto el teléfono con ambas manos a la altura de mi corazón y sólo puedo preguntarme... ¿Esas últimas palabras tuyas implican que lo he conseguido? ¿Dejaré a Etoile por mí?

Y lo más importante...

¿Me recuerda?

Tengo que buscar la ropa más linda que encuentre para que Jacques deje de pensar que soy una oportunista. Sé perfectamente que lo ha dicho sólo para fastidiarme pero algo dentro de mí quiere que deje de pensar esas cosas. Abro ambas puertas del armario para empezar a sacar cuanta prenda se ponga frente a mí.

¡No tengo nada que ponerme!

¡Detesto mi armario!

¡Lo detesto!

— ¿Puedo ayudar?

Me giro, Claudine está apoyada en el marco de la puerta.

¡Qué sería de mí sin ella!

—Lamento cómo te traté —me dice esbozando una triste sonrisa.

¡Dios, Claudine, no tengo tiempo para disculpas emotivas!

—Perdóname tú a mí —le respondo y nos fundimos en un fuerte abrazo.

Claudine es mi mejor amiga, estar rodeada por sus brazos y poder sentir sus manos estrujándome con fuerza me hace pensar que no hay nada en el mundo que me pueda hacer daño, siempre y cuando ella me contagie de su alegría.

—Bien, vamos a trabajar —dice ella y me da un empujón para hacerme caer en la cama.

Suelto una risotada mientras ella examina los pares de jeans ajustados que he traído en mi equipaje. Sin siquiera pedir mi opinión, me lanza un par y se concentra en las camisetas. No puedo intervenir, simplemente quiero dejarme llevar por su sentido del estilo. Estoy convencida de que me dejará tan linda que Jacques no podrá resistirse a mí.

El conjunto que eligió Claudine es simplemente precioso.

Consta de jeans negros y ajustados, llegan a la cadera y tienen adornos de pedrería en los bolsillos traseros. Mi camiseta es de color púrpura con un lindo escote redondo, Claudine la ha atado hacia la derecha así que mi ombligo va descubierto. Llevo también brazaletes en ambas muñecas, *Conversed* color negro y mi cabello, trenzado, cae sobre mi hombro izquierdo. Claudine me puso un poco de maquillaje en los párpados y brillo labial con gusto a fresas, hubo que cubrir los golpes de Etoile con mucho maquillaje pues seguían siendo demasiado evidentes. Me puso esmalte púrpura en las uñas y un poco de perfume.

¡En realidad no me reconozco!

Sin duda alguna, Jacques se quedará hechizado al verme.

Jacques llega puntualmente. Llama a la puerta y yo bajo a toda velocidad para recibirlo. Alberta es quien lo deja entrar. Jacques la saluda con un beso en las mejillas y luego estrecha las manos con Antoine. Claudine viene bajando la escalera en ese momento y yo me siento la peor amiga del mundo por no haberla ayudado a bajar antes. Al percatarse de su presencia, Jacques corre con ella y la toma de la mano para ayudarla a llegar al piso de abajo.

Es tan galante y caballeroso que me enloquece.

Claudine termina de bajar y Jacques la acompaña hasta el sofá. La ayuda a sentarse incluso y lo veo colocarse en cuclillas frente a ella. Le pone una mano sobre su barriga de embarazada y Claudine esboza una sonrisita tonta.

— ¿Cuánto tiempo tienes? —le pregunta Jacques.

Claudine comienza a balbucear y sus mejillas se ponen coloradas.

Si no fuera mi mejor amiga, me habría puesto celosa.

—Seis meses —consigue decirle.

—Disculpa la indiscreción —sonríe Jacques.

Su sonrisa me derrite.

—No es molestia —comenta Claudine con timidez.

Es lamentable pero Jacques tiene ese efecto en todas las chicas.

Es sencillamente encantador.

Se levanta y va conmigo. Extiende los brazos para anunciar su saludo y yo me cruzo de brazos para darle la espalda. Finjo que estoy molesta con él y tengo que morderme la lengua para evitar reír.

—Oh, no me obligarás a rogar que me saludes, ¿o sí?

—Me ignoraste completamente —le reclamo intentando parecer celosa.

No quiero ver su pequeño encuentro con Claudine como si fuera algo malo pero las ideas e imaginaciones ya se arremolinan en mi cabeza.

—Quería dejar lo mejor para el final.

Me toma por los hombros para hacerme girar sobre mis talones y encararlo.

Tenerlo tan cerca me hace bajar los brazos para rendirme y dejarme caer en sus encantos.

Siento sus dedos entrelazándose con los míos.

Da un paso hacia mí y su frente choca levemente con la mía.

Nos miramos fijamente a los ojos por unos segundos y lo veo inclinar su cabeza hacia el lado izquierdo. Cierro los ojos y separo un poco mis labios. Sus dedos aprietan con fuerza y su aliento, con gusto a menta, choca contra mis labios. Me inclino un poco hacia adelante para apresurarlo y entonces...

Jacques se aleja de mí y lo veo agachar la mirada. Se nota angustiado, confundido. Suelta mis manos y lo veo rascar el lóbulo de su oreja izquierda con el dedo índice. Me mira de nuevo y me da un rápido beso en la mejilla.

¿Qué demonios acaba de pasar?

¡Iba a besarme como en los viejos tiempos!

¿Por qué se ha detenido tan repentinamente?

—Luces hermosa —me dice con timidez y noto que hace todo lo posible para evitar mi mirada.

¡Recuérdame, Jacques! ¡Te lo...!

Un beso.

¡Tengo que lograr besarlo! ¡Es eso! ¡Lograré recuperar su corazón si tan sólo puedo conectar mis labios con los suyos! Pero... ¿Cómo?

— ¿Nos vamos? —me pregunta.

—Claro —le respondo nerviosamente—. Antoine me acompañará.

—Bien pero tendrá que ir en un auto aparte —accede Jacques.

— ¿Tu chofer no ha querido traerte hoy? —me burlo de él con una risita cruel.

—En realidad, quería tenerte sólo para mí en el asiento trasero de la limusina —comenta él con descaro, suelto una risotada y él esboza su sonrisa de cretino—. Ya sabes, quiero tocarte un poco para que podamos tener sexo sin compromisos cuando terminemos las compras.

— ¿Qué te hace pensar que quiero acostarme contigo? —le digo.

Tengo que reír para evitar que Antoine lo agreda por decir semejantes cosas.

—Bueno, pensaba comprarte algo de lencería —responde Jacques, hace un gran esfuerzo por no reír a carcajadas—. Después, te llevaré a un motel donde modelarás todo para mí. No podrás resistir y entonces tendrás una noche inolvidable.

Me dedica un guiño. Tiene que saber que sólo conmigo podría hacer comentarios de ese tipo sin que yo me sienta ofendida.

De alguna forma, él sabe quién soy.

—Bueno, vámonos —da una palmada y avanza hacia mí para rodear mi cintura con un brazo.

Me estremezco al sentir su tacto y él parece darse cuenta. Avanzamos entonces hacia la puerta y Claudine se despide de mí con una sacudida de los dedos.

Le respondo de la misma manera y Antoine cierra la marcha.

El auto que Jacques usó para llevarme al restaurant desapareció para dejarle el sitio a un Audi de color azul eléctrico. No hay nadie en el asiento del conductor pero sí hay un pequeño obsequio en el asiento del copiloto. Jacques abre la puerta y toma el pequeño paquete para entregármelo. Antoine se dirige a su propio auto tras dedicarme una sonrisa.

—Lo compré para ti —explica Jacques mientras yo acaricio el papel celofán de color rojo con un par de dedos—. Es mi forma de disculparme por lo ocurrido con Etoile.

—No tenías que darme nada —le digo, mi voz reboza culpa—. Fue mi culpa, no debí salir con alguien que ya tiene pareja.

—No, no lo malinterpretes —dice él y se recarga en el capó del auto con las manos metidas en sus bolsillos de sus vaqueros—. Fue la cena más maravillosa que he tenido con alguien en mucho tiempo y te agradezco que aceptaras salir conmigo. Las cosas no debían terminar como lo hicieron y ha sido mi culpa haberte metido en problemas.

—Jacques...

—Sólo abre tu obsequio, no aceptaré un *no* por respuesta.

Esboza media sonrisa y no puedo negarme. Retiro el moño plateado y rasgo el papel para dejar al descubierto una caja aterciopelada de color negro. Quito la tapa y descubro un collar. Lo miro boquiabierto y tomo la delgada cadena dorada con un par de dedos para sacarlo de su empaque.

Cuelga de ella un dije con la forma de una flor.

Un tulipán.

Le Village de Tulipes.

Tiene que ser simbólico.

—Déjame ponértelo.

Jacques avanza hacia mí y toma la cadena para pasarla por mi cuello.

Me dedica una caricia en la espalda y me susurra al oído:

—Eres hermosa, Apoline.

Me dedica un beso en la cabeza y se dirige al auto para abrir la portezuela. No sé qué responderle, no sé cómo reaccionar, así que sólo me introduzco en el vehículo esperando que hoy no me meta en mayores problemas con Etoile. Jacques ocupa su asiento y pone en marcha el vehículo. Siento *mariposas en el estómago*.

Hoy será un día espectacular.

No dijimos mucho durante el trayecto en auto.

En realidad, Jacques estuvo inusualmente silencioso. El Audi es tremendamente veloz, tanto que tuve que sujetarme a mi asiento cuando Jacques aceleró por primera vez. A decir verdad, creo que lo ha hecho sólo para molestarme al ver que tanta velocidad me ponía un poco nerviosa. Recibió quince llamadas durante el trayecto y todas las dejó pasar tras haberse detenido para ver el número en la pantalla. Sin duda era Etoile.

¿Sabrá ella que voy en estos momentos con Jacques a un día de compras desenfrenadas?

—Estás muy callada.

Nos detenemos gracias a la luz roja de un semáforo y él aprovecha para mirarme con esos ojos aceitunados. Esboza media sonrisa y estira una mano para colocarla sobre mi rodilla.

— ¿Te encuentras bien?

No sé qué responderle. Quiero pasar el día entero junto a él pero detestaría tener que encontrarme de nuevo con Etoile. Además, no quiero que madame Marie Claire tenga más discusiones con monsieur Montalbán. ¿Qué hacer? ¿Qué puedo decirle?

— ¿Es sobre lo que ocurrió anoche?

Me limito a dedicarle una fugaz mirada para luego volver a mirar por la ventanilla de mi portezuela.

Suelto un suspiro y soy atacada por una punzada de dolor en mi estómago. Agacho la mirada para verificar que el golpe no se note en mi ombligo descubierto y bajo un poco la camiseta púrpura cuando veo lo evidente que es el maquillaje.

—Apoline...

—Sólo prométeme que ella no aparecerá hoy —le digo distraídamente—. No quiero tener que enfrentarme a tu novia de nuevo.

Y si ella vuelve a interferir, estoy dispuesta a tirar la toalla.

—Etoile tiene bastantes compromisos hoy —me responde Jacques y pone en marcha el vehículo de nuevo—. Tiene bastantes reuniones importantes como para estar distraída el día entero.

— ¿Lo prometes? —le pregunto dedicándole una mirada suplicante.

Jamás creí que llegaría el día en que tendría que rogarle un poco de atención.

—Te lo prometo —responde Jacques con un guiño y le da un apretón a mi rodilla.

Le dedico una cálida sonrisa y él me la devuelve.

Creo que, después de todo, aún podemos salvar el día.

Llegamos a una tienda departamental en la Rue deSèvres, es un sitio enorme, bellissimo.

Dejamos el Audi en un aparcamiento subterráneo y salimos para que Jacques pudiera mostrarme el establecimiento desde fuera. Me quedo sin palabras cuando nos detenemos en la acera del frente. Es tan grande que creo que me perderé dentro si acaso llego a perder de vista a Jacques.

—Bienvenida a *Le Bon Marché*, mademoiselle —me dice con tono teatral y me toma de la mano para cruzar la acera.

Suelto una carcajada cuando atravesamos las puertas dobles y veo la cantidad de escaleras eléctricas que conectan con todos los pisos del edificio.

¡Y vaya cantidad de gente!

Me adelanto un par de pasos y cubro mi boca con ambas manos, no puedo explicar lo emocionada que me siento de estar en un lugar tan elegante.

Antoine está a una distancia prudente detrás de nosotros y su simple presencia me hace sentir protegida.

— ¿Por dónde quieres comenzar? —me pregunta Jacques rodeando mi cintura con un brazo.

—No lo sé —le respondo aún emocionada—. ¡Hay tanto que recorrer!

—En ese caso, que sea una sorpresa —dice él y lo veo sacar algo de su bolsillo.

Es una pequeña venda de color negro que él coloca sobre mis ojos para atarla detrás de mi cabeza.

No puedo ver nada y él me toma por los hombros para conducirme en alguna dirección, no sé a dónde.

Camino con pasos torpes y extendiendo las manos hacia adelante para evitar chocar contra alguna persona.

— ¿No habría sido mejor haberme puesto la venda antes de llegar aquí? —le pregunto con una risilla.

—Si lo hubiera hecho, no habría podido ver tus hermosos ojos durante el trayecto —me responde él al oído y siento mis mejillas enrojecerse—. Confía en mí —me dice, va caminando detrás de mí y siento sus rodillas presionar contra la parte trasera de mis piernas con cada paso que damos—. Baja los brazos, te ves ridícula.

Ambos reímos y bajo los brazos para dejarme llevar por la dirección que van tomando sus pasos. Me toma con más fuerza por los hombros y seguimos avanzando hasta que consigo escuchar el sonido de las escaleras eléctricas.

—Da sólo un paso al frente —me susurra Jacques al oído y yo obedezco.

Siento cómo empiezo a subir por las escaleras y él va detrás de mí, sé que se ha quedado un escalón abajo porque siento su respiración contra mis clavículas.

Escucho los murmullos de las personas que van delante y detrás de nosotros pero las vibraciones que recorren mi espina dorsal provocadas por el aliento de Jacques que retumba contra mi piel me impiden la concentración.

Desearía que fuera un poco más discreto, me volverá a meter en una discusión con Etoile.

Aunque...

A decir verdad, soy yo la que está buscando problemas.

Lo amo tanto que no me importa tener que pelear contra esa rubia operada con tal de recuperarlo.

Él me ama, a mí, a quien siente exactamente lo mismo por él.

¿Tan difícil para ella es entenderlo?

—Llegamos —susurra Jacques en mi oído y casi tropiezo cuando intento dar un paso hacia adelante.

Jacques me atrapa antes de caer y ambos reímos a carcajadas.

Me imagino todas las miradas que seguramente nos lanzan el resto de las personas que van saliendo de las tiendas, seguramente me miran con desaprobación así como me miraba aquella mujer del restaurant.

¿*Le Bon Marché* será un sitio lleno de parisinos ricachones y de sociedad?

—Es hora de tu primera sorpresa —me dice Jacques y me coloca en posición a lo que debe ser una de las tiendas, lo sé por las voces que puedo escuchar de las personas que hay frente a mí—. Sólo intenta no gritar —comenta con una risa y me quita la venda de los ojos.

Lo que hay frente a mí es una boutique donde puedo ver las ropas más bellas, más elegantes y, claro, más caras que jamás haya imaginado. Sé que los precios son elevados cuando escucho a una mujer mayor quejarse de ello, no debe tener más de sesenta años y va acompañada por

tres niños pequeños. Le reclama a una de las mujeres que atienden las cajas registradoras que los precios son tan extravagantes que prefiere comprar un obsequio para su hija en algún sitio más caro. Se queja de que las imitaciones son más baratas y se va, la mujer con la que ha estado discutiendo tan sólo la fulmina con la mirada y vuelve a lo suyo.

—Quiero suponer que Pauline Leblanc te dio una tarjeta con la que puedes comprar todo lo que quieras, ¿no es así? —me pregunta Jacques sacando su billetera del bolsillo de sus pantalones.

¡Maldición!

¡Olvidé en el apartamento la tarjeta de beneficios!

Comienzo a balbucear para explicarle a Jacques la situación y él se limita a esbozar una sonrisa.

—En *étaboutiqueno* se otorgan descuentos para Montalbán Enterprises —me explica contando los billetes que lleva en su billetera antes de devolverla a su bolsillo—. Todo corre por mi cuenta.

—No puedo dejarte pagar todo —le respondo, la idea me parece absurda—. Volvamos al apartamento para buscar mi tarjeta y...

—Ayer pasaste una pésima noche por culpa mía —me dice y se coloca enfrente de mí para tomar mi barbilla con un par de dedos y levantar un poco mi rostro, mis ojos se fusionan con los suyos y las mariposas en mi estómago comienzan a bailar *breakdance*—. Déjame compensarlo, Apoline —me suplica.

Él quiere hacerlo, él quiere gastar su dinero en mí.

Seguramente Etoile lo obliga a hacer lo mismo cuando sale con ella pero hoy es él quien está tomando la iniciativa.

No puedo negarme, mucho menos cuando esos ojos aceitunados me miran fijamente y me hacen sentir como si mis piernas estuvieran hechas de gelatina.

—Bien —le respondo un hilo de voz y él esboza esa sonrisa que me enloquece.

Se acerca tanto a mí que cierro los ojos y separo un poco los labios esperando que finalmente podamos conectarnos con un beso, pero sólo puedo sentir la forma en la que él besa mi mejilla derecha y acaricia la izquierda con una mano. Es un beso lento, suave, dulce. Sonríe embelesada y él hace lo mismo, me encanta la forma en la que sus labios se tensan cuando sonrío contra mi piel.

Nos separamos y nos tomamos de las manos, entrelazando nuestros dedos, para entrar en *laboutique*.

La zona de probadores de *laboutiquees* enorme.

Hay un par de sofás afuera para que los acompañantes esperen, Jacques y yo encontramos un cubículo vacío y él me ayudó a meter dentro toda la ropa que hemos elegido. Me dedica una sonrisa traviesa y sale del probador para cerrar la puerta y darme un poco de espacio, esperará afuera con Antoine quien nos sigue a una distancia prudente.

El probador es una pequeña habitación rectangular de blancas paredes y alfombrado de color rojo. Frente a mí hay una pared hecha en su totalidad con un espejo, un pequeño banco acolchado del mismo color que el alfombrado y un par de percheros que salen de las paredes para colgar ahí la ropa. Aseguro la puerta y tomo la primera prenda, es una blusa de color azul marino que tiene un par de holanes en el cuello, las mangas son largas y tiene algunos pocos detalles de color bronce. Es hermosa pero al colocarla frente a mí en el espejo puedo ver que no me quedará nada bien, así que la descarto.

Lo siguiente es un par de jeans ajustados de color blanco con pedrería que adorna los bolsillos traseros. Me quedan de maravilla, remarcan demasiado bien mi figura y la tela es bastante suave. Doy un par de vueltas frente al espejo antes de salir del probador para mostrarle a Jacques.

— ¿Te gusta? —le pregunto avanzando hacia él.

Jacques esboza una sonrisa enorme y aplaude un par de veces.

—Te quedan muy bien —me dice y yo suelto una risita tonta.

Vuelvo al probador y tomo la siguiente prenda. Es una blusa de color negro adornada con pedrería, la tela es suelta y bastante fresca. Me queda a la perfección e incluso hace juego con los jeans blancos, la mejor parte es que cubre perfectamente el golpe maquillado que tengo en el estómago. Salgo de vuelta para mostrarle a Jacques la combinación y me dedica una sonrisa aún más grande al verme.

— ¿Qué tal? —le pregunto y doy una vuelta para que pueda mirarme desde todos los ángulos. Él separa los labios para responder y recibe una llamada que lo hace levantarse de su asiento. Me hace una señal para que espere a que termine de atender sus asuntos y se va a una esquina para poder hablar.

Maldigo a Etoile en mis pensamientos, de alguna forma sé que es ella quien está llamando. Derrotada, vuelvo a encerrarme en el probador y tomo la siguiente prenda. Es un vestido veraniego de color rojo. El largo llega justamente hasta mis rodillas y ondea cuando me muevo. Al ver mi reflejo, creo que se vería de lo más lindo con zapatos que hicieran juego y quizá un peinado un poco más elegante, no como la trenza un poco desaliñada que hoy luzco. Aún así, me fascina. Si Jacques me dijera que sólo puedo escoger una prenda de todas las que hemos elegido para probarme, sin duda me llevaría el vestido rojo.

Le sonrío a mi reflejo para infundirme confianza y salgo del vestidor para mostrarle a Jacques.

Él sigue al teléfono, me da la espalda y ni siquiera me mira.

Duele, lo admito.

¿Acaso no puede apagar ese maldito aparato por un momento?

Sintiéndome un poco herida, me acerco a Antoine.

Él está de pie cerca de la entrada a los probadores y tiene los brazos cruzados, me causa

gracia su expresión de pocos amigos.

— ¿Te gusta, Antoine? —le pregunto con timidez y señalo el vestido con la mirada.

Él me sonrío y su expresión se relaja.

—Luce hermosa, mademoiselle —me dice y yo siento mis mejillas ponerse coloradas.

Le devuelvo la sonrisa, al menos sé que cuento con el apoyo de Antoine en vista de que Jacques no puede dejar de atender su maldito teléfono.

Elegimos en total veinticinco prendas para probarme, de las cuales compraremos veinte ya que las cinco restantes no se me veían tan bien como hubiera querido.

Jacques dejó finalmente su teléfono y, a juzgar por las sonrisas amigables que me dedicó al terminar la llamada, sé que no ha sido Etoile quien lo ha llamado. Antoine participó también en los comentarios acerca de mi ropa, creo puedo considerarlo ya como un segundo padre o como un buen amigo. Cuando decidimos que era hora de marcharnos, Jacques y yo avanzamos a las cajas registradoras mientras Antoine se adelantaba para esperarnos.

Tenemos que formarnos detrás de cinco mujeres más antes de poder pagar lo que nos llevaremos. ¡Veinte prendas nuevas en un día! ¡Es más de lo que jamás creí que podría comprar! Ni siquiera con lo que gano en el salón de belleza podría pagar cualquiera de las cosas que compraremos hoy.

—Te daré una parte del dinero —le aseguro a Jacques mientras esperamos en la fila—. No es mucho lo que traído a París, pero...

—No hace falta —me interrumpe él con una carcajada—. Es un obsequio de mi parte. Y aún no terminamos, todavía debemos ir a comprarte zapatos y...

—Un obsequio es invitarme a cenar a un restaurant costoso, así como hiciste anoche —le digo—. Un obsequio es el collar que me has dado hoy.

—Y un obsequio es llevarte de compras —me responde—. Te aseguro que esto no es nada, puedo pagarlo —me asegura con un guiño.

—A tu padre no le gustará —insisto—. Y a Etoile tampoco.

Y si no le gusta a Etoile, sufriré daños físicos y psicológicos.

—Apoline, mírame —dice él y me vuelve a tomar la barbilla con un par de dedos como si supiera que ese es mi punto débil—. Etoile no es importante, ¿de acuerdo?

— ¿Y qué es importante? —le pregunto con un hilo de voz.

Puedo ver en sus ojos aceitunados el deseo de besarme. Se acerca a mí hasta que nuestras frentes se tocan y su aliento retumba contra mis labios cuando susurra:

—Tú eres lo que importa.

Entrecierro los ojos y separo un poco los labios invitándolo a besarme, pero él se limita a esbozar esa sonrisa que me enloquece y besa mi mejilla.

Incluso así, sin siquiera tocar mis labios, sus besos me llevan al cielo.

Llega al fin nuestro turno de pagar y disponemos todas las prendas en el mostrador.

— ¿Porqué me has preguntado por la tarjeta de beneficios cuando llegamos? —le pregunto a Jacques cuando lo veo sacar su tarjeta de crédito de la billetera.

Jacques me muestra una tarjeta similar a que Pauline me brindó cuando llegué a París, está guardada en su billetera, oculta entre otras tarjetas más.

No me sorprende que tenga una tarjeta de beneficios, es hijo de madame Marie Claire después de todo.

—Si necesitas cualquier cosa, puedes pedírmela y la tendrás —me dice con un guiño.

Me enloquece cuando hace eso.

¿Cómo es que lo logra?

—Lamento haberte ignorado cuando estabas probando la ropa —sigue diciendo y lo veo rascarse la punta de la nariz con un dedo, es tan tierno—. Tenía que atender esa llamada.

— ¿Etoile? —le pregunto de mala gana.

Parezco una amante celosa.

—Era mi padre —me explica—. Al parecer, tres de sus colegas no asistirán al baile de caridad que tenemos en unos días y necesitamos ocupar todas las...

Se interrumpe y me mira por un instante, ¿qué está pensando?

— ¿Te gustaría asistir?

— ¿Al baile de caridad? —le pregunto y él asiente entusiasmado.

—Será en la casa de mi padre, habrá música y comida —me explica y vuelve a abrazarme por la cintura—. ¿Qué dices?

—No iré a ningún lugar donde esté tu padre —le digo con firmeza.

¿Acaso enloqueció?

¡Monsieur Montalbán me odia!

—No hace falta que hables con él —me dice Jacques—. Serías mi invitada. Además, tendremos tres sitios libres y estaba pensando invitar también a mi madre.

Ir al baile en compañía de madame Marie Claire no es una idea tan mala.

No se habla más del tema y él paga lo justo cuando es nuestro turno en la registradora.

Nos detenemos en una enorme heladería luego de pasar horas y horas caminando, yendo de tienda en tienda y comprando cosas sin parar.

Incluso a Antoine le ha tocado cargar un par o dos de bolsas de papel, Jacques ha sugerido en un par de ocasiones que deberíamos ir al aparcamiento subterráneo para dejar las compras en su auto pero me niego a separarme de ellas, en especial del precioso vestido rojo del que me he enamorado.

—Elije una mesa —me dice cuando vamos entrando a la heladería—. Yo iré por los helados.

—De acuerdo —le respondo sonriente y tomo las bolsas que él lleva para llevarlas conmigo.

—Chocolate, ¿cierto? —me pregunta.

Asiento vigorosamente.

Ha dejado ya de sorprenderme que él me conozca tan bien aunque, según su confundida mente, jamás nos habíamos visto. Él me devuelve la sonrisa y se aleja. Antoine entra también a la heladería y me ayuda con las bolsas para que yo pueda tomar asiento. Él también se nota cansado así que lo invito a ocupar otra de las cuatro sillas que rodean la mesa circular.

El ambiente que se siente en *Le Bon Marchés* es totalmente distinto al restaurant, estando en las tiendas no necesito aparentar ser alguien que no soy.

Y ahora que lo pienso, no sé en qué momento fue que comencé a creer que los parisinos serían todos parte de *laburguesía*, tal y como me parece que mi madre también piensa. En realidad, a nadie parece importarle quién soy o de dónde provengo. No soy más que una turista, como esos extranjeros que están sentados cerca de nosotros. Es una pareja que habla en perfecto inglés.

—Doble de chocolate para la señorita más hermosa —dice Jacques cuando toma asiento frente a mí y me da un helado de chocolate servido en una copa de plástico.

Él ha comprado otro del mismo tamaño, fresa y vainilla. Incluso le ha traído uno pequeño a Antoine quien le agradece con media sonrisa.

—¿Estás totalmente seguro de que no habrá ningún problema si me presento en el baile de caridad? —le pregunto mientras mordisqueo mi cucharilla plástica.

—Serás mi invitada —repite Jacques—. A mi padre le molestará, eso es seguro, pero te divertirás.

—¿Etoile estará ahí?

Pues claro que estará ahí, sería estúpido pensar que pasará la noche en casa.

—¿Te molesta todavía lo que ocurrió en el restaurant?

—A cualquier chica le molestaría haber pasado por eso.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en que no dejaré que Etoile vuelva a lastimarte?

Dejarla, terminar con ella, podría ser una buena opción.

Me mira fijamente con sus ojos aceitunados y estira una mano para acariciar mi mejilla con delicadeza, me estremezco al sentir su tacto y desearía que Antoine no estuviera tan cerca de nosotros.

Habría sido perfecto de haber estado sólo nosotros dos.

—Jacques, yo...

Musito mis palabras con voz tenue, no puedo pensar con claridad cuando tengo a Jacques tan cerca de mí.

—Apoline, no puedo explicarte lo mucho que me duele que tengas tanto miedo de acercarte de mí.

Te equivocas, lo que me aterra es tu nueva novia.

— ¿Te duele? —consigo preguntarle.

—No puedo explicarlo —dice él y retira su mano de mi mejilla, me mira fijamente a los ojos y dice—: Me confundes, Apoline.

— ¿A qué te refieres?

—Yo... —balbucea—. Es como... Si tú y yo...

Pero se interrumpe cuando su teléfono celular recibe una llamada, todo mi mundo se viene abajo cuando alguien, sea quien sea, interrumpe nuestra charla. ¡Estábamos progresando! Jacques saca el aparato de su bolsillo y atiende la llamada, mostrando su expresión de pocos amigos.

— ¿Qué pasa? —Pregunta de mala gana—. Creí que estarías ocupada.

Prometiste que estaríamos sólo tú y yo, ¿es necesario que hables con ella?

—He terminado antes de lo previsto y creí que podríamos comer juntos —responde Etoile, puedo escuchar su voz a través de la bocina del teléfono.

Sus gritos son los mismos de alguien que intenta hablar por teléfono en un sitio demasiado ruidoso.

— ¿Dónde estás? —sigue diciendo ella.

—Atiendo un compromiso importante —le responde Jacques de mala gana—. Podemos ir a cenar cuando termine, ¿de acuerdo?

No sé si me agrada la idea.

¿Qué acaso Jacques no debería elegir sólo a una de nosotras?

—No puedo escucharte —dice Etoile y de fondo se escucha la insistente bocina de un automóvil—. Te llamaré en un rato, ¿de acuerdo?

—Bien —accede Jacques.

—Te...

Pero Etoile no puede terminar de decirlo pues Jacques termina de golpe la llamada. ¿Qué pretendía decirle ella? ¿*Te quiero*? ¿*Te amo*? ¿*Te extraño*?

—Espero que no te importe —me dice Jacques luego de guardar de vuelta su teléfono en el bolsillo—. Sé que te prometí que pasaríamos el día solos y...

— ¿Tú la amas? —le pregunto.

Mi voz suena un poco débil al final de la frase, es casi como si mi propio cerebro me estuviera intentando impedir preguntar aquello para así evitar que salga más herida.

Jacques me mira confundido y se muerde el labio inferior mientras considera su respuesta.

Tamborilea con sus dedos en la mesa y se escuda con una generosa cucharada de helado de vainilla.

—No —me responde bastante convencido.

¡Gracias al cielo!

—Pero, ¿te has enamorado alguna vez? —le pregunto un poco esperanzada.

Vuelve a mirarme fijamente con sus ojos aceitunados y separa un poco los labios para responder.

Se toma su tiempo, desearía que pudiera decirlo ya.

—Hay algo que quiero decirte, Apoline —me dice con tono serio sin dejar de mirarme—. Pero quisiera hacerlo en otro momento, si no te importa.

¿Qué?

¿Vas a dejarme así, confundida?

— ¿Qué es, Jacques? —le suplico y busco sus manos para tomarlas.

Entrelazamos nuestros dedos y él esboza esa sonrisa carismática que me enloquece.

— ¿Crees poder esperar a mañana? —me pregunta.

Asiento y él acaricia mis nudillos con sus pulgares.

¿Qué puede ser lo que quiere decirme?

—Termina tu helado —me dice soltando mis manos—. Quiero que me ayudes a elegir un obsequio para mi madre antes de llevarte al apartamento.

— ¿Tenemos que volver pronto? —le pregunto de mala gana.

Quisiera que nuestra cita durara para siempre.

—Le he prometido a Etoile que cenaría con ella —me responde—. Espero que no te moleste.

¿Por qué me molestaría? Es tu novia después de todo. No es como si quisiera que pasaras todo tu tiempo conmigo, con la chica a la que prometiste desposar.

—No quieres que me asesine, ¿o sí? —me pregunta divertido.

—Supongo que así estaríamos a mano —le respondo con crueldad y estallamos en una sonora carcajada.

Zapaterías, unos pocos accesorios, dos *boutiques* más, pronto comenzará a atardecer y yo estoy exhausta. Hemos tenido que llevar las bolsas al Audi para evitar llevarlas con nosotros en todo momento, incluso Antoine se sintió aliviado cuando nos libramos de tanta carga pues también él tuvo que ayudarnos. El obsequio de madame Marie Claire ha tenido que esperar pues nada de lo que vimos en la joyería nos convenció lo suficiente. Lo más caro de todo lo que compramos fueron las prendas de la primera *boutique*, tuve que convencer a Jacques de que las cosas un poco más baratas también eran preciosas, como aquél par de zapatillas rojas de las cuales me enamoré perdidamente y nos costaron solamente €16. Son perfectas para combinarlas con el vestido rojo de la primera *boutique* que, además, ha sido la prenda más cara del día.

Luego de dejar nuestras compras en el auto, volvimos a *Le Bon Marché* para comer algo antes de volver al apartamento. Jacques tiene que salir con Etoile y yo debo contarle todo a madame Marie Claire con lujo de detalles.

Ambos debemos continuar con nuestras vidas.

Vamos a una pequeña pizzería.

La pizza me fascina, es uno de mis platillos favoritos.

En *Le Village de Tulipes* no hay pizzerías, cuando era niña aprendí a preparar pizza casera con la receta de mi madre: carne, pimientos, tocino y tres quesos.

A Jacques le encantaba ir a la casa de mis padres por la noche, preparar conmigo la pizza para luego ver películas y comer hasta reventar.

Maldita sea la nostalgia.

—Busca una mesa vacía, yo iré por la comida —me dice Jacques, va sujetándose por la cintura. Mira a Antoine por encima del hombro y pregunta—: ¿Tiene hambre, Antoine?

—Sólo vengo como chaperón, muchacho —responde Antoine y puedo escuchar su sonrisa.

—Bueno, no mataré de hambre a nuestro chaperón.

Se despide de mí con un beso la mejilla y nos separamos.

Me giro para verlo avanzar hacia el mostrador, me encanta verlo caminar cuando mete ambas manos en los bolsillos de sus pantalones.

Se detiene frente al mostrador y levanta la mirada hacia la lista de precios.

—Ese muchacho está muy interesado en usted, mademoiselle.

Me sonrojo cuando escucho la voz de Antoine. No tengo palabras para expresar lo mucho que me emociona saber que incluso él puede sentir lo que nos une a Jacques y a mí. Algo que, sin duda alguna, Jacques jamás podría sentir con Etoile.

Jacques está ya pidiendo nuestra comida.

Le da la tarjeta de crédito al muchacho que atiende la caja registradora y veo cómo sus ojos brillan mirando hacia la sección de postres. No puedo escuchar su voz ya que el resto de los comensales hacen demasiado ruido con sus conversaciones, sólo veo los labios de Jacques moviéndose para añadir algo más a la orden. El muchacho le hace una pregunta y Jacques asiente un par de veces.

El encargado desaparece momentáneamente y vuelve con nuestra orden.

Una caja grande de pizza y una un poco más pequeña, tres limonadas frías y tres recipientes con helado. Toma la bandeja y camina hacia nosotros esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

En sus ojos hay un brillo infantil y encantador, como si estuviera ansioso por probar lo que hay dentro de la caja.

—La comida está servida —anuncia cuando deja la bandeja sobre nuestra mesa. Toma la caja más pequeña y se la entrega a Antoine junto con un vaso de limonada y uno de los helados, diciendo—: Pequeña de peperoni, una limonada y el postre para usted, Antoine.

Sorprendido, Antoine le agradece y le hinca el diente a su comida.

—Y para nosotros, un pedido especial —me dice con un guiño y descubre la pizza para mostrarme y decir con voz teatral—: Grande de pimientos, carne, tocino y queso.

No puede ser una coincidencia. ¡Que alguien me diga que Jacques sólo está jugando conmigo!

—Mi favorita —le digo con nerviosismo—. ¿Más helado?

—Creí que te gustaría.

Para nuestro tercer aniversario de noviazgo preparamos juntos la pizza especial de mi madre, la acompañamos con un poco de helado a pesar de que mi madre nos advirtió que no era una buena combinación. Pasamos el mejor aniversario de nuestras vidas. Esto tiene que parar.

— ¿Cómo lo supiste? —le pregunto, él me mira confundido—. En el restaurant supiste pedir mi platillo sin pimienta, elegiste un vino de mi fruta favorita, pediste un postre especial para mí, hoy has comprado mi helado favorito y ahora, has traído una combinación que es importante para mí.

— ¿Importante?

—Pizza y helado —le digo con firmeza—. Una pizza especial que mi madre me enseñó a hacer.

Sigue confundido, con el dedo índice rasca el lóbulo de su oreja izquierda y desvía la mirada. ¿Qué diablos sucede con él?

Toma una rebanada de pizza y le da un mordisco intentando evadir mi mirada, Antoine hace lo mismo y casi parece que ambos se estuvieran acobardando ante mi ineludible furia. Jacques parece no tener palabras, sin duda lo he confundido demasiado. No consigo entenderlo, ¿qué pudo haber pasado para que él actúe de esa forma? Intentando evitar el contacto visual con él, tomo una rebanada de pizza y le doy un mordisco. Tengo que continuar con el plan tal y como había estado haciéndolo, Jacques tendrá que enamorarse de mí como si nunca nos hubiéramos conocido. ¿Está bien lo que estoy haciendo? ¿No debería volver al pueblo y aceptar que lo nuestro ya ha terminado? Después de todo, también estoy afectando a Etoile con mis caprichos. Aunque madame Marie Claire me haya dicho que debo enamorarlo, sé que ella entenderá si le digo que ya no puedo continuar con esto. Volveré al pueblo y dejaré de involucrarme. Renunciar a Jacques será difícil, pero tengo que hacerlo o todo esto terminará enloqueciéndome.

—Preguntaste si había salido con otra chica antes de conocer a Etoile, ¿recuerdas?

Levanto la mirada, afortunadamente no me he atragantado con un bocado de pizza pues eso habría sido lo más vergonzoso de mi vida. Sé que se lo pregunté en uno de mis mensajes de texto, él respondió diciendo que hablaríamos de ello en nuestra siguiente cita.

—Sí.

¿Quiero saberlo?

Desearía que Antoine estuviera un poco más lejos justo ahora para poder charlar con Jacques a solas, a Jacques parece no importarle.

—Dame la mano, Apoline —dice Jacques.

Obedezco y extendo la mano derecha para que él la tome.

Haciendo caso omiso de mi sortija de compromiso, guía mi mano hasta el lado izquierdo de su cabeza y hace que mis dedos se internen debajo de su cabello castaño.

Siento un vacío en el estómago cuando toco lo que se oculta a pocos milímetros de su oreja. Es una cicatriz, lo bastante gruesa como para haber sido una herida profunda, y lo bastante delgada y pequeña como para no notarse a no ser que alguien le ponga las manos en la cabeza. Horrorizada, retiro la mano y él se encoje de hombros.

¿Cómo puede tomarlo tan a la ligera?

Siento un vacío en la boca del estómago.

¿Quién lo ha lastimado?

— ¿Qué te pasó?

He vencido esta vez al nudo en mi garganta pues aparece justo cuando termino de pronunciar esas tres palabras.

Jacques toma un buen trago de limonada antes de responder.

—Hace cuatro años, Etoile y yo salimos en su auto a un acto de beneficencia en Limoges. Llovía a cántaros, la carretera estaba mojada... Tuvimos un accidente y nos impactamos contra otro auto. Fuimos a dar todos al hospital, el conductor del otro auto falleció.

Lo dice con demasiada naturalidad, como si sólo hubieran obtenido un par de rasguños.

— ¿Qué te ocurrió ahí? —le pregunto con un hilo de voz.

—Etoile se rompió la nariz, tenía un corte terrible en la ceja izquierda y golpes por todo el cuerpo, tuvo que hacerse un par de cirugías para desaparecer todos los rastros del accidente. Y yo... Sufrí graves golpes en la cabeza que me provocaron una severa pérdida de memoria.

— ¿Qué?

—Cuando desperté, no recordaba nada. No recordaba el rostro de Etoile, no recordaba a mis padres... Pasaron un par de días hasta que comencé a recuperarme, comencé a recordar algunas cosas pero mi memoria tenía demasiadas lagunas. Mi padre me ayudó a recordar el pueblo donde vivimos, la vida que teníamos aquí en París antes de mudarnos... Fue sencillo con todas las fotografías que tomé, según dice él. Con eso comencé a recordar por mi propia cuenta y logré salir adelante, pero... —toma otro gran trago de limonada y continúa—: Hay cosas que me confunden, cosas que he intentado recordar todos estos años pero no lo he conseguido. Cosas que mi padre siempre dice que no son más que ilusiones ya que en las fotografías veo todo lo que tengo que saber sobre el pueblo.

Creo que comienzo a atar cabos.

—Preguntaste si salía con otra chica antes de conocer a Etoile y la respuesta es... —titubea, inseguro, la pizza se enfría pero ninguno de nosotros quiere seguir comiendo—. No lo sé, Apoline.

¿Qué clase de respuesta es esa?

¡Saliste con alguien más! ¡La tienes ahora mismo frente a tus ojos!

—Lo único que sé es que... Cuando estoy con Etoile, cuando ella me besa o cuando yo intento besarla... Siento que estoy haciendo algo que hiere a otra persona, ¿entiendes?

Vaya que lo entiendo.

— ¿Cómo puedes casarte con alguien a quien ni siquiera amas? —le pregunto con voz débil.

Me mira confundido de nuevo.

— ¿Cómo lo...?

—Cuando me presentaste a Etoile, sabía que la había visto en algún sitio —le explico agachando la mirada—. Investigué un poco pues estaba totalmente segura y así fue. La vi en una revista donde aparecían ustedes dos. Leí que vas a casarte con ella.

—Apoline, yo...

—Si no la amas, ¿por qué casarte con ella?

¿Por qué casarte con otra mujer si estás comprometido conmigo?

—Mi padre está en quiebra —dice y de pronto siento como si todo mi enojo desapareciera.

¿Monsieur Montalbán? ¿En quiebra?

—El dinero que he estado consiguiendo viene por parte de la familia de Etoile —sigue diciendo—. Mi padre ha llegado a un convenio con ellos, compartir su fortuna si yo me caso con Etoile.

— ¿Haces esto por el dinero? —le pregunto con voz aguda.

—Claro que no —responde Jacques con una carcajada—. No me importa en lo más mínimo el dinero de Etoile. Es sólo algo que debo hacer, y entonces...

¿Entonces?

Jacques guarda silencio y sólo me mira fijamente.

—Jacques...

Musito su nombre pero él desvía la mirada y vuelve a tomar un trozo de pizza.

—Será mejor que nos demos prisa, debo llevarte con mi madre.

Me hundo en mi asiento sintiéndome tremendamente frustrada. Justo cuando comenzábamos a progresar, como siempre, tenemos que dejar de lado nuestros avances para seguir con nuestras vidas. Parece que la vida no quiere permitir que Jacques y yo estemos juntos de nuevo.

Son sólo las 6:00pm, pero tengo la impresión de que el día ha durado mucho más.

Después de comer, nos dirigimos al aparcamiento subterráneo y subimos al auto para retirarnos, finalmente, de *Le Bon Marché*. Antoine ocupó su propio auto para ir detrás de nosotros, Jacques y yo no volvimos a dirigirnos la palabra y habría dado cualquier cosa con tal de que Antoine me ofreciera ir con él. Jacques hizo el intento de abrirme la portezuela pero me negué y lo hice yo misma. Él ocupó el asiento del conductor y nos pusimos en marcha. Tengo tantas cosas en la cabeza que pronto sufriré una jaqueca si no consigo distraerme.

Jacques tuvo un accidente terrible hace cuatro años, y cuatro años es el tiempo que él desapareció de mi vida. Ha sido tan grave que me ha olvidado y, evidentemente, su padre no le habría dicho nada sobre mí. Al menos ahora puedo estar totalmente segura de que no me está jugando una muy mala broma. Jacques está confundido, lo he confundido con mi llegada.

¿Eso significa que aún siente algo por mí?

No es posible que su accidente le haya arrebatado también sus sentimientos, tiene que haber aún algo de ese amor que él me brindaba cuando estábamos juntos.

Pero, también está su boda con Etoile.

¿En qué época cree monsieur Montalbán que vivimos? Los matrimonios arreglados son cosa de culturas pasadas, ¿por qué revivir una costumbre tan cruel? Sólo quiere beneficiarse con el dinero de la familia D'la Croix, es tan egoísta que no le importa jugar con los sentimientos de su propio hijo. Pero, ¿qué pasará si Etoile en realidad está enamorada de él? Aunque Jacques me haya dicho ya que no puede si quiera besarla sin sentir que no está bien, puede ser que Etoile sienta algo totalmente distinto. Pero, ¿casarse para compartir una fortuna con monsieur Montalbán? No puedo siquiera pensar en Jacques caminando hacia el altar para casarse con otra mujer, mucho menos lo imagino haciéndolo contra su voluntad. Es como si él hubiera perdido el control de su vida, como si fuera una marioneta y su padre fuera un cruel titiritero. Yo puedo rendirme y volver al pueblo, pero Jacques se quedará aquí y estará condenado a vivir su vida entera encadenado a una mujer por la que no siente absolutamente nada.

Suena extremista, lo sé.

La única forma de ayudarlo, de terminar con esto, de desbaratar los egoístas planes de monsieur Montalbán, es llenando la última laguna mental que Jacques no ha podido desaparecer. Puedo hacerlo, sólo tengo que decírselo.

—Jacques...

Mi voz débil llama su atención, suelta un suspiro y esboza una sonrisa de alivio.

—Creí que nunca más volverías a hablarme —me dice y detiene el auto cuando se enciende la luz roja del semáforo.

—Necesitas más que un matrimonio arreglado para alejarme de ti —le respondo con una risa nerviosa.

—Apoline...

Me mira con ojos suplicantes, desearía que estuviéramos hablando por teléfono para así no sentirme tan nerviosa.

—Jacques, ¿recuerdas que preguntaste si yo tengo novio? —Asiente confundido, mi boca se seca y muerdo mi labio inferior antes de continuar—: Tuve un novio antes... Y aún lo tengo —le digo mirando fijamente sus ojos aceitunados.

¡Sigue así, Apoline!

—Te escucho —me dice cuando vuelve a poner en marcha el auto.

—En el pueblo conocí a un chico —le digo con voz ronca—. Teníamos diez años, nos conocimos en el arroyo que hay cerca de la casa de mis padres. Él se convirtió en mi mejor amigo —Jacques frunce el entrecejo y tiene la mirada fija en el camino—. Comenzamos a salir tres años después, fue él quien confesó primero sus sentimientos. Ambos estábamos muy enamorados y teníamos la intención de pasar el resto de nuestra vida juntos.

Nos detenemos de nuevo gracias a otro semáforo y Jacques aprovecha para dirigirme una intensa mirada. Sus ojos aceitunados me escudriñan como si quisiera descubrir el resto de la historia por sí mismo.

—Mi novio tuvo que irse del pueblo hace cinco años, y hace cuatro años dejé de recibir noticias de él... Es por eso que estoy en París, he venido a buscarlo.

Agacha la mirada y se pasa una mano por el cabello esbozando una mueca de confusión extrema. Creo que mi plan funciona.

—Jacques, yo... Yo...

Pero algo en mi interior me detiene, una persistente voz en mi cabeza me dice a gritos que no debo hacerlo. Jacques pensará que soy una lunática, que nada de lo que digo tiene sentido.

¿Qué hacer?

¿Qué puedo decirle?

¿Qué es lo que me detiene?

—Lo que dijiste en la pizzería... —dice Jacques cuando vuelve a poner en marcha el auto—. Lo sabía, de alguna manera estaba seguro de que te gustaría.

— ¿Qué?

—Estaba convencido. Cuando te vi... Cuando te tomé esa fotografía...

Busca a tientas mi rodilla para darle un fuerte apretón. Separa los labios para continuar hablando, el miedo se refleja en sus ojos.

—Jacques...

Lo tomo con fuerza de la mano que sostiene mi rodilla, nuestros dedos se entrelazan y él esboza una sonrisa de satisfacción. Aparca el auto junto a una acera y tan veloz como un suspiro, me besa la mejilla rozando un poco la comisura de mis labios.

Un beso corto, rápido, pero lo suficientemente dulce para robarme el aliento.

Separa un poco los labios para invitarlo a besarme de nuevo pero él se aleja y pone en marcha el vehículo.

—Me confundes, Apoline —dice de nuevo y esboza esa sonrisa carismática que tanto me enloquece—. Pero me gusta lo que siento cuando estás conmigo.

No puedo hacer más que esbozar una sonrisa de oreja a oreja, la sonrisa tonta que sólo él puede provocar en mí.

Quisiera decirle tantas cosas, quisiera decirle justo ahora que lo amo, pero no puedo hacerlo pues justo ahora nos enfilamos por la Rue du Général Camou.

Ojalá pudiéramos disponer de más tiempo.

Aparca el auto frente al complejo de apartamentos y me dedica de nuevo esa cautivadora sonrisa suya.

—De vuelta a su palacio, mademoiselle.

Ambos reímos y nos apeamos del auto para comenzar a bajar las bolsas de nuestro día de compras desenfundadas. Abre el portaequipajes del Audi y me aferra con fuerza de la muñeca cuando estiro una mano para tomar la primera bolsa. Besa con delicadeza mis nudillos y nuestras miradas se conectan durante un segundo que parece eterno.

— ¿Irás al baile de beneficencia? —me pregunta, casi parece una súplica.

Entrelazo nuestros dedos y me levanto sobre las puntas de mis pies para plantarle un

delicado beso en la mejilla. Si por mí fuera, sellaría nuestros labios en un apasionado beso para transmitirle todo el amor que siento por él. Pero no, aún no es el momento. Sé que cuando hayamos resuelto todo, habrá tiempo para amarnos como nunca.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Susurro mis palabras en su oído y él rodea mi cintura con un brazo para atraerme hacia su cuerpo. Con la otra mano retira un mechón de cabello de mi rostro, lo coloca detrás de mi oreja y acaricia mi mejilla con sus nudillos. Sus ojos aceitunados reflejan tanto amor como en aquellos días en el pueblo, me pregunto por un segundo si acaso alguna vez Etoile habrá visto semejante brillo en los hermosos ojos de Jacques. Él besa mi frente con delicadeza y siento su nariz hundirse en mi cabello. Me abraza con fuerza, sus fuertes brazos me estrujan como si no quisiera dejarme ir.

—Te enviaré por mensaje de texto la hora en la que vendré a recogerte —susurra contra mi oído.

—¿Buscas una excusa para seguir en contacto conmigo? —le pregunto con una risilla.

—Espero nunca necesitar excusas para verte, Apoline.

Me derrite estar entre sus brazos, poco me importa que Antoine o los vecinos de madame Marie Claire puedan estar viéndonos justo ahora.

Un baile de caridad en compañía de Etoile y monsieur Montalbán.

No puede ser tan malo...

¿O sí?

En un solo viaje conseguimos llevar todas las bolsas al ascensor.

Antoine cargó la mayor parte y de no haber sido por mi insistencia, habríamos tenido que hacer dos viajes pues no quería dejarme llevar una sola bolsa. Jacques se ha ido ya, no quiere hacer esperar a Etoile más de la cuenta para no involucrarnos en más problemas.

Involucrarme en más problemas, sería más acertado.

Me es difícil aún pensar en el accidente que mencionó Jacques. Cuando estábamos en la heladería, Jacques dijo que tenía que decirme algo importante y que tendría que esperar hasta el día de mañana para saberlo. Pero luego, en la pizzería, me ha contado todo luego de que yo le exigiera respuestas. ¿Era eso a lo que se refería cuando me dijo que debía esperar? ¿Eso quiere decir que iba a contármelo tarde o temprano? Posiblemente confía en mí pues sabe que vengo del pueblo, una parte de él sabe que yo soy la única que puede hacerlo recordar a esa persona que le impide fijarse en otra mujer.

Quizá me esfumé momentáneamente de su mente, pero en su corazón sigo teniendo ese lugar especial que tuve durante todos aquellos años.

Madre mía, qué situación tan complicada.

— ¿Puedo decirle algo, mademoiselle?

La voz de Antoine me hace sobresaltarme, vamos llegando al tercer piso del complejo.

—Dime.

—Sea lo que sea lo que usted pretende lograr con ese muchacho, debería asegurarse de que él corte su relación con aquella otra jovensita.

Me dedica un guiño, como si fuera mi cómplice en esta aventura, y yo le respondo con una sonrisa. Parte de mi plan es sacar a Etoile del camino, aunque aún no sé cómo lo haré. Después de todo, no estoy totalmente segura de las intenciones que ella tiene con él. Puede ser que Etoile en realidad esté enamorada y si así fuera... ¿Yo podría ser tan cruel como para separarla de él? Sé que Jacques es encantador, sé que podría enamorar a cualquiera incluso si su único interés es tener amistad con cualquier chica. Pero si han de casarse, quizá Etoile quiera decir *accepto* en el altar amando realmente al hombre con el que va a pasar el resto de su vida.

Mi hombre, en realidad.

No...

No creo que esté bien hablar de Jacques como si fuera un objeto, como si Etoile y yo estuviésemos compitiendo para ganarlo.

¿Es correcto?

Creo que, llegado el momento, ambas tendremos que esperar a que Jacques decida si quiere volver a estar conmigo... O prefiere quedarse con Etoile.

¿Por qué debe ser todo tan difícil?

Las puertas del ascensor se abren cuando llegamos finalmente. Al sonar la campanilla que anuncia nuestra llegada, tomamos las bolsas y nos enfilamos por el pasillo. Antoine llama a la puerta golpeando con sus nudillos y Alberta nos recibe con una cálida sonrisa.

— ¿Dónde está madame Marie Claire, Alberta? —le pregunto entrando en la estancia del apartamento.

—Está arriba en su habitación con Pauline, mademoiselle —me responde y me quita las bolsas para dejarlas sobre el sofá—. ¿Quiere algo de beber? ¿Está...?

—Estoy bien, Alberta —la interrumpo y comienzo a buscar desesperadamente entre las bolsas para encontrar el precioso vestido rojo.

¿Dónde diablos se metió?

— ¿Y Claudine? —vuelvo a preguntar.

—Duchándose, mademoiselle —me responde Alberta—. ¿Quiere que le ayude a llevar todo a su habitación?

Ya siento mucho cariño por Alberta pero, ¿es necesario que me haga tantas preguntas?

—Puedo hacerlo yo misma —le sonrío—. Ve a descansar, Alberta.

Pero no lo hace y vuelve a la cocina.

—Bueno, mademoiselle, me retiro —me dice Antoine colocando una mano sobre mi hombro derecho.

—Gracias por acompañarme hoy, Antoine —le respondo y detengo mi búsqueda para envolverlo en fuerte abrazo.

—Cuando guste, sólo tiene que llamarme —me dice y sin más, se retira.

Alberta lo despide con una sonrisa y lo sigue para cerrar la puerta detrás de él. Finalmente encuentro el vestido rojo y lo saco de la bolsa para subir corriendo la escalera de caracol. Muero por mostrárselo a madame Marie Claire y contarle todo lo ocurrido hoy. Quizá cuando Claudine salga de la ducha pueda mostrarle todo lo que hemos comprado Jacques y yo, de pronto me siento tremendamente emocionada. ¿Qué dirá madame Marie Claire cuando le cuente sobre el accidente de Jacques?

— ¿Madame Marie Claire? —la llamo cuando me enfilo por el pasillo del piso superior.

Ahora que lo pienso, no sé cuál es su dormitorio.

— ¿Madame Marie Claire?

Ignoro la puerta que conduce al dormitorio que comparto con Claudine y también la que conduce al cuarto de baño. La siguiente puerta está entreabierta, madame Marie Claire debe estar ahí.

—No puedo creerlo, no puede estar pasando algo así en mi empresa.

Es la voz de madame Marie Claire, se escucha tan furiosa que me detengo en seco y aferro con más fuerza la tela del vestido rojo.

—Los números no mienten, madame —dice Pauline—. ¿Qué quiere que hagamos ahora?

¿Números?

Sea lo que sea, suena serio.

Debe ser por eso que madame Marie Claire optó por encargarse del asunto ella misma.

— ¿Qué otra cosa podemos hacer? —responde madame Marie Claire—. Pauline, quiero que investigues a todos los encargados de las finanzas de la empresa. Quiero saber en qué se ha estado gastando mi dinero.

¿Alguien le ha estado robando?

Me oculto detrás de la puerta aún a pesar de que sé que no debo escuchar nunca a hurtadillas. Necesito saberlo, ¿quién está perjudicando a madame Marie Claire?

—Sí, madame —dice Pauline eficientemente.

—También quiero que envíes por correo electrónico todas esas gráficas a mi abogado —sigue diciendo madame Marie Claire—. Explica la situación y envíalo también al notario.

—Sí, madame.

—Espero que podamos resolver pronto esta situación.

—Madame, le aseguro que daremos con el responsable.

¿Qué está pasando?

Intento acercarme un poco más a la puerta pero con eso sólo consigo abrirla un poco más. Me muerdo la lengua para evitar maldecir y desearía poder correr para ocultarme. Ahora entiendo porqué mi madre insistía tanto con eso *denunca escuchar a hurtadillas* cuando era

niña. Madame Marie Claire termina de abrir la puerta y me mira entre incrédula, enfadada y aliviada.

— Apoline, ¿qué haces aquí? —me pregunta y acaricia mi cabello con una mano.

—Yo... Quería...

Me siento como si me hubiera atrapado haciendo algo indebido...

Bien, lo que hice no estuvo nada bien.

Intento escudarme con el vestido rojo y Pauline me dedica una cálida sonrisa.

—Es lindo —comenta madame Marie Claire y toma el vestido en sus manos para extenderlo, lo mira por todos lados y vuelve a sonreír—. ¿Se lo han pasado bien?

Me parece encantador que quiera pretender que nada está pasando, que todo sigue igual, pero no puede ocultarlo por mucho tiempo. No cuando sabe que he escuchado su conversación.

— ¿Está todo bien? —le pregunto.

Ella me dedica su sonrisa maternal aunque en sus ojos brilla la angustia.

—Todo está bien —dice y me da una leve palmadita en la mejilla—. ¿Quieres cenar algo? Pediré comida a domicilio.

Pasa junto a mí en compañía de Pauline, quien la sigue a paso veloz como una sombra, y me deja sola en la habitación.

¿Qué acaba de pasar?

¿No va a decirme lo que está ocurriendo?

Espero hasta escuchar sus pasos bajando por la escalera de caracol y avanzo hasta la cama de madame Marie Claire, de tamaño matrimonial y con sábanas blancas, donde están los documentos que seguramente estaban comentando antes de mi interrupción. Lo que más resalta entre esa montaña de papeles es la gráfica que con números rojos anuncia la pérdida de gran cantidad de dinero. De nada sirve siquiera maravillarme por las hermosas decoraciones de la habitación o deleitarme con el delicioso aroma del perfume de madame Marie Claire, cuando frente a mis ojos tengo la razón por la que ella ha venido a París.

Su empresa, *Montalbán Enterprises*, está sufriendo considerables pérdidas.

La comida tailandesa que ordenó madame Marie Claire tiene un sabor insípido. Aunque, claro, ¿cómo puedo pensar que algo es delicioso cuando sé que ella está preocupada por algo? Después de todos estos años, madame Marie Claire y yo tenemos un vínculo que nos une como si fuéramos madre e hija. Al menos, así me gusta pensar que es nuestro vínculo. Me pregunto si la situación sería distinta si mi madre estuviera... Pero, ¿en qué estoy pensando? ¡Nuestra tienda de artesanías está financiada por madame Marie Claire! ¿Acaso éste asunto también nos afecta a nosotras? En un momento así, me parece que mi plan para recuperar a Jacques es un asunto demasiado inmaduro e infantil. ¿Cómo puedo estar preocupándome por un asunto así cuando madame Marie Claire está pasando por un asunto mil veces más grave?

—No juegues con la comida, Apoline.

Me sobresalto cuando escucho la voz de madame Marie Claire. Dirijo una mirada a mi plato y me siento apenada cuando veo que sólo he estado revolviendo mi porción.

—Lo lamento —le digo con voz débil.

— ¿Pasa algo, mi cielo?

—No tengo mucha hambre —respondo y aparto mi plato.

— ¿Qué tal estuvo tu día con Jacques? —pregunta y le da un sorbo a su agua mineral.

Claudine, como siempre, parece querer permanecer ajena a nuestra conversación. No creo que sea el momento de contarle todo lo que supe hoy a madame Marie Claire, eso sólo la angustiaría más.

¿Qué puedo rescatar de todo lo ocurrido hoy?

¡Piensa, Apoline!

—Jacques me ha invitado a un baile de beneficencia —le digo con voz ronca—. Será en casa de su padre, dijo que me enviaría todos los datos por mensaje de texto.

— ¿Irás? —me pregunta arqueando una ceja.

Sé lo que insinúa y a mí me preocupa lo mismo que ella debe estar pensando. Ahora no estoy tan convencida de que sea buena idea pasar tiempo bajo el mismo techo que el hombre que me quiere mantener lejos de su hijo.

—Le dije que iría.

No hay vuelta atrás, lo he dicho y lo cumpliré.

Tan sólo espero que no se repita el episodio del charco de agua sucia.

—Antoine irá contigo —dice madame Marie Claire—. Le pediré que espere fuera y tú podrás llamarlo en caso de necesitar cualquier cosa.

Era de esperarse y, en realidad, lo agradezco.

Si cualquier cosa ocurre, sé que puedo echar a correr y pedirle a Antoine que me traiga de vuelta al apartamento antes de que Etoile vaya a buscar el balde de estiércol.

— ¿Cómo va la situación con Jacques? —me pregunta.

—De maravilla —le respondo y mis mejillas se sonrojan cuando recuerdo aquél beso que Jacques me dio en el auto.

Tuve sus labios tan cerca de los míos que... Que...

Me sobresalta la alerta de un nuevo mensaje de texto en mi teléfono.

Es de parte de Jacques.

¿De quién más podría ser?

LAMENTO NO HABERTE ESCRITO ANTES
¿ME EXTRAÑASTE?

Sí, y no sabes cuánto.

— ¿Vas a comerte eso? —me pregunta Claudine señalando mi porción con su tenedor.

—Tómalo, es todo tuyo —le respondo empujando mi plato hacia ella.

Me agradece con una sonrisa y yo la devuelvo mientras escribo la respuesta para Jacques.

¿EXTRAÑARTE?
¿DEBERÍA?

Adjunto un emoticón sonriente y lo envío.

Espero que no esté justo ahora con Etoile.

— ¿Vas a prestarme algo de lo que compraste hoy? —me pregunta Claudine.

Alberta ya trae el postre: gelatina de frutas.

La pregunta de Claudine me recuerda las ganas de que tengo de ir con ella a nuestro dormitorio para mostrarle todas las cosas que Jacques me ha comprado.

Pero con todo lo que supe hoy...

El accidente de Jacques, su falta de memoria, los números rojos en las gráficas de madame Marie Claire...

— ¿Qué les parece si tomamos el postre en la habitación? —sugiere madame Marie Claire—. Así podemos ver las compras de Apoline y buscaremos un vestido precioso para el baile de beneficencia.

— ¡Suenan de maravilla! —Responde Claudine—. Ya quiero ver a Apoline luciendo ese vestido rojo que no ha soltado en ningún momento.

¿Qué tan raro es no haberme querido desprender del hermoso vestido rojo?

— ¿Cree que luciría lo suficientemente elegante para un evento como el baile? —le pregunto a madame Marie Claire.

—Creo que es un poco corto —responde ella.

En comparación con lo que seguramente usará Etoile, sé que me vería bastante bien.

La respuesta de Jacques me hace saltar en mi sitio, Claudine y madame Marie Claire sueltan una carcajada.

LLEVARÉ MAÑANA TEMPRANO LAS ENTRADAS PARA EL BAILE
TENGO UNA AGENDA MUY OCUPADA HASTA ENTONCES
¿TE PARECE BIEN SI NOS VEMOS AHÍ?

Por agenda muy ocupada entiendo que Etoile no lo dejará ni un momento sin supervisión.

Un segundo mensaje de texto llega, va también por parte de él.

POR CIERTO, DISFRUTÉ MUCHO BESARTE EN EL AUTO
LA PRÓXIMA VEZ QUISIERA REPETIRLO

También yo quisiera repetirlo.

Daríalo que fuera con tal de conectar mis labios con los suyos, pero...

No puedo hacerlo así, no quiero besarlo mientras él aún esté unido a Etoile.

Antoine tiene razón, debo asegurarme de que ellos dos se separen si quiero volver a estar con Jacques. La única pregunta que ahora me atormenta es: ¿qué somos? Sé que no somos sólo

amigos pues si así fuera, él no tendría tantas atenciones ni se acercaría tanto a mis labios a la hora de darme un simple beso. Y si somos amantes... No quiero ser su hetaira.

Quiero ser la única mujer de su vida.

Necesito preguntárselo ahora, necesito saberlo ya.

¿PUEDO HACERTE UNA PREGUNTA?
QUISIERA SABER A DÓNDE VA NUESTRA RELACIÓN
¿ME HE CONVERTIDO EN TU AMANTE O ALGO PARECIDO?

Envío el mensaje y aparto el teléfono para no tener la tentación de ver su respuesta en cuanto llegue. Ahora, en realidad, no quiero saberlo. ¿En qué estaba pensando cuando le pregunté semejante tontería? ¡Pues claro que soy su amante! Después de todo, la quiera o no, Etoile es su novia y seguirá siéndolo hasta que uno de los dos termine con el otro.

— ¿Vamos ya? —me pregunta Claudine con impaciencia.

Me giro para verla, ella y madame Marie Claire ya llevan consigo las bolsas y están a medio camino de la escalera de caracol. Asiento lentamente y al levantarme de mi asiento escucho la alerta de un nuevo mensaje de texto. Sé que es de Jacques y siento un vacío en la boca del estómago.

No quiero ver su respuesta, no ahora y no cuando me espera un momento divertido en compañía de Claudine y madame Marie Claire. Así que tan sólo tomo el teléfono y lo guardo en el bolsillo trasero de mis pantalones.

Sea cual sea la respuesta, tendrá que esperar.

Bastó con el grito agudo que Claudine soltó cuando vio las compras sobre la cama para saber que todo le fascinó tanto como a mí. A ambas nos ha encantado el conjunto de la blusa negra con los jeans de color blanco, madame Marie Claire se enamoró perdidamente de un par de zapatos negros que, Jacques dijo, se me ven fantásticos. Hemos dejado para el final el conjunto del vestido rojo y las zapatillas a juego. No tengo ya muchas energías para seguir modelando, ha sido un día tan largo que sólo quiero darme un baño y tirarme en la cama para dormir hasta pasado el medio día de mañana. Una vez que me he calzado los zapatos, me levanto a regañadientes y arrastro los pies hasta donde madame Marie Claire y Claudine, sentadas en la orilla de la cama, me esperan impacientemente.

—Me encanta —dice Claudine dando una palmada—. Creo que te habrías visto mejor usando eso durante tu cena elegante que con ese vestido rosa que usaste.

Vienen a mi cabeza los recuerdos del charco de agua sucia y tengo que responder lo primero que se me viene a la mente para evitar caer de nuevo en un estado depresivo.

—Debiste decirlo antes, así le habría pedido a Jacques que me llevara de compras antes de ir a cenar.

Compartimos una carcajada y madame Marie Claire se nos une con una cálida sonrisa.

—Te ves muy bella, Apoline —dice ella.

— ¿Usted cree que pueda usarlo para el baile? —le pregunto ilusionada.

¡Diga que sí, se lo suplico!

¡Daría lo que fuera para usarlo en una ocasión especial!

—Creo que, con el peinado correcto y un par de accesorios, podrías llevarlo —me responde.

¡Sí!

Doy saltitos de alegría y suelto una risita tonta.

— ¿Qué es eso?

Claudine se acerca y toma entre sus dedos el dije con forma de tulipán que lleva el collar que Jacques me obsequió esta mañana. Lo acaricia con su dedo índice y madame Marie Claire

frunce el entrecejo.

— ¿Un tulipán? —me pregunta.

—Jacques me lo obsequió como compensación por el incidente de Etoile y el charco de agua sucia —les explico encogiéndome de hombros—. Creo que es una señal. Habiendo tantas opciones de dijes en el mundo, tenía que obsequiarme uno alusivo al pueblo.

—Es precioso —sonríe Claudine—. ¿Es oro puro?

—No lo sé —le digo—. Pero es lindo, ¿cierto? —lo tomo entre mis propios dedos y suelto un suspiro—. Es una forma de tener cerca a mi amado *Le Village de Tulipes*.

Decir su nombre en voz alta me hace extrañar el pueblo tanto que desearía que la casa de mis padres estuviera a la vuelta de la esquina. No he pasado tanto tiempo en París pero pareciera que hace una eternidad que no visito el lugar donde crecí.

¿Qué pasará cuando terminen las dos semanas que nos quedaremos aquí?

¿Qué pasará cuando tenga que volver al pueblo?

¿Lograré hacer que Jacques me recuerde en los pocos días que estaremos en la misma ciudad?

Y si lo consigo, ¿lograré hacerlo volver al pueblo?

¿Podría convencer a mis padres de permitirme vivir aquí en París para estar cerca de él?

Detestaría tener que irme derrotada, pero puede que haya una enorme posibilidad de que tenga que renunciar a él... Y me niego a hacerlo, me niego a abandonarlo todo. Las cosas van de maravilla con Jacques y no me iré de aquí hasta recuperarlo.

No me iré de aquí hasta conseguir que todo vuelva a ser como era antes.

— ¿Apoline?

Salgo de mi ensimismamiento cuando siento los dedos de madame Marie Claire enjugando algunas lágrimas solitarias que brotaron de mis ojos.

—Mi cielo, ¿qué sucede?

Desearía que mi madre estuviera aquí en París, creo que nunca la había extrañado tanto.

La llamaré mañana por la mañana aunque se enfurecerá ya que no mantuve mi promesa de estar en contacto regular con ella y mi padre, la llamaría ahora pero ya debe estar dormida y no quiero despertarla.

— ¿Apoline?

—Lo extraño tanto.

Mi voz se quiebra al final de la frase y suelto un sollozo pues el llanto ya es imposible de controlar. Madame Marie Claire me envuelve en un fuerte abrazo, Claudine se nos une y ambas me estrechan con fuerza entre sus brazos.

—Todo estará bien, linda —dice madame Marie Claire.

—Lo recuperarás pronto, amiga —secunda Claudine.

Sólo deseo que tengan razón.

Quisiera poder dejar de pensar por un instante, detesto que mi mente me haga pensar que lo único que me queda es rendirme y abandonar la misión absurda que me propuse con este viaje tonto a París.

—Te prepararé la tina. Ve a ducharte y luego a la cama, ¿bien? —Me dice madame Marie Claire sin liberarme de su abrazo—. Has tenido días muy difíciles y necesitas tomarte un buen descanso.

Me da un beso en la frente y la veo alejarse hacia la puerta de la habitación que conduce al enorme cuarto de baño. Claudine me da una palmada en la espalda y me mira angustiada, en sus ojos veo tanta inocencia como si tuviera frente a mí a una niña pequeña. Como si fuera mi hermana menor, como si... ¿Qué tonterías estoy diciendo? Colapsar gracias a tantas cosas que tengo en la cabeza me hace pensar estupideces.

—Te quiero, Claudine —le digo con voz tenue.

Me sonríe y me toma de la mano con fuerza.

—Y yo a ti —me responde.

Si bien no puedo contar con que todo saldrá bien entre Jacques y yo, no hasta no saber si al menos él está interesado en mí de la misma forma que antes, estoy convencida de que puedo, y que siempre podré, contar con Claudine.

¿Y la respuesta de Jacques?

Bueno, creo que puedo esperar algunas horas más para saberlo.

Todos están vestidos con colores pastel, madame Marie Claire lleva puesto un vestido especialmente hermoso. Es de color rosa y lleva una diadema del mismo color en su cabello. Ella está sentada al frente, en el asiento de honor junto a su ex esposo quien ni siquiera se inmuta con la presencia de ella. El altar está frente a mí, el sacerdote lee los pasajes de la pequeña biblia que tiene en las manos y ellos dos, el novio y la novia, se toman con fuerza de las manos y se miran fijamente.

— ¿Acepta usted, Etoile D’la Croix, a Jacques Zaccharie Montalbán como su legítimo esposo, para amarlo y respetarlo en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe?

Ella, usando el vestido de novia más hermoso y entallado que jamás he visto, con sus perfectos bucles rubios cayendo sobre sus hombros, parpadea un par de veces para ahuyentar las lágrimas.

—Acepto.

Escucho el sollozo de una mujer rubia de edad un poco avanzada, debe estar entrando en los cincuenta.

— ¿Acepta usted, Jacques Zaccharie Montalbán, a Etoile D’la Croix como su legítima esposa, para amarla y respetarla en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe?

Él, vestido con un precioso traje de color negro, esboza su sonrisa de enamorado. Va peinado hacia atrás y usa tanto fijador como su padre.

—Acepto.

Madame Marie Claire enjuga sus lágrimas con un pañuelo blanco y esboza una enorme sonrisa. Siento crecer el nudo en mi garganta y me detengo en seco frente al altar.

—Si hay alguien que piense que estas dos almas no deben unirse en sagrado matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

— ¡Yo me opongo! —Exclamo a voz en cuello—. ¡Yo me opongo!

Pero nadie me escucha, nadie me mira.

—En ese caso, por el poder conferido a mí, yo los declaro marido y mujer —dice el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Sus labios se fusionan en un apasionado beso y las manos de Jacques estrechan con fuerza la cintura de Etoile, y todos los invitados se unen en un fuerte aplauso.

— ¡Jacques! —exclamo—. ¡Jacques, no! ¡Yo te amo!

Todo se detiene, los colores se esfuman y la escena entera se torna de colores grisáceos. La comunidad entera se queda estática cuando Etoile se separa de Jacques y camina hacia mí, contoneándose como si quisiera hacer notar su cuerpo perfectamente operado.

— ¿Lo amas? —se burla con una carcajada cruel—. ¿Cómo podría Jacques amar a alguien como tú?

Me da un fuerte empujón en los hombros y yo caigo hacia atrás, en un charco de agua sucia que se forma mientras me desplomo de espaldas.

Despierto con un sobresalto y mi respiración agitada me hace sentir que estuve corriendo antes de despertar. Siento mi cabello empapado en sudor frío, las lágrimas brotan de mis lagrimales y mis piernas se enredaron con las sábanas como si me hubiera estado retorciendo toda la noche.

Por la ventana se ve el cielo nublado y oscuro, seguramente lloverá.

Me incorporo lentamente intentando no descubrirme más de la cuenta pues hace un frío infernal y estoy usando un pijama demasiado descubierto. Tallo mis ojos con mis nudillos para desperezarme, mi respiración se normaliza de a poco.

Vaya pesadilla...

Suelto un suspiro y estiro una mano para tomar mi teléfono. Es un poco más tarde del medio día y...

¿Qué es esto?

¿Doce mensajes sin leer y catorce llamadas perdidas?

Entro al registro de llamadas y me impacto al ver sólo el nombre de Jacques. Estuvo intentando contactarme toda la noche, ¿cómo pude no escuchar el tono de llamada? La última llamada fue hace veinte minutos.

Debo haber caído rendida luego del día tan largo que tuvimos ayer...

Los mensajes de texto son también todos de él.

Creo que ya estoy totalmente lista para leer lo que me respondió ayer, pero aún así empiezo a leer desde el último mensaje recibido.

Fue hace una hora.

¿YA ESTÁS DESPIERTA?

Lo elimino, el siguiente no es tan frío ni tan corto.

Fue recibido quince minutos antes del último.

ESTUVE LLAMÁNDOTE TODA LA NOCHE Y NO RESPONDISTE...

¿ESTÁS BIEN?

LLAMÉ A MI MADRE HACE UN MOMENTO PERO ESTÁ EN UNA REUNIÓN...

QUIERO SABER DE TI, ¿PUEDES LLAMARME CUANDO VEAS ESTO?

Lo elimino también y abro el siguiente, recibido a las seis de la mañana.

NO PUDE DORMIR PORQUE ME PREOCUPAS BASTANTE...

DEBO IR A UNA REUNIÓN IMPORTANTE HOY

TE LLAMARÉ CUANDO HAYA TERMINADO.

¿ESTÁ TODO BIEN?

Todos y cada uno de los mensajes son similares.

Me preocupas.

¿Estás bien?

Y yo que pensaba que realmente no le importaba.

¡Incluso mi subconsciente me hizo pensar eso durante esa estúpida pesadilla!

¿APOLINE...?

¿DIJE ALGO MALO?

Es el último mensaje, el siguiente es el mismo que me negué a leer anoche.

Bueno... No puedo escapar más.

Veamos...

¿MI AMANTE?

APOLINE, NO QUIERO QUE PIENSES ESAS COSAS...
TÚ VALES DEMASIADO PARA MÍ COMO PARA HACERTE ALGO ASÍ
NO QUIERO QUE SEAS MI AMANTE
NO QUIERO TENER QUE ESCONDERME PARA ESTAR CONTIGO
DESEARÍA QUE TODO FUERA MÁS SENCILLO
ASÍ SEGURAMENTE NO TE LASTIMARÍA...
ME ENCANTARÍA QUE NUESTRA RELACIÓN FUERA ALGO FORMAL, SI ES QUE TENEMOS UNA
RELACIÓN AHORA...
NO PUEDO EXPLICARLO POR MENSAJE DE TEXTO, ES UN POCO COMPLICADO Y NI SIQUIERA YO
LOGRO ENTENDERLO
SÓLO QUIERO QUE SEPAS QUE SI TUVIERA QUE ELEGIR, SI ALGUIEN ME OBLIGARA A ELEGIR,
ENTRE ETOILE Y TÚ...
YO SIEMPRE TE ELEGIRÍA A TI
Y NO SÉ LA RAZÓN... PERO SÉ QUE QUIERO ESTAR CONTIGO
SÓLO SI TÚ ME LO PERMITES

Dios mío...

En ese caso, ¿por qué maldita razón no termina su relación con Etoile? ¿Quiere acaso saber antes si estoy interesada en formalizar algo con él? Madre mía, ¡si hemos formalizado lo nuestro hace años!

¿Qué se supone que debo decirle ahora?

— ¿Mademoiselle, está despierta?

Alberta llama a la puerta golpeando suavemente con sus nudillos. Recién ahora me fijo en que Claudine no está en la habitación, debe haber despertado hace horas.

— ¿Mademoiselle?

—Estoy despierta —le respondo, mi voz suena ronca.

— ¿Quiere que le prepare el desayuno?

—Sí, bajaré en un minuto.

Escucho sus pasos alejarse por el pasillo y se pierden cuando baja la escalera de caracol.

Aparto las sábanas, resintiendo un poco el frío del ambiente, y la sigo a toda velocidad sin soltar mi teléfono.

Creo que Jacques tendrá que esperar un poco, primero tengo que calmar el hambre que me invadió cuando Alberta mencionó el desayuno.

Bajo la escalera de caracol a toda velocidad. Claudine me saluda con una sonrisa cuando me ve aparecer, ella mira la televisión y acuna una taza de chocolate caliente entre sus manos.

—Buenos días, dormilona —dice Claudine—. Parecía que te habían sedado, cuando desperté estabas completamente noqueada.

—Tuve un día muy largo ayer, sólo quería dormir.

¿Cuántas veces he dicho eso ya?

—Su desayuno, mademoiselle —me dice Alberta y lleva una bandeja hasta la mesa de centro de la estancia.

Un tazón de cereal, café caliente, ensalada de frutas y panqueques con mantequilla.

Qué hambrienta estoy.

—Y el joven Montalbán le envía esto, dijo que tenía que entregárselos a usted —continúa y me entrega un sobre de color blanco.

— ¿Jacques estuvo aquí? —le pregunto con voz aguda.

—No, mademoiselle. Envió a alguien más.

Debí saberlo. Si él hubiera estado aquí, seguramente habría ido a verme.

Abro el sobre y dentro encuentro tres entradas para el tan mencionado baile de

beneficencia. Con letra cursiva y de color dorado pone sobre el papel blanco la dirección y lo que parece ser el escudo de armas de la familia D'la Croix.

El baile será mañana y dará comienzo a las 6:00pm en punto.

Si son tres entradas, ¿a quién más llevaremos? Claudine sin duda no irá, no quiero exponerla a los comentarios crueles de Etoile ni llevarla a un sitio donde ni siquiera yo seré bien recibida.

— ¿Estás bien? —me pregunta Claudine un poco angustiada.

—Estoy bien —le respondo con una sonrisa y tomo la primera cucharada de cereal.

El tono de llamada entrante de mi teléfono me sobresalta y tengo que tragar el bocado tan rápido, sin siquiera haberlo masticado lo suficiente, que tengo que toser y algunos fragmentos de cereal me rasgan la garganta.

Respondo lo más rápido que puedo y sigo tosiendo cuando escucho su voz al otro lado de la línea.

— ¿Apoline? ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

Tomo un buen trago de café, que me quema la lengua, y siento mis ojos lagrimear.

¿Acaso me he levantado con el pie izquierdo?

—Hola, Jacques —consigo articular con un hilo de voz.

— ¿Dónde estabas? ¡Me tenías preocupado!

De fondo se escuchan murmullos y el sonido de una caja registradora.

—Lo lamento, me quedé dormida —le explico—. Hace unos minutos leí tus mensajes y...

—Creí que había cometido un error y que no querías volver a hablar conmigo —me interrumpe, es tan lindo cuando está angustiada.

— ¿Dónde estás? —le pregunto para intentar desviar el tema.

Si tan sólo pudiera decirle que no pretendo alejarme de él.

—Tengo un rato libre y quise comer algo —me responde—. Estoy en una cafetería, pronto tengo que volver a la universidad para presentar un par de exámenes.

—Creí que no volvería a saber de ti hasta el día del baile de beneficencia.

—Dije que no nos veríamos hasta ese día —suelta una carcajada—. Eso no significa que no pueda llamarte. No creo poder resistir un día entero sin escuchar tu voz.

Mis mejillas se ponen coloradas.

— ¿Qué opinas de mi mensaje? —me pregunta, puedo escuchar que acaba de darle un mordisco a algo.

— ¿Mensaje? —le pregunto confundida.

Me mandaste varios mensajes, intenta ser más específico.

— ¿Por qué pensaste que serías mi amante? —vuelve a formular.

¿Será porque estoy saliendo contigo a pesar de que tienes novia?

Aunque si nunca terminó conmigo, ¿eso convierte a Etoile en su amante?

—Creí que... Ya que tú y Etoile...

Baluceo, Claudine me mira y arquea una ceja.

— ¿Es eso lo que te molesta? ¿Etoile? —pregunta él tras una breve pausa.

—Jacques, estás saliendo con ella y van a casarse —le recuerdo con firmeza—. No deberías estar saliendo conmigo si ella y tú...

—La dejaría si con eso puedo estar contigo sin que te sientas culpable.

Reprimo una sonrisa, fuera está comenzando a llover.

— ¿Por qué querrías estar conmigo? —le pregunto.

— ¿Por qué quieres hacerlo tan difícil?

¿Será porque no quiero que tu novia me asesine?

—Si quieres tener algo conmigo, tenemos que dejarnos de estos juegos —le digo, de pronto se ha esfumado el hambre—. ¿Qué somos tú y yo, Jacques?

—Quisiera que fueras tú mi novia —me responde, se escucha tan seguro de lo que dice que

me roba el aliento.

¡Ya soy tu novia!

—Ya debo irme, Apoline. ¿Podemos hablar de esto durante el baile?

Supongo que no tengo más opción.

—Siempre juntos, ¿cierto? —le pregunto con voz trémula.

—Siempre juntos —me responde y escucho su sonrisa—. Te llamaré más tarde, piensa en lo que te dije.

—De acuerdo.

Termina la llamada y yo me quedo tan sólo preguntándome si no debería rendirme de una vez.

Después de todo, el compromiso de Jacques con Etoile sigue siendo un obstáculo gigantesco e imposible de evitar. Tan es así que no puedo alegrarme del todo ahora que sé lo que Jacques quiere conmigo. Quiero que me ame y se interese por mí a sabiendas de quién soy, no quiero ser solamente una extraña a la que parece conocer mejor que a la palma de su mano.

Estoy decidida a decirle todo durante el baile, nada va a detenerme ni a interponerse cuando le diga a Jacques quién soy yo en realidad.

Tan sólo espero no estar cometiendo el más grande error de mi vida.

Pasé dos horas rodeada de brochas para maquillaje, muestras de perfumes, pruebas de joyería, tenazas para el cabello y ataques del aplicador de delineador líquido en contra de mis ojos. Dos horas de lo que bien pudo ser la peor tortura de mi vida, sólo comparable con el incidente del charco de agua sucia. Hoy es el gran baile de beneficencia y tuvimos que hacer un enorme esfuerzo para hacerme ver mucho más linda de lo que Etoile jamás podría verse, ni con todos esos vestidos importados suyos. Ya que Jacques envió tres entradas, madame Marie Claire decidió que Pauline iría con nosotras. Ella piensa como yo al respecto de Claudine, sabemos que Etoile podría ser tan desalmada como para hacer demasiados comentarios hirientes con respecto al embarazo de Claudine y queremos evitar eso. Así que seremos Pauline, madame Marie Claire y yo contra monsieur Montalbán y sus conocidos.

Suena sencillo.

Jacques mencionó durante nuestras sesiones de mensajes de texto que enviaría una limusina para que nos llevara hasta el baile pero yo me negué rotundamente, y madame Marie Claire estuvo totalmente de acuerdo, así que iremos en nuestro auto y Antoine nos acompañará.

Él no se ha quejado con respecto al plan, ni siquiera cuando madame Marie Claire dijo que tendría que esperarnos en el auto ya que él no tiene una entrada para el selecto baile.

Cuando le expliqué el plan a Jacques, lo aceptó sin siquiera intentar negociar. Sé que a él también le angustia la idea de tener que juntarnos a mí y a Etoile en un espacio pequeño.

En cuanto al problema de *Montalbán Entreprises*, no se volvió a hablar del tema. Al menos, no mientras yo estuviera presente. Madame Marie Claire ha pasado largos ratos hablando vía correo electrónico con su abogado, monsieur Jean Paul Fournier, y hace todo lo posible para evitar siquiera parecer angustiada. Aún me preocupa el hecho de que las gráficas mostraran tal cantidad de números rojos, ¿quién querría dañar a una mujer tan buena como madame Marie Claire? Me cuesta trabajo si quiera imaginar que a alguien en el mundo le gustaría verla sufrir. Después de todo, madame Marie Claire es una persona amable y humilde, generosa con todo el mundo.

Y no lo digo sólo porque ella sea la madre de Jacques.

Quiero ayudarla a resolver ese asunto pero, ¿cómo puedo hacerlo si ella no quiere contármelo? Me imagino que piensa que el asunto de Jacques ya me está sobrepasando demasiado como para además hacerme angustiar con asuntos que ella misma puede resolver, ¿será eso lo que está pensando?

Como sea, ya estamos listas para ir al baile de beneficencia.

¡Pauline se ve encantadora! Eligió un vestido de color celeste que le llega hasta los tobillos, lleva zapatillas blancas y su cabello lacio va peinado en una apretada coleta. Un flequillo recto adorna sus ojos y es una imagen un poco extraña para mí pues estoy acostumbrada a verla cargando sus carpetas de documentos o atendiendo llamadas. Se ve incluso un poco más joven.

Madame Marie Claire, como siempre, se ve elegante y hermosa.

Su vestido es de color crema y llega hasta sus rodillas.

Me fascina su estilo, ella sabe cómo vestirse con elegancia. Lleva una mascada sobre los hombros y todo su atuendo hace juego con accesorios de color cobre, incluso el esmalte de sus uñas es de ese color.

Yo, por último, usaré el precioso vestido rojo que compró Jacques.

Alberta ha lustrado mis zapatos nuevos que hacen juego, están preciosos y relucientes. Madame Marie Claire me ha prestado un par de largos guantes del mismo color que el vestido, son tan largos que llegan hasta mis codos y los he adornado con un par de brazaletes. En el cuello no llevo otro accesorio más que el collar con el dije de tulipán. Mi cabello irá lacio, adornado sólo con un pequeño broche dorado con la forma de una mariposa. Nuevamente hubo que maquillar mi mejilla golpeada, fue una tortura sentir la brocha de maquillaje esparciendo el polvo para cubrir el golpe y luego repetirlo todo para aplicar un poco de rubor. A decir verdad, agradezco que eso último se aplicara con una brocha especial y no con un par de pellizcos en las mejillas como sugirió Claudine con esa sonrisita cruel.

Luego de los últimos toques, estamos listas para irnos y sólo nos sentamos las tres con Claudine en la estancia mientras esperamos a Antoine. En estos momentos están transmitiendo una teleserie americana en la televisión. Pauline está dándole los últimos toques a su maquillaje, madame Marie Claire tiene el portátil sobre las rodillas y teclea velozmente. Yo tengo mi teléfono en las manos y espero impacientemente cualquier llamada o mensaje de texto por parte de Jacques.

Vaya que me pone nerviosa la idea de ir esta noche al baile.

¿Será buena idea ir y presentarme en ese evento aunque sepamos que monsieur Montalbán no quiere siquiera compartir la misma ciudad conmigo?

—Antoine está tardando demasiado —se queja Pauline tras darle un vistazo al reloj empotrado en la pared.

—Paciencia, Pauline —responde madame Marie Claire sin dejar de teclear en su portátil—. Antoine ha tenido que llevar a Lucile al médico, ¿lo olvidas? —la mira por encima de sus gafas de media luna y arquea una de sus finas y perfectamente depiladas cejas.

—¿Lucile? —le pregunto.

—La hija de Antoine —responde ella con una sonrisa y vuelve a lo suyo, el sonido de su teclado llena la habitación—. Tiene cinco años, es encantadora.

No sabía que Antoine tenía familia.

—¿Está enferma? —vuelvo a preguntar.

—Un resfriado, no es nada grave —vuelve a sonreír ella.

No puedo imaginar a Antoine rodeado de una familia.

Me lo imagino llegando a casa cada noche, besando a una esposa bellísima y rodeado de algunos niños pequeños.

La imagen me hace sonreír, me pregunto si Antoine tiene fotografías de sus hijos en su billetera para mostrarme.

Alguien llama a la puerta, Alberta corre para recibir al recién llegado y es Antoine quien entra por el umbral.

—Lamento la tardanza —se disculpa mirando a madame Marie Claire—. ¿Nos vamos ya, madame?

—Sí, vamos un poco tarde —responde madame Marie Claire y da los últimos golpeteos a las teclas de su ordenador antes de cerrarlo y levantarse de su asiento. Pauline la imita y yo guardo mi teléfono celular en mi bolso, pequeño y de terciopelo rojo, para seguirlas. Nos despedimos de Claudine y seguimos a Antoine a través del pasillo para ir al ascensor.

Es así como comienza una noche que seguramente será difícil de sobrellevar.

Cuando las puertas dobles se abren frente a nosotros, sólo puedo imaginar los posibles atuendos que Etoile podría usar para el baile. Me figuro una imagen mental de ella vestida con un atuendo entallado y con pocas telas, con un escote de infarto e incluso con la espalda descubierta. Mostrando sus piernas hasta casi llegar a sus muslos...

A decir verdad, creo que me estoy imaginando a Etoile como si fuera algún tipo de prostituta barata. Conozco a monsieur Montalbán y sé que él no querría que Jacques se relacionara con

semejante persona, ni siquiera por todos los millones de euros del planeta. Como sea, sólo espero que yo luzca mucho más apantallante que ella.

Después de todo, tengo que darle a Jacques la mejor impresión del mundo cuando le revele que soy yo esa chica que le impide desenvolverse en una relación sentimental con esa rubia operada.

Si las cosas hubieran sido diferentes, ¿Jacques se habría enamorado de ella?

— ¿En qué piensas, Apoline? —me pregunta madame Marie Claire cuando vamos avanzando por la recepción del complejo.

Pienso en cosas que me hieren, igual que siempre.

—No es nada —le sonrío.

Antoine nos abre las portezuelas del auto.

Cuando ocupo mi asiento y mi olfato se impregna del aroma del cuero de los asientos, la resignación es inevitable. Es uno de esos momentos en los que simplemente quiero dejarme llevar por la inseguridad, salir del auto y ocultarme en el apartamento para no tener que enfrentar a monsieur Montalbán.

Pero no, no puedo rendirme ahora.

Jacques tiene que saberlo, tiene que saberlo todo y sólo yo puedo decírselo. Así que solamente tomo un profundo respiro y me hundo en mi asiento cuando Antoine enciende el motor y nos ponemos en marcha.

París luce hermoso por las noches, las luces de los edificios están todas encendidas y las personas caminan por las calles a gran velocidad.

Algunas parejas se toman su tiempo y van de la mano, dirigen una mirada al cielo y sonrían cuando ven las estrellas. Entrelazan sus dedos y se detienen para besarse en algún pequeño rincón oscuro o poco iluminado. Desearía poder recorrer la ciudad con Jacques, por la noche, para poder ver juntos todas esas luces. Pasamos frente a *La Tour d'Argente* nuestro recorrido, tuve que evitar mirar la fachada del restaurant para así no tener que recordar el incidente del charco de agua sucia.

En el agua del Río Sena se reflejan las luces coloridas de algunos pocos fuegos artificiales.

—Apoline, cuando lleguemos quiero que te mantengas siempre cerca de nosotras. No vayas a explorar por tu cuenta, ¿de acuerdo?

Miro a madame Marie Claire al escucharla y asiento lentamente aunque me confunde un poco.

¿No debería sugerirme que me acerque a Jacques en el transcurso de la noche?

— ¿Era en la Rue de Varenne, madame? —pregunta Antoine aprovechando la luz roja del semáforo.

—Así es, Antoine —sonríe ella.

— ¿Qué hay en la Rue de Varenne? —le pregunto.

Pauline sigue mirándose en el espejo y arreglando su maquillaje.

Yo creo que luce preciosa, ¿por qué no lo deja como está?

—Cuando vivíamos en París, François quería una casa grande y elegante —me explica madame Marie Claire—. Yo siempre preferí las cosas sencillas así que el apartamento era perfecto para mí, pero François me convenció de comprar esa casa en la Rue de Varenne e íbamos cada fin de semana para pasar un rato juntos y que Jacques tuviera más espacio para jugar pues era muy pequeño aún —añade con una sonrisa—. Tras el divorcio, decidimos que François se quedaría con la casa y yo me quedaría en el apartamento.

— ¿Y Alberta y Pauline se fueron con usted? —le pregunto.

—No, Apoline —ríe ella—. Alberta era una vieja amiga de mi madre que quedó desempleada hace ya algunos años, se quedó sin un lugar dónde vivir y tampoco podía seguir pagando los estudios de Pauline. Una tarde me contactó por correo electrónico y me pidió un empleo en

alguna de mis tiendas. Yo decidí que se mudaran ambas al apartamento y Alberta aceptó encargarse de la limpieza por un módico sueldo.

—El joven Montalbán y yo asistimos al mismo jardín de niños por un año entero —dice Pauline—. Él iniciaba su primer año y yo estaba a punto de entrar a la escuela elemental.

—¿Eres mayor que nosotros? —le pregunto incrédula.

—Pauline cumplirá pronto veintisiete años —dice madame Marie Claire.

—Así que conoces a Jacques... —le digo.

—Todos conocemos al joven Montalbán —sonríe Pauline—. Es el hijo de madame Marie Claire, sería imposible no saberlo. ¿No es así, Antoine? —pregunta levantando un poco la cabeza para llamar su atención a través de su reflejo en el espejo retrovisor.

Antoine esboza una sonrisa y asiente.

—¿Hace cuánto trabajas para madame Marie Claire, Antoine? —le pregunto.

—Dieciséis años, mademoiselle.

Eso quiere decir que fue un año antes de que los Montalbán llegaran a *Le Village de Tulipes*.

¡Dieciséis años!

¿Quién lo hubiera dicho?

—¿Y tu madre, Pauline? —le pregunto—. ¿Hace cuánto tiempo que trabaja para madame Marie Claire?

—Siete años.

¡Cómo pasa el tiempo!

Lo cierto es que yo también llevo ya algunos años trabajando con madame Marie Claire, desde aquél verano cuando comencé a trabajar en el salón de belleza hace cinco años.

—Llegamos —anuncia Antoine y dirige el auto a la acera para detenerse.

Siento las mariposas revolotear violentamente en mi estómago.

La casa frente a la que aparcamos es enorme, aunque no tanto como lo que imaginaba cuando llegué a París. La fachada es de color blanco y tiene un pequeño jardín al frente, está decorado con luces hermosas. Entran y salen personas por la reja de entrada, todos vestidos de forma elegante. Para poder acceder a la propiedad, los invitados entregan sus invitaciones al hombre que vigila la entrada, un sujeto que viste con un traje negro y tiene una expresión de pocos amigos.

Luego de entrar, se dirigen a una pequeña urna de cristal donde introducen un sobre blanco.

Entran a la casa y se pierden tras atravesar el umbral de la puerta.

—Apoline —me llama Madame Marie Claire y deja sobre mi regazo un pequeño sobre de color blanco.

—¿Qué es esto? —le pregunto, ella y Pauline sostienen uno igual.

—Dinero —me responde—. Debes dejarlo en la urna que hay cerca de la entrada. Es por eso que François invita a sus conocidos a eventos así.

No me agrada mucho la idea de obsequiarle el dinero de madame Marie Claire a monsieur Montalbán, pero igual asiento y tomo el sobre en mis manos. Es liviano, no debe tener dentro más que un par de billetes.

—Antoine, tú puedes ir a cenar algo —dice madame Marie Claire antes de abrir las portezuelas del auto para bajar—. Ve con Lucile y descansa un poco. Te llamaremos cuando sea hora de volver a casa.

—Sí, madame —dice él.

Bajamos del auto con ayuda de Antoine, siento las manos de Pauline acomodando mi vestido en la parte de atrás para evitar que se noten demasiado las arrugas en la tela. Madame Marie Claire luce tan despreocupada, incluso parece que está feliz de volver a entrar a su vieja casa. Comenzamos a avanzar en dirección a la entrada, Pauline aferra su pequeño bolso de color celeste con sus manos temblorosas.

— ¿Por qué me ha pedido que no me separe de ustedes? —le pregunto a madame Marie Claire en un susurro.

Ella saca de su bolso color arena nuestras invitaciones y se las entrega al hombre que tiene la expresión de pocos amigos.

—Cuando François te vea, no desaprovechará la oportunidad de molestarte —me explica y las tres dejamos nuestros sobres blancos dentro de la urna—. Si te quedas con nosotras, no tendrá oportunidad.

Me dedica un guiño y las tres nos abrimos paso hacia la puerta principal.

El recibidor de la casa tiene alfombrado de color rojo y paredes de color crema, está perfectamente iluminado y decorado con algunas plantas artificiales.

Hay cuadros y fotografías en las paredes, unas pocas personas se detuvieron a conversar y otras más avanzan hacia el salón.

Madame Marie Claire esboza una sonrisa que reboza nostalgia, debe sentirse muy contenta al volver a la que fue su casa a pesar de que han pasado ya bastantes años.

— ¡Marie Claire! ¡Qué sorpresa verte aquí!

Nos giramos cuando escuchamos esa voz. Madame Marie Claire borra su sonrisa cuando su mirada se conecta con la de esa mujer morena. Usa un vestido de color musgo, un horrible vestido de color musgo, y su cara llena de arrugas parece haber sido atacada por una buena cantidad de *debotox*.

—Camille —saluda madame Marie Claire con indiferencia.

—Desde que llegamos a la acera pude percibir ese aroma tan rústico que tienes por todo el cuerpo —comenta Camille con tono hiriente, incluso yo me siento ofendida—. Debiste darte un baño antes de venir...

—Camille, querida —ríe madame Marie Claire cruelmente—. No importa cuántas cirugías plásticas te hagan o cuántos químicos inyectes en tu cuerpo, todos deben saber que ya tienes más de sesenta años.

¡Ese fue un gran golpe!

Camille la fulmina con la mirada y pasa junto a nosotras, madame Marie Claire esboza una sonrisa triunfal y comparte un guiño con Pauline y conmigo.

—Camille Briand —me explica—. Vieja amiga de François.

—Le ha dado una buena lección —le digo—. ¿Quién se creen los parisinos para criticar el pueblo?

—A algunas personas les asusta lo que no conocen, Apoline —responde ella y me acaricia la mejilla con una mano—. No permitas que te denigren, la mayoría de los amigos de François se ocultan detrás de sus millones para pretender que tienen el mundo en las palmas de sus manos y así evitar que alguien más les haga ver en realidad cómo son las cosas.

— ¿Y cómo son las cosas? —le pregunto.

Pero ella sólo sonríe y seguimos avanzando hacia el salón.

A ninguno de los invitados parece gustarle que madame Marie Claire esté aquí, todos la miran con desdén e incluso algunos se apartan de nosotras como si fuéramos radioactivas. Debe ser porque todos aquí son conocidos de monsieur Montalbán y no quisieran tener que seguir fingiendo que les agrada madame Marie Claire ahora que el matrimonio se ha acabado. Me pregunto si todos ellos siempre le dedicaron sonrisas hipócritas para evitar revelar sus verdaderos sentimientos.

El salón es una habitación lo suficientemente grande para albergar a una considerable cantidad de invitados. El alfombrado desapareció, el suelo es de azulejos blancos que hacen juego con las paredes. Un muchacho lánguido y pelirrojo reparte bocadillos en una bandeja, hay también otro chico rubio que reparte bebidas y ambos llevan puestos pulcros uniformes de color blanco.

— ¡Marie Claire! ¡No esperaba verte aquí!

No de nuevo...

Giramos para encontrar a un hombre rollizo que habla con voz grave.

—Aleron Jussieu —me susurra ella y lo saluda con una sacudida de los dedos—. Uno de los abogados que trabajaron en nuestro divorcio.

Monsieur Jussieu se acerca a nosotras y saluda a madame Marie Claire besándole los nudillos.

— ¿Qué haces aquí? —le pregunta él, pareciera que Pauline y yo somos invisibles.

—Jacques me invitó —responde ella con cautela.

Comienzo a creer que todos, absolutamente todos los invitados, son personas de cuidado.

— ¿Y con quién has venido? —pregunta el hombre dedicándonos a Pauline y a mí una mirada despectiva.

—Mi socia, Apoline, y mi asistente personal, Pauline —responde ella.

Monsieur Jussieu nos besa los nudillos, toma nuestras manos como si estuviera haciendo un tremendo esfuerzo para no tocarnos.

— ¿No volviste a casarte? —le pregunta luego a madame Marie Claire—. Creí que ese chofer tuyo y tú iban a aprovechar el divorcio para...

—La infidelidad fue una de las falsas evidencias que François pretendía utilizar en mi contra para quedarse con más posesiones de las que merecía —le interrumpe madame Marie Claire con firmeza—. ¿Por qué no vas a beber algo, Aleron? —añade con tono hiriente—. Creo que llevas sobrio demasiado tiempo.

Él tan sólo nos mira con suficiencia y se aleja.

No había pensado en ese escenario hasta que Aleron Jussieu lo mencionó. ¿Madame Marie Claire y Antoine? ¿Una pareja?

—Vivir rodeado de lujos implica ser un cretino... —comenta Pauline en voz baja, me parece que lo hace para que sólo yo pueda escucharla.

—Bien dicho —digo en el mismo tono.

Dirijo una veloz mirada hacia el resto de los invitados que hay en el salón y finalmente me siento un poco más confiada al verlo, aunque la inseguridad lucha con ahínco para volver a apoderarse de mí.

Conversando con un hombre calvo, de bigote poblado y que viste un traje de color gris, está Jacques. Tan atractivo como siempre, lleva puesto un elegante traje de color negro, camisa color celeste y una corbata a juego, zapatos perfectamente lustrados y su castaño cabello alborotado como si quisiera contrastarlo con su elegante vestimenta. Su flequillo cae descuidadamente sobre la mitad de su ojo izquierdo y tiene la mano derecha dentro del bolsillo de sus pantalones. El único problema es que su brazo izquierdo rodea la cintura de Etoile, quien va totalmente contraria a lo que yo imaginé que sería.

Se trata de un vestido de color negro y adornado con pequeños brillantes que centellean cuando se mueve, la tela se ve suave como el terciopelo. Es tan largo que llega hasta sus pantorrillas, la tela es suelta y sólo va un poco entallada en sus caderas. Los tirantes negros son delgados y lleva una mascada a juego sobre los hombros. Su cabello va en una coleta, lo lleva un poco rizado, y cae por su hombro derecho. Su flequillo se inclina hacia el mismo lado y un par de mechones ondulados enmarcan su rostro. No lleva demasiada joyería encima, usa guantes negros tan largos que llegan hasta sus codos. Sus zapatos son negros, abiertos y con un tacón no demasiado exagerado. Su maquillaje es demasiado sencillo y con una mano sujeta su bolso, de piel de color negro.

Luce tan... Hermosa.

Doy una veloz mirada a mi atuendo para verificar que nada se haya salido de su sitio, incluso verifico mi peinado en el inservible reflejo de una de las ventanas para así intentar acicalar mi cabello en caso de que se haya despeinado. Madame Marie Claire ríe cuando se percata de mi

nerviosismo y siento mis mejillas ponerse coloradas. Necesito tener confianza, necesito convencerme de que Etoile no luce mejor que yo.

— ¡Apoline!

Casi como sucediera en cámara lenta, la mano con la que Jacques sostiene la cintura de Etoile se separa del cuerpo de ella. Etoile lo mira confundida, en sus ojos brilla momentáneamente la auténtica sorpresa, pero luego hace contacto visual conmigo y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

El golpe que aún tengo en el estómago y mi mejilla abofeteada cosquillean cuando el efecto que causa la mirada de odio de Etoile recorre mi cuerpo entero, hasta la más pequeña fibra. Jacques, por su parte, camina hacia nosotras a grandes y veloces zancadas. Etoile lo sigue de mala gana.

— ¡Luces preciosa! —dice Jacques.

Sin reparo alguno, me toma de las manos y entrelaza con fuerza nuestros dedos. Se acerca lentamente hasta que nuestras frentes se tocan, sus labios besan con delicadeza mi mejilla. Tengo que controlarme para evitar que mis piernas comiencen a temblar como gelatina cuando las mariposas en mi estómago comienzan a revolotear con más intensidad.

—Tú luces muy apuesto —le comento con voz trémula.

¿Cómo logra enloquecerme tanto?

Separa nuestras manos y va con madame Marie Claire para darle un fuerte abrazo y besar igualmente su mejilla.

Ella le responde con esa sonrisa maternal.

Madame Marie Claire también lo ha extrañado, me pregunto cómo debe ser estar separada de tu propio hijo durante tantos años y reencontrarte con él cuando se ha convertido ya en un hombre.

— ¡Tú también luces increíble! —exclama Jacques y avanza hasta Pauline para besar sus nudillos.

Ella se sonroja y suelta una risita nerviosa.

Separo los labios para hacerle un cumplido sobre su apariencia, sobre lo apuesto que se ve en ese traje y con ese peinado tan rebelde, pero Etoile nos interrumpe aclarando su garganta y posándose junto a él. Una de sus manos enfundadas en esos guantes negros se coloca sobre el hombro derecho de Jacques y dice, entre enfurecida y un poco dolida:

— ¿No vas a presentarnos, querido?

Maldita zorra operada e hipócrita.

Cuando nos conocimos no fue nada educada, debe importarles mucho la imagen que da a todos los invitados.

Jacques asiente y vuelve a rodear la cintura de Etoile con un brazo, verlo en esa posición es como un gancho directo a mi corazón.

—Ella es Pauline Leblanc —le dice, Pauline y Etoile se saludan con besos en las mejillas—. Mi madre, Marie Claire, y a Apoline ya la conoces.

Con madame Marie Claire, Etoile intercambia nuevamente besos en la mejilla y cuando llega el momento de saludarme, tan sólo roza nuestras mejillas como si le provocara un asco tremendo el simple hecho de tenerme cerca. Ahí está la verdadera Etoile, y yo que comenzaba a sentir que la estaba lastimando.

—Ella es Etoile D'la Croix —sigue Jacques con las presentaciones y Etoile esboza su maldita sonrisa hipócrita—. Es mí...

—Soy su novia —dice Etoile y remata su frase buscando la mano derecha de Jacques para sujetarla con fuerza.

Yo soy su novia, tú no eres más que una oportunista.

— ¿Quieren que les demos un recorrido por la casa? —nos ofrece Etoile.

Jacques intenta reprimir su impulso de entornar los ojos y se rasca la punta de la nariz con el dedo índice que tiene libre para intentar disimular la sonrisa que se dibuja en sus labios.

—Yo conozco bien este sitio, Etoile —sonríe madame Marie Claire.

—Vamos, no es ninguna molestia —insiste Etoile y se separa de Jacques para tomar uno de los brazos de madame Marie Claire y separarla, demasiado abruptamente, de Pauline y de mí.

Creo que la única forma en la que puedo describirlo es diciendo que intenta acercarse demasiado a madame Marie Claire. Si tan sólo supiera que yo le he contado absolutamente todo sobre ella...

—Etoile, creo que no es necesario —interviene Jacques y la toma por los hombros para detenerla antes de que eche a caminar—. Como te dije hace ya un tiempo, mi madre vivía con nosotros antes de irnos al pueblo y...

—Jacques, han pasado ya muchos años de eso —reclama Etoile—. Al menos vamos a acompañar a tu madre a la parte de arriba para que coma algo.

—No tengo mucha hambre —interviene madame Marie Claire un tanto incomoda.

—No sea modesta, madame —sigue diciendo Etoile y hace una pausa para añadir con crueldad—: Después de todo, en ese pueblo donde ha estado todos estos años no debe haber mucho que comer, ¿cierto?

Es como si el mundo entero se detuviera alrededor de nosotros.

Madame Marie Claire la fulmina con la mirada, Jacques parpadea incrédulo un par de veces como si no pudiera creer las palabras que han salido de los labios de Etoile, Pauline nos mira a Etoile y a mí alternativamente y separa un poco los labios a causa de la sorpresa.

Y yo...

Es como si mi cuerpo entero estuviera en una lucha consigo mismo.

Siento como si una delgada cuerda se enroscara alrededor de mi muñeca para hacerme levantar la mano y abofetearla, pero otra fuerza invisible tira de mi mano hacia abajo para evitarlo. La furia es tal que tengo que resistir para evitar que mi respiración se note tan agitada como en realidad se siente. Me hierve la sangre, no puedo permitir que una rubia operada y ricachona como ella desprecie de tal forma el sitio donde yo nací.

— ¿Cuál es tu problema?

Me mira cuando escucha mis palabras y esboza esa sonrisa cruel sólo por un segundo, como si intentara demostrarme su verdadero ser y al mismo tiempo seguir manteniendo las apariencias. Separa los labios para responder pero otra voz, bastante familiar, se escucha a nuestras espaldas y devuelve la normalidad a la situación. O, al menos, sirve para que se dé la impresión de que todo vuelve a la normalidad, pues todo en nuestra pequeña burbuja sigue siendo incómodo y turbulento.

— ¿Marie Claire? ¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Y quién la ha invitado *aella*?

Es monsieur Montalbán.

El hombre que no tiene ningún problema al demostrarnos lo mucho que detesta a madame Marie Claire y, sobre todo, lo mucho que me odia.

Es como si dentro de nuestra burbuja estuviera ocurriendo una batalla campal que las personas que nos rodean no pueden ver, o que prefieren ignorar lo que está sucediendo entre nosotros.

La tensión podría cortarse con unas tijeras, no hace falta pensar mucho para saber que no somos bienvenidas aquí. Madame Marie Claire y monsieur Montalbán intercambian miradas de desprecio, todos aquellos recuerdos que tengo de ellos dos paseando por la verbena juntos y tomados de las manos ahora me parecen tan lejanos como si fueran recuerdos de otra persona y no míos.

¿Es eso lo que sucede cuando se acaba el amor de una pareja?

—Yo las invité —interviene Jacques y se coloca frente a nosotras para encarar a su padre, Etoile reprime una risa cruel—. Creí que sería una buena forma de pasar tiempo con mi madre.

Aunque diga eso mil veces e intente convencer a cualquiera de que nuestra presencia se debe sólo a que él quiere convivir con madame Marie Claire, sé perfectamente que lo hace para pasar más tiempo conmigo.

Monsieur Montalbán asiente lentamente y su fría mirada se dirige hacia Pauline, quien la sostiene e incluso la devuelve con un poco más de intensidad.

—Pauline Leblanc —dice él—. Me sorprende verte aquí.

— ¿Por qué? —responde ella furtivamente.

Es impresionante lo mucho que la mirada de odio de Pauline puede intimidar a alguien.

—La última vez que supe de ti, tu madre no podía siquiera alimentarte —comenta monsieur Montalbán con crueldad.

Quiero golpearlo.

—La vida que tenemos ahora es mucho mejor que la que tiene usted —responde ella.

—A Marie Claire le fascina relacionarse con personas humildes, al parecer —se burla Etoile y pasa junto a Pauline dándole un leve empujón en los hombros—. Es una pena que una mujer tan bella y exitosa haya terminado así.

— ¿Terminar cómo? —intervengo y me coloco junto a Jacques velozmente.

¡Estoy harta de ella!

—Sabes a lo que me refiero —sigue diciendo Etoile—. Espero que ustedes tres sepan comportarse y que no arruinen la noche que Jacques organizó con tanto...

—Etoile, basta —habla Jacques con firmeza y ella cierra esa boca habladora—. La única que está arruinando la noche eres tú.

¡Bien!

Etoile entorna los ojos y madame Marie Claire reprime una risa.

— ¿Podemos subir a comer algo y dejar las diferencias de lado por una sola noche? —exige Jacques exasperado.

—No te enfades, *Jacky*—dice Etoile y rodea con sus brazos el cuello de Jacques.

¿*Jacky*?

Me siento asqueada.

Jacques entorna los ojos y esboza una mueca de disgusto.

—Jacques, quiero que se vayan —dice su padre con severidad—. Puedes visitar a tu madre otro día.

—No se irán —responde Jacques con valentía y se libera del abrazo de Etoile con un poco de brusquedad, ella lo mira indignada y herida.

—Obedece —insiste Monsieur Montalbán.

Hace un enorme esfuerzo por no levantar la voz.

No quiere comenzar una escena, después de todo.

—No —repite Jacques.

Se miran por un segundo y monsieur Montalbán termina por rendirse.

Da media vuelta para alejarse y lo veo apretar con fuerza los puños.

¡Benditas sean las reglas de etiqueta!

Al menos por hoy estaremos a salvo de su implacable furia.

—Eso fue intenso —comenta Jacques con una risita nerviosa y nos mira, su expresión firme se suaviza y esboza la sonrisa que me enloquece—. ¿Tienen hambre?

—Tu amiga del vestido rojo seguro está hambrienta —comenta Etoile de mala gana y se aleja de nosotros.

Pauline y madame Marie Claire tienen que sostenerme para así evitar que siga a esa rubia operada. ¿Quién se cree ella para decir semejantes cosas sobre mí? Ahora entiendo por qué monsieur Montalbán está tan interesado en que Jacques se case con ella, ambos son igual de cretinos y narcisistas.

—Lo lamento —me dice Jacques y me toma de las manos con fuerza—. No la escuches, ¿de acuerdo?

Aún bastante enfurecida, asiento un par de veces e intento esbozar media sonrisa.

—Tu padre sigue siendo tan especial como siempre, Jacques —comenta madame Marie Claire con indiferencia.

—Es un cretino —se queja Pauline.

Jacques suelta una carcajada y nosotras tres nos contagiarnos de ella.

Creo que no hay una mejor manera de pasar un trago amargo que hacerlo con el mejor ánimo posible. Después de todo, no quiero darle a monsieur Montalbán la satisfacción de saber que nos ha molestado con sus actitudes. Quiero suponer que tanto él como Etoile quieren que nos vayamos de aquí para no arruinar la imagen *decretinos ricachonesque* mantienen con el resto de los invitados.

La risa de Pauline va en aumento y tiene que morderse la lengua para dejar de reír cuando se percata de que ha perdido por un momento el control. Nos mira apenada, sus mejillas se tornan de un intenso color rojo. Los invitados nos miran como si estuviésemos locos, cosa que a Jacques parece no importarles. A ninguno de nosotros nos importa, en realidad.

—Vamos arriba —nos sugiere Jacques y me toma de la mano entrelazando nuestros dedos. Maldigo a los guantes que llevo puestos, maldigo a la delgada tela que separa mi piel de la de él—. Espero que les guste la comida.

—La casa luce maravillosa, Jacques —dice madame Marie Claire cuando echamos a caminar hacia las escaleras—. ¿Tu padre y tú viven aquí?

—Estoy a punto de mudarme —responde él—. Un compañero de la universidad y yo decidimos rentar un apartamento.

—¿Etoile vivirá contigo? —le pregunto.

Creo que me he escuchado demasiado inconforme pensando en ese posible escenario.

—No, Etoile no es parte del plan —me responde con un guiño.

¡Gracias al cielo!

Ahora mi subconsciente puede olvidar todas esas imágenes de Jacques y Etoile durmiendo en la misma cama, abrazándose e incluso estando desnudos, frotando sus cuerpos mientras se besan apasionadamente y realizando los preliminares antes de...

Dios mío, Apoline, contrólate.

Si Jacques no puede besarla sin sentir que hay algo que no está bien, como él dijo, dudo mucho que siquiera pueda tocarla a la hora de querer tener intimidad con ella. Y aún así, no puedo dejar de imaginar sus cuerpos desnudos y entrelazados, los apasionados jadeos y el sonido que sus partes íntimas producirían mientras están amándose. Debe estar mal pensar de esta forma, no debería estar imaginando a Jacques en un escenario así. Mucho menos imaginar esas situaciones entre él y otra chica. Y de alguna forma la envidia crece dentro de mí. Jacques y Etoile han pasado juntos demasiado tiempo, después de todo. En algún momento tuvieron que intimar, es razonable y yo lo entendería...

¿Lo entendería en verdad?

Si todo vuelve a la normalidad, si Jacques y yo volvemos a estar juntos, ¿podría aceptar estar con él luego de todas esas imágenes que se arremolinaron en mi cabeza? Aunque él sienta algo más fuerte por mí que lo que alguna vez podría sentir por Etoile, quizá ella sea más atrevida en la cama que yo. Y si a Jacques la prefiere a ella en ese aspecto, ¿qué haré?

Sacudo la cabeza un par de veces para ahuyentar esas imágenes, no debería preocuparme por ello.

A pesar de lo que pueda pensar sobre eso, sé que a Jacques le fascina estar conmigo.

Aunque en el pueblo sólo lo hicimos una vez, aquella noche luego de mi pequeño colapso en la fiesta del matrimonio Cacheux, Jacques no dejó de repetirme que había sido la mejor noche de su vida.

Todo esto es tan confuso...

De alguna manera conseguí subir las escaleras sin tropezar, cosa que es digna de una felicitación en vista de lo distraída que estoy. En la enorme terraza de la casa de los Montalbán hay muchos más invitados. Está dividido el sitio en dos partes, una para las mesas y otra para ambientar una pista de baile. El techo es la bóveda estrellada y buena parte de la iluminación es proporcionada por la luz de la luna, el resto son algunas lámparas de color blanco y luciérnagas de papel que cuelgan de algunas cuerdas encima de nuestras cabezas. En las mesas, cubiertas con manteles blancos y con cuatro sillas cada una, hay adornos con flores y la vajilla lista para ser usada. Al fondo de esa zona de la terraza hay una alargada mesa de buffet atendida por un par de camareros vestidos con pulcros trajes de color blanco. Y al otro lado, en la pista de baile, sólo podemos ver el sistema de sonido pues no hay música en vivo. Algunas parejas bailan y otros, con copas de licor en las manos, tan sólo los miran.

Es hermoso.

Por todas partes se ve el escudo de la familia D'la Croix, sólo consta de la imagen de lo que parece ser una mansión enorme enmarcada por un par de espadas cruzadas. Deben ser ellos quienes han financiado todo el evento.

—Sígueme —dice Jacques y, sin soltar mi mano, nos conduce a una de las mesas vacías.

Madame Marie Claire ni siquiera se inmuta con las decoraciones, pero Pauline y yo estamos maravilladas.

Tomamos asiento en la mesa, Jacques se toma su tiempo para retirar un poco las sillas antes de que nosotras las ocupemos. Es tan caballeroso y galante con nosotras que resulta encantador, como siempre. Toma asiento a mi derecha y vuelve a tomar mi mano con fuerza.

—¿Tienen hambre? —Nos pregunta—. ¿Quieren beber algo?

Sonrí pues me recuerda un poco a Alberta.

—Un bocadillo no estaría mal —sonríe madame Marie Claire.

—En ese caso, iré a buscarlo —dice Jacques e intenta levantarse de su asiento.

Lo aferro con fuerza de la mano y él suelta una carcajada intentando liberarse. Me levanto igualmente y él consigue soltarse de mi agarre para rodear mi cintura con esa misma mano. Compartimos una sonrisa y él besa mi frente con delicadeza.

—Ustedes hacen una preciosa pareja —sonríe madame Marie Claire.

Jacques y yo nos sonrojamos a la par y él me atrae hacia su cuerpo con fuerza, lo tengo lo suficientemente cerca como para poder recargar mi cabeza sobre su hombro.

La mano con la que aferra mi cintura me sostiene con más fuerza y madame Marie Claire tan solo esboza su sonrisa embelesada y da una palmada.

—Bueno, parece que le agradas a mi madre —dice Jacques y nos separamos para poder mirarnos a los ojos, nuestras frentes se tocan y él roza la punta de mi nariz con la suya—. ¿Qué opinas? ¿Aprobada? —le pregunta a madame Marie Claire y le dedica un guiño.

—Totalmente aprobada —dice madame Marie Claire—. ¿Tú qué opinas, Pauline? ¿No crees que lucirían muy bien juntos?

—Se ven de maravilla —responde ella.

Jacques sonrío de nuevo y me besa la mejilla lentamente, de nuevo se acerca peligrosamente a la comisura de mis labios. Siento las frías miradas del resto de los invitados que se posan sobre mis hombros, se siente como si fueran pesados yunques de hierro que me caen encima y aplastan mi cuerpo entero. Pero no me importa en lo más mínimo, no pueden hacerme daño sus miradas y mucho menos sus comentarios. Ya escucho los murmullos, muchos de ellos mencionan el nombre de Etoile. Sé que estoy entrando en la boca del lobo, que me estoy arriesgando por un capricho absurdo e inmaduro, pero no puedo simplemente alejarme. No cuando Jacques está tan cariñoso, no cuando parece que todo va por buen camino. Además sé, y de alguna forma estoy totalmente convencida, que esta vez Etoile no podrá salirse con la suya.

Creo que nada puede hacerme daño mientras esté entre los brazos de Jacques.

—Mira a esa chica, con ese vestido tan corto.

—Luce como si Jacques la hubiera sacado de un burdel.

—Me pregunto si Etoile ha visto ya el tipo de amigas que Jacques ha invitado.

—Y por si no fuera poco, ha venido con esa mujer tan vulgar.

— ¿Marie Claire? ¿La has visto?

—Vaya que la he visto. Siempre ha tenido mal gusto para vestirse.

—Lo recuerdo, siempre decía que quería tener una vida sencilla. Todos sabemos que siempre uso eso como excusa para que nadie se diera cuenta de que creció prácticamente en las calles.

—Estudió en escuelas públicas toda su vida, ahora entiendo la razón por la que se quedó tanto tiempo en el sitio olvidado en Bordeaux.

— ¿Cómo tiene el descaro de venir aquí?

—Y por si fuera poco, ha traído también a esa secretaria suya.

— ¿Secretaria? ¿La chiquilla del vestido azul?

—Sí, esa misma.

—Lo imaginé. Qué descaro tienen esas personas tan vulgares para venir aquí.

—Entiendo que Jacques quiera hacer misiones altruistas pero no debería permitir que lo vean por ahí con semejantes aborígenes.

—Me sorprende que Marie Claire no haya olvidado sus modales luego de pasar tantos años alejada de la ciudad.

—Son sólo apariencias, sabemos que nunca ha sido una mujer de sociedad como nosotros.

—Pero, ¿traer a una chiquilla como esa? ¿En qué diablos estaba pensando?

—No lo sé.

— ¿Has visto la forma en la que le toma la mano a Jacques? ¡El pobre muchacho ni siquiera sabe cómo desprenderse de ella!

—Creo que en ese sitio olvidado no le enseñaron a esa chiquilla que no debe coquetear con hombres comprometidos.

—Es una pequeña zorra oportunista, sólo quiere estar con él por el apellido Montalbán.

—Deben haber tenido que cubrir a esa chiquilla con mucho perfume, ¡imagina el hedor que debe haberse impregnado en ella luego de estar en un sitio así!

—Pobre de Marie Claire, tener que vivir alejada del mundo...

—Bueno, ella se lo ha buscado luego de haber engañado a François.

— ¿De qué hablas?

— ¡Todo el mundo sabe que Marie Claire tenía un amorío con su chofer!

Frente a mí, a pocos centímetros de distancia, hay dos mujeres.

La de la derecha es una anciana que usa un vestido de color gris y lleva una cantidad exagerada de maquillaje en los párpados.

La de la izquierda debe tener la misma edad aunque tiene un poco menos de arrugas, usa un vestido de color verde y lleva demasiada joyería encima.

Desde que Jacques y yo nos acercamos al buffet, las dos mujeres no han dejado de despotricar contra nosotros.

A decir verdad, estoy acostumbrada a ese tipo de cotilleos. Después de todo, en el pueblo

solían decir cosas como que Jacques y yo sólo estábamos juntos porque me atraía su dinero. Cuando nos separamos, todos decían que Jacques me había embarazado y quería escapar del pueblo. Incluso hubo quienes dijeron que alguno de nosotros era homosexual, así que no me afecta en lo más mínimo lo que esas ancianas puedan decir. Lo único que desearía es que se molestaran en ser sólo un poco más discretas.

Hay cantidad de bocadillos que podemos elegir, así como postres y bebidas.

Vi un poco de caviar y no dudé en pedir un buen plato. Jacques eligió los canapés de cangrejo y para beber elegimos, con cierto toque de ironía, una botella de *Château Latour* para nuestra mesa. Claro que no se hicieron esperar los comentarios de otro par de mujeres, no se cansaron de decir que seguramente jamás en mi vida había probado el caviar.

A decir verdad, jamás lo había probado hasta aquella noche en *La Tour d'Argent*, pero no deberían hacer comentarios al respecto ni tendrían por qué saberlo.

— ¿Pensaste en lo que te dije?

Me sobresalto cuando escucho una voz distinta a la de las mujeres que cotillean como víboras venenosas. Miro a Jacques un poco confundida y repentinamente me quedo sin habla.

— ¿De qué hablas? —le pregunto.

— Los mensajes de texto —me responde—. ¿Ya lo olvidaste?

¡Claro!

¡Ahora lo recuerdo!

— ¿Te parece que estamos en el sitio correcto para hablar del tema? —le pregunto.

Nos detenemos en seco y Jacques me mira arqueando una ceja.

— ¿Ahora eres tú quien quiere ocultarse? —me dice—. Creí que querías tener algo serio conmigo.

— Las ancianas amigas de tu padre ya quieren destriparme por haber venido, ¿no crees que podríamos al menos salvaguardar mi bienestar físico y psicológico?

— ¿Y acaso el mío no importa? —inquire él esbozando media sonrisa.

— Importaría si todos tus invitados no estuvieran poniéndome en el lugar de una desalmada cazafortunas y a ti en el lugar del pobre chico enamorado de Etoile que no sabe cómo alejarme para que deje de interferir en tu perfecto noviazgo.

Él suelta una carcajada.

— ¿Qué es tan gracioso? —le pregunto y tengo que luchar conmigo misma para evitar reír con él.

— Tú —me responde con descaro—. Apoline, no me importa lo que ellos tengan que decir.

— Son tus conocidos.

— Ninguna de esas personas sabe quién soy —me interrumpe y deja nuestras cosas sobre una mesa vacía para colocar ambas manos sobre mis hombros, me mira fijamente con esos bellos ojos aceitunados—. Tú me conoces en niveles que ni yo mismo entiendo.

Porque te conozco de toda la vida.

— Apoline, tú eres distinta a todas personas que hay en esta maldita fiesta.

Toma mis mejillas con ambas manos y hace que levante un poco mi rostro, tanto que termino parándome de puntillas.

— Jacques... —musito con voz débil.

Pero, de nuevo, algo me detiene.

Una voz interna que me obliga a soltarme del agarre de sus manos. Aparto la mirada y dejo el caviar sobre la mesa en la que él dejó previamente el resto de la comida.

— ¿Qué pasa? —me pregunta.

¿Cómo puede preguntarlo tan a la ligera?

— Lo lamento, Jacques —le digo con voz quebradiza y siento el nudo crecer en mi garganta, así como las lágrimas que brotan de mis ojos—. No puedo hacer esto... Por favor, perdóname.

Sin importarme los murmullos de las personas que nos vieron en esa posición, echo a correr en dirección a las escaleras por las que subimos antes. Choco con un par de hombres que huelen a tabaco y escucho sus disculpas como si ellos hubieran chocado conmigo, así como escucho las voces molestas de las mujeres que se quejan de mi actitud.

— ¡Apoline!

Madame Marie Claire me llama en voz alta pero yo no me detengo en ningún momento, ni siquiera cuando escucho a otras dos mujeres quejándose cuando paso entre ellas para acceder al bloque de escaleras.

Bajo a toda velocidad los peldaños y me detengo cuando llego al segundo piso de la casa. Corro hasta que la baranda me detiene y me aferro a ella con tal fuerza que puedo imaginar cómo sería si la madera se amoldara a la forma de mis manos. Cierro los párpados con fuerza para intentar evitar que las lágrimas sigan saliendo, pero no lo consigo y termino soltando un sollozo.

De alguna forma, sabía que esto sucedería en algún punto de la noche.

Escucho más cotilleos hirientes por parte de otra mujer a mis espaldas.

Camille Briand, podría reconocer su voz en cualquier sitio a pesar de que sólo la escuché por breves segundos. Esta vez paso junto a ella y la empujo deliberadamente con el hombro derecho cuando paso junto a ella.

— ¡Ten más cuidado, niña!

Me enfilo por el pasillo que tengo enfrente y me detengo en la primera puerta que tengo al alcance. Hago todo lo posible para reprimir un sollozo y con una mano temblorosa sujeto el picaporte para girarlo.

Sin abrir demasiado la puerta, entro en la habitación y recargo mi espalda contra la puerta cubriendo mi rostro con las manos por un segundo.

Intento controlar mi respiración agitada y parpadeo sin control para que las lágrimas dejen de emanar de mis ojos, cosa que no puedo conseguir así que seguramente mi maquillaje ya está hecho un vil desastre.

Retiro mis manos de mi rostro y las utilizo para abrazarme a mí misma.

Mi cuerpo tiembla y el incipiente nudo en mi garganta provoca una sensación por demás desagradable.

Tengo el impulso de gritar a todo pulmón, de desahogar de alguna forma todas esas emociones que se arremolinan dentro de mí y que, por más que lo intentara, no podría describirlo con palabras pues es uno de esos momentos en los que sólo podrías describirlo si alguien más se siente de la misma manera que tú. No puedo continuar con esto, no quiero continuar con esto.

—Te fascina hacer escándalos, al parecer.

Mi mundo se derrumba, como si eso aún fuera posible considerando todo lo que ha ocurrido desde mi llegada a París.

Los pequeños fragmentos caen a mis pies produciendo un sonido similar al de un cristal siendo destruido, es un sonido que solamente yo puedo escuchar.

— ¿Qué te ocurre? ¿No sabes decir más que un puñado de frases?

Frente a mí, como si fuera una conspiración del universo para hacer de ésta la peor noche de mi vida, está Etoile.

Estamos en un cuarto de baño tan grande como el del apartamento de madame Marie Claire. Etoile está de pie frente al enorme espejo del lavamanos, que debe ser el más absurdamente elegante que he visto, y guarda todo su maquillaje dentro del pequeño bolso que hace juego con su vestido.

—Lo lamento... Yo... No sabía que...

Baluceo y suelto un impropio en voz baja cuando me doy cuenta de que ni siquiera puedo

controlar mi propia voz.

Etoile suelta una risilla cruel y se inclina sobre el lavamanos para ver un poco más de cerca sus ojos, con el dedo meñique de la mano derecha retira el excedente de delineador en su ojo izquierdo. Sus guantes negros descansan sobre un gabinete.

— ¿Qué te pasa? —Me pregunta, no se esfuerza nada en ocultar su falso interés—. ¿Te has dado cuenta ya de que nadie aquí va a ser condescendiente contigo?

—Yo... Lo lamento, no debí entrar aquí...

Me giro para abrir la puerta y retirarme, pero ella me detiene diciendo con voz neutra:

—Aguarda un segundo, Pourtoi.

Me asquea la forma en la que ella pronuncia mi apellido.

— ¿Qué? —le digo furtivamente.

Las lágrimas corren ya sin control por mis mejillas. Etoile verifica por último que su lápiz labial siga intacto y le dedica una sonrisa a su reflejo, gira sobre sus talones para tomar sus guantes y los coloca en sus manos sin siquiera mirarme.

—No quiero que pienses que no sé lo que estás intentando.

Pronuncia sus palabras despreocupadamente y me mira con sus fríos ojos azules una vez que los guantes ya están en su sitio. La miro confundida y me encojo de hombros.

—Sé que pretendes tener algo con Jacques y puede que lo estés consiguiendo.

—Etoile, no...

—Cierra la boca, tu aliento apesta más que tú.

¿Cómo puede existir una persona tan cruel?

—Etoile...

—Será mejor que te olvides de él. Jacques nunca se fijaría en alguien como tú. Él y yo estamos comprometidos, ya se han enviado todas las invitaciones para la ceremonia y no permitiré que llegue alguien como tú, una prostituta sacada de un pueblo fantasma que no aparece siquiera en los mapas, venga a París a quitarme lo que es mío.

—Te juro que...

—Si te atreves a acercarte a Jacques, lo pagarás caro. ¿Entiendes eso?

—Etoile...

—Aquí dentro no hay nadie que pueda defenderte —me toma con fuerza de los cabellos y tira de ellos hacia atrás haciéndome inclinar la cabeza, duele tanto que me muerdo la lengua para evitar gritar—. Si intentas hacer cualquier cosa, yo tendré que tomar armas contra ti.

>> ¿Y a quién crees que todos apoyarán? ¿A una zorra analfabeta y asquerosa como tú? ¿O a la prometida de Jacques Montalbán?

¡Yo soy su prometida, maldita sea!

—Ahora quiero que salgas de la casa sin llamar la atención y que te vayas a ese pueblo fantasma, hoy mismo de ser posible. No quiero volver a verte, ¿entiendes?

Tira de mi cabello con más fuerza y yo suelto un chillido.

¿Quién diría que mi peor pesadilla sería esa rubia operada?

— ¿Entiendes? —repite alzando la voz.

—Sí... —musito y ella finalmente me libera y me lanza con fiereza hacia atrás.

Detengo mi caída sujetándome al borde de un gabinete y ella suelta una carcajada cruel. Me lanza una mirada despectiva y silencia su risa para esbozar una sonrisa cruel cuando me escucha soltar un sollozo explosivo. Abre la puerta velozmente y sale de la habitación, dejándome sola con mi tristeza. Me dejo caer al suelo, recargando mi espalda contra el gabinete, y le doy una patada a un bote de basura que tengo enfrente. ¿Cómo puedo continuar con esto si Etoile parece existir sólo para hacerme la vida imposible?

Estoy tan furiosa, tan deprimida, tan... Tan... Ni siquiera sé cómo explicarlo. Tal desesperación me hace tener un enorme deseo de volver a *Le Village de*

Tulipeshaciendoautostop. Desaparecer así, sin más, para no provocarle problemas a madame Marie Claire. Volveré al pueblo, no tengo nada que hacer en París.

— ¡Etoile! ¿Has visto a Apoline?

Es la voz de Jacques.

Mis sollozos se detienen para permitirme escuchar con más claridad.

—No, no la he visto —responde ella de mala gana—. Y si tú fueras listo, o al menos un poco astuto, dejaría de preocuparte.

Silencio.

¿Qué está pasando afuera?

— ¿Qué le hiciste? —pregunta Jacques con severidad.

— ¿Por qué piensas que yo le haría algo a esa aborigen?

La odio.

—Porque vi lo que le hiciste en el restaurant —responde Jacques con violencia, puedo imaginar a Etoile mirándolo enfurecida—. ¿Dónde está Apoline?

—Esté donde esté, harías bien al alejarte de ella.

—No quiero alejarme de ella.

—Quisiera saber lo que tu padre opina al respecto.

—Pues a mí no me importa lo que él pueda opinar.

— ¿Qué te está pasando, Jacques? ¿Qué está pasando con ella?

— ¿Dónde está Apoline?

Silencio.

Me levanto con piernas temblorosas y me cubro la boca a tiempo para ahogar otro sollozo.

—Está ahí —dice Etoile y puedo imaginarla señalando la puerta tras la que me oculto con un dedo enfundado en esos guantes negros—. Ve con ella si tanto te importa.

Escucho los pasos de Etoile alejándose y el picaporte gira cuando Jacques abre la puerta.

Retrocedo un par de pasos cuando Jacques entra en la habitación, cierra la puerta detrás de él y la asegura presionando el pequeño botón que está al centro del picaporte. Me mira angustiada, camina hacia mí lentamente.

—Apoline...

Al escucharlo pronunciar mi nombre, me lanzo hacia sus brazos y oculto mi rostro en su pecho.

Siento sus manos estrujarme con fuerza, una acaricia mi espalda y la otra está en mi nuca. Acaricia mi cabello, sus dedos lastiman un poco el sitio que Etoile atacó con sus violentos tirones.

—Ven —susurra a mi oído y me conduce hasta el inodoro.

Baja la tapa y me guía para sentarme en él.

No estamos en la posición más acogedora, romántica o atractiva del mundo.

Se coloca en cuclillas frente a mí y saca un pañuelo bordado de uno de sus bolsillos para enjugar mis lágrimas, mi maquillaje no se ha corrido tanto como para ensuciar la suave tela blanca.

— ¿Etoile te hizo algo? —me pregunta y acaricia mi mejilla con sus nudillos.

Niego con la cabeza y aparto la mirada.

— ¿Apoline, qué ocurre?

— ¿Quieres decidirte de una vez por una de nosotras?

Digo esas palabras entre sollozos y él me mira con mucha más angustia. Busca mis manos y entrelaza con fuerza nuestros dedos.

—Apoline...

— ¿Es todo lo que vas a decir? —le reclamo.

—Apoline, te lo he dicho ya. No quiero tener que ocultarme para estar contigo. Pero...

—No quiero ser tu amante, ¡no puedo ser tu amante!

¡Recuérdame de una maldita vez!

—Yo no quiero que lo seas —insiste—. Quiero estar contigo.

—Prometiste que lo hablaríamos aquí, en el baile. Háblémoslo ahora, di todo lo que tengas que decirme —le suplico.

—No puedo hablar contigo en estas condiciones —me responde y quisiera poder golpearlo—. Intenta calmarte y volvamos arriba, mi madre y Pauline nos están esperando.

—Jacques...

—Apoline, escúchame —sus manos aprietan con más fuerza, sus angustiados ojos aceitunados me miran fijamente, siento como si el mundo se detuviera a nuestro alrededor y su voz se escuchara acompañada por un eco que se propaga y rebota contra las paredes para grabar bien sus palabras en mi memoria—. No sé explicarte lo que siento por ti, no quiero atreverme a calificar esos sentimientos con una sola palabra pues podría estar equivocado y llamarlos de una forma que no exprese en una mínima fracción lo que son en realidad. Tampoco puedo explicarte lo mucho que me hiere verte así, tan triste, tan herida. No puedo verte así y saber que soy yo quien te está hiriendo. Y como te dije antes, yo siempre te elegiría a ti y desearía que mi mente no estuviera tan confundida al respecto —toma una bocanada de aire y hace una breve pausa—. Siento que... Siento que te encontré aunque no sabía que te estaba buscando. Apoline, por ti siento cosas que nunca antes había sentido, cosas que estoy seguro que sentí alguna vez por alguien y... Apoline, tú...

Se detiene y de nuevo me lleno de frustración. Suelta un profundo suspiro y se levanta llevándome consigo. Enjuga un par de lágrimas sobrevivientes en mis ojos con sus dedos pulgares y me sonrío, me dedica esa sonrisa cautivadora que me enloquece.

—Apoline, necesito que aguantes un poco más. Sólo un par de horas, hasta que esto termine.

— ¿Dejarás a Etoile?

Casi parece una súplica.

Jacques esboza una sonrisa mucho más grande y asiente.

—Te lo prometo —dice y besa mi frente con suavidad.

Ha sido el momento más dulce que hemos vivido, sólo quisiera no estar sentada en un inodoro.

Le sonrío igualmente y él vuelve a tomar mis manos.

—Sólo un par de horas, ¿está bien?

—Está bien —respondo y tomo un profundo respiro para ahuyentar el incipiente llanto.

Salimos juntos del cuarto de baño y volvemos a subir las escaleras, ignorando olímpicamente los cotilleos que critican el hecho de que estuviéramos los dos juntos en el cuarto de baño. Camille Briand no se ha movido de su sitio y nos mira con desaprobación.

— ¡Qué escándalo! ¡Ebria, vulgar y una cualquiera!

¿Qué tienen esos ricachones con la palabravulgar?

Jacques la fulmina con la mirada, de Etoile no hay ningún rastro.

Sé que me propuse a contarle la verdad a Jacques durante el baile de hoy, pero creo que puedo esperar un par de horas más. Después de todo, lo he estado esperando por cinco años. ¿Qué tan terrible puede ser esperar algunos minutos más?

Tan sólo deseo que no sean las horas más difíciles de mi vida.

Estar en un evento importante donde no eres bienvenida no es nada fácil. Mucho menos lo es cuando estás en compañía de otras dos personas que tampoco son bien recibidas. Aún peor es ser el centro de atención luego de haber salido de una habitación con los ojos llorosos y el cabello un poco despeinado, en compañía del anfitrión principal del evento. Mil veces más terrible es estar pasando por todo eso siendo originaria de un sitio rural. Los invitados al baile de beneficencia son personas que no soportan estar en compañía de alguien que no pueda ir todos los días a las tiendas departamentales y gastar miles de euros en cosas que realmente no necesita.

Mucho menos les agrada tener que convivir con alguien que quiere llevar una vida sencilla y humilde.

Algo positivo que puedo decir sobre esas personas es que no necesitan inventar o exagerar las cosas que cuentan. Están tan apegados a su estilo de vida lleno de lujos, que cuando se quejan de las personas humildes lo hacen siendo totalmente honestos. Al menos, hasta cierto punto.

Gracias a los cotilleos que he conseguido escuchar, pude llenar algunos espacios vacíos en la historia de madame Marie Claire.

Al parecer, creció en París en un seno familiar que vivía en condiciones de pobreza. Acudió a escuelas públicas durante toda su vida y conoció a François Montalbán en una biblioteca pública.

Fue madre a muy temprana edad pero los primeros años de su matrimonio fueron perfectos. A sus tempranos 19 años, comenzó con su cadena de negocios y su vida mejoró considerablemente. Siempre quiso tener una vida sencilla, así que no le apetecía estar rodeada de lujos. Mientras sus conocidos iban a cualquier evento importante luciendo caros trajes importados, ella no tenía ningún reparo al usar sus vestidos sencillos y baratos. Claro que nada de eso le agradaba a monsieur Montalbán, en realidad dudo que alguna vez hubiera estado enamorado de ella. Y aún así, mientras escuchaba todos esos cotilleos, sólo podía recordar los momentos felices que ellos vivieron en el pueblo. Tengo presentes en mi mente todos esos recuerdos del matrimonio Montalbán paseando por la verbena y besándose cada poco. Quisiera saber qué fue lo que ocurrió entre ellos, que madame Marie Claire fuera un poco más comunicativa.

Puedo ver en sus ojos el atisbo de tristeza cada que alguien hace un comentario sobre el divorcio y es por eso que no quiero presionarla. Es, sin duda, una fibra sensible.

La botella de vino ya va a su media capacidad, no podemos hacer mucho en nuestra mesa más que comer y beber en vista de que nadie quiere relacionarse con nosotras. Monsieur Montalbán, ya con algunas copas encima, invitó a bailar a Camille Briand y es un grotesco espectáculo ver a esa anciana contonearse como si fuera una jovensita. Siempre he creído que todas las personas deben envejecer con clase y dignidad, se nota que a Camille Briand no le enseñaron eso en ningún momento.

—Creo que es una noche aburrida —comenta madame Marie Claire un poco adormilada luego de devorar la última galleta con caviar—. ¿Quieren irse ya?

Decir que es una noche aburrida no podría ser más correcto.

No hay nada divertido en estar sentadas en una mesa mientras el resto de los invitados está

bailando en la pista, o están en el resto de la casa haciendo cualquier cosa. Incluso Jacques está ocupado, mantiene una acalorada discusión con Etoile al otro lado de la terraza.

Pauline está a punto de quedarse dormida y yo he estado mirando el poco vino que queda en mi copa de cristal durante cinco minutos enteros.

Quizá más.

Ambas miramos a madame Marie Claire y esbozamos una sonrisa conformista. Sé que Jacques me ha pedido que esperara a que terminara todo el evento para poder hablar de lo nuestro, pero ¿qué caso tiene quedarme si no tengo nada que hacer? Supongo que todo habría sido diferente si Etoile y yo no hubiéramos tenido nuestro anterior encuentro.

—Llamaré a Antoine —anuncia madame Marie Claire buscando su teléfono celular en el interior de su bolso—. Debe estar esperándonos.

Alcanzo a ver la hora en el reloj analógico que aparece en la pantalla del aparato. La una de la mañana. No recuerdo la última vez que me desvelé tanto.

—Lamento haberlas involucrado en esto —les digo y tomo un sorbo de vino—. Creí que sería divertido venir.

Nunca lo creí pero me siento con la obligación de decir algo en vista de que nuestros planes se arruinaron y quedaron transformados en una noche perdida.

—Todo está bien, cielo —sonríe madame Marie Claire.

Mientras ella realiza la llamada, me levanto para estirar las piernas.

Me alegra bastante no haber quedado ebria luego de tomar tanto vino, tengo que decir que tengo bastante control de las funciones de mi cuerpo...

Al menos mientras no se trate de llorar, pues en ese momento quedo totalmente desarmada y llego a derrumbarme constantemente. Aún duele un poco toda la zona afectada que Etoile se atrevió a maltratar de esa forma tan cruel.

—Antoine, es hora de ir a casa —dice madame Marie Claire al teléfono—. Saldremos en un momento.

Termina la llamada e intercambia un par de palabras con Pauline que no consigo escuchar. Mi atención se centra totalmente en aquél rincón donde se encuentran Jacques y Etoile.

Esa rubia operada está diciendo algo que tampoco consigo escuchar ya que la música del aparato de sonido tiene un volumen demasiado alto. Sólo puedo ver sus expresiones, el lenguaje corporal de ambos. Jacques intenta comportarse con firmeza y ella, escandalizada, señala personas al azar y no deja de moverse de un lado hacia otro.

Jacques la toma por los hombros para intentar tranquilizarla a lo que ella responde soltándose violentamente de las manos de él y vuelve a estallar en reclamos.

—Es hora de irnos, Apoline —dice madame Marie Claire y yo asiento lentamente.

Supongo que puedo esperar hasta mañana para saber lo que está Jacques hablando con ella.

Tomo mi bolso de encima de la mesa y le dedico media sonrisa a madame Marie Claire para comunicarle que estoy lista para partir.

—Será mejor despedirnos de Jacques —sugiere ella y acaricia mi mejilla con una mano—. ¿Estás bien, querida?

Lo sucedido con Etoile en el cuarto de baño no es ningún secreto para ella.

En cuanto estuvimos las tres solas, le conté absolutamente todo a madame Marie Claire y Pauline. No hace falta describir la expresión que ambas esbozaron para adivinar que les horrorizó saber que Etoile podía comportarse como una salvaje estando a solas con ella.

Aunque no es para sorprenderse considerando lo ocurrido en *La Tour d'Argent*.

Sé que madame Marie Claire quiere evitar que siga saliendo herida con esta situación así que sólo le sonrío y asiento rápidamente.

—Sólo duele un poco —comento intentando parecer despreocupada.

Acaricia por última vez mi mejilla y las tres nos alejamos de la mesa.

Mi cabeza comienza a doler, no sé si se debe al desvelo o a que también hoy ha sido un día condenadamente difícil. Quisiera dejar de pensar por un momento, al menos hasta que estemos en el auto y pueda dormir un poco.

—Creo que Jacques está un poco ocupado —comenta madame Marie Claire un poco decepcionada—. ¿Quieres esperar o quieres que nos vayamos ya? —me pregunta y coloca una mano sobre mi hombro.

—Vamos a despedirnos —le digo decidida.

Es más un deseo absurdo e infantil, un mero capricho.

Quiero demostrarle a Etoile que ella no es centro del mundo... Al menos, no del mundo de Jacques.

Madame Marie Claire asiente y avanzamos hacia el rincón donde ellos siguen discutiendo. Conforme nos vamos acercando, los gritos de Etoile se vuelven audibles.

— ¡Estás demente si piensas que voy a aceptar que te veas con esa prostituta!

—Etoile, por favor...

— ¡Desde que ella llegó, parece que tengo que suplicar por un poco de tu atención!

—Sabes que yo no quiero hacer esto.

— ¿No quieres hacerlo conmigo pero con ella sí? ¡La conoces hace pocos días y ya parece que quieres casarte con esa zorra!

—Por Dios, Etoile, estás enloqueciendo.

Llegamos finalmente con ellos pero parecen estar absortos en su conversación.

— ¡Yo no estoy enloqueciendo! ¡Quiero que se vaya! ¡Ahora!

—No te preocupes, ya me iba.

No puedo creer que lo dije en voz alta. Quiero correr a ocultarme pero debo mantenerme firme. Etoile gira lentamente y me fulmina con esos ojos azules. De pronto siento que volvemos a sumergirnos en una burbuja que deja afuera al resto de los invitados.

— ¿No te enseñaron en ese sitio olvidado que no debes interrumpir conversaciones ajenas?

Ataca como si fuera un perro rabioso. Creo que no podría explicarlo mejor, la imagen le queda bastante bien. Jacques entorna los ojos y separa los labios para intervenir, pero yo le robo la palabra y respondo con altanería:

— ¿Y en tus colegios privados no te enseñaron un poco de buenos modales?

Me siento un poco, demasiado, envalentonada gracias al vino que bebí hace un rato.

Es posible que gracias a eso me esté atreviendo a enfrentar a Etoile.

— ¿Por qué no te vas de una vez? —responde ella—. ¿No te dije que no quería que interfirieras?

— ¿Y por qué no me sacas tú?

Madame Marie Claire me toma por los hombros para intentar alejarme de Etoile, Pauline se une tirándome de un brazo, pero yo doy una violenta sacudida para liberarme.

—Quiero que te vayas —insiste Etoile—. No solo de la casa Montalbán, quiero que te vayas de París.

— ¿Eso quieres? —me burlo intentando imitar su risa cruel—. ¿No crees que toda Francia sería un país demasiado pequeño para tu enorme ego?

Jacques la detiene a tiempo antes de que me abofetee.

— ¿No crees que ésta casa es demasiado grande para ti, considerando el sitio del que vienes? —me responde.

Es la pelea más estúpida que he tenido en la vida pero no puedo detenerme.

Es la mejor manera de descargar todo el enojo que siento gracias a ella.

— ¡Quiero que te vayas! —repito antes de que yo pueda responderle, alza tanto la voz que la música se apaga y todas las miradas se centran en nosotros cuando la burbuja estalla—. ¡Una aborígen como tú no tiene nada que estar haciendo aquí!

—Etoile, basta —interviene Jacques con firmeza.

Por el rabillo del ojo puedo ver a monsieur Montalbán abriéndose paso hacia nosotros, Camille Briand va prendida de su brazo.

—Tengo todo el derecho de estar aquí —le respondo.

—No eres más que una asquerosa prostituta —insiste.

—La única prostituta aquí, eres tú.

Silencio.

Las ancianas finalmente han detenido su tertulia para mirarnos fijamente.

¿Qué estoy haciendo?

Es como si la cordura fuera regresando de a poco, pero no puedo retirarme ahora. Creo que lo merezco por haber decidido dejar de pensar.

— ¿Qué fue lo que dijiste? —inquire ella con voz aguda.

—Lo que escuchaste —le digo y doy un paso al frente para acercarme un poco más a ella.

—No soy yo la que se está viendo a escondidas con un chico que está a punto de casarse, querida —dice e intenta esbozar esa sonrisa cruel aunque no lo consigue.

— ¡Tu noviazgo con Jacques es una farsa! —Exclamo en voz alta—. ¡Tú no puedes seguir saliendo con él!

— ¡Y supongo que tú sí puedes!

— ¡Claro que puedo!

— ¿Y por qué querría él salir con alguien como tú?

— ¡Porque Jacques y yo estamos comprometidos!

¿Qué...?

Los invitados se quedan asombrados, se unen en una expresión de asombro.

Incluso yo me habría unido a ellos de no ser porque debo parecer firme.

Madame Marie Claire nos mira confundida, Pauline retrocede un poco, monsieur Montalbán comienza a respirar agitadamente, Etoile me mira incrédula y Jacques...

Sus ojos aceitunados me miran con fijeza y arquea las cejas demostrando que está tan sorprendido como el resto de sus conocidos.

Me siento como dentro de una ridícula pesadilla.

Ahora es cuando Jacques estalla en una carcajada y se burla de mí por haber dicho lo que, seguramente, creará la mayor locura que ha escuchado en su vida.

— ¿Qué dijiste? —reclama Etoile, su voz débil demuestra que la he dejado totalmente desarmada.

Es hora.

Yo misma me he buscado esto.

Maldijo a esa botella de *Château Latour*.

Tomo un profundo respiro y conecto mi mirada con la de Jacques.

—Yo soy Apoline Pourtoi —digo—. Jacques ha sido mi novio desde que teníamos trece años. Hace cinco, Jacques tuvo que venir a París luego de que su padre intentara obligarlo a estudiar una carrera universitaria en la ciudad y me hizo una promesa... Nos comprometimos y él prometió volver para pasar juntos el resto de nuestras vidas.

No es la historia más detallada que he contado pero la mayoría de los invitados sólo nos miran para tener un poco más material de cotilleo. Jacques retrocede un poco aterrado, cosa que me desgarró el alma. Es aquí donde él debería lanzarse hacia mí exclamando que siempre lo supo, diciendo que ahora todo cobra sentido. Pero se queda quieto, con los labios entreabiertos y mirándome como si se hubiera topado con un fantasma.

—Basta de tonterías —exclama monsieur Montalbán alzando la voz—. Marie Claire, quiero que te lleves a esa lunática. Sólo estás dando una mala imagen a mis invitados. Y tú —continúa, imparable, mirando a Jacques—. No quiero que vuelvas a llamar, visitar o contactar a ninguna

deesastres. ¿Entiendes?

Pero Jacques no responde y no me quita la mirada de encima.

—Jacques...

Le suplico pronunciando su nombre con voz trémula, deseando que algo en su interior se altere y se dé cuenta de que todo cobra sentido ahora que he confesado en voz alta lo que he venido a hacer en París. Está tan confundido que no puede decir nada o quizá...

Quizá...

Quizá no dirá nada. Quizá pretende quedarse en silencio, comunicarme de esa manera que lo que acabo de pronunciar frente al resto de las personas es imposible. Etoile lo mira angustiada, herida, ella tampoco puede creerlo.

Ahora lo sé, nunca debí venir a París.

— ¡Apoline!

Sin importarme los gritos de madame Marie Claire y Pauline, salgo pitando hacia las escaleras y bajo los peldaños de dos en dos. Dejo una estela de lágrimas detrás de mí, me pregunto si alguna vez podré dejar de lloriquear cuando algo no sale tal y como estaba planeado desde un principio.

Tropiezo al llegar al segundo piso, pero me levanto de un salto y sigo con mi escape.

¿En qué diablos estaba pensando?

¿Cómo fue que permití que el vino me convirtiera en la Apoline que arruinó todos los progresos estando ahí arriba?

¿Cómo fui tan estúpida para pensar que Jacques lo entendería?

Salgo por la puerta principal tras darle un empujón a monsieur Jussieu, con mi golpe he provocado que un trago de licor caiga sobre su camisa almidonada.

El auto, con Antoine sentado en el asiento del conductor, ya está aparcado frente a la acera.

Me detengo un poco sólo para verificar que ninguna de las decoraciones del jardín me impedirá llegar, aunque quisiera chocar contra cualquier cosa que me despertara de lo que seguramente es una terrible pesadilla. Quiero despertar, quiero cerrar los ojos para volverlos a abrir y descubrir que estoy recostada en la cama de la habitación de huéspedes en el apartamento de madame Marie Claire.

O, mejor aún, descubrir que estoy en la casa de mis padres.

Suelto un fuerte sollozo que llama la atención de Antoine, lo escucho llamar mi nombre y azota la portezuela del auto cuando sale de él a toda velocidad. Y cuando levanto la mirada para suplicarle que venga hasta aquí para llevarme entre sus brazos al auto, siento esa mano cerrándose sobre mi brazo izquierdo.

— ¡Apoline, aguarda!

Jacques me hace girar sobre mis talones, la confusión aún brilla en sus ojos. ¿Qué fascinación tiene el tiempo con hacerte pensar que han pasado ya varias horas aunque han sido sólo unos eternos segundos? Intento forcejear con él. Pauline y madame Marie Claire aparecen en el umbral de la puerta, me miran como si estuviera convaleciente.

—Apoline...

Jacques me toma por los hombros, Antoine se detiene en seco junto a la reja de entrada.

— ¿Es cierto?

Lo sabía, Jacques no cree en lo que he dicho.

—Apoline, lo que dijiste arriba...

Pero yo evito que él siga hablando colocando mi dedo índice sobre sus labios. Lo miro con mis ojos tristes y anegados en lágrimas, acaricio su mejilla con una mano y tomo el más profundo respiro de la vida.

Me paro de puntillas para conseguir estar exactamente a la misma altura, me impulso colocando la mano libre sobre su pecho, inclino un poco mi cabeza hacia el lado izquierdo y, sin

reparo o temor alguno, sello mis labios con los suyos. Encajan perfectamente, como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Es el beso más lento, dulce y delicado que jamás he dado en la vida. Él separa un poco sus labios y cierra los ojos, o al menos quiero creer que ha cerrado los ojos pues yo sí lo he hecho. Después de todo, los únicos besos sinceros son aquellos que se dan con los ojos cerrados. Nos conectamos durante sólo un par de segundos, tras los cuales yo me alejo de él y vuelvo a mirarlo con aire suplicante.

Él abre lentamente sus párpados, sus ojos aceitunados me escudriñan y suelta un jadeo antes de pronunciar sus palabras. Su tono de voz es una mezcla imposible entre confusión, certeza, temor y alegría.

Dice sólo dos palabras.

Dos palabras que he querido escuchar desde que inició esta aventura absurda.

Seis letras que logran hacer que mis piernas se sientan como hechas de gelatina y me roban el aliento, haciéndome esbozar esa sonrisita tonta. Es *sonrisa de enamorada*.

—Eres tú.

Agradecimientos

La historia de amor de Apoline Pourtoi y Jacques Montalbán apareció en mi mente hace ya varios años. Por la misma razón, han ocurrido varios cambios en toda la trama hasta convertirse en uno de los proyectos más grandes en los que he trabajado. Quiero agradecer a todas las personas que hicieron posible que el viaje llegara a este punto. A Laura Luna y Xiadani Cortés, por ser mis mejores críticas. A Brando Mejía, Giovanni Martínez y Joaquín Hernández, por haberme ayudado en los momentos difíciles a pesar de no conocer mucho de la historia en sí. A Andrea Resendiz, por su incondicional apoyo. A Mario Sánchez y Jennifer Rivera. A Yolanda Saldívar, por haber sido quien leyó esta historia desde el comienzo. Y a Alexander Ramírez, por estar siempre conmigo y haberme demostrado que las historias de amor vienen en todos los tamaños, formas y colores.

A todos, mil gracias.

Ámame

La segunda parte de la entrañable historia de amor de Jacques Montalbán y Apoline Pourtoi.

Nunca es tarde para tener un nuevo inicio. Aún cuando hay una historia detrás de ti con otra persona, siempre se puede volver a empezar. ¿Quién sabe? Quizá es eso lo que nos hace falta a todos para comprender lo que dejamos atrás, lo que tenemos en ese momento y lo que nos depara el futuro.

Justo es eso lo que Apoline Pourtoi debe comprender ahora que todo parece ir bien en su relación con el seductor Jaques Montalbán. A pesar de todos los recuerdos que ambos comparten, deben aprender a estar juntos de nuevo. Para llenar todas esas lagunas mentales que atormentan a Jaques, es necesario volver a donde todo comenzó. Pero no queda mucho tiempo antes del gran anuncio: el matrimonio del heredero de la familia Montalbán con la prometedor estudiante de medicina Etoile D'la Croix está casi a la vuelta de la esquina, y la única forma de evitarlo es lograr que Jaques pueda amar a Apoline de la misma forma que lo hizo alguna vez.

¿Puede un amor volver a surgir, tan intenso como al principio, antes de que sea demasiado tarde?